



**FRANCISCO**  
**MISAS MATUTINAS**



A photograph of Pope Francis wearing white papal vestments, including a zucchetto and a pectoral cross. He is smiling slightly and looking towards the camera. The background is dark and out of focus, showing other people in dark clothing.

**FRANCISCO**  
**MISAS MATUTINAS**

**2016**

**Enero**

**Febrero**

**Marzo**

**Abril**

**Mayo**

**Junio**

**Septiembre**

**Octubre**

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **ENERO.**

7 de enero de 2016. **El**  
**criterio.**

8 de enero de 2016.

**Sorprendidos por un abrazo.**

12 de enero de 2016. **Lucha**  
**con Dios.**

14 de enero de 2016. **Derrota**  
**y victoria.**

15 de enero de 2016. **Un paso**  
**más allá.**

18 de enero de 2016. **Odres**  
**nuevos.**

19 de enero de 2016. **Santo y pecador.**

21 de enero de 2016. **El último instrumento.**

22 de enero de 2016. **Las doce columnas.**

28 de enero de 2016. **Sin medida.**

29 de enero de 2016. **Del pecado a la corrupción.**

7 de enero de 2016. **El  
criterio.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
2, viernes 15 de enero de 2016

Quien pone en práctica las  
obras de misericordia tiene la  
prueba de que su acción viene  
de Dios: el único criterio para  
comprenderlo gira  
efectivamente en torno a la  
concreción de la «encarnación,  
de Jesús venido en la carne». Y



así no tiene sentido «imaginar planes pastorales y nuevos métodos para acercarse a la gente» si la fe en Jesús encarnado no lleva al servicio de los demás. Francisco lo recordó celebrando la misa el jueves 7 de enero por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta. Y también puso en guardia contra quienes tienen una apariencia de espiritualidad porque, dijo, si ese espíritu no viene de Dios es «el anticristo», la expresión de la «mundanidad».

Para esta reflexión el Papa se

basó en la primera lectura de san Juan (Jn 3, 22-4, 6), haciendo notar inmediatamente cómo el apóstol retoma «una palabra de Jesús en la Última Cena: “permanecer”».

Precisamente Juan escribe: «El que guarda sus mandamientos “permanece” en Dios y Dios en él». Y «este “permanecer” en Dios es un poco la respiración de la vida cristiana, y el estilo», explicó Francisco. En efecto, podemos decir que «un cristiano es aquel que permanece en Dios». Una vez más escribe Juan en su carta:

«En esto conocemos que Dios permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado».

Por tanto, volvió a decir Francisco, «un cristiano es aquel que "tiene" el Espíritu Santo y se deja guiar por él: permanecer en Dios y Dios permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado». Y también retomó la advertencia del apóstol de «estar atento: y aquí viene el problema. Estad atentos, no os fiéis de cualquier espíritu, más bien poned a prueba a los espíritus para examinar si vienen

verdaderamente de Dios». Precisamente «esta es la regla cotidiana de vida que nos enseña Juan».

Por tanto, «poner a prueba a los espíritus». «Pero, ¿qué quiere decir este “poner a prueba a los espíritus”? Parece que existieran fantasmas...». En cambio, no, afirmó el Pontífice, porque en realidad Juan sugiere «poner a prueba a los espíritus para examinar de dónde vienen: examinar el espíritu, qué sucede en mi corazón». Así, «nos lleva allí, al corazón», a preguntarnos

precisamente «¿qué sucede, qué siento en mi corazón, qué quiero hacer? La raíz de lo que estoy sintiendo ahora, ¿de dónde viene?».

Por tanto, explicó el Papa, «esto es poner a prueba para "examinar"». Y precisamente «el verbo examinar» es el más apropiado para verificar verdaderamente «si esto que siento viene de Dios, del espíritu que me hace permanecer en Dios, o si viene de otro». A la pregunta, «¿quién es el otro?», la respuesta de Francisco es

clara: «El anticristo». Por lo demás, precisó, «el razonamiento de Juan es simple, directo, diría circular, porque vuelve enseguida al mismo argumento: o eres de Jesús o eres del mundo». Y «retoma lo que Jesús también había pedido al Padre para todos nosotros: que no nos quite del mundo, sino que nos defienda del mundo». Porque «la mundanidad es el espíritu que nos aleja del espíritu de Dios que nos hace permanecer en el Señor».

Al llegar a este punto,

Francisco expresó los interrogantes que, naturalmente, surgen sobre la cuestión: «Pero, padre, está bien, sí, está todo claro, pero, ¿cuáles son los criterios para hacer un buen discernimiento de lo que sucede en mi alma?». Juan propone un solo criterio y lo presenta con estas palabras: «Todo espíritu —toda emoción, toda inspiración que siento— que reconoce a Jesucristo venido en la carne, es de Dios; y todo espíritu que no reconoce a Jesús, no es de Dios». «El criterio es Jesús venido en

la carne, el criterio es la encarnación», insistió Francisco. Tanto que «puedo sentir tantas cosas dentro, incluso cosas buenas, ideas buenas, pero si estas ideas buenas, estos sentimientos no me llevan a Dios que se hizo carne, no me llevan al prójimo, al hermano, no son de Dios». Por eso «Juan comienza este pasaje de su carta diciendo: “Este es el mandamiento de Dios: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros”». Aplicando esta verdad a la vida



cristiana de cada día, el Pontífice recordó que «podemos hacer tantos planes pastorales, imaginar nuevos métodos para acercarnos a la gente, pero si no hacemos el camino de Dios venido en la carne, del Hijo de Dios que se hizo hombre para caminar con nosotros, no estamos en el camino del espíritu bueno». Más bien, el que prevalece «es el anticristo, es la mundanidad, es el espíritu del mundo».

Ahora bien, añadió, «cuánta gente encontramos en la vida que parece espiritual, pero ni

hablar de hacer obras de misericordia». Y «¿por qué? Porque las obras de misericordia son precisamente lo concreto de nuestra confesión de que el Hijo de Dios se hizo carne: visitar a los enfermos, dar de comer a quien no tiene alimento, cuidar a los descartados». Las «obras de misericordia», «porque cada hermano nuestro, que debemos amar, es carne de Cristo: Dios se hizo carne para identificarse con nosotros, y lo que sufre es el Cristo que lo sufre». Por eso, dijo Francisco, «si tú

vas por este camino, si tú sientes esto, está bien», porque precisamente «este es el criterio de discernimiento para no confundir los sentimientos, los espíritus, para no ir por un camino que no va». Vuelven, pues, las palabras de Juan: «No os fieis de cualquier espíritu — estad atentos—, más bien poned a prueba a los espíritus para examinar si vienen verdaderamente de Dios». Por eso, reafirmó con fuerza, «el servicio al prójimo, al hermano, a la hermana que tiene necesidad —son tantas las

necesidades—, incluso de un consejo, de mi oído para ser escuchado: estos son los signos de que vamos por el camino del espíritu bueno, o sea, el camino del Verbo de Dios que se hizo carne».

Antes de reanudar la celebración de la misa, Francisco pidió «al Señor la gracia de conocer bien qué sucede en nuestro corazón, qué nos gusta hacer, es decir, qué me toca más: si el espíritu de Dios, que me lleva al servicio de los demás, o el espíritu del mundo, que gira entorno a mí

mismo, a mis cerrazones, a mis egoísmos, a tantas otras cosas». Sí, concluyó el Papa, «pidamos la gracia de conocer qué sucede en nuestro corazón».

8 de enero de 2016.

## **Sorprendidos por un abrazo.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 15 de enero de 2016

El año santo de la misericordia nos recuerda que «Dios siempre es el primero en amar», sin condiciones, y nos acoge así como somos para abrazarnos y perdonarnos como un padre. Francisco, en la misa del viernes 8 de enero por

la mañana celebrada en la capilla de la Casa Santa Marta, recordó sobre todo a quienes se reconocen pecadores, la certeza del amor de Dios.

«El apóstol Juan —observó el Papa— continua hablando a los primeros cristianos sobre los dos mandamientos que Jesús nos ha enseñado: amar a Dios y amar al prójimo». Se lee, de hecho, en el pasaje de su primera carta (1 Jn 4, 7-10) propuesto por la liturgia:

«Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios». Y «esta

palabra "amor" —evidenció Francisco— es una palabra que se usa muchas veces y no se sabe, cuando se dice, qué significa exactamente». ¿Qué es, entonces, el amor? A veces, dijo el Pontífice. «pensamos en el amor de las telenovelas: no, eso no se parece al amor. Eso que parece amor es en realidad entusiasmo por una persona y después se apaga».

La verdadera pregunta, por lo tanto, es: «¿de dónde proviene el verdadero amor?». Escribe san Juan: «Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios,



porque Dios es amor». El apóstol no dice «todo amor es Dios». Lo que dice es «Dios es amor». Y continúa Juan, «Dios nos ha amado tanto que envió a su Hijo unigénito, para que vivamos por medio de él». Por ello, afirmó Francisco, «es Dios quien da su vida en Jesús, para darnos a nosotros la vida». De ahí que, prosiguió, «el amor es hermoso, amar es hermoso y en el cielo habrá sólo amor, la caridad: lo dice Pablo». Y si el amor «es hermoso, se hace siempre fuerte y crece en el don de la propia vida: crece en

el darse a los demás».

Francisco ha vuelto a leer otro pasaje de la carta de Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó».

E hizo hincapié en que «Dios nos amó primero; él nos ha dado la vida por amor, ha dado la vida y a su Hijo por amor».

Por eso «cuando encontramos a Dios, siempre hay una sorpresa: es él quien nos espera primero: es él quien nos encuentra».

Refiriéndose al pasaje litúrgico del Evangelio de Marcos (Mc 6,

34-44), que narra el episodio de la multiplicación de los panes, el Papa invitó a mirar a Jesús. «Esa gente —explicó— lo seguía para escucharlo, porque hablaba como uno que tiene autoridad, no como los escribas». Pero «él miraba a esa gente e iba más allá. Precisamente porque amaba, dice el Evangelio, “se compadeció de ellos”, que no es lo mismo que tener pena». La palabra justa es precisamente «compasión: el amor lo lleva a “sufrir con” ellos, a involucrarse en la vida de la

gente». Y «el Señor está siempre ahí, amando primero: él nos espera, él es la sorpresa».

Es precisamente esto lo que le sucede, recordó el Papa, a «Andrés cuando va a Pedro y le dice: "Hemos encontrado al Mesías, ¡ven!. Pedro va a Jesús, este lo mira y le dice: "¿Tú eres Simón? Serás Pedro". Lo esperaba con una misión. Antes lo había amado Él».

Lo mismo sucede «cuando Zaqueo, que era pequeño, se subió al árbol para ver mejor a Jesús». Jesús «pasa, mira hacia

arriba y dice: "Desciende Zaqueo, quiero ir a cenar a tu casa". Y Zaqueo, que quería encontrar a Jesús, se dio cuenta que Jesús lo estaba esperando».

También Francisco recordó la historia de Natanael que «acude a ver a quién dicen que es el mesías, con un poco de escepticismo». A él Jesús le dice: «Te he visto bajo el árbol de higos». Por lo tanto, «siempre Dios ama primero». Lo vemos también en la parábola del hijo pródigo: «Cuando el hijo, que había

gastado todo su dinero de la herencia del padre en una vida de vicios, vuelve a casa, se da cuenta que el padre lo estaba esperando. Dios siempre es el primero en esperarnos.

Siempre antes que nosotros. Y cuando el otro hijo no quiere ir a la fiesta porque no entiende el comportamiento del padre, el papá va a buscarlo. Y así hace Dios con nosotros: siempre es el primero en amarnos».

Así, repitió el Papa, «podemos ver en el Evangelio, cómo ama Dios: cuando tenemos algo en el corazón y queremos pedir

perdón al Señor, es Él quien nos espera para darnos el perdón».

Este año de la misericordia, afirmó Francisco, «también es un poco esto: que nosotros sepamos que el Señor nos está esperando, a cada uno de nosotros». Y nos espera «para abrazarnos, nada más, para decir: "Hijo, hija, te amo. He dejado que crucificaran a mi Hijo por ti; este es el precio de mi amor, este es el regalo de amor"».

El Papa aconsejó pensar siempre en esta verdad: «El

Señor me espera, el Señor quiere que yo abra la puerta de mi corazón, porque Él está ahí y me espera para entrar». Sin condiciones.

Claro que alguno podrá decir: «Pero, padre, a mí me gustaría pero itengo muchas cosas feas dentro!». A este respecto Francisco dio una respuesta clara: «¡Es mejor! ¡mejor! Porque te espera, así como eres, no como te dicen que “se debe hacer. Se debe ser como eres tú. Te ama así, para abrazarte, besarte, perdonarte».



De aquí la exhortación conclusiva del Papa invitando a ir sin tardanza al Señor y decir: «Tú sabes, Señor, que yo te amo». O, si «no me siento capaz, decirla de este otro modo: "Tú sabes, Señor, que yo querría amarte, pero soy muy pecador, muy pecadora"». Con la certeza que Él hará como el padre «con el hijo pródigo que se ha gastado todo el dinero en los vicios. No te dejará terminar tu discurso, con un abrazo te hará callar: el abrazo del amor de Dios».

12 de enero de 2016. **Lucha con Dios.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 15 de enero de 2016

El poder de la oración, el verdadero motor de la vida de la Iglesia, fue el centro de la homilía de Francisco en la misa celebrada el martes, 12 de enero en Santa Marta.

La reflexión del Papa se inspiró en la lectura del pasaje del

primer libro de Samuel (1 Sam 1, 9-20), en el que se citan tres personajes principales: Ana, el sacerdote Elí, y el Señor. La mujer, explicó el Papa, «con su familia, con su marido, cada año, subía al templo para adorar a Dios». Ana era una mujer devota y piadosa, llena de fe, pero que «llevaba sobre sí una cruz que la hacía sufrir mucho: era estéril. Ella quería un hijo».

La descripción de la oración sincera de Ana muestra «cómo estuvo a punto de pelearse con el Señor», implorando con

«ánimo amargado, llorando copiosamente. Una oración que da lugar a una promesa:

«Señor, si miras la aflicción de tu sierva, y te acuerdas de mí y si no olvidas a tu sierva, y concedes a tu sierva un retoño varón, lo ofreceré al Señor por todos los días de su vida». Con gran humildad, dijo Francisco, reconociéndose «miserable» y «sierva», hizo «la promesa de ofrecer al niño».

Así que Ana, dijo el Papa, «lo dio todo para conseguir lo que quería»: su insistencia llama la atención y el sacerdote anciano

Elí se da cuenta ya que «observaba su boca». Ana, de hecho, «hablaba para sí en su corazón», solamente moviendo los labios sin hacer oír su voz. Es una imagen intensa la que nos propone la Escritura porque refleja «el coraje de una mujer de fe con su dolor, con sus lágrimas, le pide la gracia al Señor».

En este sentido, el Papa dijo que en la Iglesia hay «muchas mujeres igualmente valientes», que «van a orar como si fuese un desafío», y recordó, por ejemplo, la figura de Santa

Mónica, madre de Agustín, «que con sus lágrimas fue capaz de obtener la gracia de la conversión a su hijo».

El Papa se detuvo después para analizar el personaje de Elí, que no era malo, sino «un pobre hombre», confesando entre otras cosas de sentir «una cierta simpatía», porque «también yo encuentro defectos que me hacen acercarme él y entenderlo bien».

Este anciano sacerdote «había caído en la tibieza, había perdido la devoción» y «no

tenía la fuerza para detener a sus dos hijos», que eran los sacerdotes «pero delincuentes», ellos sí, eran realmente malos y «se aprovechaban de la gente». Él es, en definitiva, «un pobre hombre sin fuerza» y, por lo tanto, incapaz de «entender el corazón de esta mujer». Así que viendo a Ana mover los labios, angustiada, piensa: «Esta ha estado bebiendo demasiado». Y el episodio contiene una lección para todos nosotros: «la ligereza—dijo Francisco— con la que

juzgamos a las personas, lo fácil que es no tener el respeto de decir: "¿Qué tendrá en su corazón? No sé, pero yo no digo nada"». Y agregó: «Cuando falta piedad en el corazón, siempre se piensa mal, se juzga mal, tal vez para justificarnos a nosotros mismos».

La falta de comprensión de Elí es tal que «al final, dijo: "¿Hasta cuándo vas a seguir borracha?"». Y aquí surge otra vez la humildad de Ana, que no contesta: «Y tú que eres viejo, ¿qué sabrás?». Por el contrario,



ella dice: «No, mi señor». E incluso sabiendo lo que hacían sus hijos, no reprende a Elí echándole en cara: «¿Y tus hijos qué hacen?». En cambio, dice: «Yo soy una mujer apenada y no he bebido vino ni licor, sólo desahogaba mi alma ante el Señor. No trates a tu sierva como una perdida, pues he hablado así por mi congoja y aflicción».

El Papa Francisco ha dicho que Ana encomendó «la oración con congoja y aflicción» al Señor. Y añadió que esta mujer recuerda a Cristo: de hecho «esta es la

oración de Jesús en el Huerto de los Olivos, cuando tenía tanta angustia y dolor que sudó sangre, y no acusó al Padre sino que le dijo: "Padre, si es posible que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú"». También Jesús respondió como esta mujer, con «mansedumbre». De ahí la constatación de que a veces «rezamos, pedimos al Señor pero no sabemos llegar a esta lucha con el Señor, a las lágrimas, a pedir, pedir la gracia».

Francisco ha citado al respecto un episodio que ocurrió en el santuario de Luján, Buenos Aires, donde había una familia con una hija de nueve años muy enferma. «Después de semanas de tratamiento — contó Francisco— no había logrado salir de esa enfermedad, había empeorado y los médicos, a las 6 de la tarde, le dijeron a los padres que le quedaban pocas horas de vida». A continuación, «el padre, un hombre humilde, trabajador, inmediatamente salió del hospital y se fue al

santuario de la Virgen, en Luján», a setenta kilómetros de distancia. Llegó alrededor de las 10 de la noche y todo estaba cerrado, y se aferró a la reja de la puerta y rezó a la Virgen y luchó en la oración. Esto —explicó— es un hecho que realmente ocurrió, en el tiempo que estuve allí. Y así se mantuvo hasta las 5 de la mañana».

Ese hombre «rezaba, lloraba por su hija, luchaba con Dios a través de la intercesión de la Virgen por su hija. Luego regresó, llegó al hospital entre

las 7 y las 8, fue a buscar a su esposa y ella estaba llorando y este hombre pensó que la niña había muerto y ella dijo: “No lo entiendo, no lo entiendo... Han venido los médicos y me han dicho que no entienden lo que ha pasado”. Y la niña volvió a su casa».

En la práctica —dijo el Papa— con «esa fe, la oración ante Dios, convencido de que Él es capaz de cualquier cosa, porque es el Señor», el padre de Buenos Aires recuerda a la mujer del texto bíblico quien no sólo obtuvo «el milagro de

tener un hijo después de un año y, a continuación, la Biblia dice, que tendrá muchos otros», sino que también logró el «milagro de despertar un poco el alma tibia de ese sacerdote». Y cuando Ana «explica al sacerdote —que había perdido todo, todo, toda la espiritualidad, toda la piedad — por qué estaba llorando, él que la había llamado “borracha”, le dice: “Vete en paz, y que el Dios de Israel te conceda el favor que le has pedido”. Hizo salir de debajo de cenizas el pequeño fuego

sacerdotal que estaba en las brasas».

Esta es la enseñanza concluyente: «La oración —dijo Francisco— hace milagros». Y se los hace incluso a los «cristianos sean fieles laicos, sacerdotes, obispos, que han perdido su devoción».

Por otra parte —explicó— «la oración de los fieles cambia a la Iglesia: no somos nosotros, los Papas, sacerdotes, religiosas los que llevamos adelante a la Iglesia, ¡son los santos! Y estos son los santos», como la mujer del pasaje bíblico: «Los santos

son los que se atreven a creer que Dios es el Señor, y Él puede hacer todo». De ahí la exhortación a invocar al Padre que «nos dé la gracia de la confianza en la oración, de rezar con valentía y también de despertar la piedad, cuando la hemos perdido, y seguir adelante con el pueblo de Dios al encuentro de Él».



14 de enero de 2016. **Derrota y victoria.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 22 de enero de 2016

La homilía del Papa Francisco durante la misa celebrada el jueves 14 de enero en Santa Marta se centró en la fuerza de la oración del hombre de fe. El Pontífice comparó la primera lectura y el Evangelio del día, destacando cómo en estos

textos se habla «de una victoria y de una derrota». En el pasaje tomado del primer libro de Samuel (1 Sam 4, 1-11) se lee, en efecto, acerca del pueblo de Dios que «fue derrotado en batalla, en guerra contra los Filisteos» mientras que en el Evangelio de Marcos (Mc 1, 40-45) se narra, en cambio, la victoria sobre la enfermedad del leproso que se pone en las manos de Jesús. Dos resultados opuestos debidos a los distintos tipos de fe de los protagonistas. Francisco comenzó

deteniéndose sobre los eventos que llevaron al desastre para Israel, que «fue derrotada y cada uno huyó a su tienda. Fue una gran derrota: cayeron 30.000 infantes. ¡Treinta mil! El Arca de Dios también fue apresada y murieron JofnÍ y Pinjás, los dos hijos de ElÍ. El pueblo, de este modo, había perdido todo. También la dignidad...». Pero, ¿por qué, sucedió eso? se preguntó el Papa. El Señor siempre ha estado con su pueblo: «¿Qué ha llevado a esta derrota?». El hecho es, explicó, que el pueblo

«paso tras paso, lentamente se había alejado del Señor; vivían mundanamente», incluso se había hecho ídolos. Es verdad que los israelita iban al santuario de Siló pero lo hacían «un poco como... si fuera una costumbre cultural: habían perdido la relación filial con Dios». He aquí, por tanto, el punto central: «no adoraban más a Dios». Por ello el Señor los dejó solos». Se alejan y Dios los dejó actuar.

Pero no es todo. El Pontífice en efecto, continuó su análisis del comportamiento de los

israelitas. Cuando perdieron la primera batalla, «los ancianos se preguntaron: “Pero, ¿por qué nos ha derrotado hoy el Señor, ante los filisteos? Vamos a recuperar el arca de la Alianza”». En ese momento de dificultad, en efecto, «se acordaron del Señor», pero una vez más sin auténtica fe. De hecho, destacó el Papa, «se fueron a recuperar el arca de la alianza como si fuera algo — perdonad la palabra— un tanto “mágica”». Decían: «Recuperemos el arca, nos salvará». Pero en el arca —

subrayó Francisco— «estaba la ley», esa ley «que ellos no observaban y de la cual se habían alejado». Todo esto significa que «no existía ya una relación personal con el Señor: se habían olvidado de Dios que los había salvado».

Sucedió así que los israelitas llevaron el arca y que los filisteos al inicio se asustaron, pero después dijeron: «¡Pero no, comportémonos como hombres, sigamos adelante!». Y vencieron. La masacre — comentó el Papa— «fue total: 30.000 infantes. Y además el

arca de Dios fue tomada por los filisteos; los dos hijos de Elí, aquellos sacerdotes delincuentes que se aprovechaban de la gente en el santuario de Siló, Jofní y Pinjás murieron». Un balance desastroso: «el pueblo sin infantes, sin jóvenes, sin Dios y sin sacerdotes. Una derrota total».

En el salmo responsorial (tomando del salmo 43) hallamos la reacción del pueblo cuando se da cuenta de aquello que ha sucedido: «El Señor, nos ha rechazado y cubierto de

vergüenza». El salmista reza: «Levántate Señor, no nos rechaces más. ¿Por qué nos escondes tu rostro y olvidas nuestra desgracia y opresión?». Esta, concluyó el Pontífice, «es la derrota: un pueblo que se aleja de Dios acaba así». Y es una lección que vale para todos. También hoy. También nosotros, aparentemente, somos devotos, «tenemos un santuario, tenemos tantas cosas...». Pero, preguntó el Papa, «¿tu corazón está con Dios? ¿Tú sabes adorar a Dios?». Y si crees en Dios, pero



«un Dios un poco neblinoso, lejano, que no entra en tu corazón y tú no obedeces sus mandamientos», entonces significa que estás ante una «derrota».

Por otra parte, el evangelio habla de una victoria. También en este caso Francisco ha querido recordar la Escritura, en la que se narra que «vino a Jesús un leproso que le suplicaba de rodillas — precisamente con un gesto de adoración— y le decía: “Si quieres, puedes limpiarme”». El leproso, explicó el Papa, en

un cierto sentido «reta al Señor diciendo: yo soy un derrotado en la vida». En efecto, «era un derrotado, porque no podía hacer vida común; era siempre un «descartado», dejado de lado». Y continúa: «Tú puedes transformar esta derrota en victoria». Y «ante esto, Jesús tuvo compasión, extendió la mano, y lo tocó diciendo: “Quiero: queda limpio”». Por lo tanto, otra batalla: esta, sin embargo, «se acabó en dos minutos con la victoria», mientras que la de los israelitas duró «todo el día» y acabó con

la derrota. La diferencia está en el hecho de que «aquel hombre tenía algo que lo impulsaba a ir hacia Jesús» y a lanzarle ese reto. Esto es, «tenía fe».

Para profundizar la reflexión, el Pontífice citó un pasaje del quinto capítulo de la primera carta de Juan, donde se lee: «lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe». Y es precisamente lo que le sucedió al leproso: «Si quieres, puedes hacerlo». Los derrotados descritos en la primera carta, en cambio, «rezaban a Dios, llevaban el

arca, pero no tenían la fe, la habían olvidado».

A este punto el Papa llegó al núcleo de su reflexión, subrayando que «cuando se pide con fe, Jesús mismo ha dicho que se mueven las montañas». Y recordó las palabras del Evangelio: «Lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré. Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá». Todo es posible, pero sólo «con la fe. Y esta es nuestra victoria».

Por ello, dijo Francisco concluyendo la homilía,

«pidamos al Señor que nuestra oración siempre tenga esa raíz de fe»: pidamos «la gracia de la fe». La fe, en efecto, es un don y «no se aprende en los libros». Un don del Señor que se debe pedir. «"Dame la fe". "Creo, Señor" ha dicho ese hombre que pedía a Jesús que curase a su hijo: "Creo, Señor, ayuda mi poca fe"». Por ello, debemos pedir «al Señor la gracia de rezar con fe, de estar seguros que cada cosa que pedimos a Él nos será dada, con esa seguridad que nos da la fe. Y esta es nuestra victoria:

nuestra fe».

15 de enero de 2016. **Un paso más allá.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 22 de enero de 2016

La fe es «un don» que no puede ser comprado o adquirido por méritos propios. Basándose en la liturgia del día, el Papa Francisco, en la misa celebrada el viernes 15 de enero en Santa Marta, continuó hablando sobre las

características de la fe. Recordando cómo el día anterior el evangelio había presentado el episodio del leproso que le dice a Jesús: «Si quieres, puedes limpiarme», el Pontífice se centró en las figuras de otros hombres que impulsados por la fe se muestran «decididos» y «valientes». Retomando el pasaje de san Marcos (Mc 2, 1-12), Francisco relató el episodio del paralítico llevado por sus amigos frente a Jesús. Él, «como siempre, está en medio de la gente, mucha gente».



Para acercarse al enfermo a Él los amigos se atrevieron a todo, «pero no pensaron en los riesgos» que conlleva «descolgar la camilla por el techo» o también el peligro de que «el propietario de la casa llamase a la policía y los enviase a la cárcel». Ellos, de hecho, «pensaban sólo en acercarse a Jesús. Tenían fe». Se trata, dijo el Papa, de la «misma fe de la señora que también, en medio de la multitud, cuando Jesús fue a la casa de Jairo, se las arregló para tocar los vestidos de

Jesús, su manto, para ser sanada». La misma fe del «centurión que dijo: “No, no, maestro, no te molestes: sólo una palabra tuya, y mi criado quedará sano”». Una fe «fuerte, valiente, que va hacia adelante», con el «corazón abierto».

Sin embargo, en este punto, señaló Francisco, «Jesús va un paso más allá». Para explicarlo, el Papa recordó otro episodio del Evangelio, en el que Jesús «en Nazaret, al comienzo de su ministerio, se fue a la sinagoga y dijo que había sido enviado

para liberar a los oprimidos, los presos, dar vista a los ciegos... inaugurar un año de gracia, es decir, un año —se puede entender— de perdón, de acercarse al Señor». Es decir, indicaba un nuevo camino, «un camino hacia Dios». Lo mismo sucede con el paralítico, al que no se limita a decir: «Quedas sanado», sino: «Tus pecados te son perdonados».

Con esta novedad, señaló el Papa, Jesús provocó las reacciones de «los que tenían sus corazones cerrados. Quienes «ya aceptaban —hasta

cierto punto— que Jesús era un sanador»; pero que también perdonase los pecados era «demasiado» para ellos.

Pensaban: «No tiene el derecho de decir esto, porque sólo Dios puede perdonar los pecados».

Entonces, Jesús replicó: «¿Por qué pensáis estas cosas? Para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene autoridad — he aquí, explicó Francisco, «el paso más allá»— para perdonar los pecados. Levántate, coge la camilla y echa a andar». Jesús comienza a expresarse con aquel lenguaje «que en algún

momento va a desalentar a la gente», un lenguaje duro, con el que «habla de comer su cuerpo como un camino de salvación». Comienza, es decir, a «revelarse como Dios», algo que después dejó claro ante el sumo sacerdote diciendo: «Yo soy el Hijo de Dios».

Un paso que se propone también a la fe de los cristianos. Cada uno de nosotros, de hecho, puede tener fe en «Cristo, Hijo de Dios, enviado por el Padre para salvarnos: sí, salvarnos de la enfermedad, el Señor ha hecho

y nos ayuda a hacer muchas cosas buenas»; pero sobre todo hay que tener fe en que Él ha venido para «salvarnos de nuestros pecados, salvarnos y llevarnos al Padre». Esto, dijo el Papa Francisco, es «el punto más difícil de entender». Y no sólo los escribas eran quienes decían: “¡Esto es blasfemia! Sólo Dios puede perdonar los pecados”». Algunos discípulos, de hecho, «dudaron y se marcharon» cuando Jesús se presentó «con una misión más grande que la de un hombre, para dar el perdón, para dar la

vida, para recrear la humanidad». Tanto que el mismo Jesús «tuvo que preguntar a su círculo más cercano: “¿También vosotros queréis marcharos?”».

La pregunta de Jesús sirvió al Papa para invitar a todos a preguntarse: «¿Cómo es mi fe en Jesucristo? ¿Creo que Jesucristo es Dios, el Hijo de Dios? ¿Esta fe me cambia la vida? ¿Hace que mi corazón se renueve en este año de gracia, este año de perdón, este año de acercamiento al Señor?». Se trata de una invitación a

descubrir la calidad de la fe, conscientes de que esta «es un don. Nadie "merece" la fe. Nadie la puede comprar». Francisco exhortó a hacerse la pregunta: «¿Mi fe en Jesucristo me lleva a la humillación? No digo a la humildad: a la humillación, al arrepentimiento, a la oración que pide: "Perdóname, Señor"», y que es capaz de dar testimonio: «Tú eres Dios. Tú "puedes" perdonar mis pecados"». De aquí la oración final: «Que el Señor nos haga crecer en la



fe» para que nos hagamos como quienes habiendo oído a Jesús y visto sus obras «se maravillaban y alababan a Dios». De hecho, es «la alabanza la prueba de que yo creo que Jesucristo es Dios en mi vida, que fue enviado a mí para “perdonarme”». Y la alabanza, agregó el Pontífice, «es gratuita. Es un sentimiento que da el Espíritu Santo y que te lleva a decir: “Tú eres el único Dios”».

18 de enero de 2016. **Odres nuevos.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 22 de enero de 2016

El cristiano que se esconde detrás del «siempre se ha hecho así...» comete pecado, convirtiéndose en idólatra y rebelde y viviendo una «vida parcheada, a medias», porque cierra su corazón a las «novedades del Espíritu

Santo». El Papa Francisco, en la misa celebrada el lunes 18 de enero por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta, invitó a dejar espacio a las «sorpresas de Dios» y a liberarse de las «costumbres». En la primera lectura, tomada del primer libro de Samuel (1 Sam 15, 16-23), «hemos escuchado —señaló el Papa— como el rey Saúl es rechazado por Dios por no obedecerle: el Señor le dijo que iba a vencer la batalla, en la guerra y que debía exterminarlo todo». Pero Saúl «no obedeció».

«Cuando el profeta reprochó a Saúl esto y después lo rechazó en nombre de Dios como rey de Israel, él —continúa el pasaje— ofrece una explicación: “El pueblo ha dejado con vida lo más selecto de las ovejas y las vacas, para ofrecerlo en sacrificio al Señor”».

«Es una cosa buena hacer un sacrificio —explicó Francisco— pero el Señor había ordenado, había dado el mandato de hacer otra cosa». Y entonces Samuel dice a Saúl: «¿Le complacen al Señor los sacrificios y holocaustos tanto

como obedecer su voz?». Por lo tanto, afirmó el Papa «la obediencia va más allá» y supera también las palabras de justificación de Saúl: «He escuchado al pueblo y el pueblo me ha dicho: ¡siempre se ha hecho así! Las cosas de más valor se ofrecerán al Señor, tanto en el templo como para los sacrificios. ¡Siempre se ha hecho así!».

De esta forma «el rey que quería cambiar este “siempre se ha hecho así...”, dijo a Samuel: “Tuve miedo del pueblo”». Saúl «tuvo miedo» y

por esto «dejó que la vida continuase contra la voluntad del Señor». El mismo comportamiento —prosiguió el Papa refiriéndose al pasaje litúrgico de san Marcos (Mc 2, 18-22)— nos lo enseña Jesús en el Evangelio, cuando los doctores de la ley le reprochan que lo discípulos no ayunasen: “Siempre se ha hecho así, ¿por qué los tuyos no ayunan?”. Y Jesús respondió con este principio de vida: “Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza del manto —lo

nuevo de los viejo— y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque el vino revienta los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos».

En esencia, afirmó Francisco, «¿qué significa esto: que cambia la ley? ¡No!». Significa, más bien, que «la ley está al servicio del hombre, que está al servicio de Dios, y para esto el hombre tiene que tener el corazón abierto». La actitud de los que dicen: «Siempre se ha hecho así ...» en realidad nace de «un corazón cerrado». En

cambio, «Jesús nos dijo: “Voy a enviar al Espíritu Santo y él os conducirá a la verdad plena”». Por lo tanto, «si tú tienes el corazón cerrado a la novedad del Espíritu, nunca llegarás a la verdad plena». Y «tu vida cristiana será una vida a medias, parcheada, remendada de cosas nuevas, pero sobre una estructura que no está abierta a la voz del Señor: un corazón cerrado, porque no eres capaz de cambiar los odres».

Precisamente «esto —explicó el Pontífice— fue el pecado del rey



Saúl, por el cual fue rechazado». Y también es «el pecado de muchos cristianos que se aferran a lo que siempre se ha hecho y no dejan cambiar los odres». Terminando así por vivir «una vida a medias, parcheada, remendada, sin sentido».

Pero «¿por qué sucede esto? ¿por qué es tan grave? ¿por qué el Señor rechaza a Saúl y luego elige a otro rey?». La respuesta la da Samuel cuando «explica lo que es un corazón cerrado, un corazón que no escucha la voz del Señor, que

no está abierto a la novedad del Señor, al Espíritu que siempre nos sorprende». Quien tiene un corazón así, dice Samuel, «es un pecador». Se lee en el pasaje bíblico: «Sí, el pecado de adivinación es la rebeldía, es culpa y terafim — es decir idolatría— la obstinación». De aquí que, afirmó Francisco, «los cristianos obstinados en el “siempre se ha hecho así, este es el camino, este es la vía”, pecan: pecan de adivinación»: es «como si fuesen al quiromante». Así que al final

resulta «más importante aquello que se dijo y que no cambia; lo que siento —dentro de mí y de mi corazón cerrado — que la palabra del Señor». Y esto «es también pecado de idolatría: la obstinación. El cristiano que se obstina, peca, peca de idolatría». Frente a esta verdad, la pregunta que debemos hacernos es: «¿Cuál es el camino?». Francisco sugirió «abrir el corazón al Espíritu Santo, discernir cuál es la voluntad de Dios». Es verdad que «siempre, después de las batallas, el pueblo tomaba todo

para los sacrificios al Señor, también para su propia beneficio, incluso las joyas para el templo». Y «era costumbre en la época de Jesús, que los buenos israelitas ayunaran». Pero, explicó, «hay otra realidad: está el Espíritu Santo que nos conduce a la verdad plena». Pero «para esto necesita de corazones abiertos, corazones que no se obstinan en el pecado de la idolatría de sí mismos», que consideran que «es más importante lo que pienso» que «la sorpresa del Espíritu Santo».

Y «esto —comentó el Papa— es el mensaje que hoy nos da la Iglesia; y que Jesús dice con tanta fuerza: “¡Vino nuevo en odres nuevos!”». Porque, repitió, «ante las novedades del Espíritu, ante las sorpresas de Dios, también las costumbres deben renovarse». Antes de continuar la celebración, Francisco dijo que espera «que el Señor nos dé la gracia de un corazón abierto, un corazón abierto a la voz del Espíritu, que sepa discernir lo que nunca debe cambiar, porque es fundamento, de aquello que

tiene que cambiar para poder recibir la novedad del Espíritu Santo».

19 de enero de 2016. **Santo y pecador.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 29 de enero de 2016

A pesar de los pecados, todo hombre ha sido elegido para ser santo. Es el mensaje de consolación y de esperanza ofrecido por el Papa Francisco en la misa celebrada en Santa Marta el martes 19 de enero. Quien sugirió la reflexión

fueron las vicisitudes del rey David, el «santo rey David», figura central en la liturgia de estos días, que presenta pasajes tomados del libro de Samuel.

Después de haber visto cómo el Señor había «rechazado a Saúl porque tenía el corazón cerrado», y había pensado en otro rey porque este no le había obedecido. En la primera lectura (1 *Sam*, 16 1-13) se encuentra la narración de cómo «fue elegido» el rey David. Se lee, por lo tanto, que Dios se dirige a Samuel: «¿Hasta



cuándo vas a estar sufriendo por Saúl, cuando soy yo el que lo ha rechazado como rey de Israel? Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino». El profeta intenta resistir temiendo la venganza de Saúl, pero el Señor le invita a ser «astuto» y a simular un simple acto de culto, un sacrificio: «toma una novilla y ve». De aquí inicia, explicó el Pontífice, la narración de lo que fue «el primer paso de la vida del rey David: la elección». En la Escritura se lee, por lo tanto, que Jesé «presenta a sus hijos»

y que Samuel ante el primero dice: «Seguro que está su ungido ante el Señor». Veía ante sí, en efecto, subrayó Francisco, «un buen hombre». Pero el Señor replicó a Samuel: «No te fijes en su apariencia ni en lo elevado de su estatura porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón». He aquí, por lo tanto, la primera lección: «Nosotros somos tantas veces esclavos de las apariencias, esclavos de las cosas que aparecen y nos

dejamos llevar por estas cosas: "Pero esto parece..." Pero el Señor es la verdad».

La narración continúa, «pasan los siete hijos de Jesé y el Señor no ha elegido a estos», de modo que Samuel pregunta a Jesé si le había presentado a todos los hijos. Y Jesé revela que, en realidad, «Todavía queda el menor, que está pastoreando el rebaño». De nuevo el contraste entre apariencia y verdad: A los ojos de los hombres —comentó el Pontífice— este pequeño no contaba».

Sucedó que, habiendo hecho traer al muchacho, el Señor dijo a Samuel: «Levántate y úngelo». Y, sin embargo era el más pequeño, el que a los ojos del papá no contaba» y «no porque el papá no lo amase», sino porque pensaba «¿cómo Dios escogerá este muchacho?». No consideraba que «el hombre ve la apariencia, y en cambio el Señor ve el corazón». Así «Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde

aquel día en adelante» toda su vida «fue la vida de un hombre ungido por el Señor».

Se podría uno preguntar: «Entonces el Señor lo hizo santo?». La respuesta de Francisco es neta: «No, el rey David es el santo rey David, esto es verdad, pero santo después de una larga vida», llegó, en efecto, a una edad respetable, «aunque también una vida constelada de varios pecados». David fue «santo y pecador». Era «un hombre que supo unir el Reino, supo llevar adelante el pueblo de Israel» y

también un hombre que «tenía sus tentaciones» y cometió pecados. David, incluso, «fue un asesino» que, «para cubrir su lujuria, el pecado de adulterio» mandó matar.

Precisamente él. Tanto que uno se pregunta: «¿Pero el santo Rey David mató?». Es cierto, pero también es cierto que cuando Dios envió al profeta Natán para hacer «ver esta realidad» a David que «no se había percatado de la violencia que había ordenado»; el mismo David «reconoció: “He pecado” y pidió perdón».

Así la vida del rey David «siguió adelante» llena de luces y sombras. Sufrió «en su carne la traición del hijo, pero jamás usó a Dios para vencer una causa propia».

Esbozando la figura del santo y pecador, Francisco recordó cómo en el «momento tan difícil de la guerra», cuando debió «huir de Jerusalén»

David tuvo la fuerza de regresar el arca: «No, Señor, que se quede allá; no usaré al Señor en mi defensa». Y aún, cuando encontró a quien le decía «hombre sanguinario» él

detuvo a uno de los suyos que quería matar a quien le insultaba diciéndole: «Si este me insulta, el Señor le ha dicho que me insulte». En efecto, «en su corazón David sentía: “Me lo merezco”, por ello ordenó: “Dejadlo, quizá el Señor tendrá compasión de mi humillación y me perdonará aún más». En su vida misma David conoció también «la victoria», y la gran «magnanimidad» que lo llevó a no matar a Saúl aun pudiendo hacerlo. En definitiva, concluyó el Pontífice, «¿pero este es el santo Rey David? Sí, santo,



elegido por el Señor, elegido por el pueblo de Dios»; fue también «un gran pecador, pero un pecador arrepentido». Y comentó: «a mí me conmueve la vida de este hombre y me hace pensar en la nuestra». En efecto, «todos nosotros hemos sido elegidos por el Señor en el Bautismo, para estar en su pueblo, para ser santos»; todos hemos sido consagrados por el Señor, en este camino de la santidad», sin embargo, concluyó Francisco, leyendo la historia de este hombre —un «recorrido que comienza de

muchacho y sigue adelante hasta un hombre anciano»— que ha hecho tantas cosas buenas y otras no tan buenas, «me viene el pensar que en el camino cristiano», en el camino que el Señor invita hacer, «no hay un santo sin pasado, ni tampoco un pecador sin futuro».

21 de enero de 2016. El último instrumento.

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 29 de enero de 2016

Contra la envidia, pecado que llega a matar a las personas, Francisco puso en guardia durante la misa celebrada el jueves 21 de enero en la capilla de la Casa Santa Marta.

Tomada del primer libro de Samuel (1 Sam 18, 6-9; 19, 1-

7), la primera lectura —observó enseguida el Papa— «relata la entrada del rey Saúl en la ciudad, después de la victoria contra los filisteos», obtenida con el «duelo entre David y Goliat». En verdad, «era la victoria de todo el pueblo». Y por eso el pueblo «hacía fiesta: era casi una fiesta ritual». La Biblia, explicó Francisco, relata «que cuando murió el rey Saúl en la batalla, el ejército entró después del ocaso, en silencio: victorioso, pero no había hecho fiesta porque el rey había muerto». En cambio, esta vez

«sí hace fiesta, según la tradición». Y así, se lee en la Escritura, «salieron las mujeres de todas las ciudades», cantando y danzando para festejar la victoria». Es también «un ritual de alegría»: recordemos —dijo Francisco— al rey David, cuando danzaba delante del Arca: cantaban todos, acompañándose con tambores, con gritos de alegría y con sistros».

La Biblia añade también que las mujeres, danzando, cantaban: «Saúl mató sus millares y David sus miríadas». Y eran

palabras «que improvisaban en el momento, quizá porque entraba así en el canto». Por tanto, quien había «vencido era el rey: David había matado al filisteo —¡es verdad!—, había sido el instrumento, y el pueblo entendía que el rey era el ungido por el Señor». Así «cantaban: conocían aquella historia de David y lo ponían en el canto».

Pero «Saúl, en lugar de estar contento por esta fiesta, se irritó mucho». Evidentemente «el corazón de Saúl tenía algo malo» —explicó Francisco—,

porque «hizo un cálculo: dieron a David miríadas, ¡y a mí millares!». En suma, «era solo un canto, pero lo tomó a mal: ¿por qué?».

La cuestión, prosiguió el Pontífice, es que el corazón de Saúl «tenía algo que ayudó a que se enfadara: era celoso». «Tuvo un ataque de celos» a causa de ese canto. Tanto que la Biblia nos dice, precisamente, que «se irritó mucho». Así su corazón «comenzó a funcionar en esa dirección». Y «termina peor», hasta tal punto que lo induce a

pensar: a David «no le falta nada más que el reino». Por eso «desde aquel momento miraba a David con sospecha», imaginando continuamente: «¡Este me traicionará!». Por esta razón, afirmó el Papa, Saúl «tomó la decisión de matar» a David. Y «el motivo no era el canto en cuanto canto; el motivo era el corazón enfermo de celos, que lleva a Saúl a la envidia».

«¡Qué fea es la envidia!», remarcó Francisco. En efecto, se trata de «una actitud, de un pecado feo». Y «en el corazón



los celos o la envidia crece como la mala hierba: crece y sofoca la hierba buena». Y así «todo lo que le parece que le hace sombra, le hace mal: no tiene paz. Es un corazón atormentado, es un corazón feo». Y «el corazón envidioso — lo hemos escuchado— lleva a matar, a la muerte».

Por lo demás, la Escritura lo dice claramente: «Por la envidia del diablo ha entrado la muerte en el mundo». No por nada, recordó el Papa, «la envidia es también una de las obras de la carne que los

Apóstoles enumeran en sus cartas, cuando dicen: “las obras del Espíritu Santo son estas; las obras de la carne son estas...”». «La envidia mata — reafirmó Francisco— y no tolera que otro tenga algo que yo no tengo». Y siempre causa sufrimiento, «porque el corazón del envidioso o del celoso sufre: es un corazón sufriente». Precisamente «ese sufrimiento lo lleva adelante, a desear la muerte de los demás».

«Cuántas veces en nuestras comunidades —no debemos ir

demasiado lejos para ver esto— por celos se mata con la lengua», advirtió Francisco. Así sucede que «uno tiene envidia del otro, y comienzan las habladurías: y las habladurías matan». El pasaje bíblico relata, además, que el rey Saúl, aconsejado por su hijo Jonatán, decide no matar a David. Pero después, «pasado el tiempo, en un exceso de ira, buscó» verdaderamente matarlo, «mientras sonaba el arpa». En suma, la envidia «es una enfermedad que viene, que vuelve».

«Pensando y reflexionando en este pasaje de la Escritura», añadió el Pontífice, «me invito a mí mismo —y a todos— a buscar si en mi corazón hay algo atribuible a los celos o a la envidia, que siempre lleva a la muerte y me impide ser feliz». Porque, prosiguió, «siempre esta enfermedad lleva a mirar lo bueno del otro como si fuera en perjuicio tuyo». Y «este es un pecado feo: es el inicio de tantos, tantos crímenes». «Pidamos al Señor —prosiguió el Papa— que nos dé la gracia de no abrir el corazón a los

celos, de no abrir el corazón a la envidia, porque siempre estas cosas llevan a la muerte». Y recordó, a propósito de esto, la actitud de Pilato: era un hombre «inteligente, y Marco, en el evangelio, dice que Pilato se había dado cuenta de que los jefes de los escribas le habían entregado a Jesús por envidia».

Por tanto, «la envidia —según la interpretación de Pilato, que era muy inteligente, ipero cobarde!— es la que llevó a la muerte a Jesús». Y fue «el instrumento, el último

instrumento: se lo habían entregado por envidia».

Antes de reanudar la celebración, Francisco pidió «al Señor la gracia de no entregar jamás, por envidia, a la muerte a un hermano, a una hermana de la parroquia, de la comunidad, ni siquiera a un vecino del barrio: cada uno tiene sus pecados, cada uno tiene sus virtudes. Son propias de cada uno». Y al final invitó a «mirar el bien y a no matar con las habladurías por envidia o por celos».

22 de enero de 2016. **Las doce columnas.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 29 de enero de 2016

«Oración y testimonio» son las «dos tareas de los obispos» que son «columnas de la Iglesia». Pero si se debilitan, sufre todo el pueblo de Dios. Por eso, pidió el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 22 de enero en la capilla de la Casa

Santa Marta, es necesario rezar insistentemente por los sucesores de los doce Apóstoles.

La reflexión del Pontífice sobre la figura y la misión del obispo se basó en el pasaje del evangelista Marcos (Mc 3, 13-19) proclamado durante la liturgia de hoy. «Hay una palabra, en este pasaje del evangelio, que atrae la atención: Jesús “instituyó”». Y esta palabra «aparece dos veces». En efecto, escribe Marcos: «Instituyó a Doce, que llamó apóstoles». Y después



retoma: «Instituyó, pues, a los Doce», y los nombra uno tras otro». Por tanto, explicó el Pontífice, «Jesús, entre tanta gente que lo seguía —nos dice el evangelio—, “llamó a sí a los que quería”». En suma, «hay una elección: Jesús eligió a los que él quería». Y, precisamente, «instituyó a Doce. Que llamó apóstoles». En efecto, prosiguió Francisco, «había otros: estaban los discípulos», y «el evangelio habla de setenta y dos, en una ocasión». Pero «estos eran otra cosa». Los «Doce son

instituidos para que estén con él y para mandarlos a predicar con el poder de expulsar los demonios», explicó el Papa. «Es el grupo más importante que Jesús eligió, “para que estuvieran con él”, más cercanos, “y para mandarlos a predicar” el Evangelio». Y «con el poder de expulsar los demonios», también añade Marcos. Precisamente los «Doce son los primeros obispos, el primer grupo de obispos». Estos Doce «elegidos —observó Francisco— tenían consciencia de la importancia de esta

elección, tanto que después de que Jesús subió a los cielos, Pedro habló a los otros y les explicó que, vista la traición de Judas, era necesario hacer algo». Y así, precisamente entre ellos que habían estado con Jesús, desde el bautismo de Juan hasta la ascensión, eligieron «un testigo “con nosotros” —dice Pedro— de la resurrección». Por eso, prosiguió el Papa, «el puesto de Judas fue ocupado, lo tomó Matías: fue elegido Matías». Además, «la liturgia de la Iglesia», refiriéndose a

«algunas expresiones de Pablo», llama a los Doce «las columnas de la Iglesia». Sí, afirmó el Pontífice, «los Apóstoles son las columnas de la Iglesia. Y los obispos son columnas de la Iglesia. Aquella elección de Matías fue la primera ordenación episcopal de la Iglesia».

«Me gustaría decir hoy alguna palabra sobre los obispos», confió Francisco. «Nosotros, obispos, tenemos esta responsabilidad de ser testigos: testigos de que el Señor Jesús está vivo, que el Señor Jesús

ha resucitado, que el Señor Jesús camina con nosotros, que el Señor Jesús nos salva, que el Señor Jesús dio su vida por nosotros, que el Señor Jesús es nuestra esperanza, que el Señor Jesús nos acoge siempre y nos perdona». He aquí «el testimonio». En consecuencia, prosiguió, «nuestra vida debe ser esto: un testimonio, un verdadero testimonio de la resurrección de Cristo». Y cuando Jesús, como relata Mateo, hace «esta elección» de los Doce, tiene dos razones. Ante todo, «para que

estuvieran con él». Por eso «el obispo tiene la obligación de estar con Jesús». Sí, «es la primera obligación del obispo: estar con Jesús». Y es verdad «a tal punto que cuando surgió, en los primeros tiempos, el problema de que los huérfanos y las viudas no estaban bien cuidados, los obispos —estos Doce— se reunieron y pensaron qué hacer». E «introdujeron la figura de los diáconos, diciendo: “Que los diáconos se ocupen de los huérfanos, de las viudas”». Mientras que a los Doce, «dice Pedro», les

corresponden «dos tareas: la oración y el anuncio del Evangelio».

Por consiguiente, volvió a decir Francisco, «la primera tarea del obispo es estar con Jesús en la oración». En efecto, «la primera tarea del obispo no es hacer planes pastorales... ino, no!». Es «rezar: esta es la primera tarea». Mientras que «la segunda tarea es ser testigo, es decir, predicar: predicar la salvación que el Señor Jesús nos ha traído». Son «dos tareas difíciles — reconoció el Pontífice—, pero

son precisamente estas dos tareas las que hacen fuertes las columnas de la Iglesia». En efecto, «si estas columnas se debilitan, porque el obispo no reza o reza poco, se olvida de rezar; o porque el obispo no anuncia el Evangelio, se ocupa de otras cosas, también la Iglesia se debilita, sufre. El pueblo de Dios sufre».

Precisamente «porque las columnas son débiles».

Por esta razón, afirmó Francisco, «hoy quiero invitaros a rezar por nosotros, obispos: porque también



nosotros somos pecadores, también nosotros tenemos debilidades, también nosotros corremos el peligro de Judas: también él había sido elegido como columna». Sí, prosiguió, «también nosotros corremos el peligro de no rezar, de hacer algo que no es anunciar el Evangelio y expulsar los demonios». De ahí, reafirmó el Papa, la invitación a «rezar para que los obispos sean lo que Jesús quería, y que todos nosotros demos testimonio de la resurrección de Jesús». Por lo demás, añadió, «el

pueblo de Dios reza por los obispos, en cada misa se reza por los obispos del lugar: se reza por Pedro, la cabeza del Colegio episcopal, y se reza por el obispo del lugar». Pero «esto puede ser insuficiente: se dice el nombre por costumbre y se va adelante». Es importante «rezar por el obispo con el corazón, pedir al Señor: "Señor, protege a mi obispo; protege a todos los obispos, y mándanos obispos que sean verdaderos testigos, obispos que recen y obispos que nos ayuden, con su predicación, a

comprender el Evangelio, a estar seguros de que tú, Señor, estás vivo, estás entre nosotros"».

Antes de reanudar la celebración, el Papa sugirió nuevamente rezar, «pues, por nuestros obispos: es una tarea de los fieles». En efecto, «la Iglesia sin obispo no puede ir adelante». Por eso, entonces, «la oración de todos nosotros por nuestros obispos es una obligación, pero una obligación de amor, una obligación de hijos para con el Padre, una obligación de hermanos, para

que la familia permanezca  
unida en la confesión de  
Jesucristo, vivo y resucitado».

28 de enero de 2016. **Sin medida.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 5 de febrero de 2016

El tema del testimonio, entendido como elemento fundamental de la vida del cristiano, fue el centro de la reflexión del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 28 de enero por la mañana. Pero,

¿qué debe caracterizar este testimonio? El Pontífice sacó la respuesta directamente del Evangelio del día, retomando el pasaje de Marcos (Mc 4, 21-25) inmediatamente sucesivo a la «parábola del sembrador». Después de haber hablado de «la semilla que logra dar fruto» y de aquella que, en cambio, cayendo «en tierra no buena no puede dar fruto», Jesús «nos habla de la lámpara», que no se pone debajo del celemín, sino en el candelero. Ella «es luz —explicó—, y el evangelio de Juan nos dice que el

misterio de Dios es luz y que la luz vino al mundo y las tinieblas no la acogieron». Una luz, añadió, que no puede esconderse, sino que sirve «para iluminar».

He aquí, pues, «uno de los rasgos del cristiano, que ha recibido la luz del Bautismo y debe darla». El cristiano, dijo el Papa, «es un testigo». Y precisamente la palabra «testimonio» encierra «una de las peculiaridades de las actitudes cristianas». En efecto, «un cristiano que lleva esta luz, debe hacerla ver porque él

es un testigo». Y si un cristiano «prefiere no hacer ver la luz de Dios y prefiere las propias tinieblas», entonces «le falta algo y no es un cristiano completo». Una parte de él está ocupada, las tinieblas «le entraron en el corazón, porque tiene miedo de la luz» y prefiere «los ídolos». Pero el cristiano «es un testigo», testigo «de Jesucristo, luz de Dios. Y deber poner esta luz en el candelabro de su vida». En el pasaje evangélico propuesto por la liturgia también se habla «de la medida», y se lee: «Con



la medida con que midáis, se os medirá y aun con creces». Esta es, dijo Francisco, «la otra peculiaridad, la otra actitud» típica del cristiano. En efecto, se hace referencia a la magnanimidad, porque es hijo de un padre magnánimo, de gran ánimo».

También cuando dice: «Dad y se os dará», la medida de la que habla Jesús, explicó el Papa, es «plena, buena, rebosante». Del mismo modo, «el corazón cristiano es magnánimo. Está abierto, siempre». No es, pues, «un

corazón que se cierra en el propio egoísmo». No es un corazón que se pone límites, que «cuenta: hasta aquí, hasta allá». Y continuó: «Cuando tú entras en esta luz de Jesús, cuando entras en la amistad de Jesús, cuando te dejas guiar por el Espíritu Santo, el corazón se abre, llega a ser magnánimo». Se activa, en este punto, una dinámica particular: el cristiano «no gana: pierde». Pero, en realidad, concluyó el Pontífice, «pierde para ganar otra cosa, y con esta "derrota" de intereses,

gana a Jesús, gana convirtiéndose en testigo de Jesús».

Para calar en concreto en su reflexión, Francisco se dirigió en este punto a un grupo de sacerdotes que celebraban las bodas de oro de su ordenación: «cincuenta años por el camino de la luz y del testimonio», y «tratando de ser mejores, tratando de llevar la luz en el candelabro»; una luz que, es la experiencia de todos, a «veces cae», pero que siempre es bueno tratar de volver a proponer «generosamente, es

decir, con corazón magnánimo». Y, al agradecer a los sacerdotes cuanto han hecho «en la Iglesia, por la Iglesia y por Jesús», deseándoles la «gran alegría de haber sembrado bien, de haber iluminado bien y de haber abierto los brazos para recibir a todos con magnanimidad», el Papa también les dijo: «Solamente Dios y vuestra memoria saben a cuánta gente habéis recibido con magnanimidad, con bondad de padres, de hermanos» y «a cuánta gente que tenía el

corazón un poco oscuro, habéis dado luz, la luz de Jesús».

Porque, concluyó precisando su razonamiento, «en la memoria de un pueblo» permanecen «la semilla, la luz del testimonio y la magnanimidad del amor que acoge».

29 de enero de 2016. Del  
pecado a la corrupción.

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
5, viernes 5 de febrero de 2016

Una oración por toda la Iglesia,  
para que jamás caiga del  
pecado a la corrupción, fue  
recomendada por el Papa  
durante la misa celebrada el  
viernes 29 de enero por la  
mañana en la capilla de la Casa  
Santa Marta.

Refiriéndose a la primera lectura —tomada del segundo libro de Samuel (11, 1-4. 5-10. 13-17—, Francisco observó enseguida: «Hemos escuchado el pecado de David, el grave pecado del santo rey David. Porque David es santo, pero también pecador, fue pecador». En efecto, «hay algo que cambia en la historia de este hombre». De hecho, sucedió que «en tiempo de guerra, David mandó a Joab con sus servidores a combatir, y él se quedó en el palacio». Generalmente “él iba a la

cabeza del ejército”, pero esta vez su comportamiento fue diferente.

El relato bíblico, explicó el Papa, «nos muestra a un David un poco cómodo, un poco tranquilo, no en el sentido bueno de la palabra». Tanto que «un atardecer, después de la siesta, mientras daba un paseo por la terraza del palacio, ve a una mujer y siente la pasión, la tentación de la lujuria, y cae en el pecado». La mujer era Betsabé, esposa de Urías el hitita. Se trata, pues, de «un pecado». Y Dios,



observó Francisco, «lo quería tanto a David».

A continuación, «las cosas se complican, porque, pasado un poco de tiempo, la mujer le hace saber que estaba

embarazada». Su marido — recordó el Papa— «combatía por el pueblo de Israel, por la gloria del pueblo de Dios».

Mientras que «David traicionó la lealtad de aquel soldado por la patria, traicionó la fidelidad de aquella mujer por su marido, y cayó muy bajo».

Y «cuando tuvo la noticia de que la mujer estaba

embarazada —se preguntó el Pontífice—, ¿qué hizo? ¿Fue a rezar, a pedir perdón?». No, se quedó «tranquilo» y se dijo a sí mismo: «saldré adelante». Así, convocó «al marido de la mujer y lo hizo sentir importante». Se lee en el pasaje bíblico que David «le preguntó cómo estaban Joab y la tropa, y cómo iba la guerra».

En suma, «una pincelada de vanidad para hacerlo sentir un poco importante». Y después, al darle las gracias, «le hizo dar un hermoso obsequio», recomendándole que fuera a su

casa a descansar. De este modo, David «quería cubrir el adulterio: aquel hijo habría sido hijo del marido de Betsabé».

Pero «este hombre —prosiguió el Papa— era una persona de ánimo puro, tenía un gran amor y no fue a su casa: pensó en sus compañeros, pensó en el arca de Dios bajo las tiendas, porque llevaban el arca, y pasó la noche con sus compañeros, con los siervos, y no fue enseguida donde su mujer».

Así, «cuando le avisaron a David —porque conocían la

historia, los rumores circulaban —, ¡imaginaos!».

He aquí, entonces, que «David lo invitó a comer y beber con él, preguntándole —y aquí el texto es algo reducido— “pero, ¿por qué no has ido a tu casa?”». Y la respuesta del hombre noble es: «¿Podría permitirme, mientras mis compañeros están bajo las tiendas, el arca de Dios está bajo una tienda, en lucha contra los enemigos, ir mi casa a comer, a beber, a acostarme con mi mujer? ¡No! Esto no puedo hacerlo». Y así «David lo

hizo volver, le dio de comer y beber otra vez y lo hizo emborrachar». Pero «Urías no volvió a su casa: pasó la segunda noche con sus compañeros».

Por tanto, prosiguió el Papa, «David se encontraba en dificultad, pero pensó para sí: "Pero no, lo lograré"». Y así «escribió una carta, como hemos escuchado: "Poned a Urías al mando, frente a la batalla más dura, después retiraos detrás de él para que sea herido y muera"». En pocas palabras, se trata de una

«condena a muerte: este hombre fiel —fiel a la ley, fiel a su pueblo, fiel a su rey— es condenado a muerte».

«Me pregunto —confió Francisco— leyendo este pasaje: ¿dónde está aquel David, muchacho valiente, que sale al encuentro del filisteo con su honda y cinco piedras, y le dice: “Mi fuerza es el Señor”? No, no son las armas. Tampoco las armas de Saúl andaban bien para él».

«Es otro David», destacó el Papa. En efecto, «¿dónde está aquel David que, sabiendo que

Saúl quería matarlo, dos veces tuvo la oportunidad de matar al rey Saúl, y dijo: "No, no me permito tocar al ungido del Señor"?». La realidad, explicó Francisco, es que «este hombre cambió, este hombre se reblandeció». Y, añadió, «me viene a la mente un pasaje del profeta Ezequiel, capítulo 16, versículo 15, cuando Dios habla a su pueblo como un esposo a su esposa, y dice: "Pero después de que te di todo esto, te ufanaste de tu belleza y, aprovechando de tu fama, te has prostituido. Te has sentido

segura y te has olvidado de mí"». .

Y es precisamente «lo que sucedió con David en aquel momento», insistió Francisco: «El grande, el noble David se sintió seguro, porque el reino era fuerte, y pecó así: pecó de lujuria, pecó de adulterio y también asesinó injustamente a un hombre noble, para cubrir su pecado».

«Este es un momento en la vida de David —hizo ver el Pontífice— que podríamos aplicar a la nuestra: es el paso del pecado a la corrupción».



Aquí «David comienza, da el primer paso hacia la corrupción: obtiene el poder, la fuerza. Por eso «la corrupción es un pecado más fácil para todos nosotros que tenemos algún poder, ya sea poder eclesiástico, religioso, económico, político». Y «el diablo nos hace sentir seguros: “Lo lograré”». Pero «el Señor quería tanto a David, tanto que después mandó reflejar su alma: envió al profeta Natán para reflejar su alma; y él se arrepintió, lloró —“he pecado”—, y se dio cuenta de

ello».

«Quiero subrayar hoy — reafirmó Francisco— sólo esto: hay un momento en el que la costumbre del pecado o un momento en el que nuestra situación es tan segura y somos bien vistos y tenemos tanto poder, tanto dinero, no sé, tantas cosas». También «a nosotros, sacerdotes, puede sucedernos esto: tanto que el pecado deja de ser pecado y se transforma en corrupción. El Señor siempre perdona. Pero una de las cosas más feas que tiene la corrupción es que el

corrupto no tiene necesidad de pedir perdón, no la siente». El Papa, pues, invitó a rezar «por la Iglesia, comenzando por nosotros, por el Papa, por los obispos, por los sacerdotes, por los consagrados, por los fieles laicos: “Señor, sálvanos, sálvanos de la corrupción. Pecadores, sí, Señor, somos todos, pero corruptos, jamás”». Al Señor, concluyó, «pidámosle esta gracia».

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **FEBRERO.**

1 de febrero de 2016. **No hay humildad sin humillación.**

4 de febrero de 2016. **La mejor herencia.**

5 de febrero de 2016.

**Disminuir, disminuir, disminuir.**

23 de febrero de 2016. **Entre el hacer y el decir.**

25 de febrero de 2016. **El nombre y el adjetivo.**

29 de febrero de 2016. **La salvación viene de lo**

pequeño.

1 de febrero de 2016. **No hay humildad sin humillación.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 5 de febrero de 2016

No hay humildad y no hay santidad sin pasar a través del camino de la humillación: es esta la verdad que Francisco ha vuelto a proponer —recordando la historia de David— durante la misa celebrada el lunes 1 de febrero, por la mañana, en la

capilla de Santa Marta.

«En la primera lectura se continúa con la historia del rey David, el santo rey David», hizo notar inmediatamente el Papa, refiriéndose al pasaje tomado del segundo libro de Samuel (15, 13-14,30; 16, 5-13). Es una historia, explicó, «que comienza cuando Samuel fue a casa de su padre y David fue ungido rey», aun siendo todavía un muchacho. Después «creció, tuvo sus dificultades, pero siempre había sido un hombre que respetaba al rey que no lo quería». El soberano,



en efecto, «sabía que él sería su sucesor». Y «al final David pudo unificar el reino de Israel: todos en torno a él» pero «se sintió seguro y comenzó a debilitarse el celo por la casa del Señor».

Precisamente «en aquel momento —hemos escuchado el otro día— David está a un paso de entrar en la corrupción», continuó Francisco. Así «el santo rey David, pecador pero santo, llegó a ser corrupto». Sin embargo, he aquí que «el profeta Natán, enviado por

Dios», le hace entender qué cosa fea había hecho, una cosa mala: porque un corrupto no se da cuenta. Es necesaria una gracia especial para cambiar el corazón corrupto». Así «David, que aún tenía el corazón noble», reconoce haber pecado, «reconoce su culpa». ¿Y qué dice Natán? He aquí sus palabras: «El Señor perdona tu pecado, pero la corrupción que tu sembraste crecerá. Tú mataste un inocente para encubrir un adulterio. La espada no se alejará jamás de tu casa». Por lo tanto, explicó

el Papa, «Dios perdona el pecado, David se convierte, pero las heridas de una corrupción difícilmente se curan. Lo vemos en tantas partes del mundo».

Es en este punto de la historia de David, afirmó Francisco, que «llegamos al pasaje de hoy: el hijo de David hace la guerra al padre. Quiere el poder: el hijo ya está corrompido». Pero «¿qué hace David? con esa nobleza que, después de su pecado, reconquistó —también la penitencia que había hecho para salvar al hijo que había

muerto, el hijo del adulterio—  
reúne a los suyos: “Dejemos la  
ciudad, para que Absalón —el  
hijo— no haga caer sobre  
nosotros la desgracia y pase a  
la ciudad bajo el filo de la  
espada”, como era costumbre  
en aquellos tiempos».

«Dios le impuso a David un  
duro castigo: “La espada no se  
alejara jamás de tu casa”»,  
recordó el Pontífice. Pero «él  
defiende la casa y huye, se  
va». ¿Es quizá «un cobarde?  
No, es un padre». Y «deja que  
regrese el arca», no se pone a  
«usar a Dios, para defenderse».

En definitiva, David «se va para salvar a su pueblo: este es el camino de santidad que David, después de aquel momento en el que había entrado la corrupción, comienza a recorrer».

El pasaje bíblico, prosiguió el Papa, nos presenta a David mientras sube, llorando, la cuesta de los olivos. Llevaba «la cabeza cubierta», en señal de luto, y caminaba descalzo. Hacía penitencia. También «toda la gente que estaba con él, los más íntimos, llevaba la cabeza cubierta y subía

llorando: el llanto y la penitencia». La Escritura nos hace saber que «algunos, que no lo querían, comenzaron a seguirle e insultarle». Entre estos, estaba Simei, que lo llamaba «sanguinario», recordándole «el crimen que había cometido con Urías el hitita para encubrir el adulterio».

Abisaí, una de las personas más cercanas a David, «quiere defenderlo» y quiere cortarle la cabeza a Simei para hacerle callar. Pero David da «un paso más: "si este hombre maldice

es porque el Señor se lo ha dicho: maldice a David"». Y «después dice a sus siervos: "He aquí que, el hijo salido de mis entrañas busca quitarme al vida"». Piensa, en efecto, en su hijo Absalón. Y por esto se dirige aún a sus siervos: «A este hombre de la tribu de Benjamín dejadlo maldecir, ya que se lo ha ordenado el Señor».

La cuestión, explicó Francisco, es que «David sabe ver las señales: es el momento de la humillación, es el momento en el que él está pagando su

culpa». Tanto es así que exclama: «Quizá el Señor mirará mi aflicción y me devolverá bien a cambio de la maldición de hoy». En resumen «se confía a las manos del Señor: este es el recorrido de David, desde el momento de la corrupción a este abandono en las manos del Señor. Y esta es santidad. Esta es humildad». Yo pienso —prosiguió el Papa— que cada uno de nosotros, si alguien dice una cosa fea», reacciona diciendo: «Pero no, yo no lo he hecho, esto no es verdad, no». En la práctica



nosotros «buscamos inmediatamente decir que no es verdad». O bien «hacemos como Simeí: damos una respuesta aún peor». Pero «la humildad —afirmó Francisco— puede llegar a un corazón solamente a través de la humillación: no hay humildad sin humillaciones». Y «si tú no eres capaz de soportar algunas humillaciones en tu vida, no eres humilde. Es así: yo diría así de matemático, así de simple».

Por ello, volvió a decir el Papa, «el único camino para la

humildad es la humillación». Por lo tanto, «el fin de David, que es la santidad, llega a través de la humillación». También «el fin de la santidad que Dios regala a sus hijos, regala a la Iglesia, viene a través de la humillación de su Hijo que se deja insultar, que se deja llevar sobre la cruz, injustamente». Y «este hijo de Dios que se humilla es el camino de la santidad: David, con su actitud, profetiza esta humillación de Jesús». Antes de continuar con la celebración eucarística,

Francisco pidió «al Señor, por cada uno de nosotros, para toda la Iglesia, la gracia de la humildad, y también la gracia de entender que no es posible ser humildes sin humillación».

4 de febrero de 2016. **La mejor herencia.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 12 de febrero de 2016

«La fe es la más grande herencia que un hombre puede dejar». Y precisamente la fe nos invita a «no tener miedo de la muerte», que es sólo el inicio de otra vida. Es el punto central de la reflexión del Papa

en la misa del jueves 4 de febrero, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«En estas semanas la Iglesia, en la liturgia, nos ha hecho reflexionar sobre el santo rey David», hizo presente Francisco. Y «hoy —prosiguió— nos narra su muerte».

Al recordar que «en cada vida hay un fin», el Papa volvió a proponer la regla que David deja al hijo Salomón: «Yo me voy por el camino de cada hombre sobre la tierra». No obstante, añadió, «sea al camino de la vida», es también

«un pensamiento que no nos gusta tanto». En efecto, ha dicho Francisco, tendemos casi a alejar el pensamiento de la muerte —«Estoy enfermo, estoy un poco anciano...», «pero, isé fuerte, sigue adelante!»— y «tenemos miedo», también si «es la realidad de todos los días». «En un poblado del norte de Italia» recordó el Pontífice, precisamente «al ingreso del cementerio está escrito así: “Tú que pasas, detén tu paso y piensa, de tus pasos, en el último”». Pensar, por lo tanto:

«esta es una luz que ilumina la vida». Y «la vida de David — explicó— fue una vida vivida con intensidad por aquel muchacho que llevaba a pastar el rebaño, con tantas dificultades; ungido por el Señor, después vivió bien, como un hombre que amaba al Señor; después, cuando se sintió seguro, comenzó a pecar y casi, casi, casi acaba en la corrupción».

Pero David, prosiguió Francisco, «se arrepintió, lloró, peco otra vez. Y así. Pero aprendió a pedir perdón por sus pecados. Y

la Iglesia dice: el santo rey David. Pecador, pero santo». Por lo que «esta vida acaba así: comienza a los 16, 17 años, y acaba». Además, «la duración de su poder, del reino, fue de cuarenta años». Pero «también los 40 años pasan».

«En una de las audiencias del miércoles —confesó— se encontraba una hermanita anciana, pero con una cara pacífica, una mirada luminosa». Francisco le preguntó cuántos años tenía. Y la religiosa, con una sonrisa: «83, pero estoy acabando mi recorrido en esta



vida para comenzar el otro camino con el Señor, porque tengo un cáncer de páncreas». Y «así en paz —dijo el Papa— esa mujer había vivido con intensidad su vida consagrada. No tenía miedo de la muerte», tanto que dijo: «Estoy acabando mi camino de vida para comenzar el otro». La muerte, recalcó el Papa, «es un paso» y «estos testimonios nos hacen bien».

«Cuando se está por morir —prosiguió Francisco— es costumbre dejar un testamento». Así hace también

David llamando «al hijo Salomón». Y «¿qué le aconseja, que le deja en herencia al hijo?». Le dice: «Ten valor y sé hombre». En síntesis, David «vuelve a lo que el Señor le dijo a Moisés, a Josué: Sé fuerte, sé hombre; observa la ley del Señor, tu Dios, continuando en sus caminos y cumpliendo las leyes, sus mandatos, sus normas, la instrucción, como está escrito en la ley de Moisés». David le hereda el reino, un reino fuerte», pero «deja también otra cosa, que es la herencia

más bella y más grande que un hombre o una mujer pueda dejar a los hijos: le deja la fe». En el pasaje bíblico actual se leen las palabras de David: «para que el Señor cumpla la promesa que me hizo diciendo: “Si tus hijos vigilan sus pasos, caminando fielmente ante mí, con todo su corazón y toda su alma, no te faltará uno de los tuyos sobre el trono de Israel”». Es precisamente «la fe en la promesa de Dios: dejar la fe como gran herencia», explicó Francisco. «Cuando se hace un testamento —añadió el

Pontífice— la gente dispone: “Esto lo dejo a este, esto a aquel...”». Pero «la más bella herencia, la más grande herencia que un hombre, una mujer puede dejar a sus hijos es la fe» recalcó. Y «David se acuerda de las promesas de Dios, hace memoria de la propia fe en estas promesas y se las recuerda al hijo: dejar la fe como herencia». A propósito el Papa hizo notar: «Cuando, en el rito del bautismo, damos —los papás— la vela encendida, la luz de la fe, decimos: “Custódiala, consévala, hazla

crecer en tu hijo y en tu hija, y déjala en herencia"». Por lo tanto, «dejar la fe como herencia: esto nos enseña David. Y muere así, sencillamente como todo hombre». Pero «sabe bien qué aconsejar al hijo y cuál es la mejor herencia que le puede dejar: no el reino, sino la fe. Y recita de memoria lo que el Señor había prometido».

«Todos nosotros iremos por el camino de nuestros padres — afirmó Francisco— pero cuándo, sólo lo sabe Él». Y así «nos hará bien preguntarnos:

«¿Cuál es la herencia que yo dejo con mi vida? ¿Dejo la herencia de un hombre, una mujer de fe? ¿A los míos dejo esta herencia?».

En esta perspectiva, concluyó, «pidamos al Señor dos cosas». Sobre todo «no tengáis miedo de este último paso, como la hermana de la audiencia del miércoles» que confía: «Estoy acabando mi recorrido y comienzo otro». Y la segunda cosa que hay que pedir al Señor es «que todos nosotros podamos dejar con nuestra vida, como mejor herencia, la

fe: la fe en este Dios fiel, este Dios que siempre está a nuestro lado, este Dios que es Padre y no defrauda jamás».

5 de febrero de 2016.

**Disminuir, disminuir,  
disminuir.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
6, viernes 12 de febrero de  
2016

Juan Bautista, «el más grande  
de los profetas», nos enseña  
una regla fundamental de la  
vida cristiana: hacernos  
pequeños con humildad para  
que sea el Señor quien crezca.



Es este el «estilo de Dios», diverso del «estilo de los hombres», que el Papa propuso durante la misa celebrada el viernes 5 de febrero en la capilla de la Casa Santa Marta. Marcos, en el pasaje evangélico de hoy (6, 14-29), escribe «que la gente hablaba de Jesús porque "su nombre se había hecho famoso"». En definitiva «todos hablaban» y se preguntaban quién sería él realmente. Y así uno decía: «Es uno de los profetas que ha regresado». Y otro: «Es Juan Bautista que ha resucitado». El

hecho es que ante Jesús «la gente se quedaba con curiosidad». Mientras que el rey Herodes, escribe aún Marcos, era «temeroso, angustiado» también porque «era perseguido por el fantasma de Juan» a quien él había mandado matar. Además, hizo notar Francisco, están «otros personajes que aparecen en este pasaje del Evangelio: una mujer mala, que odiaba y buscaba venganza; una muchacha que no sabía nada y solo le interesaba su vanidad». Tanto

que «parece una novela»: es la historia de Herodías y de su hija.

Precisamente en este marco — explicó el Papa— el evangelista narra el fin de Juan Bautista, «el hombre más grande nacido de mujer» como dice la fórmula de canonización». Y nacido de mujer, el santo más grande: así Jesús lo canonizó».

Pero Juan «acaba en la cárcel, decapitado». Y «la única frase» del pasaje evangélico de hoy parece tener además una nota de «resignación»: «los discípulos de Juan, al enterarse

del hecho, fueron a recoger el cadáver y lo pusieron en un sepulcro». Es así que «acaba “el hombre más grande nacido de mujer”»: un gran profeta, el último de los profetas, el único a quien se le permitió ver la esperanza de Israel». Sí «el gran Juan que ha invitado a la conversión: todo el pueblo lo seguía y le preguntaba “¿qué debemos hacer?”».

Lo seguían, añadió el Pontífice, «también los soldados, todos iban detrás de él para hacerse bautizar, para pedir perdón, a tal punto que los doctores de la

ley fueron a él para hacerle una pregunta: ¿eres tú aquel que nosotros esperamos?».

La respuesta de Juan es clara: «No, no, yo no. Hay otro que viene detrás de mí: ese es. Yo soy solamente la voz que grita en el desierto».

Al respecto, explicó el Papa, «san Agustín nos hace pensar bien cuando dice: "Sí, Juan dice de sí mismo que es la voz, porque detrás de él viene la Palabra"». Y «Cristo es la Palabra de Dios, el verbo de Dios». En verdad «Juan es grande» propuso Francisco.

Grande cuando dice que no es él aquel a quien esperan: precisamente «aquella frase es su destino, su programa de vida: "Aquel, el que viene detrás de mí, debe crecer; yo, en cambio, disminuir"».

Precisamente «así fue la vida de Juan: disminuir, disminuir, disminuir y acabar de esta manera tan prosaica, en el anonimato». Y así, Juan fue «alguien grande que no buscó su propia gloria, sino la de Dios».

Y no acaba aquí. El Pontífice quiso destacar el hecho de que

Juan «sufrió en la cárcel además —digamos la palabra— la tortura interior de la duda». Hasta preguntarse: «Pero, quizá me he equivocado. Este Mesías no es como imaginaba que debería ser el Mesías». Tanto que «invitó a sus discípulos a preguntar a Jesús: "Di la verdad: ¿eres tú quien debe venir?"». Evidentemente «esa duda la hacía sufrir» y se preguntaba: «¿Me he equivocado en anunciar uno que no era? ¿He engañado al pueblo?». Fue grande «el sufrimiento, la

soledad interior de este hombre». Y así vuelven, con toda su fuerza, sus palabras: «Yo, en cambio, debo disminuir, pero disminuir así: en el alma y en el cuerpo, todo». A la duda de Juan, «Jesús responde: "Mira lo que sucede". Y se fía, no dice: «Soy yo». dice: «Id y anunciad a Juan lo que habéis visto». Da también las señales, y lo deja sólo con la duda y la interpretación de los signos». Así pues, afirmó Francisco, «este es el gran profeta». Pero siempre respecto a Juan «hay una última cosa que nos hace



pensar: con esta actitud de «disminuir» para que Cristo pueda «crecer», ha preparado el camino hacia Jesús. Y Jesús murió en angustia, solo, sin discípulos». La «gran gloria» de Juan, por lo tanto, es el haber sido profeta no sólo de palabras, sino con su carne: con su vida preparó el camino hacia Jesús. ¡Es un grande!». En conclusión, el Papa sugirió —«nos hará bien»— «leer hoy este pasaje del Evangelio de Marcos, capítulo 6». Sí, insistió, «leer ese trozo» para «ver cómo Dios vence: el estilo de

Dios no es el estilo del hombre». Y precisamente a la luz del pasaje evangélico, «pedir al Señor la gracia de la humildad que Juan tenía, y no adjudicarnos a nosotros méritos y glorias de otros». Y «sobre todo la gracia de que nuestra vida siempre esté en su lugar para que Jesús crezca y nosotros disminuyamos, hasta el final».

23 de febrero de 2016. **Entre el hacer y el decir.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 26 de febrero de 2016

No sirve de nada autoproclamarse cristianos, porque «Dios es concreto» y la vida cristiana es la del «hacer» y no «la religión del decir». Así lo expresó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada

en la capilla de la Casa Santa Marta el 23 de febrero por la mañana, invitando a todos a realizar un examen de conciencia sobre las bienaventuranzas y en especial sobre el propio testimonio en la familia.

«La liturgia de la Palabra de hoy nos introduce en la dialéctica evangélica entre el hacer y el decir», observó desde el inicio el Papa, refiriéndose al pasaje del libro del profeta Isaías (1, 10. 16-20). «El Señor llama a su pueblo a hacer: “Venid,

discutamos". Discutamos y "dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad la justicia, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended la causa de la viuda». En resumidas cuentas «haced, haced cosas», porque «Dios es concreto». Por otra parte, Jesús mismo dijo: «No aquellos que me dicen: "Señor, Señor" entrarán en el reino de los cielos: sino los que han hecho!». Por lo tanto, «no aquellos que dicen» y basta, sino «quienes han hecho la voluntad del Padre».

De esta forma el Papa recordó que «el Señor nos enseña el camino del hacer».

Y, añadió, «cuántas veces encontramos gente —también nosotros—, muchas veces en la Iglesia», que proclama: «¡soy muy católico!». Y te dan ganas de preguntar: «¿tú que haces?». Por ejemplo, evidenció Francisco, «muchos padres se dicen católicos, pero nunca tienen tiempo para hablar con los hijos, para jugar con los propios hijos, para escuchar a sus hijos». Quizás, prosiguió, «tienen a sus padres en una

residencia de ancianos, pero siempre están ocupados y no pueden ir a visitarlos y los dejan abandonados». Pero repiten: «¡Ey, soy muy católico! Formo parte de esa asociación...».

Esta actitud, afirmó el Papa, es típica de la «religión del decir: yo digo que soy así, pero me comporto como un mundano. Como estos clérigos de los cuales hablaba Jesús».

A ellos «les gustaba exhibirse, les gustaba la vanidad, pero no la justicia; les gustaba hacerse llamar maestro; les gustaba el

decir pero no el hacer». Una realidad que se repite también en el pasaje evangélico de la liturgia, tomado del capítulo 23 de Mateo (1-12). «Pensemos — dijo el Papa— en esas diez jóvenes que eran felices, porque esa noche tenían que ir a esperar al esposo. ¡Estaban felices! Cinco habían hecho lo que se debía hacer para esperar al esposo; las otras cinco estaban en las nubes». Y así, prosiguió, cuando «llegó el esposo les faltaba el aceite: eran necias».



«Decir y no hacer es un engaño» advirtió el Pontífice. Y «es un engaño que nos lleva precisamente a la hipocresía». Tal «como Jesús dice de estos clérigos». Pero «el Señor va más allá: ¿qué es lo que les dice que hagan a los que se acercan?».

Sus palabras son: «¡Vamos, venid y discutamos! Aun si vuestros pecados fuesen como escarlata, se volverán blancos como la nieve. Si fuesen rojos como la púrpura se volverán como lana».

De ahí que, explicó Francisco,

«la misericordia del Señor está en el hacer». Tanto que a «quienes tocan a la puerta y dicen: "Pero, Señor, te acuerdas que yo he dicho..."», Él les responde: «¡No te conozco!». Sin embargo, a quienes «hacen» les dice: «Eres pecador como la escarlata, tú serás blanco como la nieve». Así, «la misericordia del Señor va al encuentro de quienes tienen el coraje de confrontarse con Él, pero confrontarse sobre la verdad, sobre las cosas que hago o las que no hago, para corregirme». Y «este es el gran

amor del Señor, en esta dialéctica entre el decir y el hacer».

A continuación el Papa recalcó que «ser cristiano significa hacer: hacer la voluntad de Dios». Y «el último día — porque todos nosotros tendremos uno— ¿qué nos preguntará el Señor? Nos dirá: “¿qué habéis dicho sobre mí?”. ¡No! Nos preguntará sobre las cosas que hemos hecho». Nos preguntará, en resumen, por «las cosas concretas: “Tenía hambre y me diste de comer; tenía sed y me diste de beber;

estaba enfermo y viniste a verme; estaba en la cárcel y viniste a visitarme"». Porque «esta es la vida cristiana». Por el contrario «el solo decir nos lleva a la vanidad, a ese aparentar ser cristiano. Pero no, ino se es cristiano así!». Inmersos en el tiempo que nos acerca a la Pascua, «en este camino de conversión cuaresmal», Francisco propuso un examen de conciencia, sugiriendo algunas preguntas para hacerse a uno mismo: «¿Yo soy de esos que dicen tanto y no hacen nada? O

¿hago algo e intento hacer más?». El objetivo, subrayó, es «hacer la voluntad del Señor para hacer el bien a mis hermanos, a quienes están más cerca».

Como conclusión, antes de continuar con la celebración eucarística, el Papa invitó a rezar para que «el Señor nos dé esta sabiduría de entender bien dónde está la diferencia entre el decir y el hacer, nos enseñe el camino del hacer y nos ayude a ir por ese camino, porque el camino del decir nos lleva al lugar donde estaban

estos doctores de la ley, estos clérigos, a los cuales les gustaba engalanarse y ser como reyezuelos». Pero «¡esta no es la realidad del Evangelio!».

Y de ahí, la oración para que «el Señor nos enseñe este camino».

25 de febrero de 2016. **El nombre y el adjetivo.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 26 de febrero de 2016

¿Estamos abiertos a los demás y somos capaces de misericordia? o ¿vivimos encerrados en nosotros mismos, esclavos de nuestro egoísmo? La parábola evangélica de Lázaro y del

hombre rico, presentada por la liturgia, condujo al Papa Francisco —en la misa celebrada el jueves 25 de febrero de 2016 en Santa Marta— a una reflexión sobre la calidad de la vida cristiana. Recordando la antífona de entrada tomada del salmo 139 (23-24), el Papa subrayó la importancia de pedir al Señor «la gracia de saber» si seguimos «un camino de mentiras» o el «de la vida». Nos encontramos, explicó Francisco, en la línea de la reflexión desarrollada en los días anteriores cuando se



hablaba de la «religión del hacer» y de la del decir», y que es suscitada por los dos personajes evangélicos: el hombre rico, descrito como uno «que vestía de púrpura y lino finísimo» y que «todos los días se entregaba a lujosos banquetes». Una caracterización un poco forzada que quiere mostrarnos a una persona que «tenía todo, todas las posibilidades». Frente a él se encuentra «un hombre pobre llamado Lázaro» que «estaba en su puerta, cubierto de llagas, deseando

alimentarse con lo que caía de la mesa del rico; pero eran los perros los que venían y le lamían las llagas».

El Papa analizó la descripción de los personajes y evidenció como el rico —«se ve en el diálogo final con el padre Abraham»— era «un hombre de fe», que «había estudiado la ley, conocía los mandamientos» y que «seguramente todos los sábados iba a la sinagoga y una vez al año al templo»; en pocas palabras: «un hombre que tenía una cierta religiosidad». Al mismo tiempo, del relato

evangélico emerge como él también era «un hombre cerrado, cerrado en su pequeño mundo, el mundo de los banquetes, la ropa, la vanidad y los amigos». Encerrado en su «burbuja de vanidad», este «no tenía capacidad de mirar más allá» y no se «daba cuenta de lo que sucedía fuera de su cerrado mundo». Por ejemplo, «no pensaba en las necesidades de muchas personas o en la necesidad de compañía de los enfermos», sino que por el contrario pensaba en sí mismo, «en sus riquezas, su buena

vida: se dedicaba a la buena vida». Era —concluyó su análisis el Pontífice— un hombre «religioso, aparente». De hecho, un perfecto ejemplo «de la religión del decir». El rico epulón «no conocía ninguna periferia, estaba todo encerrado en sí mismo». Y sin embargo, «precisamente la periferia» estaba «cerca de la puerta de su casa», pero él «no la conocía». Esta, explicó Francisco, «es el camino de la mentira» del cual en la antífona se pide al Señor que nos libre.

Ante esta descripción, el Pontífice ha profundizado en el análisis interior del hombre rico, una persona que «sólo confiaba en sí mismo, en sus cosas» y «no confiaba en Dios», absolutamente lejos del «dichoso hombre que confía en el Señor», que se le contrapone en el salmo responsorial tomado del salmo 1. «Qué herencia —se preguntó entonces el Papa— dejó este hombre?». Seguramente, dijo de nuevo citando el salmo responsorial, «no es como un árbol plantado junto a

corrientes de agua», sino «como paja que se lleva el viento».

Este hombre tenía una familia, hermanos. En el relato evangélico se lee que le pide al padre Abraham que envíe a alguien para advertirles:

«Deteneos, ¡este no es el camino!». Y cuando murió, explicó Francisco, «no dejó herencia, no dejó vida, ya que sólo estaba cerrado en sí mismo».

Una esterilidad de vida recalcada, señaló el Papa, por un detalle: el Evangelio

hablando de este hombre «no dice cómo se llamaba, sólo dice que era un hombre rico». Un detalle significativo, porque «cuando tu nombre es solamente un adjetivo, es porque has perdido: has perdido la sustancia, has perdido fuerza». De ahí que de algunos se diga: «este es rico, este es poderoso, este puede hacerlo todo, esta es un sacerdote de carrera, un obispo carrera ....». A menudo sucede, explicó el Papa, que tendemos a «nombrar a las personas con adjetivos, no con nombres,

porque no tienen sustancia». Esta era la realidad del rico del relato de hoy.

En este punto, Francisco se hizo una pregunta: «Dios que es Padre, ¿no tuvo misericordia de este hombre? ¿No llamó a su corazón para conmoverlo?».

Y la respuesta fue inmediata: «Sí, estaba en la puerta, estaba en la puerta, en la persona de Lázaro». Lázaro, él sí que tenía un nombre. «Lázaro —añadió el Papa— con sus necesidades y sus miserias, sus enfermedades, era el Señor quien llamaba a la puerta, para



que este hombre abriese su corazón y la misericordia pudiese entrar». Y sin embargo, el rico «no veía» «estaba cerrado» y «para él, más allá de la puerta, no había nada».

El pasaje del Evangelio, comentó el Pontífice, es útil para todos nosotros, a mitad de camino cuaresmal, para hacernos algunas preguntas: «Yo, ¿estoy en el camino de la vida o el camino de la mentira? ¿Cuántas cerraduras aún tengo en mi corazón? ¿Dónde está mi alegría: en el hacer o en el

decir?», y también: ¿ mi alegría está «en salir de mí mismo para ir al encuentro de los demás, para ayudar?», o «¿mi alegría es tener todo resuelto, encerrado en mí mismo? ».

Y mientras pensamos en todo esto, concluyó Francisco, «pidamos al Señor» la gracia «de ver siempre a los Lázaros que están en nuestra puerta, los Lázaros que tocan al corazón», y aquella de «salir de nosotros mismos con generosidad, con actitud de misericordia, para que la misericordia de Dios pueda

entrar en nuestro corazón».

29 de febrero de 2016. **La salvación viene de lo pequeño.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 4 de marzo de 2016

La salvación de Dios no viene de las cosas grandes, del poder o del dinero, de los grupitos clericales o políticos, sino de las cosas pequeñas y sencillas que, algunas veces, suscitan incluso indignación. Es la meditación

propuesta por Francisco durante la misa celebrada el lunes 29 de febrero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«La Iglesia nos prepara para la Pascua y hoy nos hace reflexionar sobre la salvación: cómo pensamos que es la salvación, esa salvación que todos nosotros queremos», afirmó Francisco. Y

precisamente la historia «de la enfermedad de Naamán», narrada en el segundo libro de los Reyes (5, 1-15), «nos acerca al hecho de la muerte:

¿y después?». En efecto, «cuando hay una enfermedad, siempre nos remite a ese pensamiento: la salvación». Pero, se preguntó el Pontífice, «¿cómo viene esta salvación? ¿Cuál es el camino para la salvación? ¿Cuál es la revelación sobre la salvación que Dios nos hace a nosotros cristianos?».

Para el Papa «la palabra clave para comprender el mensaje de hoy de la Iglesia es indignación». Cuando «Naamán, al ir al encuentro de Eliseo, pide la curación, Eliseo

manda a un mensajero a decirle que se bañe siete veces en el Jordán. Una cosa sencilla». Tal vez precisamente por esto «Naamán se irritó» exclamando: «Hice un viaje así, con tantos dones...»: todo, en cambio, se resuelve con un simple baño en el río. Más allá de todo, reprocha Naamán: «nosotros tenemos río mejores que este».

Incluso «los habitantes de Nazaret —puso de relieve Francisco refiriéndose al pasaje evangélico de Lucas (4, 24-30) — se indignaron después de

escuchar la lectura del profeta Isaías, que leyó Jesús ese sábado en la sinagoga diciendo "hoy se cumple esto", que habla de la liberación, del modo en el que el pueblo será liberado». Y comentaban: «¿Qué se cree este? Es uno de nosotros, lo vimos crecer cuando era un muchacho, nunca estudió». Y «se indignaron» en tal medida que «querían matarlo». También, continuó el Papa, «más adelante Jesús escuchó este desprecio por parte de los dirigentes, los doctores de la ley que buscaban la salvación



en la casuística de la moral —“esto se puede hasta aquí, hasta allá...”—, y de ese modo tenían no sé cuántos mandamientos, y el pobre pueblo...». Precisamente por esto la gente no confiaba en ellos. Lo mismo sucedía con «los saduceos, que buscaban la salvación en los acuerdos con los poderes del mundo, con el imperio: unos con los grupitos clericales, otros con los grupitos políticos buscaban de este modo la salvación». Pero «el pueblo tenía olfato y no creía» en ellos. En cambio

«creía en Jesús porque hablaba con autoridad».

«Pero, ¿por qué esta indignación?», es la cuestión planteada por el Pontífice.

«Porque —destacó— en nuestra imaginación la salvación debe venir de algo grande, de algo majestuoso: nos salvan sólo los poderosos, los que tienen fuerza, los que tienen dinero, los que tienen poder, estos pueden salvarnos».

En cambio «el plan de Dios es otro». Y así «se indignan porque no pueden comprender que la salvación sólo viene de

lo pequeño, de la sencillez de las cosas de Dios». Y «cuando Jesús propone el camino de la salvación, nunca habla de cosas grandes», sólo «de cosas pequeñas».

En esta perspectiva, el Papa Francisco sugirió releer las Bienaventuranzas evangélicas —«Te salvarás si haces esto»— y el capítulo 25 de Mateo. Son «los dos pilares del Evangelio: “Ven, ven conmigo porque has hecho esto”». Y se trata de «cosas sencillas: tú no has buscado la salvación o tu esperanza en el poder, en los

grupitos, en las negociaciones, no; has hecho sencillamente esto». Pero precisamente «esto indigna a muchos».

«Como preparación a la Pascua —propuso el Papa— os invito, también yo lo haré, a leer las Bienaventuranzas y Mateo 25, y pensar y ver si algo de esto me indigna, me quita la paz». Porque «la indignación es un lujo que sólo pueden permitirse los vanidosos, los orgullosos». Precisamente «al final de las Bienaventuranzas —explicó Francisco— Jesús dice una palabra» fuerte:

«Bienaventurado quien no se escandaliza de mí», es decir, «que no se indigna por esto, que no siente indignación». Y reflexionando sobre la razón de estas palabras, el Papa repitió que «nos hará bien dedicar un poco de tiempo —hoy, mañana— y leer las Bienaventuranzas, leer Mateo y estar atentos a lo que sucede en nuestro corazón: si hay algo de indignación».

Y «pedir al Señor la gracia de comprender que la única vía de la salvación es la locura de la cruz, es decir el abajamiento

del Hijo de Dios, de hacerse pequeño».

En la liturgia de hoy, concluyó, «lo pequeño» está precisamente «representado por el baño en el Jordán y por el pequeño poblado de Nazaret».

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **MARZO.**

1 de marzo de 2016. **La ecuación del perdón.**

3 de marzo de 2016. **Historia de una fidelidad fallida.**

14 de marzo de 2016. **No comprendo pero confío.**

15 de marzo de 2016. **La serpiente que mata y la que salva.**

17 de marzo de 2016. **El hilo de la esperanza.**



1 de marzo de 2016. **La ecuación del perdón.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 4 de marzo de 2016

La misericordia es el «eje» de la liturgia del martes 1 de marzo. Es la «palabra más repetida» y en ella se centró la reflexión del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta.

En toda la liturgia de la Palabra

resuena este concepto, y en el salmo responsorial se repite: «Acuérdate, Señor, de tu misericordia». Al respecto, el Pontífice explicó que es como si se dijese: «Acuérdate de tu nombre, Señor: ¡tu nombre es misericordia!».

También en la primera lectura, tomada del libro del profeta Daniel (3, 25.34-43), la petición de misericordia está en el centro del relato. Se lee, en efecto, de la «oración de Azarías, uno de los jóvenes que estaban en el horno porque no querían adorar al ídolo de oro»:

él «pide misericordia, para él y para el pueblo; pide a Dios el perdón». No «un perdón superficial», no un quitar simplemente una mancha «como hacen en la tintorería cuando llevamos una prenda de vestir». La petición, puso de relieve el Papa Francisco, es de un «perdón del corazón» que, cuando viene de Dios, «siempre es misericordia».

Azarías «pide humildemente: "Por amor de tu nombre, acuérdate de Abraham, de Isaac, de Jacob"». El joven «recuerda a Dios todas sus

promesas», pero reconoce la necesidad de perdón: «somos más pequeños que todas las naciones, que hoy estamos humillados en toda la tierra, por causa de nuestros pecados; ya no hay en esta hora príncipe, profeta ni caudillo, ni holocausto».

Entra aquí, dijo Francisco, la segunda palabra clave de la meditación del día: «perdón». La dinámica es la siguiente: «me dirijo a Dios recordándole su misericordia y le pido perdón», pero «el perdón como lo da Dios».

Aquí el Pontífice profundizó una característica de este perdón de Dios, cuya perfección es tan incomprensible para nosotros hombres que llega al punto de que Él se «olvida» de nuestros pecados. «Cuando Dios perdona —dijo el Papa— su perdón es tan grande que es como si “olvidase”». Así, «una vez que estamos en paz con Dios por su misericordia», si le preguntáramos al Señor: «Pero, ¿te acuerdas de esa cosa fea que he hecho?», la respuesta podría ser: «¿Cuál? No me acuerdo...».

Es, explicó Francisco, «todo lo contrario de lo que hacemos nosotros» y que surge con frecuencia de nuestras «conversaciones: “Este hizo eso, hizo aquello, hizo también esto otro...”». Nosotros «no olvidamos» y de muchas personas conservamos «la historia antigua, media, medieval y moderna». Y la razón está en el hecho de «que no tenemos un corazón misericordioso».

Dirigiéndose al Señor, en cambio, Azarías puede hacer «un llamado» a su misericordia

«para que nos dé el perdón y la salvación y olvide nuestros pecados». Por ello pide:

«Trátanos conforme a tu bondad», y dice también:

«Trátanos según la abundancia de tu misericordia». Es la misma oración que se repite en el salmo responsorial:

«Acuérdate, Señor, de tu misericordia».

También en el pasaje del Evangelio de Mateo (18, 21-25) se afronta el mismo tema. Aquí el protagonista es Pedro, quien «había escuchado muchas veces al Señor hablar del

perdón, de la misericordia». El apóstol, evidentemente, en su sencillez —«no había cursado muchos estudios, no tenía títulos: era un pescador»— no había comprendido plenamente el significado de esas palabras. Por ello «se acercó a Jesús y le dijo: “Pero, dime, Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Te parece que hasta siete veces?”». Siete veces: tal vez le pareció haber sido incluso «generoso». Pero «Jesús lo detiene y dice: “No te digo hasta siete veces, sino hasta



setenta veces siete"».

Para explicarse mejor, Jesús relata la parábola del rey «que quiso ajustar cuentas con sus siervos». A este, se lee en la Escritura, le fue presentado «uno que le debía diez mil talentos», una cantidad enorme para la cual, «según la ley de esos tiempos», se hubiese visto obligado a vender «todo, también la esposa, los hijos y los campos». Ante esta situación, dijo el Papa retomando el relato evangélico, el deudor «comenzó a llorar, a pedir misericordia, perdón»,

hasta que «su señor tuvo  
"compasión"».

«Compasión», explicó el Pontífice, es otra palabra que se aproxima fácilmente al concepto de misericordia. Cuando en los Evangelios se habla de Jesús y cuando se describe su encuentro con un enfermo, se lee, en efecto, que Él «tuvo "compasión" de él». La parábola continúa con el propietario que «dejó marchar» al siervo «le perdonó la deuda». Se trataba de «una deuda grande». El siervo, en cambio, al encontrarse «con

uno de sus compañeros, que tenía una pequeña deuda con él, quería mandarlo a la cárcel». Ese hombre, explicó el Papa, «no había comprendido lo que su rey había hecho con él» y así se «comportó de forma egoísta». Como conclusión del relato, el rey llama al siervo al cual había perdonado la deuda y lo mandó a la cárcel porque no había sido «generoso». Es decir, no había hecho «con su compañero lo que Dios había hecho con él».

Para sacar una enseñanza válida para todos, Francisco

recordó la frase del Padrenuestro que dice: «Perdona nuestras ofensas así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Y afirmó que se trata de «una ecuación», o sea: «Si tú no eres capaz de perdonar, ¿cómo podrá perdonarte Dios?». El Señor, añadió el Papa, «quiere perdonarte, pero no podrá hacerlo si tú tienes el corazón cerrado, y la misericordia no puede entrar». Alguien podría objetar: «Padre, yo perdono, pero no puedo olvidar el mal que me ha

hecho...». La respuesta es: «Pide al Señor que te ayude a olvidar». En todo caso, añadió el Pontífice, si es verdad que «se puede perdonar, pero olvidar no siempre se logra», seguramente no se puede aceptar la actitud del «"perdonar" y "me la pagarás"». Es necesario, en cambio, «perdonar como perdona Dios», quien «perdona al máximo».

Concluyendo su meditación el Papa se centró en nuestras dificultades de cada día: «No es fácil perdonar; no es fácil»

reconoció, y recordó cómo en muchas familias hay «hermanos que pelean por la herencia de los padres y no se saludan nunca más en la vida; muchas parejas pelean y crece, crece el odio, y esa familia acaba destruida». Estas personas «no son capaces de perdonar. Y este es el mal». Que la Cuaresma, fue el deseo de Francisco, «nos prepare el corazón para recibir el perdón de Dios. Pero recibirlo y luego hacer lo mismo con los demás: perdonar de corazón». Es decir, tener una actitud que nos lleve

a decir: «Tal vez no me saludas nunca, pero en mi corazón yo te he perdonado».

Es esta la mejor forma, concluyó, para acercarnos «a esta cosa tan grande, de Dios, que es la misericordia». En efecto, «perdonando abrimos nuestro corazón para que la misericordia de Dios entre y nos perdone a nosotros». Y todos tenemos motivos para pedir el perdón de Dios: «Perdonemos y seremos perdonados».

## 3 de marzo de 2016. **Historia de una fidelidad fallida.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 4 de marzo de 2016

Reconocerse pecadores y ser capaces de pedir perdón es el primer paso para responder con claridad, sin entablar negociaciones, a la respuesta que Jesús nos dirige a cada uno de nosotros: «¿estás conmigo o contra mí?». La invitación a



abrirse incondicionalmente a la misericordia de Dios la lanzó el Papa durante la misa celebrada el 3 de marzo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Al inicio de la primera lectura, destacó inmediatamente Francisco, el profeta Jeremías (7, 23-28) «nos recuerda el pacto de Dios con su pueblo: “escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo, y seguiréis todo camino que yo os mandaré, para que os vaya bien». Es «un pacto de fidelidad». Y «ambas

lecturas —prosiguió— nos narran otra historia: este pacto ha caído y hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre, podemos llamarla así, una historia fallida de fidelidad». En realidad, «Dios sigue siendo fiel, porque no puede renegar de sí mismo», en cambio el pueblo acumula infidelidades «una tras otra: es infiel, siguió siendo infiel».

En el libro de Jeremías se lee que pueblo no confió en el pacto: «ellos no escucharon, ni prestaron el oído a mi Palabra». La Escritura, explicó Francisco,

«nos cuenta muchas cosas que hizo Dios para atraer a los corazones del pueblo, de los suyos: “desde la fecha en que salieron vuestros padres del país de Egipto hasta el día de hoy, os envié a todos mis siervos, los profetas, cada día puntualmente. Pero no me escucharon ni aplicaron el oído, sino que atiesando la cerviz hicieron peor que sus padres”». Y este pasaje de Jeremías acaba con una expresión fuerte: «Ha perecido la lealtad, ha desaparecido de su boca». La «infidelidad del pueblo de

Dios», así como nuestra infidelidad, «endurece el corazón: cierra el corazón»; y «no deja entrar la voz del Señor que, como padre amoroso, nos pide siempre que nos abramos a su misericordia y a su amor». En el salmo 94 «hemos rezado todos juntos: ¡Oh si escucharais hoy su voz! ¡No endurezcáis vuestro corazón!». En verdad, afirmó el Pontífice, «el Señor siempre nos habla así» y «también con ternura de padre nos dice: regresad a mí con todo el corazón, porque soy piadoso y

misericordioso».

Pero «cuando el corazón es duro esto no se entiende», explicó Francisco. En efecto, «la misericordia de Dios se entiende sólo si tú eres capaz de abrir tu corazón para que pueda entrar». Y «esto sigue, sigue: el corazón se endurece y vemos la misma historia» en el pasaje del evangelio de Lucas (11, 14-23) propuesto hoy por la Liturgia. «Estaba la gente que había estudiado las Escrituras, los doctores de la Ley que conocían la teología, pero eran muy cerrados. La

multitud estaba admirada: ¡la admiración! Porque la multitud seguía a Jesús. Alguno dirá: «Pero lo seguía para ser curado, lo seguía por este motivo»». La realidad, hizo presente Francisco, era que la gente «tenía fe en Jesús! Tenía el corazón abierto: imperfecto, pecador, pero el corazón abierto». En cambio, «estos teólogos tenían una actitud cerrada». Y «buscaban siempre una explicación para no comprender el mensaje de Jesús». En tal medida que en este caso específico, como lo

relata Lucas, dicen: «Pero no, este expulsa los demonios en nombre del jefe de los demonios».

Y así buscaban siempre otros pretextos, continua el pasaje evangélico, «para ponerlo a prueba, le pedían una señal del cielo». El problema de fondo, destacó el Papa, era su modo de estar «siempre cerrados». Así, pues, «era Jesús quien tenía que justificar lo que hacía».

«Esta es la historia, la historia de esta fidelidad fallida —dijo Francisco—, la historia de los

corazones cerrados, de los corazones que no dejan entrar la misericordia de Dios, que han olvidado la palabra “perdón” —“¡Perdóname Señor!”— simplemente porque no se sienten pecadores: se sienten jueces de los demás». Y es «una larga historia de siglos».

Precisamente «esta fidelidad fallida Jesús la explica con dos palabras claras para acabar este discurso de estos hipócritas: “El que no está conmigo, está contra mí”». El lenguaje de Jesús, volvió a



decir el Papa, es «claro: o eres fiel, con tu corazón abierto, al Dios que es fiel contigo o estás en contra de Él: "El que no está conmigo, está contra mí"».

Alguno podría pensar que, tal vez, hay «un camino intermedio para negociar», huyendo de la claridad de la palabra de Jesús «o eres fiel o estás en contra». Y, en efecto, respondió Francisco, «existe una salida: ¡confiésate, pecador!». Porque «si dices "yo soy pecador" el corazón se abre y entra la misericordia de Dios y comienzas a ser fiel».

Antes de continuar la celebración, el Pontífice invitó a pedir «al Señor la gracia de la fidelidad». Con la consciencia de que «el primer paso para ir por este camino de la fidelidad es sentirse pecador». En efecto, «si tú no te sientes pecador, has comenzado mal».

Por lo tanto, concluyó Francisco, «pidamos la gracia de que nuestro corazón no se endurezca, que esté abierto a la misericordia de Dios, y la gracia de la fidelidad». Y también, «cuando somos nosotros» quienes somos

«infieles, la gracia de pedir perdón».

14 de marzo de 2016. **No  
comprendo pero confío.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
11, viernes 18 de marzo de  
2016

El vagabundo muerto de frío en  
Roma, las cuatro religiosas de  
la madre Teresa asesinadas en  
Yemen, las personas que  
enferman en la «tierra de los  
fuegos», los refugiados  
abandonados al frío: es el eco

de algunos recientes hechos dramáticos en la oración de Francisco durante la misa del 14 de marzo en Santa Marta. «Señor, no comprendo, no sé por qué sucede esto, pero confío en ti», dijo. Es «una hermosa oración», la única posible —explicó— y también la hacen suya los padres de tantos niños discapacitados, afectados por enfermedades raras. Frente a los tantos «valles oscuros» de nuestro tiempo, la única respuesta posible es confiar en Dios. En efecto, «el Señor —notó

enseguida Francisco refiriéndose al pasaje del libro de Daniel (13, 1-9. 15-17. 19-30. 33-62)— trata de hacerle comprender a su pueblo que Él está cerca, que camina con él». Y lo hace explicándole con estas palabras: «Dime, ¿has visto a un pueblo cuyos dioses estén tan cerca como yo lo estoy contigo? Escucha, te he acompañado, he caminado junto a ti desde el inicio, te he enseñado a caminar como un papá a su hijo».

«La cercanía de Dios a su pueblo —afirmó el Papa— es el

mensaje que Él, Padre, quiere darnos; pero el pueblo no logra comprenderlo bien». Y «cuando lo comprende, tiene esa experiencia que hemos escuchado, la experiencia del buen pastor expresada en el salmo 22. Es la experiencia del «Señor que me ama y que siempre está junto a mí». Pero alguien podría objetar: «Pero padre, ¡esto parece una telenovela, porque hay tantas cosas feas en la vida!». En cambio, por su parte, el poeta del salmo escribe: «Me guía por senderos de justicia, en gracia

de su nombre. Aunque pase por un valle oscuro, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo». Aunque estemos en un «valle oscuro», reafirmó Francisco, «el Señor está con nosotros en esos momentos». He aquí «el mensaje — prosiguió— que hoy nos transmite la liturgia con la historia de Susana, esa mujer justa que es ensuciada por el deseo malo, por la lujuria de estos jueces». En efecto, «siempre, en la historia, los jueces corren el riesgo de juzgar por interés: es una



profesión difícil».

En esta situación, he aquí la oración de Susana al Señor: «Oh Dios eterno, que conoces los secretos, que todo lo conoces antes que suceda, tú sabes que estos han levantado contra mí falso testimonio. Y ahora voy a morir, sin haber hecho nada de lo que su maldad ha tramado contra mí». Por tanto, «aunque vaya por un valle oscuro, no temo ningún mal, porque tú estás conmigo: esta es la experiencia de Susana». La mujer «debía ir por ese camino oscuro que la

llevaba a la muerte, pero el Señor estaba con ella, el Señor estaba cerca de ella, caminaba con ella como había caminado con el pueblo, siempre, como un papá, como una madre». Es la misma experiencia que también nosotros vivimos hoy, contemplando «tantos valles oscuros, tantas desgracias, tanta gente que muere de hambre, por la guerra, tantos niños discapacitados, tantos». Y si «preguntas a los padres: "¿Qué enfermedad tiene?"», su respuesta es: «Nadie lo sabe: se llama "enfermedad rara"». Y

«es la que causamos con nuestras cosas: pensemos en los tumores de la tierra de los fuegos». En suma, afirmó Francisco, «cuando ves todo esto», surge espontáneamente la pregunta: «¿Dónde está el Señor? ¿Dónde estás? ¿Caminas conmigo?».

Precisamente «este era el sentimiento de Susana, y hoy es también el nuestro».

El Papa siguió recordando a las religiosas de la congregación de la madre Teresa asesinadas en Yemen: «Ves a estas cuatro religiosas masacradas, pero

servían por amor, i y terminaron masacradas por odio!» . Y no sólo. «Cuando ves —dijo— que se cierran las puertas a los refugiados y los dejan fuera, a la intemperie, con el frío», vuelve la pregunta: «Señor, ¿dónde estás? ¿Cómo puedo confiar en ti, si veo todas estas cosas?». Y, además, si «las cosas me suceden a mí, cada uno de nosotros puede decir: pero, ¿cómo confío en ti?». «Para esta pregunta hay solamente una respuesta, explicó el Pontífice, subrayando: “No se puede

explicar, no: yo no soy capaz. ¿Por qué sufre un niño? No lo sé: es un misterio para mí. Solamente me da algo de luz — no a la mente, al alma— Jesús en Getsemaní. Jesús, pues, «confía en la voluntad del Padre; Jesús sabe que no termina todo con la muerte o con la angustia, y la última palabra en la cruz: “¡Padre, en tus manos me encomiendo!”. Y muere así». Es un auténtico acto de fe «confiar en Dios que camina conmigo, que camina con mi pueblo, que camina con la Iglesia». Entonces «confío»,

diciendo quizá: «No sé por qué sucede esto, pero confío: Tú sabrás por qué». Y «esta es la enseñanza de Jesús: a quien confía en el Señor, que es pastor, no le falta nada. Aunque vaya por un valle oscuro, sabe que el mal es un mal de momento, pero el mal definitivo no existirá, porque el Señor, "porque tú estás conmigo, tu cayado y tu vara me dan seguridad"». Pero ésta, precisó el Papa, «es un gracia, debemos pedirla: "Señor, enséñame a encomendarme en tus manos, a confiar en tu guía,

incluso en los momentos feos, en los momentos oscuros, en el momento de la muerte, confío en ti porque tú no defraudas jamás, tú eres fiel"».

En conclusión, Francisco sugirió «pensar hoy en nuestra vida, en los problemas que tenemos, y pedir la gracia de encomendarnos en las manos de Dios». Pensar también, añadió, «en tanta gente que ni siquiera tiene una última caricia en el momento de morir: hace tres días murió uno, aquí, en la calle, un sin techo, murió de frío. En plena

Roma, una ciudad con todas las posibilidades de ayudar». Y así vuelve la pregunta: «¿Por qué, Señor? ¡Ni siquiera una caricia! Pero confío, porque tú no defraudas; yo no comprendo». Y precisamente «"Señor, no comprendo" —dijo el Papa— es una hermosa oración». Y así también, «sin comprender, me encomiendo en tus manos».



15 de marzo de 2016. **La serpiente que mata y la que salva.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 18 de marzo de 2016

Si queremos entender la «historia de nuestra redención» debemos mirar el crucifijo. La homilía del Papa Francisco durante la misa del martes 15 de marzo giró en torno al

«misterio» del sufrimiento y de la muerte de Jesús que se «hizo pecado» para la salvación del hombre.

En el centro de la reflexión del Papa, siguiendo la liturgia del día, estaba la imagen de la serpiente, portadora de un «mensaje». La serpiente, dijo el Papa, «es el primer animal que se nombra en el libro del Génesis», y se la recuerda como «el más astuto». La serpiente retorna en el libro de los Números (21, 4-9), tal y como nos recuerda la primera lectura, cuando se narra cómo

en el desierto el pueblo murmuraba contra Dios y contra Moisés: «El Señor envió serpientes abrasadoras que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel».

Entonces el pueblo se arrepintió, pidió perdón y Dios le ordenó a Moisés: «Hazte una serpiente y ponla en un mástil. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá». El Pontífice comentó: «Es misterioso: el Señor no hace morir a las serpientes, las deja. Pero si alguna de éstas hace mal a una persona, mire a la serpiente de

bronce y se curará». La serpiente, a continuación, es elevada para obtener la salvación. En este punto, siempre siguiendo el desarrollo de la liturgia del día, Francisco retomó el pasaje del Evangelio de Juan (8, 21-30) en el que Jesús, discutiendo con los doctores de la ley, «les dice claramente: «Si no creéis que Yo Soy, imoriréis en vuestros pecados! Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que "Yo Soy"». «¡Yo Soy!», explicó, «es el nombre de Dios; cuando

Moisés le pregunta al Señor: "Si el pueblo me dice, pero ¿quién te envía? ¿Quién te envía, a ti, para liberarnos? ¿Cómo se llama? "¡Yo Soy!"». Entonces: «Eleva al Hijo del hombre. Como la serpiente ....». El mismo concepto fue reiterado por Jesús en un pasaje citado «dos capítulos antes», cuando éste «dice a los doctores de la ley: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que crea en él se salve».

Es decir, la serpiente, dijo el Pontífice cerrando el razonamiento, es «símbolo del pecado; la serpiente que mata; pero una serpiente que salva. Y este es el misterio del Cristo». También san Pablo, recordó el Papa, «hablando de este misterio, dice que Jesús se despojó a sí mismo, se humilló a sí mismo, se aniquiló para salvarnos». El apóstol, de hecho, sugiere una expresión aún más fuerte: «Se ha hecho pecado». Entonces, haciendo uso del símbolo bíblico, podríamos decir: «Se ha hecho

serpiente». Y este es, dijo Francisco, «el mensaje profético de estas lecturas de hoy. El Hijo del hombre que como una serpiente, “hecho pecado”, es elevado para salvarnos». Por ello debemos «mirar el Crucifijo y mirar precisamente este misterio: un Dios “vaciado” de su divinidad —totalmente— para salvarnos». Sin embargo, añadió el Papa: «¿quién es esta serpiente que Jesús toma sobre sí para vencerla?»: la respuesta se lee en el Apocalipsis de Juan, donde se

encuentra el nombre —entre otras cosas, señaló el Papa, que la serpiente en la Biblia «es el primer animal que se menciona y tal vez creo que sea el último»— y se dice que «la antigua serpiente fue vencida: Satanás». El pecado, entonces, dijo el Papa, «es la obra de Satanás y Jesús vence a Satanás, “haciéndose pecado”». Así desde la Cruz «nos eleva a todos nosotros». Por lo tanto, «el Crucifijo no es un ornamento, no es una obra de arte, con muchas piedras preciosas, como las que se ven:



el Crucifijo es el misterio de la "aniquilación" de Dios, por amor». La serpiente, explicó el Pontífice, «profetiza en el desierto la salvación»: es, de hecho, «elevada y todo el que la mira es sanado». Pero esta salvación, subrayó, no se hizo «con la varita mágica de un dios que hace las cosas»; sino que más bien se hizo «con el sufrimiento del Hijo del hombre, con el sufrimiento de Jesucristo». Un sufrimiento tal de llevar a Jesús a pedir al Padre: «Padre, por favor, si es posible, no quisiera beber de

este cáliz». Aquí se puede ver «la angustia», acompañada por la expresión: «Pero que se haga tu voluntad».

Esta, concluyó el Papa, es «la historia de nuestra redención», esta es «la historia del amor de Dios». Por lo tanto, «si

queremos conocer el amor de Dios, miremos al Crucificado».

Allí encontramos «un hombre torturado, muerto, que es Dios, “despojado de la divinidad”, ensuciado, “hecho pecado”». De ahí la oración final: «Que el Señor nos conceda la gracia de entender un poco más este

misterio».

# 17 de marzo de 2016. **El hilo de la esperanza.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 25 de marzo de 2016

*Spes contra spem*, «creer contra toda esperanza»: he aquí, según san Pablo, el carné de identidad del cristiano. El cual, siguiendo los pasos de Abraham, sabe bien que «el hilo de la esperanza», incluso

en los momentos más difíciles, «corre a lo largo de la historia de la salvación: es más, es fuente de alegría». Esta invitación a no perder nunca la esperanza, con la seguridad de que no seremos decepcionados, la volvió a proponer el Papa en la misa celebrada el jueves 17 de marzo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. «La liturgia de hoy —puso inmediatamente de relieve Francisco— nos prepara para las fiestas pascuales con la reflexión sobre esa virtud tan dejada de lado, tan humilde,

que es la esperanza». En el pasaje evangélico de Juan (8, 51-59), «Jesús habla de Abraham y dice a los doctores de la ley: “Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi Día”».

Abraham, recordó el Papa, es «ese hombre que salió de su tierra sin saber adónde iba, se puso en camino por obediencia, por fidelidad». Además, Abraham es «ese hombre que creyó en la Palabra de Dios y por esa fe fue justificado»; pero es también «ese hombre que tuvo incluso sus tentaciones

por este camino de la esperanza cuando, tanto él como su esposa, dibujaron una sonrisa cuando Dios les dijo que tendrían un hijo. Pero creyó».

Refiriéndose a la primera lectura, tomada del libro del Génesis (17, 3-9), el Pontífice destacó la escucha de «esta alianza: “Te daré a ti la tierra, tú serás padre de una generación”». Así, pues, «Abraham creyó y este hilo de la esperanza corre a lo largo de la historia de la salvación. Es más: es fuente de alegría».

«Hoy la Iglesia nos habla de la alegría de la esperanza», dijo el Papa. Precisamente «en la primera oración de la misa — recordó— hemos pedido a Dios la gracia de custodiar la esperanza de la Iglesia, para que no desfallezca». Además san Pablo, «hablando de nuestro padre Abraham, nos dice: “Creyó contra toda esperanza”». Y así, insistió Francisco, «cuando no hay esperanza humana, está esa virtud que te conduce hacia adelante, humilde, sencilla, pero que te da alegría, en



algunas ocasiones una gran alegría, otras veces sólo la paz». Pero nunca disminuye «la seguridad», porque «esa esperanza no defrauda».

«Esta alegría de Abraham crece en la historia», continuó el Pontífice repitiendo las palabras del Señor escritas por Juan en el Evangelio propuesto por la liturgia: «Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi Día». Es verdad, reconoció el Papa, la esperanza «algunas veces permanece oculta, no se ve», mientras «que otras veces se manifiesta

abiertamente». Y así «cuando María llega a la casa de Isabel, ella le dice: "Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno"». En este encuentro está «la alegría de la presencia de Dios que camina con su pueblo». Y «cuando hay alegría, hay paz. Y esta es la virtud de la esperanza: de la alegría a la paz, que nunca decepciona». He aquí la razón por la cual el pueblo de Dios, incluso «en los momentos de la esclavitud, en los momentos en los que era forastero, que estaba en tierra

extranjera», tuvo siempre «esa sensación de seguridad que los profetas hacían crecer: “El Señor os salvará”». Y «este hilo de la esperanza —explicó el Papa— comienza aquí, con Abraham, Dios que habla a Abraham, y “termina” en este pasaje del Evangelio donde el mismo Dios habló a Abraham dice: “Yo soy quien habló; yo soy antes de que Abraham existiera; yo soy quien llamó a Abraham; yo soy quien comenzó este camino de salvación”».

Es «el Dios que nos acompaña

—añadió Francisco—, es también el Dios que sufre, que sufre como sufrió el pueblo, sufre en la cruz, y es fiel a su Palabra».

Precisamente con este fin el Papa sugirió un esencial examen de conciencia sobre la fe, la caridad y la esperanza, proponiendo algunas preguntas directas: «¿Tienes fe? Sí, padre, yo tengo fe: creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en los sacramentos. Bien, ¿tienes caridad? Sí, sí, pero no tanta, trato de no pelear, de ayudar a

los necesitados, de hacer algo bueno en la vida». Estas son respuestas que podemos dar «fácilmente muchas veces», destacó Francisco. Pero, añadió, cuando se pregunta si tú tienes esperanza, si tienes la alegría de la esperanza», la respuesta es: «Padre, no entiendo, explíquemelo».

La esperanza, remarcó el Pontífice, es «esa virtud humilde, esa virtud que corre bajo el agua de la vida, pero que nos sostiene para no ahogarnos en medio de numerosas dificultades, para no

perder ese deseo de encontrar a Dios, de encontrar ese rostro maravilloso que todos un día veremos». Y «hoy —dijo— es un bonito día para reflexionar sobre esto: el mismo Dios que llamó a Abraham y lo hizo salir de su tierra sin saber adónde tenía que ir, es el mismo Dios que va a la cruz para realizar la promesa que había hecho». Él, continuó el Papa, «es el mismo Dios que en la plenitud de los tiempos hace que esa promesa se haga realidad para todos nosotros». Y lo «que une ese primer momento con este

último momento es el hilo de la esperanza». Así, lo «que une mi vida cristiana a nuestra vida cristiana, de un momento a otro, para ir siempre adelante —pecadores, pero adelante— es la esperanza». Y, también, «lo que nos da paz en los malos momentos, en los momentos más oscuros de la vida», es siempre «la esperanza».

La esperanza, en efecto, «no decepciona: está siempre allí, silenciosa, humilde, pero fuerte» concluyó Francisco. Y repitió una vez más «la oración de hoy, al inicio de la misa:

“Señor, nuestra esperanza está en tus manos; custodia nuestra esperanza”».



***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **ABRIL.**

4 de abril de 2016. **El día del sí.**

5 de abril de 2016. **Cómo se crea la armonía.**

7 de abril de 2016. **Sangre viva.**

11 de abril de 2016. **Aferrados a la letra.**

12 de abril de 2016. **Dos persecuciones.**

14 de abril de 2016. **Dóciles y felices.**

15 de abril de 2016. **Cuando**

**un hombre se ve por los  
suelos.**

18 de abril de 2016. **Dirección  
obligatoria.**

19 de abril de 2016.

**Huérfanos o discípulos.**

21 de abril de 2016. **Camino y  
memoria.**

22 de abril de 2016.

**Cristianos a tres  
dimensiones.**

28 de abril de 2016. **Novedad  
y resistencias.**

4 de abril de 2016. **El día del sí.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 8 de abril de 2016

«Sí»: para el cristiano no hay otra respuesta a la llamada de Dios. Y, sobre todo, nunca debe comportarse como quien pretende no entender, y se gira hacia otro lado. Es precisamente en la solemnidad de la Anunciación del Señor, el

lunes 4 de abril por la mañana, que el Papa invitó a vivir una auténtica «fiesta del sí», durante la misa en Santa Marta.

Un «sí» convencido es el que esta mañana pronunciaron los sacerdotes que concelebraron con Francisco en el día de su cincuenta aniversario de ordenación, y también las religiosas vicentinas que trabajan en Santa Marta que renovaron sus votos. «Es toda una historia la que termina y comienza en esta solemnidad que hoy celebramos: la historia

del hombre, cuando sale del paraíso», señaló inmediatamente el Papa al comienzo de la homilía.

Después del pecado, de hecho, el Señor ordena al hombre que camine, y llene la tierra: «Sé fecundo y ve hacia adelante».

Pero «el Señor estaba atento a lo que el hombre hacía». Tanto que «algunas veces, cuando el hombre se equivocó, Él castigó al hombre: pensemos en Babel o en el diluvio».

Así que Dios siempre «miraba lo que el hombre hacía: en un determinado momento, este

Dios que observaba y custodiaba al hombre, decidió formar un pueblo y llamó a nuestro padre Abraham: "Sal de tu tierra, de tu casa"». Y Abraham «obedeció, dijo "sí"» al Señor «y se fue de su tierra sin saber a dónde iba». Es «el primer "sí" del pueblo de Dios». Y precisamente «con Abraham, Dios —que miraba al pueblo— comenzó a "caminar con". Y caminó con Abraham: "Camina en mi presencia", le dijo».

Dios, explicó el Papa, «luego hizo lo mismo con Moisés, a quien con ochenta años le dijo:

“Haz esto”. Y Moisés a los ochenta —es anciano— dice “¡sí!”. Y va a liberar al pueblo». Y Dios, afirmó de nuevo el Pontífice, «hizo lo mismo con los profetas»: pensemos por ejemplo en Isaías que, cuando el Señor le dice que se vaya y le diga las cosas al pueblo, responde que tiene «labios impuros». Pero «el Señor purifica los labios de Isaías e Isaías dice “¡sí!”».

También con Jeremías, recordó el Papa, sucedió lo mismo: «Señor, yo no puedo hablar, ¡soy un muchacho!» fue la



primera respuesta del profeta. Pero Dios le ordena que se vaya de todos modos y él contesta «¡sí!». Son «muchos, muchos» los «que han dicho "sí"», es realmente una «humanidad de hombres y mujeres ancianos quienes han dicho "sí" a la esperanza del Señor». Y en la homilía Francisco también quiso recordar a Simeón y Ana. Hoy —explicó— el Evangelio nos dice el final de esta cadena de "síes" y el comienzo de otro "sí" que comienza a crecer: el "sí" de María». Precisamente

«este "sí" hace que Dios — afirmó el Pontífice— no sólo vea cómo va el hombre, no sólo camine con su pueblo, sino que se haga uno de nosotros y tome nuestra carne». De hecho, «el "sí" de María abre la puerta al "sí" de Jesús: "Yo vengo para hacer tu voluntad"». Y «este "sí" va con Jesús durante toda su vida, hasta la cruz: "Aparta de mí este cáliz, Padre, pero hágase tu voluntad"». Es «en Jesucristo que, como dice Pablo a los corintios, se encuentra el "sí" de Dios: Él es el "sí"». «Es

un día bonito —remarcó el Papa — para dar gracias al Señor por habernos enseñado que este camino del “sí”, y también para pensar en nuestra vida». Sobre todo «algunos de vosotros — dijo, dirigiéndose directamente a los sacerdotes presentes en la misa— celebran el cincuenta aniversario de sacerdocio: hermoso día para pensar en el “sí” de vuestra vida». Pero, «todos nosotros, cada día, tenemos que decir “sí” o “no”, y pensar si siempre decimos “sí” o muchas veces nos escondemos, con la cabeza

hacia abajo, como Adán y Eva, para no decir "no"», fingiendo no entender «lo que Dios pide».

«Hoy es la fiesta del "sí"», repitió Francisco. De hecho, «en el "sí" de María está el "sí" de toda la historia de la salvación y ahí comienza el último "sí" del hombre y de Dios: ahí Dios recrea, como en el principio con un "sí" hizo el mundo y el hombre, esa hermosa creación: con este "sí" yo vengo para hacer tu voluntad, y de una manera más maravillosa recrea el mundo,

nos recrea a todos nosotros». Es «el "sí" de Dios que nos santifica, que nos hacer ir hacia adelante en Jesucristo». Por eso, hoy es el día justo «para dar gracias al Señor y preguntarnos: ¿soy hombre o mujer del "sí" o soy hombre o mujer del "no"? O ¿soy hombre o mujer que miro un poco hacia otro lado, para no responder?». A continuación el Papa expresó el deseo «de que el Señor nos dé la gracia de entrar en este camino de hombres y mujeres que han sido capaces de decir el "sí"». Y tras dirigir unas

palabras a los sacerdotes, Francisco concluyó dirigiéndose a las religiosas de la comunidad de Santa Marta: «En este momento, en silencio, las hermanas que están en esta Casa renovarán los votos: lo hacen cada año, porque san Vicente era inteligente y sabía que la misión que les encomendaba era muy difícil, y por esta razón quiso que cada año renovasen los votos. Nosotros acompañamos en silencio la renovación».

5 de abril de 2016. **Cómo se crea la armonía.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 8 de abril de 2016

Para vivir en armonía y en el apoyo recíproco, la comunidad cristiana debe renacer del Espíritu Santo. Y hay dos signos para saber si se está en el camino correcto: la falta de interés por el dinero y el valor para dar testimonio de Cristo

resucitado. Así lo afirmó el Papa Francisco en la misa celebrada el martes 5 de abril por la mañana, en la capilla de Santa Marta. Una indicación acompañada de la advertencia de no confundir la verdadera armonía con una tranquilidad negociada o hipócrita.

«Jesús le dice a Nicodemo que se debe renacer, pero renacer del Espíritu: es el Espíritu quien nos da una nueva identidad, nos da una fuerza y una forma de actuar nuevas»: esta es la clave de lectura propuesta por el Pontífice, a la



luz del pasaje del Evangelio de san Juan (3, 7-15), propuesto por la liturgia del día. Y esta línea —señaló— ya se puede ver «en la primera lectura, uno de los tres o cuatro resúmenes contenidos en los Hechos de los Apóstoles» (4, 32-37): un pasaje que cuenta «cómo vivía la primera comunidad, los “renacidos” del Espíritu». Francisco indicó que «éstos vivían en armonía y la armonía sólo la puede dar el Espíritu Santo». De hecho, «nosotros podemos establecer acuerdos, una cierta paz, pero la armonía

es una gracia interior que sólo el Espíritu Santo puede crear». Y estas primeras

«comunidades, vivían en

armonía»: se puede ver en los dos signos que caracterizan la armonía, explicó el Papa.

El primer signo es que «nadie pasa necesidad, es decir, todo se pone en común». El

auténtico sentido lo explica el pasaje de los Hechos de los

Apóstoles: «Tenían un solo corazón, una sola alma, y nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era común entre ellos. No había entre ellos

ningún necesitado».

Por otra parte, afirmó Francisco, «la verdadera armonía del Espíritu Santo tiene una relación muy fuerte con el dinero: el dinero es enemigo de la armonía, el dinero es egoísta». Y, «por esto, el signo que da es que todos daban lo suyo, para que no hubiese necesitados».

Concretamente, en los Hechos se «da el ejemplo de José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé, que significa "hijo de la exhortación", un levita originario de Chipre, dueño de

un campo». Pues bien, José vendió su campo «y entregó el dinero poniéndolo a los pies de los apóstoles». En una palabra, esta es la verdadera «armonía» que, por lo tanto, «tiene una relación con el espíritu de pobreza, que es la primera de las Bienaventuranzas».

Muy diferente, por el contrario, es «el caso de la pareja, Ananías y Safira: venden el terreno y dan todo, dicen que dan todo a los apóstoles, pero se quedan con una parte a escondidas para hacerse una cuenta separada para ellos».

Una historia que también se narra en los Hechos de los Apóstoles (5, 1-11). Pero — recordó Francisco— «el Señor castiga con la muerte a estos dos, porque Jesús claramente ha dicho que no se puede servir a Dios y al dinero: son dos patronos cuyo servicio es irreconciliable». Sin embargo, advirtió el Pontífice, la «armonía que sólo el Espíritu Santo puede crear, no debe confundirse con la tranquilidad». Tanto que «una comunidad puede estar muy tranquila, ir bien» pero no

estar en armonía. «Una vez — confesó el Papa— oí decir a un obispo una cosa sabia: “En la diócesis hay tranquilidad. Pero si se toca este problema o este problema o aquel otro, inmediatamente estalla la guerra”». Esta —observó— sería «una armonía negociada, y no es la del Espíritu: es una armonía, digamos, hipócrita, como la de Ananías y Safira, con lo que hicieron». Por el contrario, «la armonía del Espíritu Santo nos da esta generosidad de no tener nada como propio, mientras haya un

necesitado».

Hay después un segundo comportamiento suscitado por la armonía del Espíritu Santo. Y Francisco lo presentó retomando las palabras de los Hechos: «Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús, y gozaban todos de gran simpatía».

En síntesis, el segundo signo de la verdadera armonía es «el valor». De esta forma, «cuando hay armonía en la Iglesia, en la comunidad, hay valor: el valor de testimoniar al Señor

resucitado». En esta perspectiva, el Pontífice sugirió «leer y releer este pasaje de los Hechos de los apóstoles: el capítulo cuarto, del versículo 32 en adelante», señalando inmediatamente la razón: «Porque es lo que Jesús había pedido al Padre en la Última Cena: que fuesen “uno”, que hubiese armonía entre ellos». Y «cuando llega el don del Padre, que es el Espíritu Santo, Él es capaz de establecer esta armonía».

Por eso, concluyó el Papa, «nos hará bien leer este pasaje, hoy,



y ver las cosas que se dicen y cómo cada uno de nosotros puede ayudar a su familia, su barrio, su ciudad, sus compañeros de trabajo, de escuela, todos los que están cerca, para crear esta armonía, que se realiza en el nombre del Señor Jesús resucitado y que es una gracia del Espíritu Santo».

7 de abril de 2016. **Sangre viva.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 15 de abril de 2016

La Iglesia «necesita testigos», necesita mártires, cristianos «coherentes» que «vivan su vida en serio». La reflexión del Papa Francisco durante la misa del 7 de abril en Santa Marta, se centró en la savia de la Iglesia, en la «sangre viva»

que la lleva hacia adelante día a día: el testimonio.

Una meditación que se basó en la liturgia del día, en particular, en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles (5, 27-33), en la que se presenta «un pasaje de esa larga historia», que comienza cuando Juan y Pedro sanan «al tullido que estaba en la puerta del templo llamada Hermosa». Todos, recordó el Papa, «habían visto esta curación», y nadie podía negar la excepcionalidad del hecho, ya que «todos conocían a ese hombre que tenía

cuarenta años». Sin embargo los jefes, los sacerdotes, airados, prohibieron a los apóstoles «enseñar en nombre de Jesús» al que se referían como «ese hombre» mientras afirmaban: «Habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina y queréis hacer caer sobre nosotros la sangre de este hombre». Se encontraban en una situación embarazosa ya que «fue delante de todos. Todos conocían al tullido desde hacía años y ahora lo veían bailar de alegría, alabando a Dios, porque había sido

curado». Ante ellos, «fuerte en su testimonio», estaba Pedro. Y el Papa quiso recordar, mediante la comparación, la diferente actitud mantenida por el apóstol cuando negó a Cristo: «pensemos en Pedro el cobarde —dijo— la noche del Jueves santo, cuando lleno de miedo niega al Señor tres veces». Por el contrario, en esta circunstancia, el apóstol afirma: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Dan ganas de decir: «¡Qué valiente!». Francisco comentó: «Ese Pedro no tiene nada que

ver con el Pedro del Jueves, inada! Un Pedro lleno de fuerza que da testimonio».

Pero el valiente testimonio tuvo consecuencias: «Al oír esto, — los jefes, los sumos sacerdotes — se enfurecieron y querían matarlos». Por otra parte, explicó el Papa, «el testimonio cristiano» sigue «el mismo camino de Jesús: dar la vida. En un modo o en otro, pero se juega la vida en el verdadero testimonio».

En este punto, el Papa profundizó el concepto de testimonio a partir de una

pregunta: «¿Por qué Pedro se hizo tan fuerte en su testimonio?». Después de sanar al tullido, el apóstol había dicho: «No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído». Es decir, explicó Francisco, «la coherencia entre la vida y lo que hemos visto y oído, es el inicio del testimonio». Sin embargo, agregó, el testimonio cristiano tiene otra característica, «no es sólo del que lo da: el testimonio cristiano, siempre, está en dos». Lo explica el mismo san Pedro: «Nosotros

somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo». Por lo tanto, «sin el Espíritu Santo no hay testimonio cristiano. Porque el testimonio cristiano, la vida cristiana es una gracia, es una gracia que el Señor nos da con el Espíritu Santo» y «sin el Espíritu no podemos ser testigos». Una característica fundamental es la coherencia.

Tal comprensión también está en el Evangelio. En este sentido, el Papa recordó el pasaje en el que Jesús habla con el discípulo que acudió a Él



durante la noche y afirma que es enviado por Dios, «dice las palabras de Dios, sin medida. Él da el Espíritu. Y quien viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído». Es, además, el testimonio mismo de Jesús: «Él da testimonio de lo que ha visto y oído con el Espíritu que da a sus discípulos». Y esto, explicó el Papa, «es el valor cristiano, este es el testimonio». Un testimonio, quiso recordar el Pontífice, que encontramos en «nuestros mártires de hoy, muchos, expulsados de su tierra,

desplazados, asesinados, perseguidos». Ellos «tienen el valor de confesar a Jesús hasta el momento de la muerte». También es testimonio el «de los cristianos que viven su vida en serio y dicen: "No puedo hacer esto, no puedo hacer el mal a otro; no puedo engañar; no puedo llevar una vida a medias, tengo que dar mi testimonio"». Todo se reduce a un único concepto: el testimonio es decir lo que en la fe «se ha visto y oído, es decir, Jesús resucitado», con el Espíritu Santo «recibido como

don». Cuántas veces, añadió Francisco, «en los momentos difíciles de la historia», se ha oído decir: «Hoy el país necesita héroes». Del mismo modo, uno puede preguntarse: «¿Qué es lo que la Iglesia necesita hoy?». La respuesta es inmediata: «testigos, mártires», es decir, «santos de todos los días, los de la vida ordinaria» llevada adelante «con la coherencia», pero también de quienes tienen el valor de ser «testigos hasta el final, hasta la muerte». Todos «son la sangre viva de la

Iglesia». Son ellos, continuó el Papa, «los que llevan la Iglesia hacia adelante, los testigos; los que prueban que Jesús ha resucitado, y dan testimonio con la coherencia de vida y con el Espíritu Santo que han recibido como don».

Para concluir el Pontífice invitó a rezar para que «el Señor nos dé, a todos nosotros, este valor y, sobre todo, la fidelidad al Espíritu Santo que nos ha dado como don».

11 de abril de 2016. **Aferrados a la letra.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 15 de abril de 2016

Para Jesús, lo que cuenta es la vida de las personas y no un esquema de leyes y palabras: la muerte de Esteban y Juana de Arco, la muerte de muchos otros inocentes en la historia e incluso el suicidio de Judas recuerdan el mal que puede

hacer «un corazón cerrado a la Palabra de Dios» hasta el punto de utilizarla contra la verdad. Lo dijo el Papa durante la misa celebrada el lunes 11 de abril por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

En la primera lectura, tomada de los Hechos de los apóstoles (6, 8-15), explicó Francisco, «la Iglesia nos hace escuchar el pasaje del discurso de Esteban, y del juicio» contra él.

«Algunos de los doctores de la ley, doctores de la letra, se levantaron para discutir con Esteban —recordó el Papa—,

pero no pudieron resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba». De hecho, «Esteban había sido ungido por el Espíritu Santo y tenía la sabiduría del Espíritu Santo, y hablaba con esa fuerza, con esa sabiduría, la misma que tenía Jesús; pero Él era Dios, que hablaba con la autoridad, la autoridad que viene de Dios, la autoridad que viene del Espíritu Santo».

No pudiendo hacer nada contra él, prosiguió Francisco, esas personas que estaban en la sinagoga «instigaron a algunos

para que» lo acusasen injustamente de haber pronunciado «palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios». No siendo capaces de «dialogar con él y abrir el corazón a la verdad», «rápidamente tomaron el camino de la calumnia». Los Hechos relatan que Esteban fue capturado y llevado ante el Sanedrín y que también se presentaron testigos falsos para acusarlo. La historia de Esteban, señaló el Papa, es significativa: «El corazón cerrado a la verdad de Dios se



aferra solamente a la verdad de la ley, de la letra —más que a la ley, a la letra— y no encuentra otra salida que la mentira, el falso testimonio y la muerte». Precisamente «Jesús había reprendido esta actitud, ya que con los profetas, en el Antiguo Testamento, había sucedido lo mismo». Tanto es así que «Jesús había dicho» a esas personas «que sus padres habían matado a los profetas “y vosotros hacéis los monumentos, los sepulcros”» Sin embargo, su «respuesta es más que hipócrita, es cínica:

“Si hubiéramos vivido en los tiempos de nuestros padres, no hubiéramos hecho lo mismo”». Y «así se lavan las manos y ante sí mismos se juzgan puros». Pero, «el corazón está cerrado a la Palabra de Dios, está cerrado a la verdad, está cerrado al mensajero de Dios que trae la profecía para hacer que el pueblo de Dios siga hacia adelante».

«Me duele —confesó Francisco— leer ese breve pasaje del Evangelio de Mateo, cuando Judas arrepentido va a los sacerdotes y les dice: “he

pecado”, y quiere dar... y da las monedas». Pero ellos le contestan: «¡Qué nos importa! ¡Tú verás!». Tienen «un corazón cerrado ante este pobre hombre arrepentido que no sabía qué hacer». Ellos le dicen: «Tú veras». Y así Judas «fue y se ahorcó». Y, «¿qué es lo que hacen cuando Judas va a colgarse? Hablan y dicen: “pero, pobre hombre...”». Y, a continuación, refiriéndose a los treinta denarios añaden, «son precio de sangre, no pueden entrar en el templo». En esencia son «los doctores de la

letra», y así siguen «tal y tal y tal regla...».

A ellos, destacó el Papa, «no les importa la vida de una persona, no les importa el arrepentimiento de Judas: el Evangelio dice que regresó arrepentido». A ellos «les importa sólo su esquema de leyes y las muchas palabras y muchas cosas que han construido». «Esta es la dureza de sus corazones, la insensatez del corazón de esta gente, que dado que no podía resistir la verdad de Esteban va a buscar evidencias y testigos falsos

para juzgarlo: la suerte de Esteban está marcada como la de los profetas, como la de Jesús».

Y esta forma de hacer «se repetirá» en el tiempo, dijo Francisco recordando que «no sólo sucedió en los primeros tiempos de la Iglesia». Por otra parte, señaló, «la historia nos habla de mucha gente que fue asesinada, juzgada, a pesar de que era inocente: juzgada con la Palabra de Dios contra la Palabra de Dios». El Papa se refirió «a la caza de brujas o a santa Juana de Arco», y

también «a muchos otros que fueron quemados, condenados porque no se “ajustaron”, según los jueces, a la Palabra de Dios». Es «el modelo de Jesús —concluyó el Pontífice— que, por ser fiel y haber obedecido la palabra del Padre, termina en la cruz». Francisco volvió a proponer la imagen de la gran ternura de Jesús que les dijo a los discípulos de Emaús: «Insensatos y tardos de corazón». Al Señor, concluyó, «pidámosle que, con la misma ternura, mire las pequeños o grandes insensateces de

nuestro corazón y nos acaricie»  
diciéndonos «"insensato y tardo  
de corazón" y comience a  
explicarnos las cosas».

12 de abril de 2016. **Dos persecuciones.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 22 de abril de 2016

Son dos las persecuciones contra los cristianos: una es la «explícita», y el recuerdo del Papa se dirigió a los mártires asesinados en Pascua en Pakistán, y la otra la «educada, disfrazada de cultura, modernidad y progreso» que



termina por quitarle al hombre la libertad y también el derecho a la objeción de conciencia.

Pero precisamente en el sufrimiento de las persecuciones el cristiano sabe que tiene siempre al Señor a su lado, dijo Francisco durante la misa celebrada el martes 12 de abril por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta. Para su meditación, el Pontífice se basó en la primera lectura (Hechos de los apóstoles 7, 51 — 8, 1). «Hemos escuchado — explicó— el martirio de Esteban: la tradición de la

Iglesia lo llama el protomártir, el primer mártir de la comunidad cristiana». Sin embargo, «antes que él hubo niños mártires que, sin hablar pero con la vida, habían sido perseguidos por Herodes». Y «desde ese momento hasta la actualidad existen mártires en la Iglesia, ¡ha habido y hay!». Y «son hombres y mujeres perseguidos sólo por confesar y decir que Jesucristo es el Señor, pero ¡esto está prohibido!». Es más, esta confesión «provoca —en algunos momentos de la historia, en algunos lugares—

la persecución».

«Es lo que aparece claramente —afirmó Papa— en el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que leeremos mañana: después del martirio de Esteban se desencadenó una gran persecución en Jerusalén».

Entonces «todos los cristianos huyeron, sólo los apóstoles permanecieron». Y, añadió, «la persecución —yo diría— es el pan de cada día de la Iglesia: por otra parte ya lo dijo Jesús». «Nosotros, cuando hacemos un poco de turismo por Roma, y vamos al Coliseo, pensamos

que los mártires fueron los asesinados por los leones», prosiguió el Pontífice. Pero «los mártires no fueron sólo esos». En realidad los mártires «son hombres y mujeres de todos los días: hoy, el día de Pascua, hace sólo tres semanas». Francisco se refirió a «los cristianos que celebraban la Pascua en Pakistán: fueron martirizados sólo por celebrar a Cristo resucitado». Y «de esta forma la historia de la Iglesia sigue adelante con sus mártires». Puesto que «la Iglesia es la comunidad de

creyentes, la comunidad de los confesores, de los que confiesan que Jesús es Cristo: es la comunidad de mártires». «La persecución —observó el Papa— es una de las características, de los rasgos en la Iglesia, e impregna toda su historia» Y «la persecución es cruel, como la de Esteban, como la de nuestros hermanos pakistaníes hace tres semanas». Sí, cruel «como la que hacía Saulo que estaba presente en la muerte de Esteban, del mártir Esteban: iba, entraba en las casas,

tomaba a los cristianos y los llevaba para ser juzgados». Hay, sin embargo, advirtió Francisco, «otra persecución de la que no se habla tanto». La primera forma de persecución «se debe al confesar el nombre de Cristo» y por lo tanto es «una persecución explícita, clara». Pero la otra persecución «se presenta disfrazada como cultura, disfrazada de cultura, disfrazada de modernidad, disfrazada de progreso: es una persecución —yo diría un poco irónicamente— educada». Se reconoce «cuando el hombre es

perseguido no por confesar el nombre de Cristo, sino por querer tener y manifestar los valores del hijo de Dios». Por lo tanto, es «una persecución contra Dios Creador en la persona de sus hijos».

Y así «vemos todos los días que los potencias hacen leyes que obligan a ir por este camino y una nación que no sigue estas leyes modernas, cultas o al menos que no quiera tenerlas en su legislación, es acusada, es perseguida educadamente». Es «la persecución que le quita al hombre la libertad, itambién

la de la objeción de conciencia!  
Dios nos ha hecho libres, pero  
esta persecución te quita la  
libertad! Y si tú no lo haces,  
serás castigado: perderás el  
trabajo y muchas cosas o serás  
dejado de lado».

«Esta es la persecución del  
mundo», insistió el Pontífice. Y  
«esta persecución también  
tiene un jefe». En la  
persecución de Esteban «los  
jefes eran los doctores de la  
letra, los doctores de la ley y  
los sumos sacerdotes». En  
cambio, «el jefe de la  
persecución educada, Jesús lo



llamó: el príncipe de este mundo». Se puede ver «cuando las potencias quieren imponer actitudes, leyes contra la dignidad del Hijo de Dios, persiguen a estos y van contra Dios Creador: es la gran apostasía». Así «la vida de los cristianos sigue adelante con estas dos persecuciones». Pero también con la certeza de que «el Señor nos ha prometido que no se aleja de nosotros: ¡Tened cuidado, tened cuidado! No caed en el espíritu del mundo. ¡Tened cuidado! Pero id adelante, Yo estaré con

vosotros"».

En conclusión, Francisco pidió al Señor en la oración, «la gracia de entender que el camino del cristiano siempre va adelante en medio de dos persecuciones: el cristiano es un mártir, es decir, un testigo, uno que debe dar testimonio del Cristo que nos ha salvado». Se trata de «dar testimonio de Dios Padre, que nos ha creado, en el camino de la vida». En este camino el cristiano «muchas veces tiene que sufrir: esto trae mucho sufrimiento». Sin embargo,

«así es nuestra vida: Jesús siempre a nuestro lado, con el consuelo del Espíritu Santo». Y «íesa es nuestra fuerza!».

14 de abril de 2016. **Dóciles y felices.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 22 de abril de 2016

«Habla Señor, yo te escucho»: con las palabras sencillas de Samuel el Papa sugirió dirigirse a Dios «cuando tenemos una duda, cuando no sabemos o cuando sencillamente queremos rezar». Palabras que son también un antídoto para

no caer en la tentación de presentar resistencia al Espíritu. En la misa celebrada el jueves 14 de abril, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, Francisco invitó a no tener miedo cuando el Espíritu Santo, con su trabajo, descoloca nuestros proyectos. Porque es la alegría, y no «la fidelidad a la letra», lo que caracteriza la vida de los cristianos dóciles a la acción del Espíritu.

«El protagonista de la palabra de la primera lectura que hemos escuchado», recordó

inmediatamente Francisco, refiriéndose al pasaje de los Hechos de los apóstoles (8, 26-40), es precisamente «el Espíritu Santo». Y no Felipe o el eunuco etíope, funcionario de la reina. Por lo demás, añadió, «también en las lecturas que la Iglesia nos ha propuesto en estos días se ve claramente que está el Espíritu, quien hace las cosas. Que está el Espíritu que hace nacer y crecer a la Iglesia, y esto es un trabajo del Espíritu».

«Los días pasados —afirmó el Papa— la Iglesia nos propuso el

drama de la resistencia al Espíritu: los corazón cerrados, duros y necios que resisten al Espíritu». Y, así, había también personas que incluso viendo «las cosas —la curación del tullido realizada por Pedro y Juan en la Puerta Hermosa del Templo; las palabras y las cosas grandes que hacía Esteban— permanecieron cerrados a estos signos del Espíritu y se resistieron a la acción del Espíritu». Es más: incluso «buscaban justificar esta resistencia con una así llamada fidelidad a la ley, es decir a la

letra de la ley».

Francisco insistió en el hecho de que, en cambio, «hoy, y también mañana, la Iglesia nos propone lo opuesto: no la resistencia al Espíritu sino la docilidad al Espíritu, que es precisamente la actitud del cristiano». Se trata, por lo tanto, de «ser dóciles al Espíritu, y esta docilidad hace que el Espíritu pueda actuar y seguir adelante para construir la Iglesia».

Volviendo al pasaje bíblico del día presentado por los Hechos de los Apóstoles, Francisco



puso de relieve que estamos ante «un obispo, Felipe, uno de los apóstoles, atareado como todos los obispos, y que ese día seguramente tenía sus planes de trabajo». Pero «el Espíritu va y dice: "Levántate y haz esto otro, deja el edificio episcopal y dirígete hacia aquella dirección"». Felipe «obedeció: fue dócil a la voz del Espíritu» y, así, «dejó todo lo que tenía que hacer ese día y fue hacia el sitio indicado». He aquí que el Espíritu lo invita a ir «por el camino que baja de Jerusalén a Gaza», sin darle

explicaciones: “¡Tú ponte en camino!”».

Precisamente por la senda que se le había indicado, Felipe se encuentra con «este señor, que era un prosélito etíope: es el ministro de economía, es uno de los grandes de la reina de Etiopía». Ese hombre, explicó el Papa, «había venido a adorar a Dios: adoraba a Dios y leía la Escritura». Es el Espíritu quien sugiere a Felipe acercarse a ese carro. Y, de nuevo, «él obedeció, dócil a la Palabra de Dios».

Los Hechos de los apóstoles nos

cuentan que «Felipe corrió hasta él y le oyó leer el profeta Isaías; y le dijo: “¿Entiendes lo que vas leyendo?”. Él contestó: “¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?”». Y así «invitó a Felipe a subir al carro; y Felipe le explicaba lo que Isaías profetizaba: es decir a Jesucristo». En una palabra, Felipe le «explicó la salvación del Evangelio».

«Tal vez esta explicación fue un poco larga —afirmó el Pontífice— pero iban viajando, seguramente hablaban: el etíope hacía preguntas, Felipe

respondía y también el Espíritu trabajaba en el corazón del etíope». Y precisamente el Espíritu «le dio el don de la fe: este hombre sintió algo nuevo en su corazón». Y, dijo el Papa, «siguiendo el camino, dialogando, llegaron a un sitio donde había agua y, como era un hombre práctico, tenía una profesión práctica, concreta, dijo: "Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?"». Así «acoge la fe y pide el Bautismo: ¡es dócil! La docilidad al Espíritu». He aquí la historia de «dos

hombres: un evangelizador y uno que no sabía nada de Jesús, pero el Espíritu había sembrado la curiosidad sana y no esa curiosidad de las habladurías». Y «el Espíritu le da el don de la fe». Francisco explicó que, tal vez, «después de la ceremonia de este Bautismo, nosotros pensamos que quizá los dos siguieron hablando, dialogando: no, cuando salieron del agua —dice la Escritura— el Espíritu del Señor arrebató a Felipe: inmediatamente! Y el eunuco ya no lo vio más». Los Hechos

de los Apóstoles dicen que «Felipe, dócil, se encontró en Azoto para evangelizar».

Cierto, esto «no estaba en sus proyectos, pero fue dócil al Espíritu». Y, en cambio, «¿qué le pasó al eunuco? No le vio más. ¿Lloró? ¡No! ¿Se lamentó? ¡No!».

Es más, la Escritura nos dice que «siguió gozoso su camino: la alegría del Espíritu, de la docilidad al Espíritu».

Los días pasados, recordó Francisco, «hemos escuchado lo que produce la resistencia al Espíritu» mientras que «hoy tenemos un ejemplo de dos

hombres que fueron dóciles a la voz del Espíritu». Y lo que los distingue «es la alegría» porque «la docilidad al Espíritu es fuente de alegría». He aquí por qué es importante decirse a sí mismo «yo quisiera hacer algo, esto, pero siento que el Señor me pide otra cosa: la alegría la encontraré allí, donde está la llamada del Espíritu». El Papa propuso también «una hermosa oración para pedir esta docilidad», la encontramos, explicó, «en el primer libro de Samuel: el joven Samuel dormía y escuchó

la llamada y pensó que era el sacerdote Elí». Así, «se levantó inmediatamente y fue a él: “Aquí estoy”». Pero Elí le dijo que no lo había llamado. Samuel, recordó Francisco, «volvió a la cama» pero escuchó nuevamente la llamada por segunda vez y luego por tercera vez. Elí, afirmó el Papa, «no era un buen sacerdote, pero entendía las cosas de Dios: comprendió que era el Señor quien llamaba». Por ello dijo a Samuel: «Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: “Habla Señor,



que tu siervo escucha”». Precisamente «esta —dijo el Pontífice— es una hermosa oración que podemos hacer nosotros, siempre: “Habla Señor, porque yo escucho”». Es la oración, concluyó, «para pedir la docilidad al Espíritu Santo y con esa docilidad llevar adelante la Iglesia, ser los instrumentos del Espíritu para que la Iglesia pueda seguir adelante». Sí, «Habla Señor, porque tu siervo escucha», repitió Francisco, invitando nuevamente a rezar «así, muchas veces al día: cuando

tenemos una duda, cuando no sabemos o cuando sencillamente queremos rezar». Y «con esta oración pidamos la gracia de la docilidad al Espíritu Santo».

15 de abril de 2016. **Cuando un hombre se ve por los suelos.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 22 de abril de 2016

«Levántate»: es la invitación que el Señor le hace a Saulo, caído en tierra en el camino hacia Damasco, y a Ananías, enviado a bautizar al perseguidor convertido.  
«Levántate y vete», dijo el

Papa, es una invitación también para cada uno de nosotros, porque un cristiano «debe estar de pie y con la cabeza erguida», mientras que «un hombre con el corazón cerrado es un hombre que está por los suelos». Con una meditación sobre el pasaje bíblico de la conversión de Saulo, tomado de los Hechos de los apóstoles (9, 1-20), en la misa celebrada en Santa Marta el viernes 15 de abril Francisco volvió a hablar de la importancia de la docilidad a la acción del Espíritu Santo y a reflexionar «sobre la

actitud de las personas que tienen el corazón cerrado, el corazón duro, el corazón soberbio».

La liturgia del jueves 14 había puesto de relieve «cómo tanto el apóstol Felipe como el ministro de la reina tenían un corazón abierto a la voz del Espíritu». El viernes de la tercera semana de Pascua, en cambio, nos invita a confrontarnos con la historia de Saulo, «historia de un hombre que deja que Dios le cambie el corazón: la transformación de un hombre de corazón cerrado,

duro, torcido, en un hombre de corazón dócil al Espíritu Santo».

Saulo, explicó el Pontífice, «estuvo presente en el martirio de Esteban» y «estuvo de acuerdo». Era «un hombre joven, fuerte, valiente, celoso de su fe, pero con el corazón cerrado»: en efecto, no sólo «no quería escuchar hablar de Jesucristo» sino que fue más allá y comenzó «a perseguir a los cristianos». Por ello, seguro de sí mismo, pidió el permiso para «hacer lo mismo» en Damasco.

Mientras iba de camino, continuó el Papa resumiendo el episodio, «de repente le rodeó una luz venida del cielo», y «al caer en tierra oyó una voz». Precisamente él, «Saulo el fuerte, el seguro, estaba caído por tierra», mostrando así a todos «la imagen de un hombre con el corazón cerrado», o bien «un hombre caído en tierra». Y allí en lo bajo, continuó Francisco, él «comprende su verdad; comprende que no era un hombre como lo quería Dios, porque Dios nos ha creado, a todos nosotros, para estar de

pie, con la cabeza erguida». Ante esta situación el Señor pronuncia «una palabra clave, la misma que había dicho a Felipe para darle la misión de ir al encuentro del prosélito etíope: "¡Tú, levántate y ponte en camino!". No sólo, también a Saulo, hombre seguro, que lo sabía todo, se le dice: «Entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer». Como si se le dijese: «Tú aún debes aprender». Una humillación. Y no era todo.

Al levantarse, Saulo «se dio cuenta de que estaba ciego» y



es así que «se dejó llevar de la mano». Precisamente aquí, acotó el Papa, «el corazón comenzó a abrirse», obligado a ser llevado de la mano hacia Damasco. «Este hombre había caído en tierra» y «comprendió inmediatamente que tenía que aceptar esta humillación». Al respecto el Pontífice explicó que «la humillación» es «precisamente el camino para abrir el corazón». En efecto, «cuando el Señor nos envía humillaciones o permite que lleguen las humillaciones, es precisamente para esto: para

que se abra el corazón, para que sea dócil» y «se convierta al Señor Jesús».

El relato se desplaza luego a la figura de Ananías. También a él el Señor le dice: «Levántate y vete... Vete». Así, el discípulo «fue, entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: "Saúl, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús.... para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo"». Una frase que contiene un detalle fundamental: «el protagonista de estas historias —hizo notar Francisco— no son ni los

doctores de la Ley, ni Esteban, ni Felipe, ni el eunuco, ni Saulo... es el Espíritu Santo. Protagonista de la Iglesia es el Espíritu Santo que conduce el pueblo de Dios».

En este punto, en los Hechos de los apóstoles se lee que a Saúl le «cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado»: su «dureza de corazón», con el paso de la humillación, se había convertido en «docilidad al Espíritu Santo». Él, «que se creía ser quien tenía la verdad

y perseguía a los cristianos, recibe la gracia del Señor de ver y comprender su verdad: «¡Tú eres un hombre caído en tierra y debes levantarte!»». Es una lección para todos: «es hermoso —dijo el Papa— ver cómo el Señor es capaz de cambiar el corazón y hacer que un corazón duro y terco se convierta en un corazón dócil al Espíritu». Es necesario, añadió, que «no olvidemos aquellas palabras clave». Sobre todo: «Levántate», porque «un cristiano debe estar en pie y con la cabeza erguida».

También: «Vete», porque «un cristiano debe ir, no permanecer cerrado en sí mismo». En conclusión: «Déjate guiar», así como Pablo, que «se dejó guiar como un niño; confió en las manos de otro, que no conocía». En todo esto, explicó el Pontífice, está «la obra del Espíritu Santo». Este mensaje es para todos, porque todos «tenemos durezas en el corazón»: quien «no las tiene», añadió el Papa, «que, por favor, levante la mano». Por ello, sugirió Francisco, «pidamos al Señor que nos

haga ver que estas durezas nos tiran por tierra; que nos dé la gracia y también —si fuese necesario— las humillaciones para no permanecer caídos en tierra y levantarnos, con la dignidad con la que nos ha creado Dios, y, también, la gracia de un corazón abierto y dócil al Espíritu Santo».

18 de abril de 2016. **Dirección obligatoria.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 29 de abril de 2016

Las coordenadas de la vida cristiana son muy sencillas, no hay necesidad de salir a buscar mil consejos: es suficiente seguir una voz, así como hacen las ovejas con su pastor. Y precisamente la imagen de Jesús buen pastor estuvo en el

centro de la homilía del Papa Francisco durante la misa celebrada en la casa Santa Marta el lunes 18 de abril. La liturgia del día, por lo demás, proponía una especie de «eco de las lecturas» del iv domingo de Pascua, llamado precisamente «domingo del buen pastor, en el cual Jesús se presenta como el "buen pastor"». Y precisamente de este tema, en el Evangelio de Juan (10, 1-10) comentado por el Pontífice, se desprendían «tres realidades» sobre las cuales el Papa quiso



«reflexionar un poco: la puerta, el camino y la voz».

En primer lugar la «puerta». El pasaje evangélico recuerda las palabras de Jesús: «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ese es un ladrón y un salteador». He aquí la primera imagen, y Francisco destacó: «Él es la puerta: la puerta para entrar en el redil de las ovejas es Jesús. No hay otra puerta». Se debe poner de relieve, dijo el Papa, que Jesús hablaba siempre a la gente

utilizando «imágenes sencillas»: de hecho, «toda esa gente conocía cómo era la vida de un pastor, porque la veía todos los días». Por ello quien lo escuchaba le entendía muy bien: «Sólo se entra por la puerta del redil de las ovejas». Aquellos que, en cambio, quieren entrar en el redil pasando «por la ventana o por otra parte, son delincuentes». El Evangelio los define ladrones o salteadores.

Todo, por lo tanto, es muy claro: «No se puede entrar en la vida eterna por otro sitio que

no sea la puerta, es decir, que no sea Jesús». Y, añadió el Pontífice, el Señor «es la puerta de nuestra vida y no sólo de la vida eterna, sino también de nuestra vida cotidiana». Así, por ejemplo, una decisión cualquiera se puede tomar «en nombre de Jesús, por la puerta de Jesús», o bien, utilizando un «lenguaje sencillo», se puede tomar «de contrabando». Pero el Señor «habla claro»: en el redil se entra «sólo por la puerta, que es Jesús».

El Evangelio de Juan continúa y

en las palabras del Señor se encuentra otro elemento importante: el «camino». En efecto, se lee: «Le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz».

Francisco se centró en esta segunda palabra clave: «El camino es precisamente este: seguir a Jesús». También aquí la vida cotidiana ocupa un lugar central: se habla, en efecto, del

«camino de la vida, de la vida de todos los días», que «es seguir a Jesús». Y también en este punto la indicación es clara: «¡No equivocarse!», recomendó el Papa. Es Jesús «la puerta a través de la cual entramos y a través la cual salimos con Él para recorrer el camino de la vida»; y es Jesús quien «nos indica el camino». Por lo tanto, «quien sigue a Jesús no se equivoca». Aún así, las ocasiones de emprender una senda equivocada no faltan, tanto que el Pontífice habló de una

supuesta situación que podría presentarse: «Eh, padre, sí, pero las cosas son difíciles... Muchas veces yo no veo claro lo que tengo que hacer... Me han dicho que allí había una vidente y fui allí y allí; fui a ver a un cartomántico, que me leyó las cartas...». El consejo del Papa fue inmediato: «Si haces esto, tú no sigues a Jesús. Sigues a otro que te indica otro camino, distinto», porque «no existe otro que pueda indicar el camino».

Lo que se acaba de mencionar es una dificultad sobre la cual

Jesús mismo había puesto en guardia: «Vendrán otros que dirán: el camino del Mesías es este, este... No escuchadlos a ellos. El camino soy yo». Esta, dijo el Papa, es la certeza: «Si lo seguimos a Él no nos equivocaremos».

Por último, la tercera palabra: la «voz». Las ovejas, en efecto, siguen a Jesús «porque conocen su voz». Un concepto que el Pontífice quiso profundizar para evitar malentendidos: «¡Conocer la voz de Jesús! No penséis que os estoy hablando de una

aparición, que vendrá Jesús y te dirá: "Haz esto". ¡No, no!». Y entonces alguno podría preguntar: «Padre, ¿cómo puedo conocer la voz de Jesús? Y, también, ¿cómo defenderme de la voz de aquellos que no son Jesús, que entran por la ventana, que son salteadores, que destruyen, que engañan?». Una vez más la «receta» es «sencilla» y prevé tres indicaciones. Ante todo, sugirió Francisco, «encontrarás la voz de Jesús en las Bienaventuranzas». Por ello, si alguien enseña «una senda



contraria a las bienaventuranzas, es alguien que ha entrado por la ventana: ¡no es Jesús!». También, la voz de Jesús se puede reconocer en quien «nos habla de las obras de misericordia. Por ejemplo en el capítulo 25 de san Mateo». Así, pues, aclaró el Papa: «Si alguien te recuerda lo que Jesús dice allí, es la voz de Jesús». Por último, la tercera indicación: «Puedes conocer la voz de Jesús cuando te enseña a decir "Padre", es decir, cuando te enseña a rezar el Padrenuestro».

Concluyó el Pontífice: «¡Es así fácil la vida cristiana! Jesús es la puerta; él nos guía por el camino y nosotros conocemos su voz en las bienaventuranzas, en las obras de misericordia y cuando nos enseña a decir “Padre”». Y añadió una oración: «Que el Señor nos haga comprender esta imagen de Jesús, este icono: el pastor, que es puerta, indica el camino y nos enseña a escuchar su voz».

19 de abril de 2016.

## **Huérfanos o discípulos.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
17, viernes 29 de abril de 2016

Con la oración del Padrenuestro  
Jesús entrega a cada uno el  
certificado de paternidad: nadie  
es huérfano, pero existe el  
riesgo de llegar a serlo  
cerrando el corazón y no  
dejándonos atraer por el amor  
de Dios. Lo recordó Francisco

en la misa celebrada el martes 19 de abril, por la mañana, en Santa Marta. Y el Papa sugirió también recurrir a una oración humilde, con espíritu de hijo: «Padre, atráeme hacia Jesús; Padre, condúceme a conocer a Jesús». Precisamente para no tener la actitud de aquellos doctores de la ley que incluso ante los milagros de Jesús y su resurrección hacían de todo con tal de negar su evidencia.

Para la meditación, Francisco partió del pasaje de san Juan (10, 22-30) propuesto por la liturgia. «Jesús se confronta

otra vez con los sacerdotes, los doctores de la ley», destacó de forma inmediata. Y «ellos le hicieron la pregunta: “¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente”». Por lo demás, aquellos doctores «volvían siempre al mismo tema: ¿quién eres tú? ¿Con qué autoridad haces esto?”». El Evangelio nos dice que «Jesús les respondió: “Ya os lo he dicho, pero no me creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis”».

No creen, sin embargo «han visto muchas cosas, muchos milagros». Y es así que «cuando Jesús curó al ciego de nacimiento —en el noveno capítulo del Evangelio de Juan — hicieron todas las investigaciones posibles e inimaginables: llamaron a los padres, llamaron a los que lo conocían, lo llamaron a él, y luego otra vez...». En definitiva, «estaba claro que era un ciego de nacimiento, pero no creyeron». Y fue entonces que «Jesús dijo dos palabras sobre la ceguera

espiritual: ellos, que creían poder ver, los ilustres que sabían todo —toda la ley—, no veían porque eran ellos los ciegos, los ciegos de nacimiento».

«Pero vosotros no creéis» dice Jesús a los doctores de la ley. Y explica por qué: aquí está también «la novedad de este pasaje del Evangelio» afirmó el Papa. «Vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas» dice el Señor. En esencia, continuó Francisco, alguien podría pensar que «para creer debo decir “creo” y así entro a

formar parte de las ovejas de Jesús». En cambio no, «es al revés: sólo aquellos que forman parte de las ovejas de Jesús pueden creer».

Lo confirman las palabras de Juan en el Evangelio: «Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano». Pero, dijo el Pontífice, «¿estas ovejas estudiaron para seguir a Jesús y luego creyeron? No». La respuesta definitiva la da Jesús mismo: «El Padre, que me las



ha dado, es más grande que todos». Es precisamente «el Padre quien le da las ovejas al pastor; es el Padre quien atrae los corazones hacia Jesús». Es el Señor quien lo confirma con claridad: «Nadie viene a mí si el Padre no lo atrae».

«En cambio —puso de relieve Francisco— los doctores de la ley tenían el corazón cerrado, se sentían dueños de sí mismos, pero, en realidad, eran huérfanos porque no tenían una relación con el Padre». En verdad, «hablaban de sus padres —nuestro padre

Abrahán, los patriarcas— pero como figuras lejanas». Pero «en su corazón eran huérfanos, vivían en una condición de huérfanos y preferían esa condición antes de dejarse atraer por el Padre».

Estamos ante el «drama del corazón cerrado de esta gente —afirmó el Papa—: creían haber sido creados por ellos mismos porque lo sabían todo, y, por esto, su corazón era incapaz de creer, porque no se dejaban atraer por el Padre hacia Jesús y, así, no formaban parte de las ovejas de Jesús».

Este «drama sigue adelante hasta el Calvario». Luego «también el día de la resurrección: cuando los soldados van a informar acerca de lo sucedido, ¿qué hacen ellos? Dan un buen consejo: “Vosotros decid que estabais dormidos y que los discípulos robaron el cuerpo”». Y «ponen la mano en el bolsillo», según «el principio de la tangente: “Tú callas y yo te pago por callar”».

Por ello «ni siquiera ante esa prueba, los testigos que habían visto la resurrección —destacó

Francisco— se dejaron atraer por el Padre hacia Jesús». Por esto «no pueden creer, porque no son de las ovejas de Jesús: son huérfanos», porque «renegaron de su Padre».

Refiriéndose a la primera lectura, tomada de los Hechos de los apóstoles (11, 19-26), el Papa destacó cómo se puede reconocer «la actitud opuesta: los discípulos, después de la persecución que se había desatado en Jerusalén tras de la muerte de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, y proclamaban la

palabra a los judíos: algunos creían, otros no, pero la fe seguía adelante». Y «algunos de ellos comenzaron a predicar, a anunciar a Jesucristo también a los paganos, a los griegos, y esto era un cambio muy fuerte: era una transformación de su concepción del acceso a la salvación».

Por ello, continuó el Pontífice, «los discípulos que habían permanecido en Jerusalén sintieron un poco de miedo y mandaron a Bernabé a Antioquía». Y cuando Bernabé «llegó allí por la gracia de Dios,

se alegró y exhortaba a todos a permanecer con corazón firme, fieles al Señor. Aceptó la novedad, porque se dejó atraer por el Padre hacia Jesús que quería esto».

«Jesús nos invita a ser sus discípulos —explicó el Papa— pero para serlo tenemos que dejarnos atraer por el Padre hacia Él».

Y «la oración humilde del hijo, que nosotros podemos hacer, es: "Padre, atráeme hacia Jesús; Padre, condúceme a conocer a Jesús"». Y «el Padre enviará al Espíritu a abrir

nuestro corazón y nos llevará hacia Jesús». En efecto, «un cristiano que no se deja atraer por el Padre hacia Jesús es un cristiano que vive una situación de huérfano; y nosotros tenemos un Padre, no somos huérfanos».

Como conclusión, Francisco sugirió dirigirse «al Padre como nos enseñó Jesús —“Padre nuestro, que estás en el cielo...”— y pedir la gracia de se atraídos hacia Jesús».

21 de abril de 2016. **Camino y memoria.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 29 de abril de 2016

A lo largo del camino de la vida, los hombres nunca caminan solos, y saber hacer memoria de la presencia de Dios junto a ellos les ayuda a entender que la salvación no es el evento de un momento, sino una historia que se desarrolla



día a día, entre cosas buenas y errores, hasta el encuentro final. El paralelo entre la historia del pueblo de Israel y la personal de cada cristiano guió la meditación del Papa Francisco en la misa celebrada en Santa Marta el jueves 21 de abril: una historia que hay que valorizar porque, dijo el Pontífice, «la memoria nos acerca a Dios».

No es casualidad, destacó el Papa recordando el pasaje de los Hechos de los Apóstoles propuesto por la liturgia del día (13, 13-25), que la primera

predicación, la «de los apóstoles de Jesús», fuese «histórica». En la predicación del Evangelio, estos «llegaban a Jesús, pero narrando toda la historia del Pueblo de Israel», partiendo del «padre Abraham», pasando por «Moisés, la liberación de Egipto, la Tierra prometida», hasta que, citando al rey David, concluían: «De la descendencia de este, según la promesa, ha suscitado para Israel un Salvador, Jesús». Así daban cuenta de un «camino histórico», el camino que Dios

«ha hecho con su pueblo». Todo esto, dijo Francisco, «nos hace pensar que el anuncio de Cristo, la salvación de Cristo, este regalo que Dios nos ha dado, no es una cosa de un momento y nada más: ¡es un camino!». El camino «que Dios ha querido hacer con su pueblo» y que no se debe olvidar. Tanto es así que en la Escritura son continuas las recomendaciones al respecto. Por ejemplo, en el libro del Deuteronomio, que es precisamente «el libro de la memoria de Israel», se lee:

«¡Recordad, recordad! Haced memoria de esto». Por lo tanto es necesario, explicó el Pontífice, «volver atrás para ver cómo Dios nos ha salvado, recorrer —con el corazón y con la mente— el camino con la memoria y así llegar a Jesús». El mismo Jesús ha subrayado la importancia de hacer memoria y «en el momento más grande de su vida», nos ha dado su cuerpo y su sangre «y ha dicho: “Haced esto en memoria mía”». Entonces, debemos, «tener memoria de cómo Dios nos ha salvado».

Esta es un invitación que la Iglesia recoge cada día en la liturgia eucarística. En este sentido, el Papa señaló que en la oración al inicio de la misa que estaba celebrando se había invocado a «Dios que ha redimido al hombre y lo ha elevado más allá del antiguo esplendor». Y añadió: «el pueblo debe hacer memoria» de que todo esto Dios lo ha hecho «en camino» con su pueblo.

En cada eucaristía se celebra «la memoria de esta salvación; el memorial de Jesús que se

hace presente sobre el altar para darnos la vida», pero, añadió Francisco, «también nosotros, en nuestra propia vida personal, debemos hacer lo mismo: hacer memoria de nuestro camino», porque «cada uno de nosotros ha hecho un camino, acompañado por Dios, cerca de Dios, cerca del Señor» a veces también «alejándose del Señor». En cualquier caso, recomendó el Pontífice, «hace bien al corazón» de todo cristiano hacer memoria «del propio camino» y tener claro cómo Dios lo ha «conducido

hasta aquí», como lo «ha llevado de la mano».

En esta recuperación del camino recorrido también nos podemos dar cuenta que a veces le hemos dicho al Señor: «¡No! ¡Aléjate! ¡No quiero!» —y «el Señor», subrayó el Papa, «es respetuoso» también con esto—, pero aun así es importante hacer memoria «de la propia vida y del propio camino».

Es útil repetir a menudo esta práctica y acordarse: «En ese momento Dios me dio esta gracia y yo he respondí así...»,

decirse: «Hice esto, eso y aquello» y darse cuenta de cómo Dios nos ha «acompañado» siempre. De esta manera, dijo el Papa: «llegamos a un nuevo encuentro», que podría llamarse el «encuentro de la gratitud», en el que se podría rezar así: «¡Gracias Señor por esta compañía que Tú me has dado, por este camino que has hecho conmigo!», y también pedir perdón por los pecados y los errores de los que podemos darnos cuenta, conscientes de que Dios «camina con nosotros



y no se asusta de nuestras maldades», está «¡siempre ahí!».

En este sentido, el Pontífice añadió: «Cuántas veces le hemos cerrado la puerta en la cara; cuántas veces hemos fingido no verlo, no creer que Él estaba con nosotros; cuántas veces hemos rechazado su salvación... Pero ¡Él estaba allí!». Y es importante «hacer memoria de todo esto», como lo es también en lo que respecta a «nuestras cosas buenas». Cuántas veces, por ejemplo, «hemos ayudado a

otro, cuidado a un enfermo». De ahí la invitación a «hacer memoria de todo el camino», porque «la memoria nos acerca a Dios». Es, explicó Francisco, «una especie de re-creación», de «re-generación, que nos lleva más allá del antiguo esplendor que tenía Adán en la primera creación».

Hasta el final de la homilía, el Papa repitió varias veces este sencillo consejo: «¡Haced memoria!». Sobre cómo ha sido toda la vida, o sólo el día de hoy, o el último año, es siempre bueno preguntarse:

¿Cómo han sido mis relaciones con el Señor?, y hacer memoria, concluyó el Pontífice, «de las cosas buenas, grandes que el Señor ha hecho en la vida de cada uno de nosotros».

22 de abril de 2016.

## **Cristianos a tres dimensiones.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 29 de abril de 2016

El cristiano, «hombre de esperanza», sabe y testimonia que «Jesús está vivo» y «está entre nosotros», que Jesús pide al Padre «por cada uno de nosotros» y que «regresará». En la misa celebrada en Santa

Marta el viernes 22 de abril, el Papa Francisco ha sintetizado de este modo la relación entre cada creyente y Jesús resucitado. Tomando pie de la liturgia del día, el Pontífice ha entresacado tres palabras fundamentales para la vida cristiana: el «anuncio», la «intercesión» y la «esperanza». Sobre todo el anuncio. Como se lee también en el pasaje de los Hechos de los apóstoles (13, 26-33), el anuncio es sustancialmente «el testimonio que dan los apóstoles de la resurrección de

Jesús». Así Pablo en la sinagoga afirma: «Y cuando hubieron cumplido todo lo que referente a él estaba escrito le bajaron del madero y le pusieron en el sepulcro. Pero Dios le resucitó de entre los muertos. Él se apareció durante muchos días a los que habían subido con él de Galilea y Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo». Por lo tanto, ha sintetizado el Pontífice, el «anuncio es: Jesús ha muerto y ha resucitado por nosotros, para nuestra salvación. Jesús está vivo». Es

lo que los primeros discípulos han transmitido «a los judíos y a los paganos de su tiempo» y han «testimoniado también con su propia vida, con su sangre». Cuando a Juan y a Pedro, continuó el Papa, les fue prohibido anunciar el nombre de Jesús y hablar de la resurrección, «ellos con todo el coraje, con toda la sencillez decían: “nosotros no podemos callar todo lo que hemos visto y oído”». En efecto, «nosotros cristianos por la fe, tenemos al Espíritu Santo dentro de nosotros, que nos hace ver y

escuchar la verdad de Jesús, que ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado». Esto, por lo tanto, «es el anuncio de la vida cristiana: ¡Cristo está vivo! ¡Cristo ha resucitado! Cristo está entre nosotros en la comunidad, nos acompaña en el camino». Y no obstante la «fatiga» que a veces hacemos para comprender, «una de las dimensiones de la vida cristiana» es precisamente esta: el anuncio. Lo entendemos bien por el pasaje de la Escritura donde se lee que Juan afirmó: «Lo que



hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos». Como si dijera: «Cristo resucitado es una realidad y yo doy testimonio de esto».

La segunda palabra clave de la propuesta del Pontífice es la «intercesión». El punto de inicio, esta vez viene del Evangelio de Juan (14, 1-6). Durante la cena del jueves santo, en efecto, los apóstoles estaban tristes, y Jesús dijo: «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también

en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Voy a prepararos un lugar». Francisco se detuvo en este pasaje y preguntó: «¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo prepara el lugar Jesús?». La respuesta es inmediata: «Con su oración por cada uno de nosotros, Jesús pide por nosotros y esta es la intercesión». Es importante, en efecto, saber que «Jesús trabaja en este momento con su oración por nosotros». Ha explicado el Papa: así como una vez Jesús, antes de la pasión, dijo: «Pedro he rezado por ti»,

así «ahora Jesús es el intercesor entre el Padre y nosotros».

Pero en este punto, uno se pregunta: «¿Y cómo reza Jesús?». La de Francisco ha sido una respuesta totalmente «personal» —«una cosa mía», ha especificado, «no es un dogma de la Iglesia»— y atrayente: «Yo creo que Jesús muestra las llagas al Padre, porque las llagas las ha cargado consigo, después de la resurrección: muestra las llagas al Padre y nombra a cada uno de nosotros». Según el

Pontífice, se puede imaginar así la oración de Jesús. Y el cristiano se anima sabiendo esto: «en este momento Jesús intercede por nosotros».

Y, por último, la tercera dimensión: la de la esperanza. Es también el Evangelio del día el que habla de esperanza.

Jesús dice: «Voy a prepararos un lugar» y añade: «Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo para que donde esté yo estéis también vosotros».

He aquí la esperanza del cristiano. Jesús dice:

«¡Vendré!». Ha explicado el Papa: «El cristiano es una mujer, es un hombre de esperanza» precisamente porque «espera que el Señor regrese». Al respecto, ha añadido el Pontífice, «es hermoso» notar «cómo comienza y acaba la Biblia». Al inicio se lee: «En el principio...», es decir «cuando comenzaron las cosas». Y el Apocalipsis acaba «con la oración: “Ven Señor Jesús”». Toda la Iglesia, en efecto, «espera la venida de Jesús: Jesús regresará». Esta, ha

dicho el Pontífice, «es la esperanza cristiana».

Por ello, concluyó el Papa sintetizando su meditación, cada uno puede preguntarse: «¿Cómo es el anuncio en mi vida? ¿Cómo es mi relación con Jesús que intercede por mí? Y ¿cómo es mi esperanza? ¿Creo de verdad que Jesús resucitó? ¿Creo que intercede ante el Padre por mí?». Y por último: «¿Creo de verdad que el Señor regresará?». En otras palabras: «¿creo en el anuncio? ¿Creo en la intercesión? ¿Soy un hombre o una mujer de esperanza?».



28 de abril de 2016. **Novedad y resistencias.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 6 de mayo de 2016

Desde Pentecostés el «protagonista de la Iglesia» es el Espíritu Santo: es él quien «mueve todo», quien ayuda «a ser fuertes en el martirio» pero también a «vencer las resistencias» que pueden surgir en el seno de la comunidad



cristiana misma. Es la historia de un camino —recorrido por la Iglesia desde los orígenes hasta nuestros días— la que contó el Papa Francisco en la homilía durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 28 de abril. Un camino que, desde las primeras discusiones entre los apóstoles, se ha visto marcado por algunas actitudes: «reunirse», «escucharse», «discutir», «rezar y decidir» con el Espíritu Santo. Es, puso de relieve el Pontífice, la senda «de la sinodalidad», en la cual «se expresa la comunión de la

Iglesia», que es obra del Espíritu.

«El protagonista de la Iglesia, del trabajo de la Iglesia, de crecimiento de la Iglesia» es el Espíritu. Como lo recordó el Papa, se trata de un dato que emerge claramente de las Escrituras. Es Él, en efecto, «quien desde el primer momento ha dado la fuerza a los apóstoles, uno por uno, de proclamar el Evangelio, el nombre de Jesús». El Espíritu «dijo a Felipe: "Dirígete por aquel camino, donde estaba el prosélito etíope y escucha..."»;

igualmente envió a Pedro a Cesarea y a Pablo «dijo: “Ven a Macedonia”, en un sueño». Precisamente allí, donde Pablo y Silas fueron encarcelados, fue también el Espíritu quien movió el corazón del carcelero que, ante hechos extraordinarios — en los Hechos de los apóstoles se lee: «De repente se produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron. Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos» (16, 26)— pidió el bautismo.

Concluyó el Pontífice: «Es el Espíritu quien lo hace todo, el Espíritu que conduce a la Iglesia hacia adelante». Pero, añadió, la conduce hacia adelante «incluso en la confrontación con sus problemas». Así, «cuando se desata la persecución, después del martirio de Esteban, por ejemplo, es el Espíritu el que da la fuerza a los creyentes para permanecer en la fe. Y es también Él «quien hace huir a los creyentes de Jerusalén, después del martirio de Esteban» y los impulsa a

«llevar la fe en Jesús a otros sitios».

También en el pasaje propuesto por la liturgia del día, tomado de los Hechos de los apóstoles (15, 7-21), se encuentra la acción del Espíritu «que conduce hacia adelante a la Iglesia; y lo hace en momentos de paz, gozosos, de conversión, pero también en los momentos difíciles de persecución y también de resistencias y de obstinación de los doctores de la ley». En el pasaje en cuestión, en efecto, se lee sobre la «resistencia de los que

creían que Jesús hubiese venido sólo para el pueblo elegido». Ellos, al escuchar que el Espíritu Santo había venido «sobre los paganos, sobre los griegos, sobre los que no pertenecían al pueblo de Israel», se rebelaron diciendo: «Pues no, esto no se puede hacer». Incluso inspirados por una «buena voluntad», oponían «resistencia». Así como cuando ellos mismos introducían otras excepciones: «Pues, sí, es verdad, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, pero deben hacer el camino según

la ley, para llegar a la gracia, es decir la circuncisión y todos los ritos de pertenencia al pueblo de Israel».

Era una situación de «gran confusión», desatada por las que el Papa definió «las sorpresas del Espíritu». O sea que «el Espíritu llevaba el corazón por un camino nuevo» y los apóstoles «se encontraron en medio de situaciones que nunca habrían imaginado, situaciones nuevas». El problema era: «¿cómo gestionar estas nuevas situaciones?». No por

casualidad el pasaje de los Hechos de los apóstoles comienza especificando: «En aquellos días, se produjo con esto una gran discusión...». Y se trataba, destacó Francisco, de una discusión «encendida» porque los apóstoles por una parte «tenían la fuerza del Espíritu —el protagonista— que impulsaba a ir adelante, adelante, adelante»; pero al mismo tiempo el Espíritu «los conducía a ciertas novedades, ciertas cosas que nunca se habían hecho», es más, «ni siquiera las habían imaginado».



Como, por ejemplo, el hecho de que los paganos pudiesen recibir el Espíritu Santo. Por ello se preguntaban: «¿Qué tenemos que hacer?». En definitiva, explicó el Pontífice usando una expresión común, «tenían la patata caliente en las manos, y no sabían qué hacer».

En los Hechos de los apóstoles se lee que por este motivo se tuvo una reunión en la que cada uno contó «su propia experiencia —Pablo, Bernabé, Pedro mismo»— y cómo al final los apóstoles «se pusieron de

acuerdo». Pero, destacó el Papa, antes de la solución final se nota «algo bonito: “Toda la asamblea calló y escucharon a Bernabé y a Pablo contar todas las señales y prodigios que Dios había realizado por medio de ellos entre los gentiles». Así, pues, del relato surge un aspecto fundamental: la «escucha, no tener miedo de escuchar». Es importante porque, dijo Francisco, «cuando uno tiene miedo de escuchar, no tiene el Espíritu en su corazón». Y, sobre todo, es importante «escuchar con

humildad».

Sólo «después de haber escuchado», en efecto, los apóstoles «decidieron enviar a las comunidades griegas, es decir a los cristianos que procedían del paganismo», algunos discípulos «para tranquilizarlos y decirles: “Está bien, seguid así”». Por lo tanto, «se pusieron de acuerdo, enviaron a estos hermanos y decidieron escribir una carta». Y también en esa carta, recordó el Pontífice, «el protagonista es el Espíritu Santo». En la misma se lee: «Que hemos decidido el

Espíritu Santo y nosotros...» y en otras traducciones: «El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido...». Es decir, está claro que los apóstoles «con el Espíritu guían a la Iglesia».

La lectura del día es, sin lugar a dudas, indicativa de cuál es «el camino de la Iglesia ante las persecuciones» y también ante las «sorpresas del Espíritu, porque el Espíritu siempre nos sorprende».

¿Cómo se afrontan los problemas? «Con la reunión, la escucha, la discusión, la

oración y la decisión final. Y allí está el Espíritu». Un estilo, un camino seguido desde los orígenes «hasta hoy», cada vez que «el Espíritu nos sorprende» con algo de lo cual se dice: «nunca se hizo así»; o bien: «se debe hacer así».

«Pensad —añadió el Papa recurriendo a un ejemplo “más cercano a nosotros”— en el Vaticano ii, en las resistencias que tuvo el Concilio Vaticano ii». También hoy, dijo, hay «resistencias que siguen de una forma o de otra, y el Espíritu sigue adelante». Pero

«el camino de la Iglesia es este: reunirse, compartir, escucharse, discutir, rezar y decidir. Y esto es la así llamada sinodalidad de la Iglesia, en la cual se expresa la comunión de la Iglesia».

Y una vez más, explicó Francisco, encontramos al «protagonista» de siempre. En efecto, «¿quién construye la comunión? ¡Es el Espíritu!»; y «¿qué nos pide el Señor? Docilidad al Espíritu», o sea «no tener miedo, cuando vemos que es el Espíritu el que nos llama». A veces, es más, es

el Espíritu mismo quien «nos detiene» y nos indica el camino justo. Seguramente el Espíritu «no nos deja solos» y «nos da el valor, nos da la paciencia, nos hace seguir seguros por el camino de Jesús, nos ayuda a vencer las resistencias y a ser fuertes en el martirio». Este espíritu, concluyó el Papa, «es el don del Padre, que Jesús ha enviado».

De aquí la invitación final del Pontífice: «Pidamos al Señor la gracia de comprender cómo sigue adelante la Iglesia, de comprender cómo desde del

primer momento ha afrontado las sorpresas del Espíritu» y pidamos, también, para cada uno de nosotros, «la gracia de la docilidad al Espíritu».



***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **MAYO.**

2 de mayo de 2016. **El precio del testimonio.**

3 de mayo de 2016. **Haciendo camino.**

6 de mayo de 2016. **Con alegría y con esperanza.**

9 de mayo de 2016. **Perfecto desconocido.**

10 de mayo de 2016.

**Juventud quemada.**

12 de mayo de 2016. **Felipe Neri y la gallina.**

17 de mayo de 2016. **Ese**

**deseo de treparse.**

19 de mayo de 2016.

**Sanguijuelas de hoy.**

20 de mayo de 2016. **Dios no es una ecuación.**

23 de mayo de 2016. **Himno a la alegría.**

24 de mayo de 2016. **Día tras día.**

30 de mayo de 2016. **Espíritu enjaulado.**

31 de mayo de 2016. **Mujeres valientes.**

2 de mayo de 2016. **El precio del testimonio.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 6 de mayo de 2016

En la vida del cristiano hay un «doble testimonio»: el del Espíritu que «abre el corazón» mostrando a Jesús, y el de la persona que «con la fuerza del Espíritu» anuncia «que el Señor vive». Un testimonio, este último, para dar «no tanto

con las palabras» sino con la «vida», incluso a costa de «pagar el precio» de las persecuciones.

Fueron una vez más el Espíritu Santo y su acción en el corazón de cada creyente el centro de la meditación del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el lunes 2 de mayo. La liturgia, en efecto, sigue proponiendo los pasajes de los Hechos de los apóstoles (16, 11-15) con las primeras misiones de la Iglesia naciente y pasajes del discurso de Jesús durante la última cena

(Juan 15, 26 - 16, 4). En especial, en el Evangelio del día se lee que Jesús «habla del testimonio que el Espíritu Santo, el Paráclito, dará de Él y del testimonio que nosotros deberíamos dar también de Él». Y Francisco destacó que aquí la palabra «más fuerte» es precisamente «testimonio». El testimonio del Espíritu se encuentra también en la primera lectura donde, mientras se habla de Lidia, una «comerciante de púrpura de la ciudad de Tiatira, una creyente en Dios», se dice: «El Señor le

abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo». Pero «¿quién ha tocado el corazón de esta mujer?» se preguntó el Pontífice, recordando que Lidia «percibió dentro de sí» algo que la impulsaba a decir: «¡Esto es verdad! ¿Estoy de acuerdo con lo que dice este hombre, este hombre que da testimonio de Jesucristo»? La respuesta es: «El Espíritu Santo». Es Él «quien hizo sentir a esta mujer que Jesús es el Señor; hizo sentir a esta mujer que la salvación estaba en la palabras

de Pablo; hizo sentir a esta mujer un testimonio».

Por lo tanto, explicó el Papa, es el Espíritu quien «da testimonio de Jesús. Y cada vez que nosotros sentimos algo en el corazón que nos acerca a Jesús, es el Espíritu quien trabaja dentro». Jesús mismo explicó a sus discípulos la acción del Espíritu: «Os enseñará y os recordará todo lo que os he dicho». Y el Espíritu, añadió Francisco, «continuamente abre el corazón, como abrió el corazón de esta señora Lidia», y «da



testimonio para escuchar y recordar lo que Jesús nos ha enseñado».

Pero el testimonio, explicó el Papa, «es doble». O sea: «el Espíritu nos da testimonio de Jesús y nosotros damos testimonio del Señor con la fuerza del Espíritu». Lo recuerda una vez más Jesús en el pasaje evangélico: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio,

porque estáis conmigo desde el principio». Y el Señor, destacó Francisco, insiste en las características de este testimonio —«tal vez los discípulos no comprendían bien», dijo— y añadió: «Os he dicho esto para que no os escandalicéis». Les explica «el precio del testimonio cristiano» de forma directa: «Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios».

Así, pues, resumió el Pontífice, «el cristiano, con la fuerza del

Espíritu, da testimonio de que el Señor vive, que el Señor ha resucitado, que el Señor está entre nosotros, que el Señor celebra con nosotros su muerte, su resurrección, cada vez que nos acercamos al altar»; y lo hace «en su vida cotidiana, con su modo de obrar». Es, añadió, «el testimonio continuo del cristiano». Al mismo tiempo, el cristiano debe ser consciente de que a veces este testimonio «provoca ataques, provoca persecuciones»: son «las pequeñas persecuciones»,

como las de las «habladurías» y de las «críticas», pero también las persecuciones de las que «la historia de la Iglesia está llena», es decir, las que conducen «a los cristianos a la cárcel» o «incluso a dar la vida».

Es, por lo tanto, el «Espíritu Santo que nos dio a conocer Jesús» el que nos impulsa «a darlo a conocer, no tanto con las palabras, sino con el testimonio de vida». Y, sugirió concluyendo el Papa, «es bueno pedir al Espíritu Santo que venga a nuestro corazón, para

dar testimonio de Jesús» y rezar así: «Señor, que yo no me aleje de Jesús. Enséñame lo que ha enseñado Jesús. Haz que recuerde lo que dijo e hizo Jesús y, también, ayúdame a dar testimonio de estas cosas. Que la mundanidad, las cosas fáciles, las cosas que vienen precisamente del padre de la mentira, del príncipe de este mundo, el pecado, no me aleje del testimonio; que no me escandalice, como dice Jesús, de ser cristiano, porque alguien me evita o porque hay persecuciones».



3 de mayo de 2016. **Haciendo camino.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 6 de mayo de 2016

El «camino justo» se llama Jesús y para el cristiano el camino de la vida está hecho «un poco de cruz y un poco de resurrección». Pero por el camino está quien se detiene como «una momia espiritual», quien se equivoca de dirección

y se obstina, quien se pasa la vida dando vueltas sin sentido y quien se deja seducir por las bellezas mundanas: sobre estas actitudes alertó el Papa, invitando expresamente a un examen de conciencia para verificar la propia experiencia de fe, en la misa celebrada el martes 3 de mayo en la capilla de la Casa Santa Marta.

El pasaje evangélico de Juan propuesto por la liturgia (14, 6-14) —explicó Francisco— «es parte del largo discurso de Jesús en la última cena, el discurso de despedida: Él se



despide antes de ir a la Pasión». Y dice a los apóstoles: «No os dejaré huérfanos; no os dejaré solos; voy a prepararos un sitio». Además, destacó el Papa, en los «dos versículos anteriores a este pasaje que hemos escuchado» se lee: «Donde yo voy sabéis el camino, vosotros conocéis el camino». Y Tomás responde: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Y es aquí donde inicia el texto evangélico de la liturgia del día, con Jesús que dice a Tomás: «Yo soy el

Camino». Es «la respuesta a la angustia, a la tristeza, a la tristeza de los discípulos por esta despedida de Jesús: ellos no comprendían mucho, pero estaban tristes por esto». Por ello Jesús dice a Tomás: «Yo soy el Camino».

Esta expresión de Jesús, afirmó Francisco, «nos hace pensar en la vida cristiana», que «es un camino: comenzamos a caminar con el bautismo, y camino, camino, camino». Se puede decir que la vida cristiana «es un camino y el camino justo es Jesús». Tanto

che lui stesso ha detto: «Yo soy el Camino». Por lo tanto, «para caminar bien en la vida cristiana el camino es Jesús». Pero, advirtió el Papa, «hay muchos modos de caminar». Está «ante todo el que no camina. Un cristiano que no camina, que avanza, es un cristiano "no cristiano", por decirlo así: es un cristiano un poco pagano, está allí, está inmóvil, no avanza en la vida cristiana, no hace florecer las bienaventuranzas en su vida, no hace obras de misericordia, está estático». Es más, añadió

Francisco, «disculpádmela palabra, pero es como si fuese una "momia", eso, una "momia espiritual"». Y «existen cristianos que son "momias espirituales", estáticos: no hacen mal a nadie, pero no tampoco el bien. Pero este modo de ser «no dará fruto: no es un cristiano fecundo porque no camina».

Luego, continuó el Papa, hay algunos que «caminan y se equivocan de camino». Pero «también nosotros muchas veces nos equivocamos de camino». Es «el Señor mismo

quien viene y nos ayuda, no es una tragedia equivocarse de camino». En efecto, «la tragedia es ser terco y decir: “este es el camino”, y no dejar que la voz del Señor nos diga: “Este no es el camino, vuelve, vuelve hacia atrás y retoma la senda auténtica”». Hay que «retomar el camino cuando nos damos cuenta de los errores, de las equivocaciones que cometemos» y «no ser tercos e ir siempre por la senda equivocada, porque esto nos aleja de Jesús, porque Él es el camino y no el camino

equivocado».

Es más, explicó Francisco, «hay otros que caminan pero no saben dónde van: son errantes en la vida cristiana, vagabundos». En tal medida que «su vida es un dar vueltas, por aquí y por allá, y, así, pierden la belleza de acercarse a Jesús en la vida de Jesús». O sea, «pierden el camino porque dan muchas vueltas, y muchas veces este dar vueltas, dar vueltas errantes, los conduce a una vida sin salida: dar demasiadas vueltas se convierte en un laberinto y

luego no saben cómo salir». Así, al final, «pierden la llamada de Jesús, no tienen brújula para salir y dan vueltas, dan vueltas, buscan». Luego, continuó el Papa, «hay otros que en el camino son seducidos por una belleza, por algo, y se quedan en la mitad del camino, fascinados por lo eso que ven, por esa idea, por esa propuesta, por ese paisaje, y se detienen». Pero «la vida cristiana no es una fascinación: es una verdad. Es Jesucristo». Y «santa Teresa de Ávila decía, hablando de este camino:

“Nosotros caminamos para llegar al encuentro con Jesús”»: precisamente «como una persona que camina para llegar a un sitio, no se detiene porque le gusta un albergue, porque le gusta el paisaje, sino que sigue adelante, adelante, adelante». Pero «en la vida cristiana» está bien «detenerse, contemplando las cosas que me gustan, las bellezas —están las bellezas y hay que contemplarlas, porque las hizo Dios—, pero no quedarse allí». Hay que «continuar la vida cristiana».



Por ello hay que hacer «que algo hermoso, algo sereno, una vida tranquila no me fascine haciendo que me detenga». De este modo, afirmó el Papa, hay «muchas formas de no recorrer el justo camino», porque «el justo camino, la senda justa es Jesús».

En la perspectiva de esta reflexión, el Pontífice sugirió un examen de conciencia a través de una serie de preguntas directas: «Nosotros, hoy, podemos preguntarnos, cada uno de nosotros: Mi camino cristiano, que comencé en el

bautismo, ¿cómo va? ¿Se ha detenido? ¿Se ha equivocado de camino? ¿Estoy continuamente dando vueltas y no sé dónde ir espiritualmente? ¿Me detengo ante las cosas que me gustan: la mundanidad, la vanidad —muchas cosas, ¿no? —, o voy siempre hacia adelante, haciendo concretas las bienaventuranzas y las obras de misericordia?». Y, añadió, «hace bien preguntarse esto: es un auténtico examen de conciencia». En esencia: «¿Cómo camino? ¿Sigo a Jesús?».

Y acerca de «cómo seguir a Jesús —explicó el Papa— nos lo ha dicho Pablo en la primera lectura (*1 Co 15, 1-8*): “Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras: que fue sepultado y que resucitó según las Escrituras: que se apareció a Cefas y luego a los Doce”». Es esto, explicó Francisco, «seguir a Jesús es estar convencido de esto, que el camino de Jesús ese este: siempre hay un poco de cruz y un poco de resurrección». Pero

«este es el camino» y «cuando Jesús dijo a Tomás: "Yo soy el Camino", le decía esto». Por ello, insistió el Pontífice, «este es el camino y este es el camino cristiano: el camino de Jesús tiene muchas consolaciones, y también cruz, pero siempre con paz en el alma».

Sacando las conclusiones de su reflexión, el Papa volvió a repetir que «no sigue totalmente a Jesús el cristiano que se detiene; el que se equivoca de camino; el que se pasa la vida dando vueltas; el

que fascinado y seducido por las bellezas o las cosas que le interesan se detiene allí para mirar y, así, hace más lento el camino».

Antes de continuar con la celebración, Francisco invitó nuevamente a un examen de conciencia —al menos «cinco minutitos»— para preguntarse: «¿Cómo estoy en este camino cristiano? Estático, en la dirección equivocada, dando vueltas, deteniéndome ante las cosas que me gustan?». O bien correspondo a lo que dice Jesús: «Yo soy el Camino»? Y,

exhortó, «pidamos al Espíritu Santo que nos enseñe a caminar bien, siempre, y cuando nos cansemos» hagamos «una pequeña pausa y adelante». Al Señor, concluyó, «pidamos esta gracia».

6 de mayo de 2016. **Con  
alegría y con esperanza.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
19, viernes 13 de mayo de  
2016

El cristiano no anestesia el dolor, ni siquiera el dolor más grande que hace vacilar la fe, y no vive la alegría y la esperanza como si fuese siempre carnaval. Pero encuentra el sentido de su

existencia en el perfil de una mujer que da a luz: cuando nace el niño está tan feliz que ya no recuerda su sufrimiento. Es esta la apremiante imagen propuesta por Jesús mismo que el Papa relanzó en la misa del viernes 6 de mayo, por la mañana, en la Casa Santa Marta.

«En la liturgia de la Ascensión del Señor —dijo inmediatamente Francisco, refiriéndose a la celebración festiva del día anterior— la Iglesia estalla en una actitud que no es habitual, y al inicio la



primera oración es un grito: "¡Exulte, Señor, tu Iglesia!"». Sí, continuó, «exultar, con la esperanza de vivir y llegar hasta el Señor: "Que exulte de alegría tu Iglesia"». Una invocación que expresa «precisamente la alegría que invade toda la Iglesia, alegría y esperanza: van juntas». En efecto, «una alegría sin esperanza es una simple diversión, una alegría pasajera». Y «una esperanza sin alegría no es esperanza, no va más allá de un sano optimismo».

He aquí por qué «alegría y esperanza van juntas —explicó Francisco—, y ambas producen esa explosión que la Iglesia en su liturgia casi, me permito decir la palabra, sin pudor grita: “Que exulte tu Iglesia”, que exulte de alegría, sin formalidad». Porque «cuando existe una alegría fuerte, no hay formalidad: hay alegría». Así, pues, repitió el Papa, «que exulte de alegría tu Iglesia y viva en la esperanza».

«Con tres pinceladas —afirmó el Pontífice— la Iglesia nos dice cuál debe ser la actitud

cristiana: alegría y esperanza juntas». Así, «la alegría hace fuerte a la esperanza y la esperanza florece en la alegría». Y «ambas, estas dos virtudes cristianas, indican un salir de nosotros mismos: la persona alegre no se cierra en sí misma; la esperanza te lleva allí, es el ancla que está en la playa del cielo y te saca fuera». De este modo, podemos «salir de nosotros mismos con la alegría y la esperanza». Se trata de una reflexión que hace referencia al pasaje evangélico de Juan (16, 20-23) propuesto

por la liturgia.

«El Señor nos dice que habrá problemas —continuó el Papa—; y en la vida esta alegría y esperanza no son un carnaval, es otra cosa, pues hay que afrontar las dificultades».

Francisco volvió a proponer «la imagen que usa el Señor hoy en el Evangelio: la mujer cuando llega a la hora del parto». Sí, explicó, «la mujer, cuando da a luz, experimenta el dolor porque ha llegado su hora; pero cuando nace el niño ya no se acuerda del sufrimiento».

Y es precisamente «lo que hacen, en nuestra vida, la alegría y la esperanza juntas cuando pasamos por tribulaciones, cuando tenemos problemas, cuando sufrimos». No se trata, ciertamente, de «una anestesia: el dolor es dolor, pero vivido con alegría y esperanza te abre la puerta a la alegría de un fruto nuevo». «Esta imagen del Señor nos debe ayudar mucho en las dificultades», aseguró el Papa, también en las «peores, en las situaciones feas, que incluso nos hacen dudar de nuestra

fe». Pero «con la alegría y la esperanza sigamos adelante, porque después de esta tempestad llega un hombre nuevo, como la mujer cuando da a luz».

«También vosotros estáis tristes ahora», son las palabras de Jesús a los discípulos que nos transmite el Evangelio. E inmediatamente los tranquiliza: «Pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar».

Son palabras que se deben poner de relieve, añadió el

Pontífice: «La alegría humana puede ser borrada por cualquier cosa, por cualquier dificultad. Pero esta alegría que el Señor nos da, que nos hace exultar, nos hace gozar en la esperanza de encontrarlo, esta alegría nadie la puede quitar, es duradera. Incluso en los momentos más oscuros».

Francisco concluyó su meditación con el deseo de que «el Señor nos dé la gracia de una alegría grande que sea expresión de la esperanza; y una esperanza fuerte que se convierta en alegría en nuestra

vida».



9 de mayo de 2016. **Perfecto desconocido.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 13 de mayo de 2016

Un perfecto desconocido o incluso «un prisionero de lujo»: esto es el Espíritu Santo para los muchos cristianos que desconocen que es él quien «mueve a la Iglesia», llevándonos a Jesús,

haciéndonos «reales» y «no virtuales». El aliento a reflexionar sobre el papel central que tiene el Espíritu Santo en la vida de los creyentes, precisamente en la semana anterior a Pentecostés, fue el tema de la homilía del Papa Francisco en la misa del lunes 9 de mayo, por la mañana, en Santa Marta. Al inicio de la celebración el Papa, indicando la imagen de santa Luisa de Marillac ubicada junto al altar, recordó su memoria litúrgica. Y es la primera vez que se celebra en

esta fecha: desde la canonización, en 1934, hasta hoy se celebraba el 15 de marzo. Además, es hoy el aniversario de su beatificación, celebrada el 9 de mayo de 1920. Una jornada particularmente importante, explicó el Pontífice, porque Luisa de Marillac es la fundadora de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, «las hermanas que trabajan y llevan adelante» la Casa Santa Marta. Por ello, dijo Francisco, «ofreceré la misa por las hermanas de la casa».

Para la homilía, el Papa se inspiró en el pasaje tomado de los Hechos de los apóstoles (19, 1-8). Pablo encuentra en Éfeso a algunos discípulos que creían en Jesús y les pregunta: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe?». Y ellos, después de mirarse un poco asombrados, le respondieron: «Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo». Pablo retoma inmediatamente el diálogo preguntando qué bautismo habían recibido, a lo que los discípulos dijeron: «El

bautismo de Juan». Así, Pablo les explica que «ese era un bautismo de penitencia, de preparación». Escuchando a Pablo, los discípulos de Éfeso «se hicieron bautizar en el nombre del Señor Jesús». Así, pues, explicó el Papa, «es un camino: el camino de conversión, pero faltaba el bautismo y luego la imposición de las manos, para que viniera el Espíritu Santo».

«También hoy sucede lo mismo» afirmó el Pontífice. «La mayor parte de los cristianos» sabe poco o nada sobre el

Espíritu Santo, así que pueden hacer propia la respuesta de los discípulos de Éfeso a Pablo: «No hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo». Y si preguntamos a muchas buenas personas: «¿quién es el Espíritu Santo para ti?» y «¿qué hace y dónde está el Espíritu Santo?», la única respuesta será que es «la tercera persona de la Trinidad». Exactamente como lo aprendieron en el catecismo. Pero si le preguntas: «¿qué hace?», te responden que «está allí». Y «allí se quedan nuestros

cristianos».

«El Espíritu Santo —explicó Francisco— es el que mueve la Iglesia; quien trabaja en la Iglesia, en nuestro corazón; es quien hace de cada cristiano una persona distinta de la otra, pero de todos juntos hace la unidad».

Al inicio de la misa, recordó el Pontífice, en la antífona de entrada se dijo: «Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén y hasta los confines del mundo». He aquí que «el Espíritu Santo

es quien nos mueve para alabar a Dios, nos impulsa a rezar: "Ora, en nosotros"». El Espíritu Santo «es quien está en nosotros y nos enseña a mirar al Padre y decirle: "Padre"». Y, así, «nos libera de esa condición de huérfano a la que el espíritu del mundo quiere llevarnos». Por todas estas razones, explicó, el Espíritu Santo «es tan importante: es el protagonista de la Iglesia viva: es quien trabaja en la Iglesia». Y el Pontífice alertó acerca de un peligro: «Cuando no



estamos a la altura de esta misión del Espíritu Santo y no lo recibimos así», se acaba por «reducir la fe a una moral, a una ética». Y se piensa que cumplir con todos los mandamientos sea suficiente, «pero nada más». Y, así, nos decimos: «esto se puede hacer, esto no se puede hacer; hasta aquí sí, hasta allí no», cayendo en la «casuística» y en «una moral fría». Pero, recordó el Papa, «la vida cristiana no es una ética: es un encuentro con Jesucristo». Y «quien me conduce a este encuentro con

Jesucristo» es el Espíritu Santo. De este modo, «tenemos en el corazón al Espíritu Santo como un “prisionero de lujo”: no permitimos que nos impulse, no dejamos que nos mueva». Sin embargo, «lo hace todo, lo sabe todo, sabe recordarnos lo que dijo Jesús, sabe explicarnos las cosas de Jesús». Hay sólo una cosa que «el Espíritu Santo no sabe hacer: cristianos de salón. ¡Esto no lo sabe hacer! No sabe hacer “cristianos virtuales”, no virtuosos». Al contrario, «hace cristianos reales: él toma la vida real así como es». Por esto

«es el gran “prisionero de nuestro corazón” y nosotros decimos que es la tercera persona de la Trinidad y acabamos allí.

«Esta semana —sugirió Francisco— nos hará bien reflexionar acerca de lo que hace el Espíritu Santo en nuestra vida». Para ayudar en este examen de conciencia el Pontífice propuso algunas preguntas: «¿Me ha enseñado el camino de la libertad? ¿Lo he aprendido de él? ¿Cuál libertad? El Espíritu Santo, que está en mí, me impulsa a salir:

¿tengo miedo? ¿Cómo es mi valentía, la que me da el Espíritu Santo, para salir de mí mismo, para testimoniar a Jesús? ¿Cómo es mi paciencia en las pruebas? Porque también la paciencia la da el Espíritu Santo».

Precisamente «en esta semana de preparación para la solemnidad de Pentecostés», el Papa invitó a los cristianos a preguntarse si de verdad creen en el Espíritu Santo o si para ellos es sólo «una palabra». Y «tratemos —exhortó— de hablar con él y decir: “Yo sé

que tú estás en mi corazón,  
que tú estás en el corazón de la  
Iglesia, que tú llevas adelante  
la Iglesia, que tú construyes la  
unidad entre todos nosotros,  
siendo diversos todos nosotros,  
en la diversidad de todos  
nosotros».

10 de mayo de 2016.

## **Juventud quemada.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*,  
ed. sem. en lengua española, n.  
20, viernes 20 de mayo de  
2016

«Quemar la vida por causas nobles»: he aquí una oportunidad ofrecida a los jóvenes de hoy, que inmersos en una «cultura del consumismo» y «del narcisismo» a menudo se ven

insatisfechos y poco felices. En la misa celebrada el martes 10 de mayo en Santa Marta, el Papa Francisco puso en el centro de su reflexión el testimonio de los misioneros —«la gloria de nuestra Iglesia»— proponiéndolo como modelo para los jóvenes. La homilía del Pontífice se inspiró en la primera lectura del día tomada de los Hechos de los apóstoles (20, 17-27), en la cual se lee que —dijo el Papa— «podríamos llamar la “despedida de un apóstol”». Es el pasaje en el cual «Pablo

convoca en Mileto a los presbíteros de Éfeso y les dice que ya no los volverá a ver, porque debe marcharse, porque el Espíritu lo impulsa a ir a Jerusalén».

Analizando este texto, se ve que, ante todo, el apóstol hace «un examen de conciencia: “Vosotros sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde el primer día que entré en Asia”». Es una ponderación en la cual Pablo «relata su forma de comportamiento» y, en un primer momento, parece también «que alardea un



poco». En realidad «no es así», y él mismo añade:

«Sencillamente fue el Espíritu quien me condujo a esto».

Luego continúa: «Impulsado por el Espíritu voy a Jerusalén.

El Espíritu me mandó aquí a anunciar a Jesús y el Espíritu ahora me llama a ir a

Jerusalén». Después del

examen de conciencia emerge otro elemento: la «docilidad» al Espíritu Santo. Es un despedida en la cual Pablo expresa tanto «una nostalgia al mirar hacia atrás lo que el Señor hizo con Él», como «un sentimiento de

agradecimiento al Señor». Este pasaje de la Escritura, destacó Francisco, hace recordar «el bonito texto literario del español Pemán» en el cual se lee «la descripción de la despedida de la vida de san Francisco Javier ante las playas de China. También él hace un examen de conciencia: solo, ante Dios».

Significativo es también cómo continúa la narración, porque nos podemos preguntar: «¿Qué le espera a Pablo?». En efecto, el apóstol escribe que «va a Jerusalén "sin saber lo que allí

me sucederá"». Como un misionero que parte «sin saber lo que le espera». De una única cosa está seguro: «Solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones». Y, comentó el Pontífice, también «el misionero sabe que no será fácil la vida, pero sigue adelante».

Por último Pablo añade «otra verdad, que hace llorar a los presbíteros de Éfeso: "Y ahora yo sé que ya no volveréis a ver mi rostro ninguno de

vosotros"». Por ello «da algunos consejos. Lo acompañan hasta la nave y en la playa se arrojaron al cuello, llorando... Y así se despide» de la comunidad de Éfeso, en la ciudad de Mileto. «El fin del apóstol es el fin de los misioneros» comentó el Papa. «Creo —explicó— que este pasaje» evoca «la vida de nuestros misioneros: muchos jóvenes, chicos y chicas, que dejaron la patria, la familia y se marcharon lejos, a otros continentes, a anunciar a Jesucristo». También ellos

«iban “obligados” por el Espíritu Santo», era su «vocación». Y hoy, cuando en esos sitios «vamos a los cementerios» y «vemos sus lápidas», nos damos cuenta que «muchos murieron jóvenes, con menos de cuarenta años», a menudo porque no estaban preparados para soportar las enfermedades del lugar. Entendemos que estos jóvenes «entregaron la vida», «quemaron la vida». Significativa la reflexión de Francisco: «Pienso que ellos, en ese último momento, lejos

de su patria, de su familia, de sus seres queridos, dijeron: “Valió la pena hacer aquello que he hecho!”».

Al recordar a estos jóvenes, «héroes de la evangelización de nuestros tiempos», recordando cómo Europa llenó otros continentes de misioneros que partían sin regresar —y que probablemente, en su «último momento», el de «la despedida», dijeron como Javier: «He dejado todo, ¡pero valió la pena!»— el Papa afirmó: «Creo que sería justo dar gracias al Señor por su

testimonio». Algunos murieron «anónimos», otros como «mártires y entregando la vida por el Evangelio»: estos misioneros son, dijo Francisco, «inuestra gloria! ¡La gloria de nuestra Iglesia!».

Ante estos ejemplos, el Pontífice tuvo un recuerdo para los «chicos y las chicas de hoy», a menudo incómodos en la «cultura del consumismo, del narcisismo». Y a ellos les dijo: «¡Mirad el horizonte! Mirad hacia allí, mirad a nuestros misioneros». Por esto, añadió, es necesario «rezar al Espíritu

Santo que les impulse a ir lejos, a "quemar" la vida». Usó precisamente esta expresión fuerte precisando: «Es una palabra un poco dura, pero la vida vale la pena vivirla; pero para vivirla bien» hay que «"quemarla" en el servicio, en el anuncio; y seguir adelante. Es esta la alegría del anuncio del Evangelio».

Concluyendo la homilía, el Papa exhortó a todos a dar gracias al Señor «por Pablo, por su capacidad de ir a un sitio y dejar ese sitio cuando el Espíritu Santo lo llama en otra



parte», pero también «por los muchos misioneros de la Iglesia» que, en el pasado como aún hoy, han tenido la valentía de partir. El Pontífice también invitó a rezar a fin de que el Espíritu entre «en el corazón de nuestros jóvenes», donde «hay alguna insatisfacción», y «les obligue a ir más allá, a quemar la vida por las causas nobles». Probablemente, dijo, de esto quedará sólo «una lápida, con el nombre, la fecha de nacimiento, la fecha de la muerte; y pasados algunos

años nadie se acordará de ellos», pero ellos se «habrán despedido del mundo sirviendo. Y esto es algo hermoso». De aquí la invocación final: «Que el Espíritu Santo, que viene ahora, siembre en el corazón de los jóvenes estas ganas de ir a anunciar a Jesucristo, “quemando” la propia vida».

12 de mayo de 2016. **Felipe Neri y la gallina.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 20, viernes 20 de mayo de 2016

Un «buen freno en la lengua» cuando nos acomete la tentación de murmurar. Porque precisamente «las cizañeras» —como llaman en Argentina a las personas que hacen circular rumores— son un

antitestimonio cristiano, causando también divisiones en la Iglesia. Contra este modo de comportarse, por desgracia muy difundido en el ámbito eclesial, puso en guardia Francisco en la misa celebrada el jueves 12 de mayo por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta. «Jesús ora: “Alzando los ojos al cielo, dijo”», relata Juan en el pasaje evangélico (17, 20-26) propuesto por la liturgia del día. Y Francisco observó enseguida que «Jesús pidió por todos, no pidió solo por los

discípulos, que estaban en la mesa con él, sino por todos». En efecto, escribe Juan, citando sus palabras: «No pido solo por estos, sino también por aquellos que creerán en mí por medio de su palabra». Esto quiere decir, afirmó el Pontífice, que Cristo «pide por nosotros: pidió por mí, por ti, por ti, por ti, por cada uno de nosotros». Y no cesó: «Jesús sigue haciéndolo en el cielo, como intercesor». Es importante comprender «qué pide Jesús en este momento al Padre: "Para que todos sean uno, como tú,

Padre, en mí y yo en ti”, que ellos también sean uno en nosotros».

En efecto, «cree y pide por la unidad, la unidad de los creyentes, de las comunidades cristianas». Pero piensa en «una unidad como es la que él tiene con el Padre y el Padre con él: una unidad perfecta». Y la oración, según el relato del evangelio de Juan, termina así: «Para que el mundo crea que tú me has enviado». Por eso «la unidad de las comunidades cristianas» y «de las familias cristianas» es «el testimonio

del hecho de que el Padre envió a Jesús». Francisco dijo que era consciente de que «una de las cosas más difíciles es, quizá, llegar a la unidad de una comunidad cristiana, una parroquia, un obispado, una institución cristiana, una familia cristiana».

Por desgracia, insistió, «nuestra historia, la historia de la Iglesia, nos hace avergonzar muchas veces: hicimos guerras contra nuestros hermanos cristianos, pensemos en una, la guerra de los Treinta años». Jesús, en cambio, «dice otra

cosa: "Si los cristianos se hacen la guerra entre ellos es porque el Padre no envió a Jesús, no hay testimonio"». Por nuestra parte, dijo el Pontífice, «debemos pedir tanto perdón al Señor por esta historia; una historia, muchas veces, de divisiones y no solo en el pasado, sino también hoy, también hoy». Y «el mundo ve que estamos divididos y dice: "Que se pongan de acuerdo entre ellos, después vemos, pero, ¿cómo Jesús ha resucitado y está vivo, y sus discípulos no se ponen de



acuerdo?"».

«¡Ni siquiera en la Pascua estamos unidos!»), insistió Francisco. Tanto que «una vez, un cristiano católico le preguntó a un cristiano de Oriente, también él católico: 'Mi Cristo resucita pasado mañana, y el tuyo, ¿cuándo resucita?'». Y así termina con que «el mundo no cree».

En este punto, el Papa se preguntó cómo entran «las divisiones en la Iglesia». Y la respuesta fue una invitación a olvidar por el momento «esta gran división entre las Iglesias

cristianas» e ir directamente, por ejemplo, a «nuestras parroquias». El problema, advirtió Francisco, es que «el diablo ha entrado en el mundo por envidia, dice la Biblia, ha sido la envidia del diablo la que hace entrar el pecado en el mundo». Así, «existe el egoísmo porque yo quiero ser más que el otro y muchas veces –diría que es casi habitual en nuestras comunidades, parroquias, instituciones, obispados– nos encontramos con divisiones fuertes que comienzan

precisamente de los celos, la envidia, y esto lleva a murmurar uno del otro, se murmura tanto». Y refiriéndose a un modo de sentir difundido en las parroquias, «en mi tierra es muy común», el Papa confió: «Una vez oí decir algo en un barrio: 'Yo no voy a la iglesia porque mira esta, va todas las mañanas a misa, recibe la comunión y después va murmurando de casa en casa: para ser cristiano así, prefiero no ir, como va esta chismosa'». Y prosiguió: «En mi tierra, a estas personas se las llama

‘cizañeras’: siembran cizaña, dividen, y las divisiones comienzan con la lengua por envidia, celos y también por cerrazón». Esa «cerrazón» que lleva a sentenciar: «No, la doctrina es esta, y bla, bla, bla».

Al respecto, el Papa recordó que el apóstol Santiago, en el tercer capítulo de su carta, dice: «Somos capaces de poner el freno en la boca al caballo. También una nave, con un pequeño timón, puede ser guiada, y nosotros, ¿no podemos dominar la lengua?».

Porque la lengua, escribe Santiago, «es un miembro pequeño, pero se gloria de hacer grandes cosas». Y «es verdad», confirmó Francisco: la lengua «es capaz de destruir una familia, una comunidad, una sociedad; de sembrar odio y guerras, envidia». Y volvió a proponer las palabras de la oración de Jesús: «Padre, pido por los que creerán en mí, para que todos sea uno, como tú y yo». Pero «cuánta distancia» hay entre la oración de Jesús y la vida de «una comunidad cristiana que está acostumbrada a

murmurar». Y «por esto Jesús pide al Padre por nosotros». De ahí la invitación a «pedir al Señor la gracia de que nos dé la fuerza para que en nuestras comunidades no haya estas cosas». Pero, sugirió el Pontífice, «Jesús nos dice cómo debemos ir adelante cuando no estamos de acuerdo o algo del otro no nos gusta: `¡Llámallo, habla!´». Y si tu interlocutor «no entiende o no quiere, llama a un testigo y haz que sea mediador». Jesús «nos enseñó» este estilo. Pero «es más cómodo murmurar y

destruir la fama del otro». Para hacer aún más concreta e intensa su meditación, Francisco contó un episodio de la vida de san Felipe Neri: «Una mujer fue a confesarse, y confesó que había murmurado». Pero «el santo, que era alegre, bueno y también de manga ancha, le dice: `Señora, como penitencia, antes de darle la absolución, vaya a su casa, agarre una gallina, desplume la gallina y después vaya por el barrio y siembre el barrio con las plumas de la gallina, y luego

vuelva'». Al día siguiente, prosiguió Francisco su relato, «volvió la señora: 'Hice eso, padre, ¿me da la absolución?'». Elocuente la respuesta de san Felipe Neri: «No, falta otra cosa, señora, vaya por el barrio y recoja todas las plumas», porque «murmurar es así: ensucia al otro». En efecto, añadió el Papa, «el que murmura, ensucia, destruye la fama, destruye la vida, y muchas veces sin motivo, contra la verdad». Por eso «Jesús pidió por nosotros, por todos nosotros



que estamos aquí, y por nuestras comunidades, por nuestras parroquias, por nuestras diócesis, 'que sean uno'».

En conclusión, Francisco exhortó a pedir «al Señor que nos dé la gracia», porque «es tanta, tanta la fuerza del diablo, del pecado que nos impulsa a las divisiones, siempre». En efecto, es necesario dirigirse al Señor para que «nos dé la gracia, nos dé el don que realiza la unidad: el Espíritu Santo», prosiguió el Papa deseando «que nos dé

este don que realiza la armonía, porque él es la armonía, la gloria en nuestras comunidades». Y que «nos dé la paz, pero con unidad».

Por eso «pedimos la gracia de la unidad para todos los cristianos, la gran gracia y la pequeña gracia de cada día para nuestras comunidades, nuestras familias».

Y también «la gracia de poner el freno en la lengua».

17 de mayo de 2016. **Ese deseo de treparse.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 27 de mayo de 2016

Hay una «tentación» que «divide y destruye a la Iglesia»: es el «deseo mundano de tener el poder», la envidia y el deseo «de ir más arriba». Lo dijo el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el martes 17 de mayo,

explicando que esta tentación responde al «pensamiento del mundo», mientras que Jesús habla «de servicio, de humillación».

Confrontándose con el pasaje evangélico del día, tomado del Evangelio de san Marcos (9, 30-37), toda la meditación del Pontífice se centró en la contraposición entre estos «dos modos de hablar». La Escritura, en efecto, presenta a Jesús que «enseña a sus discípulos» y les dice «la verdad sobre su vida» —sobre la suya, explicó Francisco, pero «también sobre

la vida de los cristianos, la “auténtica” verdad»—, revela: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará».

Ante esta verdad —«He venido para esta tarea, para realizar esta misión: dar mi vida por la salvación de todos»— los discípulos no comprenden. Es más, «no querían entender» y, por «temor a interrogarlo», habían decidido olvidarlo, como si dijese: «las cosas se arreglarán solas». Explicó el

Papa: «El temor cerraba su corazón, cerraba su corazón a la verdad que Jesús les estaba enseñando».

El relato evangélico continúa y se lee que ellos «siguieron el camino, pero no en silencio»: los discípulos «seguían hablando». Al llegar a Cafarnaúm, Jesús pregunta: «¿De qué discutíais por el camino?». Ninguna respuesta. Ellos, en efecto, «tenían vergüenza de decir a Jesús el tema de la discusión. En el camino habían discutido entre ellos acerca de quién era el

más grande».

He aquí, pues, la contraposición: «Jesús habla un lenguaje de humillación, de muerte, de redención, y ellos hablan un lenguaje de trepas: ¿quién estará más alto en el poder?». Esta, dijo Francisco, es una tentación que tenían ellos —«eran tentados por el modo de pensar del mundo mundano»— pero «no sólo ellos». También la madre de Santiago y Juan, recordó el Pontífice, fue a ver a Jesús —el episodio se puede leer en las páginas de Mateo (20, 20-21)—

para «pedir que sus hijos estuviesen uno a la derecha y el otro a la izquierda, cuando Él llegase al Reino». Como si hoy se pidiese: «Que uno sea el primer ministro y el otro el ministro de economía» para dividirse «todo el poder».

Precisamente esto, en efecto, «es el pensamiento del mundo: ¿quién es el más grande?». Por ello Jesús se apresura a llamar a los doce y les dice: «Si uno quiere ser el primero, sea el último y el servidor de todos».

Lo que dice Jesús a los discípulos es una enseñanza



válida para todos: «En el camino que Jesús nos indica para seguir adelante —dijo Francisco— el servicio es la norma. El más grande es quien sirve, quien más sirve a los demás, no quien se ensalza, quien busca el poder, el dinero, la vanidad, el orgullo».

Enseñanza necesaria porque, destacó el Papa, esta «es una historia que sucede cada día en la Iglesia, en cada comunidad» donde a menudo se pregunta: «Pero, entre nosotros, ¿quién es el más grande? ¿Quién manda?». Surgen las

«ambiciones», el «deseo de trepar, de tener el poder».

El tema lo afronta también la primera lectura, tomada de la carta de Santiago (4, 1-10), en la cual el apóstol escribe: «¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros?». Y continúa: «¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros?», o, tal vez, «¿de la pasión del poder, de mandar, de dominar?»?

El Pontífice invitó a considerar con atención el pasaje sucesivo, «para pensar cómo

rezamos mal». El apóstol, en efecto, explica a sus interlocutores: «pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones». Y continúa: «¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?». Precisamente aquí, explicó el Papa, se encuentra «el núcleo de este pasaje» y del mensaje dirigido hoy a la Iglesia.

La síntesis está en la contraposición ya mencionada: «Jesús habla un lenguaje de servicio, de humillación, es más, Él dice: “Yo no he venido

para que me sirvan, para ser servido, sino para servir"». En cambio, «el lenguaje del mundo es: "¿quién tiene más poder para mandar?". Y este lenguaje mundano es enemigo de Dios». Cuando, en efecto, continuó Francisco, hay «vanidad», el «deseo mundano de tener el poder, no de servir, sino de ser servido», se usan todos los medios. Así, por ejemplo, aparecen las «habladurías», la intención de «ensuciar a los demás». Lo «sabemos todos», añadió, que «la envidia y los celos siguen este camino y

destruyen».

Todo esto, puso amargamente de relieve el Pontífice, «sucede hoy en cada institución de la Iglesia: parroquias, colegios, otras instituciones, también en los obispados... todos». He aquí los «dos modos de hablar»: por una parte el «espíritu del mundo, que es espíritu de riqueza, vanidad y orgullo»; por otra Jesús que dice: «el Hijo del hombre es entregado en manos de los hombres y lo matarán». Él «vino para servir y nos enseñó el camino en la vida cristiana: el servicio, la

humildad». Por lo demás, explicó Francisco, «cuando los grandes santos decían sentirse muy pecadores, es porque habían entendido este espíritu del mundo que estaba dentro de ellos y tenían muchas tentaciones mundanas». En efecto, «ninguno de nosotros puede decir: “No, yo no, no yo... yo soy una persona santa, limpia”. Todos nosotros somos tentados por estas cosas, somos tentados de destruir al otro para llegar alto». Es una «tentación mundana» que «divide y destruye a la

Iglesia», y no es ciertamente «el Espíritu de Jesús».

Concluyendo su reflexión, el Papa dijo que, conservando ante los ojos la escena evangélica que se acababa de releer, «nos hará bien pensar en las numerosas veces que hemos visto esto en la Iglesia y en las numerosas veces que nosotros hemos hecho esto, y pedir al Señor que nos ilumine, para comprender que el amor hacia el mundo, es decir hacia este espíritu mundano, es enemigo de Dios».

19 de mayo de 2016.

## **Sanguijuelas de hoy.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 27 de mayo de 2016

La meditación sobre la justa relación que el cristiano debe tener con el dinero, con la riqueza, llevó al Papa Francisco, durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 19 de mayo, a



denunciar las «esclavitudes de hoy» y a quien, aprovechando la difundida falta de trabajo, «explota a la gente» y la obliga a aceptar contratos injustos, en negro. Traficantes que «aumentan las riquezas» y viven como «auténticas sanguijuelas», viven «de la sangre de la gente. Y esto es pecado mortal», comentó con palabras duras.

Por lo demás, inspiradas en la lectura tomada de la carta del apóstol Santiago (5, 1-6) el Papa mismo las definió «un poquito fuertes».

Evidentemente, destacó Francisco, «el apóstol había entendido el peligro que existe cuando un cristiano se deja dominar por las riquezas» y por esto en su texto «no ahorra palabras: es directo y claro», y escribe: «Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados». «¿Qué pensará un rico que escucha esto?». Si vamos a ver, explicó el Papa, lo que «nos enseña la Palabra de Dios sobre

las riquezas», comprendemos que «las riquezas en sí mismas son buenas», tanto que Dios mismo da al hombre la tarea de prosperar («Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla»). Y también en la Biblia «encontramos muchos hombres ricos que son justos». El Pontífice recordó algunos de ellos: de Job, por ejemplo, se encuentra la lista «de todas las riquezas que Dios le da»; pero podemos recordar también a Tobías, Joaquín, el marido de Susana. A muchos «el Señor da la riqueza como una

bendición».

Así, pues, «las riquezas son buenas, pero, añadió Francisco, son también «relativas». En efecto, el Señor «alaba a Salomón por haber pedido no riquezas sino la sabiduría del corazón para juzgar al pueblo». Las riquezas «no son algo absoluto». Algunos, en cambio, dijo, creen «en lo se llama la “teología de la prosperidad”, es decir, Dios te hace ver que tú eres justo si te da muchas riquezas». Pero «es un error». Por ello también el salmista dice: «A las riquezas no

apeguéis e corazón». Y es este precisamente el «problema» que implica a cada uno de nosotros: «¿está mi corazón apegado a las riquezas, o no? ¿Cómo es mi relación con la riqueza?». Al respecto Jesús «habla de "servir": no se puede servir a Dios y a las riquezas; son opuestos. En sí mismas son buenas, pero si tú prefieres servir a Dios, las riquezas pasan a un segundo plano: al sitio justo». Para explicarse mejor, el Papa recordó el episodio evangélico del «joven rico que Jesús amó, porque era

justo», él «era bueno pero estaba apegado a las riquezas y esas riquezas, al final, para él se convirtieron en cadenas que le quitaron la libertad de seguir a Jesús».

Es el mismo problema que Santiago afronta en su carta, donde «mira a los que consideran a las riquezas casi como dios» y «viven para las riquezas». A ellos, duramente, el apóstol escribe: «Vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes

como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos». Para aclarar que «la relación con la riqueza que tenía esta gente es una relación perjudicial», Santiago usa palabras que, destacó el Pontífice, parecen escritas por alguien que vive «hoy, en una de nuestras ciudades del mundo: “Mirad, el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos”». Se refiere a esas

situaciones en las que «las riquezas se obtienen con la explotación de la gente» y «esa pobre gente se convierte en esclava». En este punto Francisco invitó a pensar en el mundo de hoy, donde «pasa lo mismo» y sucede, por ejemplo, que a quien busca trabajo le hacen un contrato «de septiembre a junio, sin posibilidad de jubilación, sin asistencia sanitaria», luego lo suspenden durante los meses de verano, como si en julio y agosto se comiese aire, y en septiembre lo contratan de



nuevo. Quienes hacen esto, dijo claramente el Papa, «son auténticas sanguijuelas», que hacen a la gente esclava del trabajo.

El apóstol Santiago hacía referencia al trabajo de los segadores, hoy más en general, conocemos la «esclavitud del trabajo». Al respecto el Pontífice contó la experiencia de una joven a la que habían propuesto once horas de trabajo al día con salario en negro de 650 euros mensuales. Ante sus protestas le dijeron: «Mira, mira detrás de ti la fila

que hay. Si te gusta, tómallo, si no te gusta, te puedes marchar. Hay otros que esperan». Estos ricos, comentó Francisco, «acumulan riquezas» y parecen los mismos a los que escribe el apóstol: «Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos». Y dirigiéndose idealmente a ellos el Papa añadió: «La sangre de toda esta gente que habéis chupado» es «un grito al Señor, es un grito de justicia». Quienes se comportan de esta forma, dijo el Pontífice, son «traficantes» y «no se dan

cuenta de ello». Nosotros, explicó, «pensábamos que los esclavos ya no existían: existen. Es verdad, la gente no va a buscarlos a África para venderlos en América: no. Pero están en nuestras ciudades», está en la «explotación de la gente, la explotación no sólo de los niños, de los jóvenes», sino de «toda la gente» que, en el trabajo, se la trata «sin justicia».

Reflexionando sobre estos temas, el Papa recordó también la catequesis de la audiencia general del día anterior,

dedicada al rico Epulón y a Lázaro. Ese rico, dijo, «estaba en su mundo, no se daba cuenta que del otro lado de la puerta de su casa había alguien que tenía hambre» y «lo dejaba morir». En cambio, destacó, aquí hay algo «peor»: vemos «que se hace pasar hambre a la gente con su trabajo para mi beneficio. Vivir de la sangre de la gente. Y esto es pecado mortal. Es pecado mortal, que pide mucha penitencia, mucha restitución para convertirse de este pecado».

Se hace eco de las duras

palabras del apóstol Santiago, en la liturgia del día, también el Salmo 48, «una bonita meditación serena, sobre la pobreza —“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”», donde de los ricos se lee de modo “claro” que «bajarán derecho a la tumba, su figura se desvanecerá... el seol será su residencia».

Al respecto, el Pontífice contó otra anécdota breve recordando «a un hombre avaro» de quien, al morir, la gente decía: «“Se ha arruinado el funeral”».

—“¿Por qué?”, comentaban. “Es que no pudieron cerrar el ataúd”. —“¿Por qué?”. —“Porque quería llevar consigo todo lo que tenía, y no podía”». Nadie, comentó Francisco, «puede llevar consigo sus riquezas». Concluyendo la homilía, el Papa invitó de nuevo a pensar en «este drama de hoy: la explotación de la gente». Y no sólo en los tráficos relacionados con la prostitución o el trabajo de menores, sino en «ese tráfico —digamos— más “civilizado”», del que hay quien dice: «Yo te pago hasta aquí,

sin vacaciones, sin asistencia sanitaria, todo en negro... así yo llego a ser rico». Y, recordando el pasaje del Evangelio del día (*Marcos 9, 41-50*), pidió al Señor que «nos haga comprender esa sencillez de la que habla Jesús en el Evangelio de hoy: es más importante un vaso de agua en nombre de Cristo que todas las riquezas acumuladas con la explotación de la gente».

20 de mayo de 2016. **Dios no es una ecuación.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 27 de mayo de 2016

«Hoy en esta misa hay ocho parejas que celebran cincuenta años de matrimonio —es un auténtico testimonio en este tiempo de la cultura de lo provisional— y una pareja que celebra sus veinticinco años».



Precisamente por ellos el Papa ofreció la misa del viernes 20 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, proponiendo en la homilía una reflexión sobre el matrimonio para recordar que testimoniar la verdad significa también comprender a las personas. Lo que atrajo inmediatamente la atención, afirmó Francisco refiriéndose a las lecturas de la liturgia del día, es la escena relatada en el Evangelio de san Marcos (10, 1-12): «Jesús, marchándose de Cafarnaúm, fue a la región de Judea, al otro

lado del Jordán», y «de nuevo vino la gente donde él y, como acostumbraba, les enseñaba». Protagonista, explicó el Papa, es «la multitud que va a su encuentro: Él les enseñaba y ellos escuchaban». Todas aquellas personas seguían a Jesús precisamente porque les gustaba escucharle. El Evangelio dice que «Él enseñaba con autoridad, no como enseñaban los escribas y los fariseos». Por esto «la multitud, el pueblo de Dios, estaba con Jesús». Pero, precisa el evangelista

Marcos, estaba también, «por otra parte, ese pequeño grupo de fariseos, saduceos, doctores de la ley que siempre se acercaban a Jesús con malas intenciones». El Evangelio nos dice claramente que su intención era «ponerlo a prueba»: estaban siempre preparados para usar la clásica cáscara de banana «para hacer caer a Jesús», quitándole, de esa forma, «la autoridad». Estas personas, afirmó el Pontífice, «estaban separadas del pueblo Dios: eran un pequeño grupo de teólogos

iluminados que creían tener toda la ciencia y la sabiduría». Pero «a fuerza de cocinar su teología, habían caído en la casuística y no podían salir de esa trampa». Y, así, repetían continuamente: «¡No se puede, no se puede!». De estas personas, añadió el Papa, Jesús «habla mucho en el capítulo 23 de Mateo y las describe bien». «La cuestión es el matrimonio», dijo claramente Francisco. Un tema, destacó, que «parece providencial, con ocho parejas que celebran cincuenta años de matrimonio

y una sus veinticinco años» presentes en la celebración de la misa en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Dos veces, en el Evangelio, este pequeño grupo» hace una «pregunta a Jesús sobre el matrimonio». En particular «una vez los saduceos, que no creían en la vida eterna, presentaron una pregunta sobre el levirato», o sea respecto a «la mujer que se había casado con siete hermanos y luego al final murió: ¿cuál será el marido de esta mujer en el más allá?».

Una pregunta pensada precisamente para buscar «poner en ridículo a Jesús». En cambio la otra pregunta es esta: «¿Es lícito repudiar a una mujer?». Pero «Jesús, en ambas situaciones, no se detiene en el caso particular, sino que va más allá: se centra en la plenitud del matrimonio». «En el caso del levirato — explicó el Papa— Jesús se centra en la plenitud escatológica: “En el cielo no habrá ni marido ni esposa, vivirán como ángeles de Dios”». Él se centra «en la

plenitud de la luz que viene de esa plenitud escatológica». Así, pues, «Jesús recuerda la plenitud de la armonía de la creación: “Desde el comienzo de la creación, Dios los hizo varón y hembra”».

Está claro, afirmó el Pontífice, que «Él no se equivoca, Él no busca hacer un buen papel delante de ellos: “Dios los hizo varón y hembra”». E inmediatamente añade: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y la mujer dejará a su padre y a su madre y se

unirá a su marido —se sobreentiende— y los dos se harán una carne sola». Esto «es fuerte», comentó el Papa, añadiendo: «Una simbiosis, una carne sola, así siguen adelante: ya no son dos, sino una sola carne». Por lo tanto, «que el hombre no separe lo que Dios ha unido».

«Tanto en el caso del levirato como en esto Jesús responde desde la verdad aplastante, desde la verdad contundente — ¡esta es la verdad!—, desde la plenitud, siempre», destacó el Papa. Por lo demás, «Jesús



nunca negocia la verdad». En cambio, «este pequeño grupo de teólogos iluminados negociaba siempre la verdad, reduciéndola a la casuística». A diferencia de Jesús, que «no negocia la verdad: esta es la verdad sobre el matrimonio, no existe otra».

Sin embargo, «Jesús es muy misericordioso —insistió Francisco—, es tan grande que nunca, nunca, nunca cierra la puerta a los pecadores». Se comprende cuando les pregunta: «¿Qué os prescribió Moisés? ¿Qué os ordenó

Moisés?»». La respuesta es que «Moisés permitió escribir un acta de divorcio». Y «es verdad, es verdad». Pero Jesús responde así: «Teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este precepto».

Aquí, afirmó el Pontífice, «está la plenitud de la verdad, esa verdad fuerte, contundente, pero también la debilidad humana, la dureza del corazón». Y «Moisés, el legislador, hizo esto, pero que las cosas queden claras: la verdad es una cosa y otra cosa

es la dureza del corazón que es la condición pecadora de todos nosotros». Por ello «Jesús deja aquí la puerta abierta al perdón de Dios, pero en casa, a los discípulos, les repite la verdad: “Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio”». Jesús «lo dice claramente, sin giros de palabras: “Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio”».

El pasaje evangélico nos revela «las verdades que nos da Jesús, que son verdades plenas, recibidas de Dios, del

Padre, que son siempre así». Y nos muestra también «el modo», es decir «cómo Jesús se comporta ante los pecadores: con el perdón, dejando la puerta abierta». Y «en esta referencia a Moisés, deja en cierto sentido algo para el perdón de la gente que no logra vivir este compromiso». Por lo demás, también «hoy, en este mundo en el que vivimos, con esta cultura de lo provisional, esta realidad de pecado es muy fuerte». Jesús, «al recordar a Moisés, nos dice que está la dureza del

corazón, está el pecado». Pero «algo se puede hacer: el perdón, la comprensión, el acompañamiento, la integración, el discernimiento de estos casos». Con la consciencia de que «la verdad nunca se vende, nunca». Jesús «es capaz de decir esta verdad tan grande y, al mismo tiempo, ser tan comprensivo con los pecadores, con los débiles». En cambio, «este pequeño grupo de teólogos iluminados, que caen en la casuística, son incapaces tanto de horizontes grandes como de amor y

comprensión respecto a la debilidad humana».

«Nosotros debemos caminar con estas dos cosas que Jesús nos enseña: la verdad y la comprensión», sugirió Francisco. Y «esto no se resuelve como una ecuación matemática», sino «con la propia carne: es decir, yo cristiano ayudo a esa persona, a aquellos matrimonios que atraviesan una dificultad, que están heridos, en el camino de acercamiento a Dios».

Permanece el hecho que «la verdad es aquella, pero esta es

otra verdad: todos somos pecadores, en camino». Y «siempre está este trabajo por hacer: cómo ayudar, cómo acompañar, pero también cómo enseñar a aquellos que se quieren casar cuál es la verdad sobre el matrimonio».

Es «curioso» destacar que Jesús «al hablar de la verdad dice las palabras claras: pero con cuanta delicadeza trata a los adúlteros». Y, así, «a aquella mujer, que llevaron ante él para ser lapidada, con cuanta delicadeza» dice: «Mujer, nadie te ha condenado,

tampoco yo, ve en paz y no peques más». Y «con cuanta delicadeza Jesús trata a la samaritana, que tenía una buena historia de adulterios», diciéndole: «llama a tu marido», y deja que sea ella quien diga: «no tengo marido». Como conclusión, Francisco expresó el deseo de «que Jesús nos enseñe a tener con el corazón una gran adhesión a la verdad y también con el corazón una gran comprensión y acompañamiento a todos nuestros hermanos que atraviesan momentos de



dificultad». Y «esto es un don: lo enseña el Espíritu Santo, no estos doctores iluminados que para enseñarnos necesitan reducir la plenitud de Dios a una ecuación casuística».

23 de mayo de 2016. **Himno a la alegría.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 27 de mayo de 2016

«El carné de identidad del cristiano es la alegría»: el «asombro» ante la «grandeza de Dios», su «amor», la «salvación» que donó a la humanidad sólo pueden conducir al creyente a una

alegría que ni siquiera las cruces de la vida pueden dañar, porque también en la prueba está «la seguridad de que Jesús está con nosotros».

Un auténtico himno a la alegría fue la meditación del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el lunes 23 de mayo. El punto de partida surgió de la liturgia del día. En particular, el Pontífice quiso releer el íncipit del pasaje tomado de la primera Carta de Pedro (1, 3-9) que por el «tono exultante» —dijo—, la «alegría», el modo del apóstol

de intervenir «con toda la fuerza» recuerda el inicio «del Oratorio de Navidad de Bach». Escribe, en efecto, Pedro: «Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en

el último momento».

Son palabras en las que se percibe «el asombro ante la grandeza de Dios», ante la «regeneración que el Señor —“en Jesucristo y por Jesucristo”— hizo en nosotros».

Y es «un asombro lleno de gozo, alegre»: inmediatamente después, destacó el Papa, en el texto de la carta se encuentra la «palabra clave», o sea: «Por lo cual rebosáis de alegría».

La alegría de la que habla el apóstol es duradera. Por ello, explicó Francisco, él añade en la carta que, aunque si por un

poco de tiempo nos vemos obligados a estar «afligidos con diversas pruebas», esa alegría del inicio «no se nos quitará». En efecto, la misma brota de «aquello que Dios ha hecho en nosotros: nos ha reengendrado en Cristo y nos ha dado una esperanza». Una esperanza —«la que los primeros cristianos representaban como un ancla en el cielo»— que, dijo el Papa, es también la nuestra. De allí viene la alegría. Y, en efecto, Pedro concluyendo su mensaje invita a todos: «a rebosar de una

alegría inefable y gloriosa». De todo esto, destacó el Pontífice, se comprende cómo la alegría es de verdad la «virtud del cristiano». Un cristiano, indicó, «es un hombre y una mujer con alegría en el corazón». Es más: «No existe un cristiano sin alegría». Alguien podría objetar: «Pero, Padre, yo he visto de todo», queriendo decir con esto que «no son cristianos: dicen serlo, pero no lo son, les falta algo». He aquí por qué según el Papa «el carné de identidad del cristiano

es la alegría, la alegría del Evangelio, la alegría de haber sido elegidos por Jesús, salvados por Jesús, reengendrados por Jesús; la alegría de esa esperanza de que Jesús nos espera». Y también «en las cruces y en los sufrimientos de esta vida», añadió, el cristiano vive esa alegría, expresándola de otra forma, o sea con la «paz» que viene de la «seguridad que Jesús nos acompaña, está con nosotros». El cristiano, en efecto, ve «crecer esta alegría con la confianza en Dios». Él



sabe bien que «Dios lo recuerda, que Dios lo ama, que Dios lo acompaña, que Dios lo espera. Y esta es la alegría». Como contrapeso a este himno a la alegría, la liturgia del día propone «otra palabra», vinculada al episodio del Evangelio de san Marcos (10, 17-27) donde se narra acerca del joven «que se acercó a Jesús para seguirlo»: un «buen joven», tan bueno que logró «conquistar el corazón de Jesús», el cual, se lee, «fijó su mirada en él» y «lo amó». A ese joven Jesús le hizo una

propuesta: «Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres... luego ven y sígueme»; pero ante estas palabras él se mostró abatido y «se marchó entristecido».

El joven, destacó Francisco, «no fue capaz de abrir el corazón a la alegría y eligió la tristeza». Pero, ¿por qué? La respuesta es clara: «Porque poseía muchos bienes. Estaba apegado a los bienes». Por lo demás, Jesús había advertido «que no se puede servir a dos señores: o sirves al Señor o sirves las riquezas». Volviendo

sobre este tema ya afrontado en una homilía hace pocos días, el Pontífice explicó: «las riquezas no son malas en sí mismas», lo malo es «servir a la riqueza». Fue así, en definitiva, que el joven se marchó triste: «Abatido por estas palabras, se marchó entristecido».

Se trata de un episodio que trae luz también a la vida cotidiana «en nuestras parroquias, comunidades, instituciones»: aquí, en efecto, destacó el Papa, si «encontramos gente que se

dice cristiana y quiere ser cristiana pero es triste», quiere decir que hay algo «que no funciona». Y es tarea de cada uno ayudar a esta gente «a encontrar a Jesús, a quitar esa tristeza, para que pueda vivir el Evangelio, para que pueda tener esta alegría que es propia del Evangelio».

Francisco quiso seguir profundizando este concepto central y vincular la alegría al asombro que brota —como lo recuerda san Pedro en su carta — «ante la revelación, ante el amor de Dios, ante las

emociones del Espíritu Santo». Por ello se puede decir que «el cristiano es un hombre, una mujer que se asombra».

Una palabra —«asombro»— que se lee también al final del pasaje evangélico del día, «cuando Jesús les explica a los apóstoles que ese joven tan bueno no fue capaz de seguirlo, porque estaba apegado a las riquezas y dice que es muy difícil que un rico, alguien que está apegado a las riquezas, entre en el reino de los cielos». Se lee, en efecto, que ellos, «asombrándose aún más»,

decían: «Y ¿quién se podrá salvar?».

El hombre, el cristiano — explicó el Papa—, puede quedar tan asombrado ante tanta grandeza y tanta belleza, que puede llegar a pensar: «Yo no soy capaz. No sé cómo se hace». La respuesta que da Jesús mirando a los ojos a sus discípulos es consoladora: «Para los hombres, imposible — no somos capaces...—; pero no para Dios». Es decir, podemos vivir la «alegría cristiana», el «asombro de la alegría», y salvarnos «de vivir apegados a

otras cosas, a la mundanidad», sólo «con la fuerza de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo». Por ello, ha sido la invitación del Pontífice al término de la homilía, «pidamos hoy al Señor que nos conceda el asombro ante su presencia, ante tantas riquezas espirituales que nos ha dado; y con este asombro nos done la alegría, la alegría de nuestra vida y de vivir en paz en el corazón las muchas dificultades; y que nos proteja de buscar la felicidad en tantas cosas que al final nos entristecen: prometen mucho,

pero no nos darán nada». Esta es la conclusión: «Recordadlo bien: un cristiano es un hombre y una mujer de alegría, de alegría en el Señor; un hombre y una mujer que se asombran».



24 de mayo de 2016. **Día tras día.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 3 de junio de 2016

«Hoy, 24 de mayo, es la fiesta de María Auxiliadora, que en China se celebra con particular devoción. Ofrezco esta misa por todos los chinos, por este gran país, para que el Señor bendiga a China»: con estas palabras el Papa Francisco inició la

celebración eucarística en la capilla de la Casa Santa Marta durante la cual, en la homilía, profundizó el tema de la «santidad sencilla», aquella a la cual todos los cristianos están llamados: un «camino» —dijo— que se debe hacer «todos los días» con «valentía, esperanza, gracia y conversión».

La meditación de Francisco se inspiró en el pasaje de la carta de san Pedro (1, 10-16) propuesto dalla liturgia del día: «un pequeño tratado sobre la santidad, una exhortación, pero

también una indicación del camino hacia la santidad». Se trata, explicó el Papa, de la «santidad sencilla de todos los cristianos, la santidad de cada día, la nuestra, la que debemos construir todos los días». La referencia última es clara: san Pedro lo indica diciendo: «está escrito: "Seréis santos porque yo soy santo"», y Dios mismo dice a Abrahán: «Camina en mi presencia y sé irrepreensible». Es decir, explicó Francisco: «la santidad es caminar en presencia de Dios y de modo irrepreensible». Y añadió: «la

santidad no se puede comprar, no se vende. Ni tampoco se regala». En efecto, la misma «es un camino en la presencia de Dios, que lo debo hacer yo: no puede hacerlo otro en mi nombre». Ciertamente, «yo puedo rezar para que el otro sea santo, pero el camino debe hacerlo él, no yo».

Para clarificar mejor, el Pontífice, siguiendo el texto de Pedro, indicó algunas «palabras» útiles para enseñarnos «cómo es la santidad de cada día, esa santidad —digamos— incluso

anónima». Ante todo se necesita «valentía». Lo recuerda también Pedro: «Por lo tanto, ceñíos los lomos de vuestro espíritu, sed sobrios, poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os procurará mediante la Revelación de Jesucristo». Se necesita siempre «la valentía de seguir adelante», por ello se puede decir que «el reino de los cielos de Jesús es para los valientes».

El apóstol luego continúa:  
«Poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os

procurará». De aquí la segunda palabra útil: «esperanza». No se puede, dijo el Papa, «ir a emprender un camino sin querer llegar. Nosotros, añadió, esperamos «un encuentro con Dios, un encuentro con Jesús»: esta esperanza «mueve la valentía».

San Pedro habla luego de «gracia». Y es la tercera palabra que hace comprender cómo «la santidad no podemos hacerla nosotros solos», sino que «es una gracia». Explicó Francisco: «Ser bueno, ser santo, dar todos los días un

paso hacia adelante en la vida cristiana es una gracia de Dios y tenemos que pedirla»; y tener la «disponibilidad» para recibirla.

Sobre el tema de la «esperanza del camino» el Pontífice sugirió también releer el capítulo XI de la Carta a los Hebreos: «relata el camino de nuestros padres, de los primeros llamados por Dios. Y cómo ellos siguieron adelante. Y de nuestro padre Abrahán dice: “Y salió sin saber a dónde iba”». Cada uno de nosotros, dijo, puede «pedir esta gracia al Señor» y «con

sencillez» rezar: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes hacer el milagro de hacerme un poco mejor». Así podemos «abrir el corazón» para que el Espíritu trabaje en nosotros. Hay, por último, otra palabra que también sugiere Pedro, que escribe: «Como hijos obedientes, no os amoldéis a las apetencias de antes, del tiempo de vuestra ignorancia, más bien, así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos». Aquí se habla de «conversión». Dijo el Papa: a lo largo del camino «no



debemos mirar hacia atrás: es un camino para ir hacia adelante, hacia el horizonte, con esperanza, con valentía, abiertos a la gracia», pero sucede que «un día voy hacia adelante, otro día voy hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. Y esto no ayuda», nos hace permanecer «quietos en el mismo sitio». Por ello «todos los días» necesitamos convertirnos. Tal vez alguien podría decir: «Padre, para convertirme tengo que hacer penitencias, darme golpes», y, en cambio, explicó Francisco,

se necesitan «pequeñas conversiones». Y así, «si eres capaz de lograr no hablar mal de otro, estás en el buen camino para llegar a ser santo». Estamos llamados a hacer cosas sencillas: «¿Tengo ganas de criticar al vecino, al compañero de trabajo?», será útil «morder un poco la lengua», tal vez «se hinchará» pero «vuestro espíritu será más santo, en este camino». Lo importante es «seguir adelante» en este camino «sencillo» pero que requiere también «fortaleza» —que es

un don del Espíritu Santo— para «cargar con los sufrimientos». En efecto, ellos llegan a la vida: «una enfermedad o la muerte de uno de los seres queridos o un problema con los hijos o con los hermanos o un problema más grande en los negocios o en el trabajo». El punto de referencia es siempre Jesús, quien «siguió adelante y sufrió». Del mismo modo para nosotros «los pequeños trozos de cruz existen», pero está también «la alegría de este camino» durante el cual, «en cada

momento», encontramos a Jesús.

Por lo tanto, resumió Francisco: «Valentía, esperanza, gracia, conversión y fortaleza», así «se hace la santidad de cada día, en la Iglesia: todos los días un pasito hacia adelante en este camino hacia el encuentro con el Signore».

30 de mayo de 2016. **Espíritu enjaulado.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 3 de junio de 2016

«Profecía, memoria y esperanza»: son las características que hacen libre a una persona, al pueblo, a la Iglesia, impidiendo de acabar en un «sistema cerrado» de normas que enjaulan al Espíritu Santo. Lo ha recordado el Papa

Francisco en la misa celebrada el lunes 30 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Está claro a quién se dirige Jesús con esta parábola: a los jefes de los sacerdote, a los escribas y a los ancianos del pueblo», ha hecho notar inmediatamente el Papa refiriéndose al pasaje evangélico de Marcos (12, 1-12) propuesto por la liturgia. Por lo tanto «para ellos» el Señor usa «la imagen de la vid», que «en la Biblia es la imagen del pueblo de Dios, la

imagen de la Iglesia y también la imagen de nuestra alma».

Así, ha explicado Francisco, «el Señor planta una viña, la rodea de una cerca, cava un lagar y edifica una torre».

Precisamente en este trabajo se reconoce «todo el amor y la ternura de Dios para hacer a su pueblo: esto el Señor lo ha hecho siempre con tanto amor y con tanta ternura». Y «él recuerda siempre a este pueblo cuando le era fiel, cuando lo seguía en el desierto, cuando buscaba su rostro». Pero «después la situación se volvió

al revés y el pueblo se adueñó de este don de Dios» al grito de: «Nosotros somos nosotros, somos libres». Ese pueblo «no piensa, no recuerda que fueron las manos, el corazón de Dios quien lo hizo, y así se convierte en un pueblo sin memoria, un pueblo sin profecía, un pueblo sin esperanza».

Es, por lo tanto, «a los dirigentes de este pueblo» a quienes Jesús se dirige «con esta parábola: un pueblo sin memoria ha perdido la memoria del don, del regalo; y atribuye a sí mismo lo que es:



Nosotros podemos». Muchas veces en la Biblia se habla de ascetas, profetas —ha afirmado el Papa— y «Jesús mismo destaca la importancia de la memoria: un pueblo sin memoria no es un pueblo, olvida sus raíces, olvida su historia».

Moisés, en el libro del Deuteronomio, repite numerosas veces este concepto: «¡Recordad, recuerda!». Este es, en efecto, «el libro de la memoria del pueblo, del pueblo de Israel; es el libro de la memoria de la

Iglesia, aunque es también el libro de nuestra memoria personal». Es precisamente «la dimensión deuteronomica de la vida, de la vida de un pueblo o de la vida de una persona, que hace siempre volver a las raíces para recordar y poder no equivocarse en el camino». En cambio, las personas a quienes Jesús se dirige con la parábola «habían perdido la memoria: habían perdido la memoria del don, del regalo de Dios que había hecho a ellos».

«Perdida la memoria, es un pueblo incapaz de hacer

espacio para los profetas», ha continuado Francisco. Jesús mismo, en efecto, «les dice que han asesinado a los profetas, porque los profetas estorban, los profetas nos dicen siempre lo que nosotros no queremos escuchar». Y así, «Daniel en Babilonia se lamenta: “nosotros, hoy, no tenemos profetas”». Palabras que encierran la realidad «de un pueblo sin profetas» que les indican «el camino y les recuerdan: el profeta es el que tiene la memoria y hace ir adelante». Es así que «Jesús

dice a los jefes del pueblo:  
"vosotros habéis perdido la memoria y no tenéis profetas. Es más: cuando teníais a los profetas, vosotros los habéis asesinado"».

Por lo demás, la actitud de los jefes del pueblo era evidente: «Nosotros no tenemos necesidad de los profetas, nosotros somos nosotros». Pero «sin memoria y sin profetas — advirtió el Pontífice— se convierte en un pueblo sin esperanza, un pueblo sin horizonte, un pueblo cerrado en sí mismo que no se abre a

las promesas de Dios, que no espera las promesas de Dios». Por lo tanto, «un pueblo sin memoria, sin profecía y sin esperanza: este es el pueblo que los jefes de los sacerdotes, los escribas, los ancianos han hecho del pueblo de Israel». Y «¿dónde está la fe?», se preguntó Francisco. «En la muchedumbre» respondió, destacando que en el Evangelio se lee: «Buscaban capturarlo, pero tuvieron miedo de la gente». Esas personas, en efecto, «habían entendido la verdad y, en medio de sus

pecados tenían memoria, estaban abiertos a la profecía y buscaban la esperanza». Un ejemplo, en este sentido, viene de «dos ancianillos, Simeón y Anna, personas de memoria, de profecía y de esperanza». En cambio «los jefes del pueblo» legitimaban su pensamiento rodeándose «de abogados, doctores de la ley, que elaboran un sistema jurídico cerrado: creo —ha comentado el Pontífice— que ahí había casi 600 preceptos». Y así «cerrado, seguro» era su pensamiento, con la idea que

«se salvarán los que hacen esto; no nos importan los demás». Por lo que respecta «la profecía: mejor que no vengan los profetas». Y «¿la esperanza? Pero, cada uno la verá». Este «es el sistema a través del cual legitimamos: doctores de la ley, teólogos que siempre caminan en la vía de la casuística y no permiten la libertad del Espíritu Santo; no reconocen el don de Dios, el don del Espíritu y enjaulan al Espíritu porque no permiten la profecía en la esperanza». Es precisamente «este el

sistema religioso del cual habla Jesús». Un sistema «de corrupción, de mundanidad y de concupiscencia», como dice el pasaje tomado de la segunda carta de san Pedro (1, 2-7), propuesto en la primera lectura. Incluso Jesús mismo «fue tentado de perder la memoria de su misión, para no dar lugar a la profecía y de elegir la seguridad en lugar de la esperanza». A este propósito el Papa recordó «las tres tentaciones del desierto: “realiza un milagro y muestra tu poder”, “tírate del alero del



templo y así todos creerán”;  
“adórame”».

«A esta gente Jesús, porque conocía en sí mismo las tentaciones» del «sistema cerrado», la reprende por recorrer «medio mundo para obtener un prosélito» y para «hacerlo esclavo». Y así «este pueblo tan organizado, esta Iglesia así organizada, hace esclavos». De tal modo que «se entiende cómo reacciona Pablo, cuando habla de la esclavitud de la ley y de la libertad que te da la gracia». Porque «un pueblo es libre, una Iglesia es

libre cuando tiene memoria, cuando deja el lugar a los profetas, cuando no pierde la esperanza».

«Que el Señor nos enseñe esta lección, también para nuestra vida» ha deseado Francisco como conclusión, sugiriendo preguntarse a sí mismos en un auténtico examen de conciencia: «¿tengo memoria de las maravillas que el Señor hizo en mi vida? ¿Tengo memoria de los dones de Dios? ¿Soy capaz de abrir el corazón a los profetas, es decir a quien me dice: "esto no funciona,

deber ir por ahí, sigue adelante, arriesga”, como hacen los profetas? ¿Estoy abierto a ello o tengo miedo y prefiero encerrarme en la jaula de la ley?». Y al final: «¿Tengo esperanza en las promesas de Dios, como la tuvo nuestro padre Abrahán, que salió de su tierra sin saber a dónde dirigirse, sólo porque confiaba en Dios?».

31 de mayo de 2016. **Mujeres valientes.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 3 de junio de 2016

Dos «actitudes» se reconocen como «signos» inequívocos del ser cristianos: el «servicio en la alegría» e «ir al encuentro de los demás». En la misa celebrada el 31 de mayo en Santa Marta, el Papa Francisco dio consejos para los cristianos

que «creen ser tales» pero en realidad «no lo son plenamente». E invitó a seguir el ejemplo de «mujeres valientes» como María, capaces de afrontar dificultades y obstáculos por servir a los demás.

Ante una liturgia del día «llena de la alegría que colma nuestro corazón» el Pontífice eligió en primer lugar algunos pasajes de la primera lectura tomada del profeta Sofonías (3, 14-18): «¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de

todo corazón, hija de Jerusalén! El Señor está en medio de ti, no temerás ya ningún mal»; y también: «Dios está en medio de ti, ¡un poderoso Salvador! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo». Es decir, explicó, «es Dios quien goza con nosotros», quien «nos renueva». Es un pasaje que expresa «una alegría grande, una alegría que llena nuestro corazón y nuestra vida». Luego Francisco recurrió al Evangelio de Lucas (1, 39-56): «En el encuentro de María

con su prima» —destacó— se respira el «mismo clima de alegría: “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios”». También Jesús se alegra y salta en el seno de la madre: «todo es alegría allí, todo».

«Este —comentó el Papa— es el aire fresco que hoy nos trae la liturgia: el mensaje de alegría». Y comentó: qué «cosa fea» son «los cristianos con la cara torcida, los cristianos tristes», una «cosa fea, fea, fea». En efecto, «creen» ser cristianos «pero no lo son

plenamente».

En este clima de alegría «que la liturgia hoy nos da como un regalo», el Pontífice quiso poner de relieve dos aspectos: «una actitud» y «un hecho».

La actitud que podemos destacar en el pasaje evangélico es la del «servicio». María, en efecto, «va a servir». Francisco puso de relieve «los dos verbos que introducen esta historia en el Evangelio de Lucas», o sea: «María se levantó», es decir decide: «hago algo», y, por lo tanto, «fue con prontitud». Lo que



«asombra», dijo el Pontífice, es precisamente «esta joven de dieciséis años, diecisiete, no más, que va de prisa por este camino, donde seguramente había bandidos, pero era valiente. Se levanta y va». María no encuentra excusas como: «No, estoy embarazada», o también: «Soy la reina del mundo, porque el rey viene a mí». Ella sencillamente «se levanta y va», mostrando, toda su «valentía de mujer». Al respecto el Papa hizo un paréntesis recordando «a las

mujeres valientes que hay en la Iglesia» y que «son como la Virgen»: mujeres que «llevan adelante la familia» y «la educación de los hijos», capaces de afrontar «muchas adversidades, mucho dolor», mujeres «que cuidan a los enfermos... Valientes: se levantan y sirven, sirven». En ellas se reconoce el «signo cristiano» del servicio. Y, al recordar que «quien no vive para servir, no sirve para vivir», Francisco destacó en más de una ocasión la importancia de la actitud del

«servicio en la alegría». Una alegría que, de todos modos, requiere también «mortificación», es decir no elegir hacer sólo lo que nos gusta. María, por ejemplo, «se levantó y fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá», fue «lejos», y «seguramente lo hizo sola. Era valiente».

El Evangelio, luego, propone también un «hecho», es decir «el encuentro» entre María e Isabel. «Estas dos mujeres — dijo el Pontífice— se encuentran y se encuentran

con alegría, como cuando se encuentran las mujeres que se quieren: se abrazan, se dan un beso...». Un encuentro, en definitiva, caracterizado por la «fiesta». Así, pues, «el encuentro es otro signo cristiano». En efecto, explicó el Papa, «una persona que dice ser cristiana y no es capaz de ir al encuentro de los demás, de encontrarse con los demás, no es totalmente cristiana». Y añadió: «tanto el servicio como el encuentro requieren» la actitud «de salir de sí mismo: salir para servir y salir para

encontrar, para abrazar a otra persona».

Precisamente con este tipo de servicio y de encuentro, en María —que una semana antes «trabajaba, sin saber que su prima estaba embarazada», luego, con la «alegría grande de la maternidad» suma «la alegría de servir y la alegría del encuentro»— «se renueva la promesa del Señor» y se realiza «en ese presente». Al respecto comentó Francisco: «Si nosotros aprendiésemos esto —servicio e ir al encuentro de los demás, no rechazar los

encuentros–, si nosotros aprendiésemos esto, ¡cuánto cambiaría el mundo!». Y concluyó recordando: «Dos cosas solamente, servir y encontrarse, y experimentaremos la alegría, esta alegría grande de la presencia de Dios en medio de nosotros».

# **SANTO PADRE FRANCISCO.**

## **Año 2016. Junio.**



*Textos tomados de:*

*[www.vatican.va](http://www.vatican.va)*

*Compuestos por:*

*[alphonsus2002@gmail.com](mailto:alphonsus2002@gmail.com)*

**1 de junio de 2016.** Audiencia general. Cómo se debe rezar para obtener misericordia.

**2 de junio de 2016.** Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Primera meditación.

**2 de junio de 2016.** Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Segunda meditación.

**2 de junio de 2016.** Retiro



espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Tercera meditación.

**3 de junio de 2016.** Homilía en el jubileo de los sacerdotes.

**3 de junio de 2016.** Discurso a la cumbre internacional de jueces y magistrados contra el tráfico de personas y el crimen organizado.

**4 de junio de 2016.** Discurso a los participantes en la asamblea de las obras misionales pontificias.

**5 de junio de 2016.** Homilía en la Santa Misa y

canonización de los beatos Estanislao de Jesús María y María Isabel Hesselblad.

**5 de junio de 2016.**

ÁNGELUS.

**8 de junio de 2016.** Audiencia general. Las bodas de Cana.

**9 de junio de 2016.** Discurso a una representación de médicos españoles y latinoamericanos.

**10 de junio de 2016.** Discurso a una delegación de la comunión mundial de las iglesias reformadas.

**12 de junio de 2016.** Homilía en el jubileo de los enfermos y

personas discapacitadas.

**12 de junio de 2016.**

ÁNGELUS.

**13 de junio de 2016.** Discurso

en la visita a la sede del

Programa Mundial de Alimentos

(PMA)

**15 de junio de 2016.**

Audiencia general. El ciego de

Jericó.

**18 de junio de 2016.**

Audiencia jubilar. La

conversión.

**19 de junio de 2016.**

ÁNGELUS.

**22 de junio de 2016.**

Audiencia general. Confiar en

la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia.

**24 de junio de 2016.** Palabras durante el vuelo Roma-Ereván. (Armenia)

**24 de junio de 2016.** Discurso en la visita de oración a la catedral apostólica. (Armenia)

**24 de junio de 2016.** Discurso en el encuentro con las autoridades civiles y con el cuerpo diplomático. (Armenia)

**25 de junio de 2016.** Discurso en el encuentro ecuménico y oración por la paz. (Armenia)

**25 de junio de 2016.** Homilía

del Santo Padre en la Santa Misa. (Armenia)

**26 de junio de 2016.** Discurso en la participación en la divina liturgia en la catedral apostólica Armenia. (Armenia)

**26 de junio de 2016.** Firma de una declaración conjunta de su Santidad Francisco y de su Santidad Karekin II en la santa Etchmiadzin, República de Armenia. (Armenia)

**28 de junio de 2016.** Palabras del Santo Padre Francisco en la conmemoración del 65 aniversario de la ordenación sacerdotal del papa emérito

Benedicto XVI.

**29 de junio de 2016.** Homilía en la Santa misa y bendición de los palios para los nuevos arzobispos metropolitanos en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

**29 de junio de 2016.**

ÁNGELUS.

**30 de junio de 2016.**

Audiencia jubilar. La misericordiosa como un estilo de vida.

1 de junio de 2016. Audiencia general. Cómo se debe rezar para obtener misericordia.

*Miércoles.*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El miércoles pasado hemos escuchado la parábola del juez y la viuda, sobre la necesidad de rezar con perseverancia. Hoy, con otra parábola, Jesús quiere enseñarnos cuál es la actitud correcta para rezar e invocar la misericordia del Padre; cómo se debe rezar; la

actitud correcta para orar. Es la parábola del fariseo y del publicano (cf. *Lc 18, 9-14*).

Ambos protagonistas suben al templo para rezar, pero actúan de formas muy distintas, obteniendo resultados opuestos. El fariseo reza «de pie» (*Lc 18, 11*), y usa muchas palabras. Su oración es, sí, una oración de acción de gracias dirigida a Dios, pero en realidad es una exhibición de sus propios méritos, con sentido de superioridad hacia los «demás hombres», a los que califica como «ladrones, injustos,



adúlteros», como, por ejemplo, —y señala al otro que estaba allí— «este publicano» (Lc 18, 11). Pero precisamente aquí está el problema: ese fariseo reza a Dios, pero en realidad se mira a sí mismo. ¡Reza a sí mismo! En lugar de tener ante sus ojos al Señor, tiene un espejo. Encontrándose incluso en el templo, no siente la necesidad de postrarse ante la majestad de Dios; está de pie, se siente seguro, casi como si fuese él el dueño del templo. Él enumera las buenas obras realizadas: es irrepreensible,

observante de la Ley más de lo debido, ayuna «dos veces por semana» y paga el «diezmo» de todo lo que posee. En definitiva, más que rezar, el fariseo se complace de la propia observancia de los preceptos. Pero sus actitudes y sus palabras están lejos del modo de obrar y de hablar de Dios, que ama a todos los hombres y no desprecia a los pecadores. Al contrario, ese fariseo desprecia a los pecadores, incluso cuando señala al otro que está allí. O sea, el fariseo, que se considera justo, descuida el

mandamiento más importante:  
el amor a Dios y al prójimo.  
No es suficiente, por lo tanto,  
preguntarnos *cuánto* rezamos,  
debemos preguntarnos  
también *cómo* rezamos, o  
mejor, *cómo es nuestro*  
*corazón*: es importante  
examinarlo para evaluar los  
pensamientos, los  
sentimientos, y extirpar  
arrogancia e hipocresía. Pero,  
pregunto: ¿se puede rezar con  
arrogancia? No. ¿Se puede  
rezar con hipocresía? No.  
Solamente debemos orar  
poniéndonos ante Dios así

como somos. No como el fariseo que rezaba con arrogancia e hipocresía. Estamos todos atrapados por las prisas del ritmo cotidiano, a menudo dejándonos llevar por sensaciones, aturcidos, confusos. Es necesario aprender a encontrar de nuevo el camino hacia nuestro corazón, recuperar el valor de la intimidad y del silencio, porque es allí donde Dios nos encuentra y nos habla. Sólo a partir de allí podemos, a su vez, encontrarnos con los demás y hablar con ellos. El

fariseo se puso en camino hacia el templo, está seguro de sí, pero no se da cuenta de haber extraviado el camino de su corazón.

El publicano en cambio —el otro— se presenta en el templo con espíritu humilde y arrepentido: «manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho» (Lc 18, 13). Su oración es muy breve, no es tan larga como la del fariseo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!». Nada más.

¡Hermosa oración! En efecto, los recaudadores de impuestos —llamados precisamente, «publicanos»— eran considerados personas impuras, sometidas a los dominadores extranjeros, eran mal vistos por la gente y en general se los asociaba con los «pecadores». La parábola enseña que se es justo o pecador no por pertenencia social, sino por el modo de relacionarse con Dios y por el modo de relacionarse con los hermanos. Los gestos de penitencia y las pocas y sencillas palabras del publicano

testimonian su consciencia acerca de su mísera condición. Su oración es esencial. Se comporta como alguien humilde, seguro sólo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque ya lo tenía todo, el publicano sólo puede mendigar la misericordia de Dios. Y esto es hermoso: mendigar la misericordia de Dios. Presentándose «con las manos vacías», con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición

necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final, precisamente él, así despreciado, se convierte en imagen del verdadero creyente. Jesús concluye la parábola con una sentencia: «Os digo que este —o sea el publicano — bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (Lc 18, 14). De estos dos, ¿quién es el corrupto? El fariseo. El fariseo es precisamente la imagen del corrupto que finge rezar, pero



sólo logra pavonearse ante un espejo. Es un corrupto y simula estar rezando. Así, en la vida quien se cree justo y juzga a los demás y los desprecia, es un corrupto y un hipócrita. La soberbia compromete toda acción buena, vacía la oración, aleja de Dios y de los demás. Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración

del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón. Es esta la humildad que la Virgen María expresa en el cántico del *Magnificat*: «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. [...] su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen» (Lc 1, 48.50). Que nos ayude ella, nuestra Madre, a rezar con corazón humilde. Y

nosotros, repetimos tres veces, esa bonita oración: «Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador».

## **Saludos**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que la Virgen María, nuestra Madre, que proclama en el *Magnificat* la misericordia del Señor, nos ayude a orar siempre con un corazón semejante al suyo. Gracias.

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Primera meditación.

*Basílica de San Juan de Letrán.  
Jueves*

## **Ejercicios para sacerdotes 2016**

*Buenos días, queridos sacerdotes.*

Comenzamos esta jornada de retiro espiritual. Creo que nos

hará bien rezar unos por otros, en comunión. Un retiro, pero en comunión, todos.

He elegido el tema de la misericordia. Primero una pequeña introducción para todo el retiro.

La misericordia, en su aspecto más femenino, es el entrañable amor materno, que se conmueve ante la fragilidad de su creatura recién nacida y la abraza, supliendo todo lo que le falta para que pueda vivir y crecer (*rahamim*); y en su aspecto más masculino, es la fidelidad fuerte del Padre que

sostiene siempre, perdona y vuelve a poner en camino a sus hijos. La misericordia es tanto el fruto de una «alianza» —por eso se dice que Dios se acuerda de su (pacto de) misericordia (*hesed*)— como un «acto» gratuito de benignidad y bondad que brota de nuestra psicología más profunda y se traduce en una obra externa (*eleos*, que se convierte en limosna). Esta inclusividad hace que esté siempre a la mano de todos el «misericordiar», el compadecerse del que sufre, conmoverse ante el necesitado,

indignarse, que se revuelvan las tripas ante una injusticia patente y ponerse inmediatamente a hacer algo concreto, con respeto y ternura, para remediar la situación. Y, partiendo de este sentimiento visceral, está al alcance de todos mirar a Dios desde la perspectiva de este atributo primero y último con el que Jesús lo ha querido revelar para nosotros: el nombre de Dios es Misericordia.

Cuando meditamos sobre la Misericordia sucede algo especial. La dinámica de los

Ejercicios Espirituales se potencia desde dentro. La misericordia hace ver que las vías objetivas de la mística clásica —purgativa, iluminativa y unitiva— nunca son etapas sucesivas, que se puedan dejar atrás. Siempre tenemos necesidad de una nueva conversión, de más contemplación y de un amor renovado. Estas tres fases se entrecruzan y vuelven a aparecer. Nada une más con Dios que un acto de misericordia —y esto no es una exageración: nada une más con



Dios que un acto de misericordia—, ya sea que se trate de la misericordia con que el Señor nos perdona nuestros pecados, ya sea de la gracia que nos da para practicar las obras de misericordia en su nombre. Nada ilumina más la fe que el purgar nuestros pecados y nada más claro que Mateo 25, y aquello de «Dichosos los misericordiosos porque alcanzarán misericordia» (*Mt 5,7*), para comprender cuál es la voluntad de Dios, la misión a la que nos envía. A la misericordia se le puede aplicar

aquella enseñanza de Jesús:  
«Con la medida que midan  
serán medidos» (*Mt 7,2*).

Permítanme, pero pienso aquí a  
esos confesores que «apalean»  
a los penitentes, que los riñen.  
Pero, ¡así los tratará Dios a  
ellos! Aunque no sea más que  
por eso, no hagan estas cosas.  
La misericordia nos permite  
pasar de sentirnos  
misericordiadados a desear  
misericordiar. Pueden convivir,  
en una sana tensión, el  
sentimiento de vergüenza por  
los propios pecados con el  
sentimiento de la dignidad a la

que el Señor nos eleva.

Podemos pasar sin preámbulos de la distancia a la fiesta, como en la parábola del Hijo Pródigo, y utilizar como receptáculo de la misericordia nuestro propio pecado. Repito esto, que es la clave de la primera meditación: utilizar como receptáculo de la misericordia nuestro propio pecado. La misericordia nos impulsa a pasar de lo personal a lo comunitario. Cuando actuamos con misericordia, como en los milagros de la multiplicación de los panes, que nacen de la compasión de Jesús

por su pueblo y por los extranjeros, los panes se multiplican a medida que se reparten.

## **Tres sugerencias**

Tres sugerencias para esta jornada de retiro. La alegre y libre familiaridad que se establece a todos los niveles entre los que se relacionan entre sí con el vínculo de la misericordia —familiaridad del Reino de Dios, tal como Jesús lo describe en sus parábolas— me lleva a sugerirles tres cosas para su oración personal de este día.

La primera tiene que ver con dos consejos prácticos que da san Ignacio —me excuso por la publicidad «de familia»— y que dice: «No el mucho saber llena y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas de Dios interiormente» (*Ejercicios Espirituales*, 2). San Ignacio agrega que allí donde uno encuentra lo que quiere y siente gusto, allí se quede rezando «sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga» (*ibíd.*, 76). Así que, en estas meditaciones sobre la misericordia, uno puede

comenzar por donde más le guste y quedarse allí, pues seguramente una obra de misericordia le llevará a las demás. Si comenzamos dando gracias al Señor, que maravillosamente nos creó y más maravillosamente aún nos redimió, seguramente esto nos llevará a sentir pena por nuestros pecados. Si comenzamos por compadecernos de los más pobres y alejados, seguramente necesitaremos ser misericordiadados también nosotros.

La segunda sugerencia para rezar tiene que ver con una forma de utilizar la palabra misericordia. Como se habrán dado cuenta, al hablar de la misericordia a mí me gusta usar la forma verbal: hay que hacer misericordia (*misericordiar* en español, «misericordiare», tenemos que forzar la lengua) para recibir misericordia, para ser «misericordiati» (*ser misericordiadados*). «Pero Padre, esto no es italiano». «Sí, pero es la forma que yo encuentro para ir adentro:

“Misericordiare” para ser “misericordiato”». El hecho de que la misericordia ponga en contacto una miseria humana con el corazón de Dios hace que la acción surja inmediatamente. No se puede meditar sobre la misericordia sin que todo se ponga en acción. Por tanto, en la oración, no hace bien intelectualizar. Con prontitud, y con la ayuda de la gracia, nuestro diálogo con el Señor tiene que concretarse en qué pecado tiene que tocar su misericordia en mí, dónde siento, Señor,



más vergüenza y más deseo reparar; y rápidamente tenemos que hablar de aquello que más nos conmueve, de esos rostros que nos llevan a desear intensamente poner manos a la obra para remediar su hambre y sed de Dios, de justicia, de ternura. A la misericordia se la contempla en la acción. Pero un tipo de acción que es *omniinclusiva*: la misericordia incluye todo nuestro ser —entrañas y espíritu— y a todos los seres. La última sugerencia para la jornada de hoy va por el lado

del fruto de los ejercicios, es decir de la gracia que tenemos que pedir y que es, directamente, la de convertirnos en sacerdotes más misericordizados y más misericordiosos. Una de las cosas más más bellas, que me conmueven, es la confesión de un sacerdote: es algo grande, hermoso, porque este hombre que se acerca para confesar sus pecados es el mismo que después ofrece el oído al corazón de otra persona que viene a confesar los suyos. Nos podemos centrar en la

misericordia porque ella es lo esencial, lo definitivo. Por los escalones de la misericordia (cf. *Laudato si'*, 77) podemos bajar hasta lo más bajo de la condición humana —fragilidad y pecado incluidos— y ascender hasta lo más alto de la perfección divina: «Sean misericordiosos (perfectos) como su Padre es misericordioso». Pero siempre para «cosechar» sólo más misericordia. De aquí deben venir los frutos de conversión de nuestra mentalidad institucional: si nuestras

estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios y para ser más misericordiosos para con los demás, se pueden convertir en algo muy extraño y contraproducente. De esto se habla frecuentemente en algunos documentos de la Iglesia y en algunos discursos de los Papas, es decir, de la conversión institucional, la conversión pastoral.

Este retiro espiritual, por tanto, irá por el lado de esa «simplicidad evangélica» que entiende y practica todas las

cosas en clave de misericordia. Y de una misericordia dinámica, no como un sustantivo cosificado y definido, ni como adjetivo que decora un poco la vida, sino como verbo —misericordiar y ser misericordiadados—. Esto es lo que nos lanza a la acción en medio del mundo. Y, además, como misericordia «siempre más grande», como una misericordia que crece y aumenta, dando pasos de bien en mejor, y yendo de menos a más, ya que la imagen que Jesús nos pone es la del Padre

siempre más grande —*Deus semper maior*— y cuya misericordia infinita «crece», si se puede decir así, y no tiene techo ni fondo, porque proviene de su soberana libertad.

## **Primera meditación: de la distancia a la fiesta.**

Y ahora pasemos a la primera meditación. He puesto como título «De la distancia a la fiesta». Si la misericordia del Evangelio es, como hemos dicho, un exceso de Dios, un desborde inaudito, lo primero es mirar dónde el mundo de hoy, y cada persona, necesita

más un exceso de amor así. Lo primero es preguntarnos cuál es el receptáculo para tal misericordia; cuál es el terreno desierto y seco para tal desborde de agua viva; cuáles las heridas para ese aceite balsámico; cuál es la orfandad que necesita tal desvivirse en cariños y atenciones; cuál la distancia para tanta sed de abrazo y de encuentro...

La parábola que les propongo para esta meditación es la del padre misericordioso (cf. *Lc 15,11-31*). Nos situamos en el ámbito del misterio del

Padre. Y me viene al corazón comenzar por ese momento en que el hijo pródigo está en medio del chiquero, en ese infierno del egoísmo, que hizo todo lo que quiso y, en vez de ser libre, se encuentra esclavo. Mira a los chanchos que comen bellotas..., siente envidia y le viene la nostalgia. Nostalgia: palabra clave. Nostalgia por el pan recién horneado que los empleados de su casa, la casa de su padre, comen para el desayuno. La nostalgia es un sentimiento poderoso. Tiene que ver con la misericordia



porque nos ensancha el alma. Nos hace recordar el bien primero —la patria de donde salimos— y nos despierta la esperanza de volver. El *nostos algos*. En este horizonte amplio de la nostalgia, este joven —dice el Evangelio— entró en sí y se sintió miserable. Y cada uno de nosotros puede buscar o dejarse llevar a ese punto donde se siente más miserable. Cada uno de nosotros tiene su secreto de miseria dentro... Hace falta pedir la gracia de encontrarlo. Sin detenernos ahora a

describir lo mísero de su estado, pasemos a ese otro momento en que, después de que su Padre lo abrazó y lo besó efusivamente, él se encuentra sucio pero vestido de fiesta. Porque el padre no le dice: «Vete, dúchate y después vuelve». No, sucio y vestido de fiesta. Se pone en el dedo el anillo de par con su padre. Tiene sandalias nuevas en los pies. Está en medio de la fiesta, entre la gente. Algo así como nosotros, si alguna vez nos pasó, que nos confesamos antes de la misa y ahí nomás

nos encontramos «revestidos» y en medio de una ceremonia. Es un estado de avergonzada dignidad.

## **Avergonzada dignidad.**

Detengámonos en esa «avergonzada dignidad» de este hijo pródigo y predilecto. Si nos animamos a mantener serenamente el corazón entre esos dos extremos —la dignidad y la vergüenza—, sin soltar ninguno de ellos, quizás podamos sentir cómo late el corazón de nuestro Padre. Era un corazón que palpitaba de ansia cuando todos los días

subía a la terraza para mirar. ¿Qué miraba? Si acaso el hijo vuelve... Pero en este punto, en este puesto donde hay dignidad y vergüenza, podemos percibir cómo late el corazón de nuestro Padre. Podemos imaginar que la misericordia le brota como sangre. Que él sale a buscarnos —pecadores—, nos atrae a sí, nos purifica y nos lanza de nuevo, renovados, a todas las periferias a misericordiar a todos. Su sangre es la sangre de Cristo, sangre de la Nueva y Eterna Alianza de misericordia,

derramada por nosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Esta sangre la contemplamos entrando y saliendo de su corazón, y del corazón del Padre. Esto es nuestro único tesoro, lo único que tenemos para dar al mundo: la sangre que purifica y pacifica todo y a todos. La sangre del Señor que perdona los pecados. La sangre que es verdadera bebida, que resucita y da la vida a lo que está muerto por el pecado. En nuestra oración serena, que va de la vergüenza a la

dignidad, de la dignidad a la vergüenza —las dos juntas—, pedimos la gracia de sentir esa misericordia como constitutiva de nuestra vida entera; la gracia de sentir cómo ese latido del corazón del Padre se aúna con el latir del nuestro. No basta sentirla como un gesto que Dios tiene de vez en cuando, perdonándonos algún pecado gordo, y luego nos las arreglamos solos, autónomamente. No basta. San Ignacio propone una imagen caballeresca propia de su época, pero, como la lealtad

entre amigos es un valor perenne, puede ayudarnos. Dice que, para sentir «confusión y vergüenza» por nuestros pecados (y no perdernos de sentir la misericordia), podemos usar un ejemplo: imaginemos que «un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, siendo que de él primero recibió muchos dones y muchas mercedes» (*Ejercicios Espirituales*, 74). Imaginemos esta escena. No obstante,

siguiendo la dinámica del hijo pródigo en la fiesta, imaginemos a este caballero como alguien que, en vez de ser avergonzado delante de todos, el rey lo toma inesperadamente de la mano y le devuelve su dignidad. Y vemos que no sólo lo invita a seguirlo en su lucha, sino que lo pone al frente de sus compañeros. ¡Con qué humildad y lealtad lo servirá este caballero de ahora en adelante! Esto me hace pensar en la última parte del capítulo 16 de Ezequiel, la última parte.



Ya sea sintiéndonos como el hijo pródigo festejado o como el caballero desleal convertido en superior, lo importante es que cada uno se sitúe en esa tensión fecunda en la que la misericordia del Señor nos pone: no solamente de pecadores perdonados, sino de pecadores dignificados. El Señor no solamente nos limpia, sino que nos corona, nos da dignidad.

Simón Pedro nos ofrece la imagen ministerial de esta sana tensión. El Señor lo educa y lo forma progresivamente y lo

ejercita en mantenerse así:  
Simón y Pedro. El hombre  
común, con sus contradicciones  
y debilidades, y el que es  
Piedra, el que tiene las llaves,  
el que conduce a los demás.  
Cuando Andrés lo lleva a  
Cristo, así como está, vestido  
de pescador, el Señor le pone el  
nombre de Piedra. Apenas  
acaba de alabarle por la  
confesión de fe que viene del  
Padre, cuando ya le recrimina  
duramente por la tentación de  
escuchar la voz del mal espíritu  
al decirle que se aparte de la  
cruz. Lo invitará a caminar

sobre las aguas y lo dejará hundirse en su propio miedo, para tenderle enseguida una mano; apenas se confiese pecador lo misionará a ser pescador de hombres; lo interrogará prolijamente sobre su amor, haciéndole sentir dolor y vergüenza por su deslealtad y cobardía, pero también por tres veces le confiará el pastoreo de sus ovejas. Siempre estos dos polos.

Ahí tenemos que situarnos, en ese hueco en el que conviven nuestra miseria más vergonzante y nuestra dignidad

más alta. ¿Qué sentimos cuando la gente nos besa la mano y miramos nuestra miseria más íntima, mientras el Pueblo de Dios nos honra? He aquí otra situación para entender esto. Siempre el contraste. Debemos situarnos aquí, en el espacio en el que conviven nuestra miseria avergonzada y nuestra dignidad más alta. El mismo espacio. Sucios, impuros, mezquinos, vanidosos —la vanidad es el pecado de los curas—, egoístas y, a la vez, con los pies lavados, llamados y

elegidos, repartiendo sus panes multiplicados, bendecidos por nuestra gente, queridos y cuidados. Sólo la misericordia hace soportable ese lugar. Sin ella, o nos creemos justos como los fariseos o nos alejamos como los que no se sienten dignos. En ambos casos, se nos endurece el corazón. O cuando nos sentimos justos como los fariseos, o cuando nos alejamos como aquellos que no se sienten dignos. Yo no me siento digno, pero no debo alejarme: debo estar ahí, en la vergüenza con la dignidad, las dos juntas.

Profundizamos un poco más. Nos preguntamos: Y, ¿por qué es tan fecunda esta tensión entre miseria y dignidad, entre distancia y fiesta? Diría que es fecunda porque mantenerla nace de una decisión libre. Y el Señor actúa principalmente sobre nuestra libertad, aunque nos ayude en todo. La misericordia es cuestión de libertad. El sentimiento brota espontáneo y cuando decimos que es visceral parecería que es sinónimo de «animal». Pero los animales desconocen la misericordia «moral», aunque

algunos puedan experimentar algo de esa compasión, como un perro fiel que permanece al lado de su dueño enfermo. La misericordia es una conmoción que toca las entrañas, pero puede brotar también de una percepción intelectual aguda — directa como un rayo, pero no por simple menos compleja—: uno intuye muchas cosas cuando siente misericordia. Uno comprende, por ejemplo, que el otro está en una situación desesperada, límite; le pasa algo que excede sus pecados o sus culpas; también

uno comprende que el otro es un par, que él mismo podría estar en su lugar; y que el mal es tan grande y devastador que no se arregla sólo con justicia... En el fondo, uno se convence de que hace falta una misericordia infinita, como la del corazón de Cristo, para remediar tanto mal y tanto sufrimiento como vemos que hay en la vida de los seres humanos... Si la misericordia está por debajo de eso, no alcanza. ¡Tantas cosas comprende nuestra mente con sólo ver a alguien tirado en la



calle, descalzo, en una mañana fría, o al Señor clavado en la cruz por mí!

Además, la misericordia se acepta y se cultiva, o se rechaza libremente. Si uno se deja llevar, un gesto trae el otro. Si uno pasa de largo, el corazón se enfría. La misericordia nos hace experimentar nuestra libertad y es allí donde podemos experimentar la libertad de Dios, que es misericordioso con quien es misericordioso (cf. *Dt 5,10*), como le dijo a Moisés. En su misericordia el

Señor expresa su libertad. Y nosotros, la nuestra.

Podemos vivir mucho tiempo «sin» la misericordia del Señor.

Es decir: podemos vivir sin hacerla consciente y sin pedirla explícitamente. Hasta que uno cae en la cuenta de que «todo es misericordia» y llora con amargura no haberla aprovechado antes, siendo así que la necesitaba tanto.

La miseria de la que hablamos es la miseria moral, intransferible, esa donde uno toma conciencia de sí mismo como persona que, en un punto

decisivo de su vida, actuó por su propia iniciativa: eligió algo y eligió mal. Este es el fondo que hay que tocar para sentir dolor de los pecados y para arrepentirse verdaderamente. Porque, en otros ámbitos, uno no se siente tan libre ni siente que el pecado afecte toda su vida y, por tanto, no experimenta su miseria, con lo cual se pierde la misericordia, que sólo actúa con esa condición. Uno no va a la farmacia y dice: «Por misericordia, le pido una aspirina». Por misericordia pide

que le den morfina para una persona sumida en los dolores atroces de una enfermedad terminal. O todo o nada. O se va hasta el fondo o no se entiende nada.

El corazón que Dios une a esa miseria moral nuestra es el corazón de Cristo, su Hijo amado, que late como un solo corazón con el del Padre y el del Espíritu. Recuerdo cuando Pío XII escribió la Encíclica sobre el Sagrado Corazón; recuerdo que alguno decía: «¿Por qué una encíclica sobre esto? Son cosas de monjas...».

Es el centro, el Corazón de Cristo, es el centro de la misericordia. Tal vez las monjas entienden más que nosotros, porque son madres en la Iglesia, son icono de la Iglesia, de la Virgen María. Pero el centro es el corazón de Cristo. Nos hará bien leer esta semana o mañana la *Haurietes aquas...* «Pero, ¡es preconciliar!» Sí, pero nos hará bien. Se puede leer, nos hará mucho bien. Es un corazón que elige el camino más cercano y que lo compromete. Esto es propio de la misericordia, que se ensucia

las manos, toca, se mete, quiere involucrarse con el otro, *va a lo personal con lo más personal*, no «se ocupa de un caso» sino que se compromete con una persona, con su herida. Fijémonos en nuestro lenguaje. Cuántas veces decimos, sin darnos cuenta: «Tengo un caso...». ¡Alto! Di más bien: «Tengo una persona que...». Esto muy clerical: «Tengo un caso...», «he encontrado un caso...». También a mí me sale a menudo. Hay un poco de clericalismo: reducir lo concreto

del amor de Dios, de todo lo que Dios nos da, de la persona, a un «caso». Y así me distancio y no me toca. Así no me mancho las manos; así hago una pastoral limpia, elegante, en la que no arriesgo nada. Pero también —no se escandalicen— donde no tengo la posibilidad de un pecado vergonzoso. La misericordia excede la justicia y lo hace saber y lo hace sentir; queda implicado uno con el otro. Al dignificar —y esto es decisivo, no se debe olvidar: la misericordia da dignidad—, la

misericordia eleva a aquel hacia el que uno se abaja y vuelve pares a los dos, al misericordioso y al misericordiado. Como la pecadora del Evangelio (cf. Lc 7,36-50), a la cual se la perdonó mucho, porque amó mucho y había pecado mucho. De aquí la necesidad del Padre de hacer fiesta, para que se *restaure todo de una sola vez*, devolviendo a su hijo la dignidad perdida. Esto posibilita mirar al futuro de manera nueva. No es que la misericordia no tome en cuenta



la objetividad del daño hecho por el mal. Pero *le quita poder sobre el futuro* —y este es el poder de la misericordia—, le quita poder sobre la vida que corre hacia delante. La misericordia es la verdadera actitud de vida que se opone a la muerte, que es el fruto amargo del pecado. En eso es lúcida, no es para nada ingenua la misericordia. No es que no vea el mal, sino que mira lo corta que es la vida y todo el bien que queda por hacer. Por eso hay que perdonar totalmente, para que el otro

mire hacia adelante y no pierda tiempo en culparse y compadecerse de sí mismo y en lo que se perdió. En el camino de ir a curar a otros, uno irá haciendo su examen de conciencia y, en la medida en que ayuda a otros, reparará el mal que hizo. La misericordia es fundamentalmente esperanzada. Es madre de esperanza.

Dejarse atraer y enviar por el movimiento del corazón del Padre es mantenerse en esa sana tensión de avergonzada dignidad. Dejarse atraer por el

centro de su corazón, como sangre que se ha ensuciado yendo a dar vida a los miembros más lejanos, para que el Señor nos purifique y nos lave los pies; dejarse enviar llenos del oxígeno del Espíritu para llevar vida a todos los miembros, especialmente a los más alejados, frágiles y heridos.

Un cura hablaba —esto es histórico— de una persona en situación de calle que terminó viviendo en una hospedería. Era alguien cerrado en su propia amargura que no

interactuaba con los demás. Persona culta, se enteraron después. Pasado algún tiempo, este hombre fue a parar al hospital por una enfermedad terminal y le contaba al cura que, estando allí, sumido en su nada y en su decepción por la vida, el que estaba en la cama de al lado le pidió que le alcanzara la escupidera y que luego se la vaciara. Y ese pedido de alguien que verdaderamente lo necesitaba y estaba peor que él, le abrió los ojos y el corazón a un sentimiento poderosísimo de

humanidad y a un deseo de ayudar al otro y de dejarse ayudar él por Dios. Y se confesó. De este modo, un sencillo acto de misericordia lo conectó con la misericordia infinita, se animó a ayudar al otro y luego se dejó ayudar él: murió confesado y en paz. Este es el misterio de la misericordia.

Así, los dejó con la parábola del padre misericordioso, una vez que nos hemos «situado» en ese momento en que el hijo se siente sucio y revestido, pecador dignificado,

avergonzado de sí y orgulloso de su padre. El signo para saber si uno está bien situado son las ganas de ser misericordioso con todos en adelante. Ahí está el fuego que vino a traer Jesús a la tierra, ese que enciende otros fuegos. Si no se prende la llama, es que alguno de los polos no permite el contacto. O la excesiva vergüenza, que no «pela los cables» y, en vez de confesar abiertamente «hice esto y esto», se tapa; o la excesiva dignidad, que toca las cosas con guantes.

## **Los excesos de la misericordia**

Para terminar, una palabrita sobre los excesos de la misericordia. El único exceso ante la excesiva misericordia de Dios es excederse en recibirla y en desear comunicarla a los demás. El Evangelio nos muestra muchos lindos ejemplos de los que se exceden para recibirla: el paralítico, cuyos amigos lo hacen entrar por el techo en medio del sitio donde estaba predicando el Señor —exageran—; el leproso, que deja a sus

nueve compañeros y regresa glorificando y dando gracias a Dios a grandes voces y va a ponerse de rodillas a los pies del Señor; el ciego Bartimeo, que logra detener a Jesús con sus gritos y consigue superar incluso la «aduanas de los sacerdotes» para ir hacia el Señor; la mujer hemorroísa, que en su timidez se las ingenia para lograr una estrecha cercanía con el Señor y que, como dice el Evangelio, cuando tocó el manto, el Señor sintió que salía de él una *dynamis*...; todos son



ejemplos de ese contacto que enciende un fuego y desencadena la dinámica, la fuerza positiva de la misericordia. También está la pecadora, cuyas excesivas muestras de amor al Señor al lavarle los pies con sus lágrimas y secárselos con sus cabellos, son para el Señor signo de que ha recibido mucha misericordia, y por eso lo expresa de ese modo exagerado. Pero la misericordia siempre exagera, es excesiva. La gente más simple, los pecadores, los enfermos, los

endemoniados..., son exaltados inmediatamente por el Señor, que los hace pasar de la exclusión a la inclusión plena, de la distancia a la fiesta. Y esto no se entiende si no es en clave de esperanza, en clave apostólica, en clave del que es misericordioso para misericordiar.

Podemos terminar rezando, con el *Magnificat* de la misericordia, el *Salmo 50* del rey David, que recitamos en los laudes todos los viernes. Es el *Magnificat* de «un corazón contrito y humillado» que, en

su pecado, tiene la grandeza de confesar al Dios fiel que es más grande que el pecado. Dios es más grande que el pecado.

Situados en el momento en que el hijo pródigo esperaba un trato distante y, en cambio, el padre lo metió de lleno en una fiesta, podemos imaginarlo rezando el Salmo 50. Y rezarlo a dos coros con él, nosotros y el hijo pródigo. Podemos escucharlo cómo dice:

«Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa...». Y nosotros decir: «Pues yo

(también) reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado». Y a una voz, decir: «Contra ti, Padre, contra ti solo pequé».

Y rezamos desde esa tensión íntima que enciende la misericordia, esa tensión entre la vergüenza que dice: «Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa»; y esa confianza que dice: «Rocíame con el hisopo y quedaré limpio, lávame; quedaré más blanco que la nieve». Confianza que se vuelve apostólica: «Devuélveme la alegría de la

salvación, afiánzame con  
espíritu firme y enseñaré a los  
malvados tus caminos, los  
pecadores volverán a ti».

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Segunda meditación.

*Basílica de Santa María la Mayor – Jueves.*

## **Segunda meditación: El receptáculo de la misericordia**

Después de haber meditado sobre la «dignidad avergonzada» y «vergüenza»

dignificada», que es el fruto de la misericordia, sigamos adelante en esta meditación sobre el «receptáculo de la misericordia». Es simple. Yo podría decir una frase y marcharme, porque es uno solo: el receptáculo de la misericordia es nuestro pecado. Así de sencillo. Pero suele suceder que nuestro pecado es como un colador, como un cántaro agujereado por el que se escurre la gracia en poco tiempo: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: me ha abandonado a mí, fuente de

aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua» (*Jr 2,13*). De ahí la necesidad que el Señor explicita a Pedro de «perdonar setenta veces siete». Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Dios no se cansa de perdonar, aunque vea que su gracia pareciera que no termina de echar raíces fuertes en la tierra de nuestro corazón, que es camino duro, lleno de maleza y pedregoso. Y simplemente porque Dios no es



pelagiano, y por eso no se cansa de perdonar. Él vuelve a sembrar su misericordia y su perdón, y vuelve una y otra vez... setenta veces siete.

## **Corazones re-creados**

Sin embargo, podemos dar un paso más en esta misericordia de Dios que es siempre «más grande que nuestra conciencia» de pecado. El Señor no sólo no se cansa de perdonarnos sino que renueva también el odre en que recibimos su perdón. Utiliza un odre nuevo para el vino nuevo de su misericordia, para que no sea como un

vestido con remiendos ni un odre viejo. Y ese odre es su misericordia misma: su misericordia en cuanto experimentada en nosotros mismos y en cuanto la ponemos en práctica ayudando a otros. El corazón misericordiado no es un corazón emparchado sino un corazón nuevo, re-creado. Ese del que dice David: «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (*Sal* 50,12). Este corazón nuevo, re-creado, es un buen recipiente. La

liturgia expresa el alma de la Iglesia cuando nos hace decir esa hermosa oración: «Oh Dios, tú que maravillosamente creaste el universo, y más maravillosamente lo recreaste en la redención» (*Vigilia Pascual*, Oración después de la Primera Lectura). Por lo tanto, esta segunda creación es más maravillosa que la primera. Es un corazón que se sabe recreado gracias a la fusión de su miseria con el perdón de Dios y, por eso, «es un corazón misericordiado y misericordioso». Es así:

experimenta los beneficios que la gracia tiene sobre su herida y su pecado, siente cómo la misericordia pacifica su culpa, inunda con amor su sequedad, reaviva su esperanza. Por eso, cuando, al mismo tiempo y con la misma gracia, perdona al que tiene alguna deuda con él y se compadece de los que también son pecadores, esta misericordia arraiga en una tierra buena, en la que el agua no se escurre sino que da vida. En el ejercicio de esta misericordia que repara el mal ajeno, nadie mejor que el que

tiene fresca la sensación de haber sido misericordiado en el mismo mal para ayudar a curarlo. Mírate a ti mismo; acuérdate de tu historia; cuenta tu historia, y en ella encontrarás tanta misericordia. Vemos cómo, entre los que trabajan en adicciones, los que se han rescatado suelen ser los que mejor comprenden, ayudan y exigen a los demás. Y el mejor confesor suele ser el que mejor se confiesa. Podemos hacernos una pregunta: ¿Cómo me confieso? Casi todos los grandes santos han sido

grandes pecadores o, como santa Teresita, tenían conciencia de que era pura gracia preveniente el hecho de que no lo hubieran sido.

Así, el verdadero recipiente de la misericordia es *la misma misericordia que cada uno ha recibido y le ha recreado el corazón*; ese es el «odre nuevo» del que habla Jesús (cf. *Lc 5,37*), el «hueco sanado».

Nos situamos así en al ámbito del misterio del Hijo, de Jesús, que es la misericordia del Padre hecha carne. La imagen

definitiva del receptáculo de la misericordia la encontramos a través de las llagas del Señor resucitado, imagen de la huella del pecado restaurado por Dios, que no se borra totalmente ni supura: es cicatriz, no herida purulenta. Las llagas del Señor. San Bernardo tiene dos bellísimos sermones sobre las llagas del Señor. Allí, en las llagas del Señor, encontramos la misericordia. Y es valiente cuando dice: «¿Estás perdido? ¿Te sientes mal? Entra allí, en las entrañas del Señor y en ellas encontrarás misericordia».

En esa «sensibilidad» propia de las cicatrices, que nos recuerdan la herida sin doler mucho y la curación sin que se nos olvide la fragilidad, allí tiene su sede la misericordia divina: en nuestras cicatrices. Las llagas del Señor, que aún permanecen, las ha llevado consigo: el cuerpo bellísimo, no hay moratones, pero las llagas se las ha llevado. Y nuestras cicatrices. A todos nos sucede, cuando vamos a una visita médica y tenemos alguna cicatriz, que el médico pregunte: «Pero esta



operación, ¿para qué era?». Miremos las cicatrices del alma: esta intervención que has hecho Tú, con tu misericordia, que has curado Tú... En la sensibilidad de Cristo resucitado que conserva sus llagas, no sólo en sus pies y en sus manos, sino que también su corazón es un corazón llagado, encontramos el sentido justo del pecado y de la gracia: allí, en el corazón llagado. Contemplando el corazón llagado del Señor nos espejamos en él. Se asemejan, nuestro corazón y el suyo, en

que los dos están llagados y resucitados. Pero sabemos que el suyo era puro amor y quedó llagado porque aceptó ser vulnerado; el nuestro, en cambio, era pura llaga, que quedó sanada porque aceptó ser amada. En aquella aceptación se forma el receptáculo de la misericordia.

## **Nuestros santos recibieron la misericordia**

Puede hacernos bien contemplar a otros que se dejaron recrear el corazón por la misericordia y mirar en qué «receptáculo» la recibieron.

*Pablo* la recibe en el  
receptáculo duro e inflexible de  
su juicio moldeado por la Ley.  
Su dureza de juicio lo  
impulsaba a ser un perseguidor.  
La misericordia lo transforma  
de tal manera que, a la vez que  
se convierte en un buscador de  
los más alejados, de los de  
mentalidad pagana, por otro  
lado es el más comprensivo y  
misericordioso para con los que  
eran como él había sido. Pablo  
deseaba ser considerado  
anatema con tal de salvar a los  
suyos. Su juicio se consolida  
«no juzgándose ni siquiera a sí

mismo», dejándose justificar por un Dios que es más grande que su conciencia, apelándose a Jesucristo que es abogado fiel, de cuyo amor nada ni nadie lo puede separar. La radicalidad de los juicios de Pablo sobre la misericordia incondicional de Dios, que supera la herida de fondo, la que hace que tengamos dos leyes, (la de la carne y la del Espíritu), es tal porque es el recipiente de una mente susceptible a lo absoluto de la verdad, herida allí mismo donde la Ley y la Luz se

convierten en trampa. La famosa «espina» que el Señor no le quita es el receptáculo en el que Pablo recibe la misericordia del Señor (cf. 2 Co 12,7).

*Pedro* recibe la misericordia en su presunción de hombre sensato. Era sensato, con la sensatez maciza y trabajada de un pescador, que sabe por experiencia cuándo se puede pescar y cuándo no. Es la sensatez del que, cuando se entusiasma con esto de caminar sobre las aguas y de tener pescas milagrosas y se

excede en mirarse a sí mismo, sabe pedir ayuda al único que lo puede salvar. Este Pedro fue sanado en la herida más honda que puede haber, la de negar al amigo. Quizás el reproche de Pablo, cuando le echa en cara su doblez, tiene que ver con esto. Parecería que Pablo sentía que él había sido el peor «antes» de conocer a Cristo; pero Pedro lo fue después de conocerlo, lo negó... Sin embargo, ser sanado allí convirtió a Pedro en un Pastor misericordioso, en una piedra sólida sobre la cual siempre se

puede edificar, porque es piedra débil que ha sido sanada, no piedra que en su contundencia lleva a tropezar al más débil. Pedro es el discípulo a quien más corrige el Señor en el Evangelio. El más «apaleado». Lo corrige constantemente, hasta aquel último: «A ti qué te importa, tú sígueme a mí» (*Jn 21,22*). La tradición dice que se le aparece de nuevo cuando Pedro está huyendo de Roma. El signo de Pedro crucificado cabeza abajo, es quizás el más elocuente de este receptáculo de una cabeza dura

que, para ser misericordiada, se pone hacia abajo incluso al estar dando el testimonio supremo de amor a su Señor. Pedro no quiere terminar su vida diciendo: «Yo ya aprendí la lección», sino diciendo: «Como mi cabeza nunca va a aprender, la pongo para abajo». Arriba del todo, los pies que lavó el Señor. Esos pies son para Pedro el receptáculo por donde recibe la misericordia de su Amigo y Señor.

*Juan* será sanado en su soberbia de querer reparar el mal con fuego y terminará



siendo ese que escribe «hijitos míos», y se parece a uno de esos abuelitos buenos que sólo hablan de amor, él, que era «el hijo del trueno» (Mc 3,17).

*Agustín* fue sanado en su nostalgia de haber llegado tarde a la cita: esto le hacía sufrir mucho, y fue sanado en esta nostalgia. «Tarde te amé», y encontrará esa manera creativa de llenar de amor el tiempo perdido escribiendo sus Confesiones.

*Francisco* es misericordiado cada vez más en muchos momentos de su vida. Quizás el

receptáculo definitivo, que se convirtió en llagas reales, haya sido, más que besar al leproso, desposarse con la dama pobreza y sentir a toda creatura como hermana, el tener que custodiar en silencio misericordioso a la Orden que había fundado. Aquí veo yo la gran heroicidad de Francisco: el deber custodiar en misericordioso silencio la Orden que había fundado. Este es su gran receptáculo de la misericordia. Francisco ve cómo sus hermanos se dividen tomando como bandera la

misma pobreza. El demonio nos hace pelear entre nosotros defendiendo las cosas más santas pero «con mal espíritu».

*Ignacio* fue sanado en su vanidad, y si ese fue el recipiente, podemos vislumbrar lo grande que era ese deseo de vanagloria que se recreó en una tal búsqueda de la mayor gloria de Dios.

En el *Diario de un cura rural*, Bernanos nos relata la vida de un cura de pueblo, inspirándose en la vida del Santo Cura de Ars. Hay dos párrafos muy hermosos que narran los

pensamientos íntimos del cura en los últimos momentos de su imprevista enfermedad: «Las últimas semanas que Dios me conceda seguir sosteniendo la carga de la parroquia... trataré de obrar menos preocupado por el porvenir, trabajaré tan sólo para el presente. Esa especie de trabajo parece hecha a mi medida... Pues no tengo éxito más que en las cosas pequeñas. Y si he sido frecuentemente probado por la inquietud, tengo que reconocer que triunfo en las minúsculas alegrías». Es decir, un recipiente de la

misericordia pequeño tiene que ver con las minúsculas alegrías de nuestra vida pastoral, allí donde podemos recibir y ejercer la misericordia infinita del Padre en gestos pequeños. Los pequeños gestos de los curas.

El otro párrafo dice: «Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que

soy. Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia es olvidarse. Pero si todo orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo». Este es el recipiente «amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo». Es un recipiente común, como un jarro viejo que podemos pedir prestado a los más pobres.

El «*Cura Brochero*» —es compatriota mío—, el beato argentino que pronto será canonizado, «se dejó trabajar el corazón por la misericordia de Dios». Su receptáculo terminó siendo su propio cuerpo leproso. Él, que soñaba con morir galopando, vadeando algún río de las sierras para ir a dar la unción a algún enfermo. Una de sus últimas frases fue: «No hay gloria cumplida en esta vida». Esto nos hará pensar: «no hay gloria cumplida en esta vida». «Yo estoy muy conforme con lo

que ha hecho conmigo respecto a la vista y le doy muchas gracias por ello. La lepra le había vuelto ciego. Cuando yo pude servir a la humanidad, me conservó íntegros y robustos mis sentidos. Hoy, que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida, y estamos llenos de miserias». Nuestras cosas muchas veces quedan a medias y, por eso, salir de sí es siempre gracia. Se nos concede «dejar las cosas» para que las bendiga y perfeccione el Señor.



No tenemos que preocuparnos mucho de nosotros. Esto nos permite abrirnos a las penas y alegrías de nuestros hermanos. Era el cardenal Van Thuán el que decía que, en la cárcel, el Señor le había enseñado a distinguir entre «las cosas de Dios», a las que se había dedicado en su vida libre como sacerdote y obispo, y Dios mismo, al que se dedicaba estando encarcelado (cf. *Cinco panes y dos peces*, Ciudad Nueva 2000). Y así podríamos continuar con los santos, buscando cómo era el

receptáculo de su misericordia. Pero ahora pasemos a la Virgen María: ¡estamos en su casa!

## **María como recipiente y fuente de misericordia**

Subiendo por la escalera de los santos, en esto de ir buscando los recipientes para la misericordia, llegamos a nuestra Señora. Ella es el recipiente simple y perfecto, con el cual recibir y repartir la misericordia. Su «sí» libre a la gracia es la imagen opuesta del pecado que llevó al hijo pródigo a la nada. Ella integra una misericordia a la vez muy suya,

muy de nuestra alma y muy eclesial. Como dice en el *Magnificat*: se sabe mirada con bondad en su pequeñez y sabe ver cómo la misericordia de Dios alcanza a todas las generaciones. Ella sabe ver las obras que esa misericordia despliega y se siente «acogida», junto con todo Israel, por esa misericordia. Ella guarda la memoria y la promesa de la misericordia infinita de Dios para con su pueblo. El suyo es el *Magnificat* de un corazón íntegro, no agujereado, que

mira la historia y a cada persona con su misericordia maternal.

En aquel rato a solas con María que me regaló el pueblo mexicano, mirando a nuestra Señora la Virgen de Guadalupe y dejándome mirar por ella, le pedí por ustedes, queridos sacerdotes, para que sean buenos curas. Lo he dicho, muchas veces. Y en el discurso a los obispos les decía que había reflexionado largamente sobre el misterio de la mirada de María, sobre su ternura y su dulzura que nos infunde valor

para dejarnos misericordiar por Dios. Quisiera ahora recordarles algunos «modos» de mirar que tiene nuestra Señora, especialmente a sus sacerdotes, porque a través de nosotros quiere mirar a su gente.

María nos mira de modo tal que uno se siente acogido en su regazo. Ella nos enseña que «la única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y

desencadena, no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia» (*Discurso a los obispos de México*, 13 febrero 2016). Lo que sus pueblos buscan en los ojos de María es «un regazo en el cual los hombres, siempre huérfanos y desheredados, están en la búsqueda de un resguardo, de un hogar». Y eso tiene que ver con sus modos de mirar: el espacio que abren sus

ojos es el de un regazo, no el de un tribunal o el de un consultorio «profesional». Si alguna vez notan que se les ha endurecido la mirada —por el trabajo, por el cansancio... les pasa a todos—, que cuando ven a la gente sienten fastidio o no sienten nada, deténganse, vuelvan a mirarla a ella; mírenla con los ojos de los más pequeños de su gente, que mendiga un regazo, y ella les limpiará la mirada de toda «catarata» que no deja ver a Cristo en las almas, les curará toda miopía que vuelve

borrosas las necesidades de la gente, que son las del Señor encarnado, y les curará de toda presbicia que se pierde los detalles, «la letra chica» donde se juegan las realidades importantes de la vida de la Iglesia y de la familia. La mirada de la Virgen cura. Otro «modo de mirar de María» tiene que ver con el tejido: María mira «tejiendo», viendo cómo puede combinar para bien todas las cosas que le trae su gente. Les decía a los obispos mexicanos que, «en el manto del alma mexicana, Dios ha



tejido, con el hilo de las huellas mestizas de su gente, y ha tejido el rostro de su manifestación en la *Morenita*» (*ibíd.*) Un maestro espiritual enseña que lo que se dice de María de manera especial, se dice de la Iglesia de modo universal y de cada alma en particular (cf. Isaac de la Estrella, *Sermón 51: PL 194, 1863*). Al ver cómo tejió Dios el rostro y la figura de la Guadalupana en la *tilma* de Juan Diego podemos rezar contemplando cómo teje nuestra alma y la vida de la

Iglesia. Dicen que no se puede ver cómo está «pintada» la imagen. Es como si estuviera estampada. Me gusta pensar que el milagro no fue sólo «estampar o pintar la imagen con un pincel», sino que «se recreó el manto entero», se transfiguró de pies a cabeza, y cada hilo —esos que las mujeres aprenden a tejer desde pequeñas, y para las prendas más finas usan las fibras del corazón del maguey (la penca de la que se sacan los hilos)—, cada hilo que ocupó su lugar fue transfigurado, asumiendo

los detalles que brillan en su sitio y, entretejido con los demás, de igual manera transfigurados, hacen aparecer el rostro de nuestra Señora y toda su persona y lo que la rodea. La misericordia hace eso mismo con nosotros, no nos «pinta» desde fuera una cara de buenos, no nos hace el *photoshop*, sino que, con los hilos mismos de nuestras miserias y pecados — justamente con esos—, entretejidos con amor de Padre, nos teje de tal manera que nuestra alma se renueva

recuperando su verdadera imagen, la de Jesús. Sean, por tanto, sacerdotes «capaces de imitar esta libertad de Dios eligiendo cuanto es humilde para hacer visible la majestad de su rostro y de copiar esta paciencia divina en tejer, con el hilo fino de la humanidad que encuentren, aquel hombre nuevo que su país espera. No se dejen llevar por la vana búsqueda de cambiar de pueblo —es una tentación nuestra: «Pediré al obispo que me cambie...»—, como si el amor de Dios no tuviese bastante

fuerza para cambiarlo»

(Discurso a los obispos de México, 13 febrero 2016).

El tercer modo de mirar de la Virgen es el de la atención: María mira con atención, se vuelca toda y se involucra entera con el que tiene delante, como una madre cuando es todo ojos para su hijito que le cuenta algo. Y también las mamás, cuando la criatura es muy pequeña, imitan la voz del hijo para que le salgan las palabras: se hacen pequeñas. «Como enseña la bella tradición guadalupana —

sigo refiriéndome a México—, la *Morenita* custodia las miradas de aquellos que la contemplan, refleja el rostro de aquellos que la encuentran. Es necesario aprender que hay algo de irrepetible en cada uno de aquellos que nos miran en la búsqueda de Dios —no todos los miran del mismo modo—. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas (*ibíd.*). Un sacerdote, un cura que se hace impermeable a las miradas está cerrado en sí mismo. «Custodiar en nosotros a cada uno de ellos,

conservarlos en el corazón, resguardarlos. Sólo una Iglesia capaz de resguardar el rostro de los hombres que van a tocar a su puerta es capaz de hablarles de Dios» (*ibíd.*). Si no eres capaz de custodiar el rostro de las personas que llaman a tu puerta, no serás capaz hablarles de Dios. «Si no desciframos sus sufrimientos, si no nos damos cuenta de sus necesidades, nada podremos ofrecerles. La riqueza que tenemos fluye solamente cuando encontramos la poquedad de aquellos que

mendigan, y dicho encuentro se realiza precisamente en nuestro corazón de pastores» (*ibíd.*). A sus obispos les decía que estén atentos a ustedes, sus sacerdotes, «que no los dejen expuestos a la soledad y al abandono, presa de la mundanidad que devora el corazón» (*ibíd.*). El mundo nos observa con atención pero para «devorarnos», para volvernos consumidores... Todos necesitamos ser mirados con atención, con interés gratuito, digamos. «Ustedes estén atentos —les decía a los



obispos— y aprendan a leer las miradas de sus sacerdotes, para alegrarse con ellos cuando sientan el gozo de contar cuanto “han hecho y enseñado” (*Mc 6,30*), y también para no echarse atrás cuando se sienten un poco rebajados y no puedan hacer otra cosa que llorar porque “han negado al Señor” (cf. *Lc 22,61-62*), y también para sostener [...], en comunión con Cristo, cuando alguno, abatido, saldrá con Judas “en la noche” (cf. *Jn 13,30*). En estas situaciones, que nunca falte la

paternidad de ustedes, obispos, para con sus sacerdotes.

Animen la comunión entre ellos; hagan perfeccionar sus dones; intégrenlos en las grandes causas, porque el corazón del apóstol no fue hecho para cosas pequeñas»

*(ibíd.)*

Por último, ¿cómo mira María? María mira de modo «íntegro», uniendo todo, nuestro pasado, presente y futuro. No tiene una mirada fragmentada: *la misericordia sabe ver la totalidad y capta lo más necesario*. Como María en

Caná, que es capaz de «compadecerse» anticipadamente de lo que acarreará la falta de vino en la fiesta de bodas y pide a Jesús que lo solucione, sin que nadie se dé cuenta, así toda nuestra vida sacerdotal la podemos ver como «anticipada por la misericordia» de María, que previendo nuestras carencias ha provisto todo lo que tenemos. Si algo de «vino bueno» hay en nuestra vida, no es por mérito nuestro sino por su «misericordia anticipada», esa que ya en

el *Magníficat* canta cómo el Señor «miró con bondad su pequeñez» y «se acordó de su (alianza de) misericordia», una «misericordia que se extiende de generación en generación» sobre sus pobres y oprimidos (cf. *Lc* 1,46-55). La lectura que hace María es la de la historia como misericordia.

Podemos terminar rezando la *Salve Regina* en cuyas invocaciones late el espíritu del *Magnificat*. Ella es la Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Y cuando ustedes sacerdotes tengan

momentos oscuros, feos, cuando no sepan cómo arreglarse en lo hondo de su corazón, no digo sólo «miren a la Madre», eso lo deben hacer, sino: «Vayan allí déjense mirar por ella, en silencio, incluso adormentándose. Eso hará que en esos momentos feos, quizás con tantos errores como han cometido y que los han llevado a ese punto, toda esta suciedad se convierta en receptáculo de misericordia. Déjense mirar por la Virgen. Sus ojos misericordiosos son los que consideramos el mejor

recipiente de la misericordia, en el sentido de poder beber en ellos esa mirada indulgente y buena de la que tenemos sed como sólo se puede tener sed de una mirada. Esos ojos misericordiosos son también los que nos hacen ver las obras de la misericordia de Dios en la historia de los hombres y descubrir a Jesús en sus rostros. En ella encontramos la tierra prometida —el reino de la misericordia instaurado por el Señor— que viene, ya en esta vida, después de cada destierro al que nos arroja el

pecado. De su mano, y aferrándonos a su manto. Yo tengo en mi estudio una hermosa imagen que me ha regalado el Padre Rupnik, la ha hecho él, de la «*Synkatabasis*»: representa a María que hace descender a Jesús, y sus manos son como escalones. Pero lo que más me gusta es que Jesús tiene en una mano la plenitud de la Ley, y con la otra se aferra al manto de la Virgen: también él agarrado al manto de la Virgen. Y la tradición rusa, los monjes, los viejos monjes rusos, nos dicen que en

las turbulencias espirituales hay que refugiarse bajo el manto de la Virgen. La primera antífona mariana de Occidente es esta: «*Sub tuum praesidium*». El manto de la Virgen. No avergonzarse, no hacer grandes discursos: estar allí y dejarse cubrir, dejarse mirar. Y llorar. Cuando encontramos un sacerdote que es capaz de esto, de ir con la Madre y llorar, con tantos pecados, yo puedo decir: «es un buen cura, porque es un buen hijo. Será un buen padre. Tomados de su mano y bajo su



mirada podemos cantar con  
alegría las grandezas del Señor.  
Podemos decirle: Mi alma te  
canta, Señor, porque miraste  
con bondad la humildad y  
pequeñez de tu servidor. Feliz  
de mí, que he sido perdonado.  
Tu misericordia, la que  
practicaste con todos tus santos  
y con todo tu pueblo fiel,  
también me ha alcanzado a mí.  
He andado disperso,  
buscándome a mí mismo, por la  
soberbia de mi corazón, pero  
no he ocupado ningún trono,  
Señor, y mi única exaltación es  
que tu Madre me alce a su

regazo, me cubra con su manto  
y me ponga junto a su corazón.  
Quiero ser amado por ti como  
uno más de los más humildes  
de tu pueblo, colmar con tu pan  
a los que tienen hambre de ti.  
Acuérdate, Señor, de tu alianza  
de misericordia con tus hijos,  
los sacerdotes de tu pueblo.  
Que con María seamos signo y  
sacramento de tu misericordia.

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Tercera meditación.

*Basílica de San Pablo  
Extramuros – Jueves.*

## **Tercera meditación: El buen olor de Cristo y la luz de su misericordia**

Esperemos que el Señor nos conceda lo que hemos pedido en la oración: imitar el ejemplo de la paciencia de Jesús, y con

la paciencia superar las dificultades.

Esta tercera meditación se titula: «El buen olor de Cristo y la luz de su misericordia».

En este tercer encuentro les propongo meditar con las obras de misericordia, ya sea tomando alguna de ellas, la que más sintamos ligada a nuestro carisma, ya sea contemplándolas todas juntas, viéndolas con los ojos misericordiosos de nuestra Señora, que nos hacen descubrir «el vino que falta» y nos alientan a «hacer todo lo

que Jesús nos diga» (cf. *Jn* 2,1-12), para que su misericordia obre los milagros que nuestro pueblo necesita.

Las obras de misericordia están muy ligadas a los «sentidos espirituales». Al rezar pedimos la gracia de «sentir y gustar» el Evangelio de tal manera que nos sensibilice para la vida.

Movidos por el Espíritu, guiados por Jesús, podemos ver ya de lejos con ojos de misericordia al que está caído al lado del camino, podemos escuchar los gritos de Bartimeo; podemos notar cómo el Señor siente en

el borde de su manto el toque tímido pero decidido de la hemorroísa; podemos pedir la gracia de gustar con él en la cruz el sabor amargo de la hiel de todos los crucificados, para sentir así el fuerte olor de la miseria —en hospitales de campaña, en trenes y en barcones repletos de gente—; ese olor que no tapa el aceite de la misericordia, sino que al ungirlo hace que se despierte una esperanza.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, hablando de las obras de misericordia, nos cuenta que

santa Rosa de Lima, el día en que su madre la reprendió por atender en la casa a pobres y enfermos, ella le contestó: «Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, somos buen olor de Cristo» (n. 2449). Ese buen olor de Cristo —el cuidado de los pobres— es distintivo de la Iglesia, siempre lo ha sido. Pablo centró en esto su encuentro con «las columnas», como él les llama, con Pedro, Santiago y Juan. Ellos «sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres» (*Ga* 2,10).

Esto me recuerda un hecho que he contado algunas veces: apenas elegido Papa, mientras continuaba el escrutinio, un hermano Cardenal se acercó, me abrazó y me dijo: «No te olvides de los pobres». Es el primer mensaje que el Señor me hizo llegar en aquel momento. El Catecismo dice también, de manera sugestiva, que «los oprimidos por la miseria son objeto de *un amor de preferencia* por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros,



no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos» (n. 2448). Y esto sin ideologías, solamente con la fuerza del Evangelio.

En la Iglesia hemos tenido y tenemos muchas cosas no tan buenas, y muchos pecados, pero en esto de servir a los pobres con obras de misericordia, siempre hemos seguido como Iglesia al Espíritu, y nuestros santos lo hicieron de manera muy creativa y eficaz. El amor a los pobres ha sido el signo, la luz que hace que la gente

glorifique al Padre. Nuestro pueblo valora esto: al cura que cuida a los más pobres, a los enfermos, que perdona a los pecadores, que enseña y corrige con paciencia... Nuestro pueblo perdona a los curas muchos defectos, salvo el de estar apegados al dinero. El pueblo no lo perdona. Y no es tanto por la riqueza en sí, sino porque el dinero nos hace perder la riqueza de la misericordia. Nuestro pueblo olfatea qué pecados son graves para el pastor, cuáles matan su ministerio porque lo convierten

en un funcionario o, peor aún, en un mercenario, y cuáles son en cambio, no diría que pecados secundarios —porque no sé si teológicamente se puede decir esto—, pero sí pecados que se pueden sobrellevar, cargar como una cruz, hasta que el Señor los purifique al final, como hará con la cizaña. Sin embargo, lo que atenta contra la misericordia es una contradicción principal. Atenta contra el dinamismo de la salvación, contra Cristo que «se hizo pobre para enriquecernos

con su pobreza» (2 Co 8,9). Y esto es así porque la misericordia cura «perdiendo algo de sí»: un jirón del corazón se queda con el herido, un tiempo de nuestra vida lo perdemos para lo que teníamos ganas de hacer cuando se lo regalamos al otro en una obra de misericordia.

Por eso, no se trata de que Dios tenga misericordia mí en alguna falta, como si en el resto yo fuera autosuficiente, que de vez en cuando yo realice algún acto particular de misericordia con algún

necesitado. La gracia que pedimos en esta oración es la de dejarnos misericordiar por Dios en todos los aspectos de nuestra vida y de ser misericordiosos con los demás en todo nuestro actuar. Para nosotros, sacerdotes y obispos, que trabajamos con los sacramentos bautizando, confesando, celebrando la Eucaristía..., la misericordia es la manera de convertir toda la vida del Pueblo de Dios en sacramento. Ser misericordioso no es sólo *un* modo de ser, sino *el* modo de ser. No hay

otra posibilidad de ser sacerdote. El Cura Brochero decía: «El sacerdote que no tiene mucha lástima de los pecadores es medio sacerdote. Estos trapos benditos que llevo encima no son los que me hacen sacerdote; si no llevo en mi pecho la caridad, ni a cristiano llevo».

Ver lo que falta para poner remedio inmediatamente y, mejor aún, preverlo, es propio de la mirada de un padre. Esta mirada sacerdotal —del que hace las veces del padre en el seno de la Iglesia Madre—, que

nos lleva a ver a los hombres en clave de misericordia, es la que se debe enseñar a cultivar desde el seminario y debe alimentar todos los planes pastorales. Queremos, y le pedimos al Señor, una mirada que aprenda a discernir los signos de los tiempos en clave de «qué obras de misericordia están necesitando hoy nuestros pueblos», para poder sentir y gustar al Dios de la historia que camina en medio de ellos. Porque, como dice Aparecida citando a san Alberto Hurtado, «en nuestras obras, nuestro

pueblo sabe que comprendemos su dolor» (n. 386).

La prueba de esta comprensión de nuestros pueblos es que en nuestras obras de misericordia siempre somos bendecidos por Dios y encontramos ayuda y colaboración en nuestra gente. No así para otro tipo de proyectos, que a veces van bien y otras no, sin que algunos se den cuenta de por qué no funciona y se rompan la cabeza buscando un nuevo, enésimo, plan pastoral, cuando uno podría decir sencillamente: no funciona porque le falta



misericordia, sin necesidad de entrar en detalles. Si no es bendecido es porque le falta misericordia. Falta esa misericordia que tiene que ver más con un hospital de campaña que con una clínica de lujo, esa misericordia que, valorando algo bueno, siembra un futuro para encuentro de la persona con Dios, en vez de alejarla con una crítica puntual...

Les propongo una oración con la pecadora perdonada (*Jn 8,3-11*), para pedir la gracia de ser misericordiosos en la confesión,

y otra sobre la dimensión social de las obras de misericordia. Siempre me conmueve el pasaje del Señor con la mujer adúltera: cómo, cuando no la condenó, el Señor «faltó» a la ley; en ese punto en que le pedían que se definiera —«¿hay que apedrearla o no?»—, no se definió, no aplicó la ley. Se hizo el sordo — también en esto el Señor es un maestro para todos nosotros— y, en ese momento, les salió con otra cosa. Inició así un proceso en el corazón de la mujer que necesitaba aquellas

palabras: «Yo tampoco te condeno». Con la mano tendida la puso en pie, y esto le permitió que se encontrara con una mirada llena de dulzura que le cambió el corazón. El Señor tiende la mano a la hija Jairo: «Dale de comer». Al muchacho muerto, en Naín: «Levántate», y lo entrega a su madre. Y a esta pecadora: «Levántate». El Señor nos vuelve a poner precisamente en la postura que Dios quiere que esté: de pie, alzado, nunca por tierra. A veces me da una mezcla de pena e indignación

cuando alguno se apura a poner en claro la última recomendación, el «no peques más». Y utiliza esta frase para «defender» a Jesús y que no quede como uno que se saltó la ley. Pienso que las palabras que utiliza el Señor forman un todo con sus acciones. El hecho de agacharse para escribir en tierra dos veces, pausando lo que les dice a los que quieren apedrear a la mujer y luego lo que le dice a ella, nos habla de un tiempo que el Señor se toma para juzgar y perdonar. Un tiempo que remite a cada

uno a su interioridad y hace que los que juzgan se retiren. En su diálogo con la mujer, el Señor abre otros espacios: uno es el espacio de la no condena. El Evangelio insiste en este espacio que ha quedado libre. Nos sitúa en la mirada de Jesús y nos dice que «no ve a nadie alrededor sino sólo a la mujer». Y luego, Jesús mismo hace mirar alrededor a la mujer con su pregunta: «¿Dónde están los que te "categorizaban"?» (la palabra es importante, ya que habla de eso que tanto rechazamos, como es el que

nos cataloguen o nos caricaturicen...)). Una vez que la hace mirar ese espacio libre del juicio ajeno, le dice que él tampoco lo invade con sus piedras: «Yo tampoco te condeno». Y ahí mismo le abre otro espacio libre: «En adelante no peques más». El mandamiento se da para adelante, para ayudar a andar, para «caminar en el amor». Esta es la delicadeza de la misericordia que mira con piedad lo pasado y da ánimo para el futuro. Este «no peques más» no es algo obvio. El

Señor lo dice «junto con ella», le ayuda a poner en palabras lo que ella misma siente, ese «no» libre al pecado, que es como el «sí» de María a la gracia. El «no» va dicho en relación a la raíz del pecado de cada uno. En la mujer se trataba de un pecado social, de alguien a la que se le acercaba la gente o para estar con ella o para apedrearla. No había otro modo de cercanía con esta mujer. Por eso, el Señor no sólo le despeja el camino, sino que la pone a caminar, para que deje de ser «objeto» de la

mirada ajena, para que sea protagonista. El no pecar no se refiere sólo al aspecto moral, creo yo, sino a un tipo de pecado que no la deja hacer su vida. También le dice al paralítico de la piscina de Betesda: «No peques más» (*Jn 5,14*). Pero a este, que se justificaba con las cosas tristes que «le sucedían», que tenía una psicología de víctima —la mujer no—, lo pincha un poco con eso de que «no sea que te suceda algo peor». Aprovecha el Señor su manera de pensar, aquello que teme, para sacarlo



de su parálisis. Lo persuade con el susto, digamos. Así, cada uno tenemos que escuchar este «no peques más» de manera honda, personal.

Esta imagen del Señor, que pone a caminar a la gente, es muy suya: él es el Dios que se pone a caminar con su pueblo, que lleva adelante y acompaña nuestra historia. Por eso, el objeto al que se dirige la misericordia es muy preciso: es hacia aquello que hace que un hombre o una mujer no caminen en su lugar, con los suyos, a su ritmo, hacia donde

Dios los invita a andar. La pena, lo que conmueve, es que uno se pierda, o se quede atrás, o se pase de vivo. Que esté desubicado, digamos. Que no esté a mano para el Señor, disponible para lo que él quiera mandar. Que uno no camine humildemente en presencia del Señor (cf. *Mi 6,8*), que no camine en la caridad (cf. *Ef 5,2*).

## **El espacio del confesionario, donde la verdad nos hace libres**

Pasemos ahora al espacio del confesionario, donde la verdad

nos hace libres. El Catecismo de la Iglesia Católica nos hace ver el confesionario como un lugar en el que la verdad nos hace libres para un encuentro. Dice así: «Cuando celebra el sacramento de la Penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, el del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra,

el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador» (n. 1465). Y nos recuerda que «el confesor no es dueño, sino el servidor del perdón de Dios. El ministro de este sacramento debe unirse a la intención y a la caridad de Cristo» (n. 1466).

*Signo e instrumento* de un encuentro. Eso somos. Atracción eficaz para un encuentro. Signo quiere decir que debemos atraer, como cuando uno hace señales para llamar la atención. Un signo

debe ser coherente y claro,  
pero sobre todo comprensible.  
Porque hay signos que son  
claros sólo para los  
especialistas, y estos no sirven.  
Signo e instrumento. El  
instrumento se juega la vida en  
su eficacia —¿sirve o no sirve?  
—, en estar a mano e incidir en  
la realidad de manera precisa,  
adecuada. Somos instrumento  
si de verdad la gente se  
encuentra con el Dios  
misericordioso. A nosotros nos  
toca «hacer que se  
encuentren», que queden  
frente a frente. Lo que después

hagan ellos es cosa suya. Hay un hijo pródigo en el chiquero y un padre que sube todas las tardes a la terraza a ver si viene; hay una oveja perdida y un pastor que ha salido a buscarla; hay un herido tirado al borde del camino y un samaritano que tiene buen corazón. ¿Cuál es, pues, nuestro ministerio? Ser signo e instrumento de que estos se encuentren. Tengamos claro que nosotros no somos ni el padre, ni el pastor, ni el samaritano. Más bien estamos del lado de los otros tres, en

cuanto pecadores. Nuestro ministerio tiene que ser signo e instrumento de ese encuentro. Por eso, nos situamos en el ámbito del misterio del Espíritu Santo, que es el que crea la Iglesia, el que hace la unidad, el que reaviva una y otra vez el encuentro.

La otra cosa propia de un signo y de un instrumento es su *no autorreferencialidad*, por decirlo en difícil. Nadie se queda en el signo una vez que comprendió la cosa; nadie se queda mirando el destornillador ni el martillo, sino que mira el

cuadro que quedó bien fijado.

Siervos inútiles somos. Esto es, instrumento y signo que fueron muy útiles para otros dos que se fundieron en un abrazo, como el padre con su hijo.

La tercera característica propia del signo y del instrumento es su *disponibilidad*. Que el instrumento esté a la mano, que el signo sea visible. La esencia del signo y del instrumento es

ser *mediadores*, disponibles. Qui aquí está la clave de nuestra misión en este encuentro de la misericordia de Dios con el



hombre. Es más claro probablemente usar un término negativo. San Ignacio hablaba de «no ser impedimento». Un buen mediador es el que facilita las cosas y no pone impedimentos. En mi tierra había un gran confesor, el padre Cullen, que se sentaba en el confesionario y, cuando no había gente, hacía dos cosas: una era arreglar pelotas de cuero para los chicos que jugaban al fútbol, la otra era leer un gran diccionario chino. Había estado mucho tiempo en China y quería conservar la

lengua. Él decía que, cuando la gente lo veía en actividades tan inútiles, como arreglar pelotas viejas, y tan a largo plazo, como leer un diccionario chino, pensaba: «Voy a acercarme a charlar un poco con este cura, ya que se ve que no tiene nada que hacer». Estaba disponible para lo esencial. Él tenía un horario para el confesionario, pero estaba allí. Quitaba el impedimento de andar siempre con cara de muy ocupado. Y aquí está el problema. La gente no se acerca cuando ve a su pastor muy, pero que muy

ocupado, siempre ajetreado. Todos nosotros hemos conocido buenos confesores. Hay que aprender de nuestros buenos confesores, de aquellos a los que la gente se les acerca, los que no la espantan y saben hablar hasta que el otro cuenta lo que le pasa, como Jesús con Nicodemo. Es importante comprender el lenguaje de los gestos; no preguntar cosas que son evidentes por los gestos. Si uno se acerca al confesionario es porque está arrepentido, ya hay *arrepentimiento*. Y si se acerca es porque tiene deseo

de cambiar. O al menos deseo de deseo, si la situación le parece imposible (*ad impossibilia nemo tenetur*, como dice el brocardo, nadie está obligado a hacer lo imposible). El lenguaje de los gestos. He leído en la vida de un santo reciente, de estos tiempos, que, pobrecito, sufría en la guerra. Había un soldado que estaba para ser fusilado y él fue a confesarlo. Y se ve que aquel sujeto era un poco libertino, hacía muchas fiestas con mujeres... «Pero tú ¿te arrepientes de eso?». «No, era

tan bonito, padre». Y este santo no sabía cómo salir de aquello. Allí estaba el pelotón de ejecución, y entonces le dijo: «Di al menos si te pesa no estar arrepentido». «Esto sí». «¡Ah! está bien». El confesor busca siempre el camino, y el lenguaje de los gestos es el lenguaje de las posibilidades para llegar al punto.

Hay que aprender de los buenos confesores, los que tienen delicadeza con los pecadores y les basta media palabra para comprender todo, como Jesús con la hemorroísa,

y ahí precisamente les sale la fuerza del perdón.

Yo he quedado muy edificado de un Cardenal de la Curia, que a priori yo creía que era muy rígido. Y él, cuando había un penitente que tenía un pecado que se avergonzaba decir y comenzaba con una o dos palabras, comprendía inmediatamente de qué se trataba, y decía: «Siga, siga, que lo he entendido». Y lo interrumpía porque había entendido. Esta es delicadeza. Pero esos confesores —me perdonen— que preguntan y

preguntan...: «Dímelo, por favor...». Tú, ¿tienes necesidad de tantos detalles para perdonar, o es que te estás haciendo un film? Aquel Cardenal me ha edificado mucho. La *integridad* de la confesión no es cuestión de matemáticas —¿cuántas veces? ¿Cómo? ¿Dónde?...—. A veces la vergüenza se cierra más ante el número que ante el nombre del pecado mismo. Pero para esto hay que dejarse conmover ante la situación de la gente, que a veces es una mezcla de cosas, de

enfermedad, de pecado y de condicionamientos imposibles de superar, como Jesús, que se conmovía al ver a la gente, lo sentía en las entrañas, en las tripas y por eso curaba y curaba, aunque el otro «no lo pidiera bien», como aquel leproso, o diera vueltas como la Samaritana, que era como el tero: chillaba en un lado pero tenía el nido en otro. Jesús era paciente.

Hay que aprender de los confesores que saben hacer que el penitente sienta la corrección dando un pasito



adelante, como Jesús, que daba una penitencia que bastaba, y sabía valorar al que volvía a dar gracias, al que daba para más. Jesús hacía tomar la camilla al paralítico, o se hacía rogar un poco por los ciegos o por la mujer sirofenicia. No le importaba si después no le hacían caso, como el paralítico de Siloé, o si contaban cosas que les había mandado que no contaran y luego parecía que el leproso era él, porque no podía entrar en los poblados o sus enemigos encontraban motivos para condenarlo. Él curaba,

perdonaba, daba alivio,  
descanso, dejaba respirar a la  
gente un hálito del Espíritu  
consolador.

Lo que diré ahora lo he dicho  
muchas veces, quizás alguno  
de ustedes ya lo ha oído.

Conocí en Buenos Aires a un  
fraile capuchino —aún vive—,  
algo más joven que yo, que es  
un gran confesor. Siempre tiene  
delante del confesionario una  
fila, mucha gente —de todo:  
gente humilde, gente  
acomodada, curas, religiosas,  
una fila— más y más gente,  
todo el día confesando. Y es un

gran perdonador. Siempre encuentra la vía para perdonar y dar un paso adelante. Es un don el Espíritu. Pero, a veces, le agarran escrúpulos de haber perdonado mucho. Y entonces, una vez, charlando, me dijo: «A veces, tengo esos escrúpulos». Y yo le pregunté: «¿Y qué haces cuando tienes esos escrúpulos?». «Voy delante del sagrario, lo miro al Señor, y le digo: "Señor, perdóname, hoy he perdonado mucho. Pero que quede claro, ¿eh?, que la culpa la tenéis vos porque me diste el

mal ejemplo"». La misericordia la mejoraba con más misericordia.

Por último, en esto de la confesión, dos consejos: Uno, no tengan nunca la mirada del funcionario, del que sólo ve «casos» y se los quita de encima. La misericordia nos libra de ser un cura juez-funcionario, digamos, que de tanto juzgar «casos» pierde la sensibilidad para las personas y para los rostros. Yo recuerdo cuando estaba en II de Teología; fui con mis compañeros a escuchar el

examen de «*audiendas*», que se hacía en III de Teología, antes de la ordenación. Fuimos para aprender un poco, siempre se aprendía. Y recuerdo que una vez a un compañero le hicieron una pregunta, era sobre la justicia, *de iure*, pero tan enredada, tan artificial... Y aquel compañero dijo con mucha humildad: «Pero Padre, esto no se encuentra en la vida». «Pero se encuentra en los libros». Aquella moral «de los libros», sin experiencia. La regla de Jesús es «juzgar como queremos ser juzgados». En

esa medida íntima que uno tiene para juzgar si lo trataron con dignidad, si lo ningunearon o lo maltrataron, si lo ayudaron a ponerse en pie... —fijémonos en que el Señor confía en esa medida que es tan subjetivamente personal—. Esta es la clave para juzgar a los demás. No tanto porque esa medida sea «la mejor», sino porque es sincera y, a partir de ella, se puede construir una buena relación. El otro consejo: No sean curiosos en el confesionario. Lo he dicho antes. Cuenta santa Teresita

que, cuando recibía las confidencias de sus novicias, se cuidaba muy bien de preguntar cómo había seguido la cosa. No curioseaba el alma de la gente (cf. *Historia de un alma*, manuscrito C. A la madre Gonzaga, c. XI 32 r). Es propio de la misericordia «cubrir con su manto», cubrir el pecado para no herir la dignidad. Es hermoso aquel pasaje de los dos hijos de Noé que cubrieron con el manto la desnudez de su padre, que se había emborrachado (cf. *Gn 9,23*).

**Dimensión social de las**

## **obras de misericordia**

Ahora diremos unas palabras sobre la dimensión social de las obras de misericordia.

Al final de los Ejercicios, san Ignacio pone la «contemplación para alcanzar amor», que conecta lo vivido en la oración con la vida cotidiana. Y nos hace reflexionar acerca de cómo el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras. Esas obras son las obras de misericordia, las que el Padre «preparó de antemano para que las practicáramos» (*Ef 2,10*), las



que el Espíritu inspira a cada uno para el bien común (cf. *1 Co 12, 7*). A la vez que agradecemos al Señor por tantos beneficios recibidos de su bondad, pedimos la gracia de llevar a todos los hombres esa misericordia que nos ha salvado a nosotros.

Les propongo, en esta dimensión social, meditar con alguno de los párrafos finales de los Evangelios. Allí, el Señor mismo establece esa conexión entre lo recibido y lo que debemos dar. Podemos leer estos finales en clave de «obras

de misericordia», que ponen en acto el tiempo de la Iglesia en el que Jesús resucitado vive, acompaña, envía y atrae nuestra libertad, que encuentra en él su realización concreta y renovada cada día.

La conclusión del Evangelio de Mateo, nos dice que el Señor envía a los apóstoles y les dice: «Enseñen a guardar todo lo que yo les he mandado» (*Mt 28,20*). Este «enseñar al que no sabe» es en sí mismo una de las obras de misericordia. Y se multiplica como la luz en las demás obras: en las

de *Mateo* 25, que tienen que ver más con las obras así llamadas corporales, y en todos los mandamientos y consejos evangélicos, de «perdonar», «corregir fraternalmente», consolar a los tristes, soportar las persecuciones, y así sucesivamente.

Marcos termina con la imagen del Señor que «colabora» con los apóstoles y «confirma la Palabra con las señales que la acompañan» (cf. Mc 16,20). Esas «señales» tienen la característica de las obras de misericordia. Marcos habla,

entre otras cosas, de sanar a los enfermos y expulsar a los malos espíritus (cf. Mc 16,17-18).

Lucas continúa su Evangelio con el libro de los «Hechos» —*praxeis*— de los apóstoles, narrando su modo de proceder y las obras que hacen, guiados por el Espíritu.

Juan termina hablando de las «otras muchas cosas» (Jn 21,25) o «señales» (Jn 20,30) que hizo Jesús. Los hechos del Señor, sus obras, no son meros hechos sino que son signos en los que, de manera personal y

única en cada uno, se muestra su amor y su misericordia.

Podemos contemplar al Señor que nos envía a este trabajo con la imagen de Jesús misericordioso, tal como se le reveló a sor Faustina. En esa imagen podemos ver la Misericordia como una única luz que viene de la interioridad de Dios y que, al pasar por el corazón de Cristo, sale diversificada, con un color propio para cada obra de misericordia.

Las obras de misericordia son infinitas, cada una con su sello

personal, con la historia de cada rostro. No son solamente las siete corporales y las siete espirituales en general. O más bien, estas, así numeradas, son como las materias primas —las de la vida misma— que, cuando las manos de la misericordia las tocan y/o las moldean, se convierten cada una de ellas en una obra artesanal. Una obra que se multiplica como el pan en las canastas, que crece desmesuradamente como la semilla de mostaza. Porque la misericordia es fecunda e inclusiva. Estas dos

características importantes: la misericordia es fecunda e inclusiva. Es verdad que solemos pensar en las obras de misericordia de una en una, y en cuanto ligadas a una obra: hospitales para los enfermos, comedores para los que tienen hambre, hospederías para los que están en situación de calle, escuelas para los que tienen que educarse, el confesionario y la dirección espiritual para el que necesita consejo y perdón... Pero, si las miramos en conjunto, el mensaje es que el objeto de la misericordia es

la vida humana misma y en su totalidad. Nuestra vida misma en cuanto «carne» es hambrienta y sedienta, necesitada de vestido, casa y visitas, así como de un entierro digno, cosa que nadie puede darse a sí mismo. Hasta el más rico, al morir, queda hecho una miseria y nadie lleva detrás, en su cortejo, el camión de la mudanza. Nuestra vida misma, en cuanto «espíritu», tiene necesidad de ser educada, corregida, alentada, consolada. Esta es una palabra muy importante en la Biblia:



enseñamos en el libro de la consolación de Israel, del profeta Isaías. Necesitamos que otros nos aconsejen, nos perdonen, nos aguanten y recen por nosotros. La familia es la que practica estas obras de misericordia de manera tan ajustada y desinteresada que no se nota, pero basta que en una familia con niños pequeños falte la mamá para que todo se quede en la miseria. La miseria más absoluta y crudelísima es la de un niño en la calle, sin papás, a merced de los buitres. Hemos pedido la gracia de ser

signo e instrumento, ahora se trata de «actuar», y no sólo de tener gestos sino de hacer obras, de institucionalizar, de crear una cultura de la misericordia, que no es lo mismo que una cultura de la beneficencia, debemos distinguir. Puestos a obrar, sentimos inmediatamente que es el Espíritu el que moviliza, que lleva adelante estas obras. Y lo hace utilizando los signos e instrumentos que desea, aunque a veces no sean los más aptos en sí mismos. Es más, se diría que para ejercitar

las obras de misericordia el Espíritu elige más bien los instrumentos más pobres, los más humildes e insignificantes, los más necesitados ellos mismos de ese primer rayo de la misericordia divina. Estos son los que mejor se dejan formar y capacitar para realizar un servicio de verdadera eficacia y calidad. La alegría de sentirse «siervos inútiles», para aquellos a los que el Señor bendice con la fecundidad de su gracia, y que él mismo en persona sienta a su mesa y les ofrece la

Eucaristía, es una confirmación de estar trabajando en sus obras de misericordia.

A nuestro pueblo fiel le gusta unirse en torno a las obras de misericordia. Basta venir a una de las audiencias generales de los miércoles y vemos cuántos hay: grupos de personas que se juntan para hacer obras de misericordia. Tanto en las celebraciones —penitenciales y festivas— como en la acción solidaria y formativa, nuestro pueblo se deja juntar y pastorear de una manera que no todos advierten ni valoran,

aunque fracasen tantos otros planes pastorales centrados en dinámicas más abstractas. La presencia masiva de nuestro pueblo fiel en nuestros santuarios y peregrinaciones, presencia anónima, pero anónima por exceso de rostros y por el deseo de hacerse ver sólo por Aquel y Aquella que los miran con misericordia, así como por la colaboración también numerosa que, sosteniendo con su trabajo tanta obra solidaria, debe ser motivo de atención, de valoración y de promoción por

nuestra parte. Y para mí ha sido una sorpresa ver cómo estas organizaciones son tan fuertes aquí en Italia y reagrupan tanto al pueblo. Como sacerdotes, pedimos dos gracias al Buen Pastor, la de saber dejamos guiar por el *sensus fidei* de nuestro pueblo fiel, y también por su «sentido del pobre». Ambos «sentidos» tienen que ver con su «*sensus Christi*», del cual habla san Pablo, con el amor y la fe que nuestro pueblo tiene por Jesús.

Terminamos rezando el *Alma de*

*Cristo*, que es una hermosa oración para pedir misericordia al Señor venido en carne, que nos misericordea con su mismo Cuerpo y Alma. Le pedimos que nos misericordee junto con su pueblo: a su alma, le pedimos «santifícenos», a su cuerpo, le suplicamos «sálvanos», a su sangre, le rogamos «embriáganos», quítanos toda otra sed que no sea de ti, al agua de su costado, le pedimos «lávanos»; a su pasión le rogamos «confórtanos», consuela a tu pueblo, Señor crucificado; en sus llagas

suplicamos «hospédanos»... No permitas que tu pueblo, Señor, se aparte de ti. Que nada ni nadie nos separe de tu misericordia, que nos defiende de las insidias del enemigo maligno. Así podremos cantar las misericordias del Señor junto con todos tus santos cuando nos mandes ir a ti.

*[Oración del Anima Christi]*

Alguna vez me han llegado comentarios de sacerdotes que dicen: «Pero este Papa nos golpea mucho, nos riñe». Y algún bastonazo, alguna reprimenda se ha dado. Pero he



de decir que he quedado edificado por muchos sacerdotes, muchos sacerdotes buenos. De esos —los he conocido— que, cuando no había contestador automático, dormían con el teléfono sobre la cómoda, y nadie moría sin los sacramentos; llamaban a cualquier hora y ellos se levantaban e iban. Buenos sacerdotes. Y agradezco al Señor esta gracia. Todos somos pecadores, pero podemos decir que hay muchos buenos, santos sacerdotes, que trabajan en silencio y desapercibidos. A

veces ocurre un escándalo,  
pero sabemos que hace más  
ruido un árbol que cae que un  
bosque que crece.

Ayer recibí una carta. La he  
dejado allí entre aquellas  
personales. La he abierto antes  
de venir y creo que ha sido el  
Señor quien me lo ha sugerido.  
Es de un párroco de Italia,  
párroco de tres pueblos. Creo  
que nos vendrá muy bien oír  
este testimonio de un hermano  
nuestro.

Está escrita el 29 de mayo, de  
hace pocos días.

«Perdone la molestia.

Aprovecho la ocasión que me ofrece un amigo sacerdote, que en estos días está en Roma para el Jubileo sacerdotal, para hacerle llegar sin ninguna pretensión —la de un simple párroco de tres pequeñas parroquias de montaña, prefiero que me llamen «pastorcito— algunas consideraciones sobre mi sencillo servicio pastoral, provocadas —se lo agradezco de corazón— por algunas de las cosas que usted ha dicho y que me llaman cada día a la conversión. Soy consciente de

que no le escribo nada nuevo. Ciertamente, usted ya ha habrá escuchado estas cosas. Siento la necesidad de hacerme también yo portavoz. Me ha llamado la atención, me llama la atención la invitación que a menudo nos hace a nosotros pastores a que tengamos olor a ovejas. Estoy en la montaña y s  bien lo que quiere decir. Se es sacerdote para sentir ese olor, que es el verdadero perfume del rebaño. Será realmente hermoso si el contacto diario y el trato asiduo de nuestro rebaño, verdadera

razón de nuestra llamada, no fuera sustituido por las tareas administrativas y burocráticas de la parroquia, de la escuela infantil y otras cosas. Tengo la suerte de contar con laicos buenos y preparados que siguen estas cosas desde dentro. Pero existe siempre la responsabilidad jurídica del párroco, como único representante legal. Por lo cual, al final, siempre tiene que ir corriendo a todas partes, relegando a veces la visita a los enfermos, a las familias, como a lo último, y hecha tal vez con

rapidez y de cualquier manera. Lo digo en primera persona, a veces es muy frustrante ver que en mi vida de cura se corre mucho por el aparato burocrático y administrativo, dejando a la gente, al pequeño rebaño que se me ha confiado, como abandonado a sí mismo. Créame, Santo Padre, es triste, y muchas veces me dan ganas de llorar por esta falta. Uno trata de organizarse, pero al final, se cae en la vorágine de las cosas cotidianas. Como también otro aspecto, recordado por usted: la falta de

paternidad. Se dice que la sociedad actual carece de padres y madres. Me parece ver que a veces también nosotros renunciamos a esta paternidad espiritual, reduciéndonos brutalmente a burócratas de lo sagrado, con la triste consecuencia de sentirnos abandonados a nosotros mismos. Una paternidad difícil, que afecta también inevitablemente a nuestros superiores, ocupados comprensiblemente en tareas y problemas, cayendo en el riesgo de tener con nosotros

una relación formal, ligada más a la gestión de la comunidad que a nuestra vida de hombres, de creyentes y de curas. Todo esto —y termino— no quita en cualquier caso la alegría y la pasión de ser sacerdote para la gente y con la gente. Aunque a veces como pastor no tengo olor a oveja, me conmueve siempre mi rebaño que no ha perdido el olor del pastor. Qué bonito, Santo Padre, cuando nos damos cuenta de que las ovejas no nos dejan solos, tienen el termómetro de nuestra estar allí por ellos, y si



por casualidad el pastor se sale del camino y se pierde, ellos lo agarran y lo sostienen. Nunca dejaré de dar gracias al Señor porque siempre nos salva a través de su rebaño, el rebaño que se nos ha confiado, la gente sencilla, buena, humilde y tranquila: ese rebaño que es la verdadera gracia del pastor. De manera confidencial le he hecho llegar estas pequeñas y sencillas consideraciones, porque usted está cerca del rebaño, es capaz de entender y puede seguir ayudándonos y sosteniéndonos. Rezo por

usted y le doy las gracias, también por esos «tirones de orejas» que necesito en mi camino. Bendígame, Papa Francisco, y rece por mí y por mis parroquias». Firma y al final ese gesto propio de los pastores: «Le dejo una pequeña ofrenda. Rece por mis comunidades, en particular por algunos enfermos graves y algunas familias con dificultades económicas y no sólo. Gracias».

Este es un hermano nuestro. Hay muchos de estos, hay muchos. También aquí

ciertamente. Muchos. Nos muestra el camino. Y vayamos adelante. No pierdan la oración. Recen como puedan, y si se duermen delante del Sagrario, bendito sea. Pero recen. No pierdan esto. No pierdan el dejarse mirar por la Virgen y mirarla como Madre. No pierdan el celo, traten de hacer.. No pierdan la cercanía y la disponibilidad para la gente y también, déjenme que les diga, no pierdan el sentido del humor. Y sigamos adelante.

3 de junio de 2016. Homilía en el jubileo de los sacerdotes.

*Viernes.*

*Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.*

La celebración del Jubileo de los Sacerdotes en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a llegar al corazón, es decir, a la interioridad, a las raíces más sólidas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra, al centro de la persona. Y hoy nos

fijamos en dos corazones: *el del Buen Pastor y nuestro corazón de pastores.*

El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó

a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra (cf. *Lc 5,5*).

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin algún confín; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (*Jn 13,1*); no se detiene antes, va hasta el final, sin imponerse nunca.

El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie.

Ante el Corazón de Jesús nace la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros sacerdotes tenemos que hacernos muchas veces, cada día, cada semana: ¿A dónde se

orienta mi corazón? El ministerio está a menudo lleno de muchas iniciativas, que lo ponen ante diversos frentes: de la catequesis a la liturgia, de la caridad a los compromisos pastorales e incluso administrativos. En medio de tantas actividades, permanece la pregunta: ¿En dónde se fija mi corazón? Viene a mi memoria esa oración tan bonita de la liturgia: «*Ubi vera sunt gaudia...*». ¿A dónde apunta, cuál es el tesoro que busca? Porque —dice Jesús— «donde estará tu tesoro, allí está tu



corazón» (*Mt 6,21*). Tenemos debilidades todos nosotros, también pecados. Pero vayamos a lo profundo, a la raíz: ¿Dónde está la raíz de nuestras debilidades, de nuestros pecados? Es decir: ¿Dónde está el «tesoro» que nos aleja del Señor?

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. No la distancia, sino el encuentro. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo

dos direcciones: *el Señor* y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo —no debería mirarse a sí mismo— sino que está dirigido a Dios y a los hermanos. Ya no es un «corazón bailarín», que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones. Es más bien un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los

hermanos. Y ahí resuelve sus pecados.

Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, podemos ejercitarnos en asumir en nosotros tres formas de actuar que nos sugieren las Lecturas de hoy: *buscar, incluir y alegrarse*.

*Buscar*. El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. *Ez 34,11.16*). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (*Lc 15,4*), sin dejarse atemorizar por los

riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar lo extraordinario. No aplaza la búsqueda, no piensa: «Hoy ya he cumplido con mi deber, y tal vez me ocuparé mañana», sino que se pone de inmediato manos a la obra; su corazón está inquieto hasta que encuentra esa oveja perdida. Y, cuando la encuentra, olvida la fatiga y se la carga sobre sus hombros todo contento. A veces tiene que salir para buscarla, para hablar,

persuadir; otras veces debe permanecer ante el Sagrario, luchando con el Señor por esa oveja.

Así es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios. ¡Ay de los pastores que privatizan su ministerio! No es celoso de su legítima tranquilidad — legítima, digo; ni siquiera de esa—, y nunca pretende que no lo molesten. El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, aunque sea

calumniado como Jesús. Sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor.

«Bienaventurados cuando os insulten, os persigan....»

(Mt 5,11).

El pastor según Jesús tiene el corazón libre para dejar sus cosas, no vive haciendo cuentas de lo que tiene y de las horas de servicio: no es un contable del espíritu, sino un buen Samaritano en busca de quien tiene necesidad. Es un pastor, no un inspector de la grey, y se dedica a la misión no

al cincuenta o sesenta por ciento, sino con todo su ser. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es *obstinado en el bien*, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella. Y como todo buen cristiano, y como ejemplo para cada cristiano, siempre

está *en salida de sí mismo*. El epicentro de su corazón está fuera de él: es un descentrado de sí mismo, centrado sólo en Jesús. No es atraído por su yo, sino por el tú de Dios y por el nosotros de los hombres.

Segunda palabra: *incluir*. Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. *Jn* 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. *Jn* 10, 3-4). Y quiere reunir a las



ovejas que todavía no están con él (cf. *Jn* 10,16).

Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a

ensuciarse las manos por todos. El Buen Pastor no conoce los guantes. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino que siempre está dispuesto para reinsertar y recomponer los

litigios. Es un hombre que sabe incluir.

*Alegrarse.* Dios se pone «muy contento» (Lc 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para *sí mismo*, sino *para los demás y con los demás*, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del sacerdote. Él es transformado por la misericordia que, a su vez, ofrece de manera *gratuita*. En la oración descubre el

consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente, y es feliz de ser un canal de misericordia, de acercar el hombre al corazón de Dios. Para él, la tristeza no es lo normal, sino sólo pasajera; la dureza le es ajena, porque es pastor según el corazón suave de Dios.

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las

palabras de Jesús: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Os agradezco vuestro «sí», y por tantos «sí» escondidos de todos los días, que sólo el Señor conoce. Os agradezco por vuestro «sí» para *dar la vida unidos a Jesús*: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

3 de junio de 2016. Discurso a la cumbre internacional de jueces y magistrados contra el tráfico de personas y el crimen organizado.

*Casina Pío IV.*

*Viernes.*

Buenas tardes. Los saludo cordialmente y renuevo la expresión de mi estima por su colaboración para contribuir al progreso humano y social del que es capaz la Pontificia Academia de las Ciencias

Sociales.

Si me alegro de esta contribución y me complazco con ustedes es también en consideración al noble servicio que pueden ofrecer a la humanidad, ya sea profundizando en el conocimiento de ese fenómeno tan actual, la indiferencia en el mundo globalizado y sus formas extremas, ya sea en las soluciones frente a este reto, tratando de mejorar las condiciones de vida de los más necesitados entre nuestros hermanos y hermanas.

Siguiendo a Cristo, la Iglesia está llamada a comprometerse. O sea, no cabe el adagio de la Ilustración, según el cual la Iglesia no debe meterse en política, la Iglesia debe meterse en la gran política porque —cito a Pablo VI— “la política es una de las formas más altas del amor, de la caridad”. Y la Iglesia también está llamada a ser fiel con las personas, aún más cuando se consideran las situaciones donde se tocan las llagas y el sufrimiento dramático, y en las cuales están implicados los valores, la



ética, las ciencias sociales y la fe; situaciones en las cuales el testimonio de ustedes como personas y humanistas, unido a la competencia social propia, es particularmente apreciado.

En el curso de estos últimos años no han faltado importantes actividades de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales bajo el vigoroso impulso de su Presidenta, del Canciller y de algunos colaboradores externos de notorio prestigio, a quienes agradezco de corazón.

Actividades en defensa de la

dignidad y libertad de los hombres y mujeres de hoy y, en particular, para erradicar la trata y el tráfico de personas y las nuevas formas de esclavitud tales como el trabajo forzado, la prostitución, el tráfico de órganos, el comercio de la droga, la criminalidad organizada. Como dijo mi predecesor Benedicto XVI, y lo he afirmado yo mismo en varias ocasiones, éstos son verdaderos crímenes de lesa humanidad que deben ser reconocidos como tales por todos los líderes religiosos,

políticos y sociales, y plasmados en las leyes nacionales e internacionales. El encuentro con los líderes religiosos de las principales religiones que hoy influyen en el mundo global, el 2 de diciembre del 2014, así como la cumbre de los intendentes y alcaldes de las ciudades más importantes del mundo, el 21 de julio del 2015, han manifestado la voluntad de esta Institución en perseguir la erradicación de las nuevas formas de esclavitud. Conservo un particular recuerdo de estos

dos encuentros, como también de los significativos seminarios de los jóvenes, todos debidos a la iniciativa de la Academia. Alguno puede pensar que la Academia debe moverse más bien en un ámbito de ciencias puras, de consideraciones más teóricas. Esto responde ciertamente a una concepción ilustrada de lo que debe ser una Academia. Una Academia ha de tener raíces, y raíces en lo concreto, porque si no corre el riesgo de fomentar una reflexión líquida que se vaporiza y no llega a nada.

Este divorcio entre la idea y la realidad es evidentemente un fenómeno cultural pasado, más bien de la Ilustración, pero que todavía tiene su incidencia.

Actualmente, inspirada por los mismos deseos, la Academia ha convocado a ustedes, jueces y fiscales de todo el mundo, con experiencia y sabiduría práctica en la erradicación de la trata y tráfico de personas y de la criminalidad organizada.

Ustedes han venido aquí representando a sus colegas, con el loable propósito de avanzar en la toma de

conciencia cabal de estos flagelos y, consecuentemente, manifestar su insustituible misión frente a los nuevos retos que nos plantea la globalización de la indiferencia, respondiendo a la creciente solicitud de la sociedad y en el respeto de las leyes nacionales e internacionales. Hacerse cargo de la propia vocación quiere decir también sentirse y proclamarse libres. Jueces y fiscales libres ,¿de qué?: de las presiones de los gobiernos, libres de las instituciones privadas y, naturalmente, libres

de las "estructuras de pecado" de las que habla mi predecesor san Juan Pablo II, en particular, de la "estructura de pecado", libres del crimen organizado. Yo sé que ustedes sufren presiones, sufren amenazas en todo esto, y sé que hoy día ser juez, ser fiscal, es arriesgar el pellejo, y eso merece un reconocimiento a la valentía de aquellos que quieren seguir siendo libres en el ejercicio de su función jurídica. Sin esta libertad, el poder judicial de una Nación se corrompe y siembra corrupción. Todos

conocemos la caricatura de la justicia, para estos casos, ¿no?: La justicia con los ojos vendados que se le va cayendo la venda y le tapa la boca. Felizmente, para la realización de este complejo y delicado proyecto humano y cristiano: liberar a la humanidad de las nuevas esclavitudes y del crimen organizado, que la Academia cumple siguiendo mi pedido, se puede contar también con la importante y decisiva sinergia de las Naciones Unidas. Hay una mayor conciencia de esto, una



fuerte conciencia. Agradezco que los representantes de las 193 Naciones miembros de la ONU, que hayan aprobado unánimemente los nuevos objetivos del desarrollo sostenible e integral, y en particular la meta 8.7. Esta reza así: "Adoptar medidas inmediatas y eficaces para erradicar el trabajo forzoso, poner fin a las formas modernas de esclavitud y la trata de seres humanos, y asegurar la prohibición y eliminación de las peores formas de trabajo infantil,

incluidos el reclutamiento y la utilización de niños soldados, y, a más tardar en 2025, poner fin al trabajo infantil en todas sus formas". Hasta aquí la resolución. Bien se puede decir que ahora es un imperativo moral para todas las Naciones miembros de la ONU actuar tales objetivos y tal meta. Para ello, es obligatorio generar un movimiento transversal y ondular, una "buena onda", que abrace a toda la sociedad de arriba para abajo y viceversa, desde la periferia al centro y al revés, desde los líderes hacia

las comunidades, y desde los pueblos y la opinión pública hasta los más altos estratos dirigenciales. La realización de ello requiere que, como ya lo han hecho los líderes religiosos, sociales y los alcaldes, también los jueces tomen plena conciencia de este desafío, que sientan la importancia de su responsabilidad ante la sociedad, y que compartan sus experiencias y buenas prácticas, y que actúen juntos —importante, en comunión, en comunidad, que actúen juntos — para abrir brechas y nuevos

caminos de justicia en beneficio de la promoción de la dignidad humana, de la libertad, la responsabilidad, la felicidad y, en definitiva, de la paz. Sin ceder al gusto por la simetría, podríamos decir que el juez es a la justicia como el religioso y el filósofo a la moral, y el gobernante o cualquier otra figura personalizada del poder soberano es a lo político. Pero solamente en la figura del juez la justicia se reconoce como el primer atributo de la sociedad. Y esto hay que rescatarlo, porque la tendencia, cada vez

mayor, es la de licuar la figura del juez a través de las presiones, etcétera, que mencioné antes. Y, sin embargo, es el primer atributo de la sociedad. Sale en la misma tradición bíblica, ¿no es cierto? Moisés necesita instituir setenta jueces para que lo ayuden, que juzguen los casos, el juez a quien se recurre. Y también en este proceso de licuefacción, lo contundente, lo concreto de la realidad afecta a los pueblos. O sea, los pueblos tienen una entidad que les da consistencia, que los hace

crecer, y hacer sus propios proyectos, asumir sus fracasos, asumir sus ideales, pero también están sufriendo un proceso de licuefacción, y todo lo que es la consistencia concreta de un pueblo tiende a transformarse en la mera identidad nominal de un ciudadano, y un pueblo no es lo mismo que un grupo de ciudadanos. El juez es el primer atributo de una sociedad de pueblo.

La Academia, convocando a los jueces, no aspira sino a colaborar en la medida de sus

posibilidades según el mencionado objetivo de la ONU. Cabe aquí agradecer a aquellas Naciones que por intermedio de los Embajadores ante la Santa Sede no se han mostrado indiferentes o arbitrariamente críticas, sino que, por el contrario, han colaborado activamente con la Academia en la realización de esta Cumbre. Los Embajadores que no sintieron esta necesidad, o que se lavaron las manos, o que pensaron que no era tan necesario, los esperamos para la próxima

reunión.

Pido a los jueces que realicen su vocación y misión esencial: establecer la justicia sin la cual no hay orden, ni desarrollo sostenible e integral, ni tampoco paz social. Sin duda, uno de los más grandes males sociales del mundo de hoy es la corrupción en todos los niveles, la cual debilita cualquier gobierno, debilita la democracia participativa y la actividad de la justicia. A ustedes, jueces, corresponde hacer justicia, y les pido una especial atención en hacer justicia en el campo



de la trata y del tráfico de personas y, frente a esto y al crimen organizado, les pido que se defiendan de caer en la telaraña de las corrupciones. Cuando decimos "hacer justicia", como ustedes bien saben, no entendemos que se deba buscar el castigo por sí mismo, sino que, cuando caben penalidades, que éstas sean dadas para la reeducación de los responsables, de tal modo que se les pueda abrir una esperanza de reinserción en la sociedad, o sea, no hay pena válida sin esperanza. Una pena

clausurada en sí misma, que no dé lugar a la esperanza, es una tortura, no es una pena. En esto yo me baso también para afirmar seriamente la postura de la Iglesia contra la pena de muerte. Claro, me decía un teólogo que en la concepción de la teología medieval y post-medieval, la pena de muerte tenía la esperanza: "se los entregamos a Dios". Pero los tiempos han cambiado y esto ya no cabe. Dejemos que sea Dios quien elija el momento... La esperanza de la reinserción en la sociedad: "Ni siquiera el

homicida pierde su dignidad personal y Dios mismo se hace su garante" (san Juan Pablo II, EV, n. 9). Y, si esta delicada conjunción entre la justicia y la misericordia, que en el fondo es preparar para una reinserción, vale para los responsables de los crímenes de lesa humanidad como también para todo ser humano, a fortiori vale sobre todo para las víctimas que, como su nombre indica, son más pasivas que activas en el ejercicio de su libertad, habiendo caído en la trampa de los nuevos cazadores de

esclavos. Víctimas tantas veces traicionadas hasta en lo más íntimo y sagrado de su persona, es decir en el amor que ellas aspiran a dar y tener, y que su familia les debe o que les prometen sus pretendientes o maridos, quienes en cambio acaban vendiéndolas en el mercado del trabajo forzado, de la prostitución o de la venta de órganos.

Los jueces están llamados hoy más que nunca a poner gran atención en las necesidades de las víctimas. Son las primeras que deben ser rehabilitadas y

reintegradas en la sociedad y por ellas se debe perseguir sin cuartel a los traficantes y “carníferos”. No vale el viejo adagio: son cosas que existen desde que el mundo es mundo. Las víctimas pueden cambiar y, de hecho, sabemos que cambian de vida con la ayuda de los buenos jueces, de las personas que las asisten y de toda la sociedad. Sabemos que no pocas de esas personas son abogados o abogadas, políticos o políticas, escritores brillantes o bien tienen algún oficio exitoso para servir de modo

válido al bien común. Sabemos cuán importante es que cada víctima se anime a hablar de su ser víctima como un pasado que superó valientemente siendo ahora un sobreviviente o, mejor dicho, una persona con calidad de vida, con dignidad recuperada y libertad asumida. Y en este asunto de la reinserción quisiera transmitir una experiencia empírica, a mí me gusta, cuando voy a una ciudad, visitar las cárceles —ya he visitado varias— y es curioso, sin desmerecer a nadie, pero como impresión

general he visto que las cárceles cuyo director es una mujer van mejor que aquellas cuyo director es un hombre. Esto no es feminismo, es curioso. La mujer tiene en esto de la reinserción un olfato especial, un tacto especial, que sin perder energías, recoloca a las personas, las reubica, algunos lo atribuyen a la raíz de la maternalidad. Pero es curioso, lo paso como experiencia personal, vale la pena repensarlo. Y aquí, en Italia, hay un alto porcentaje de cárceles dirigidas por

mujeres, muchas mujeres jóvenes, respetadas y que tienen buen trato con los presos. Otra experiencia que tengo es que en las audiencias de los miércoles no es raro que venga un grupo de reclusos — de tal cárcel, de tal otra—, traídos por el director o la directora, y estén ahí. O sea, son todos gestos de reinserción.

Ustedes están llamados a dar esperanza en el hacer la justicia. Desde la viuda que pide justicia insistentemente (*Lc 18,1-8*), hasta las víctimas



de hoy, todas ellas alimentan un anhelo de justicia como esperanza de que la injusticia que atraviesa este mundo no sea lo último, no tenga la última palabra.

Tal vez puede ayudar el aplicar, según las modalidades propias de cada país, de cada continente y de cada tradición jurídica, la praxis italiana de recuperar los bienes mal habidos de los traficantes y delincuentes para ofrecerlos a la sociedad y, en concreto, para la reinserción de las víctimas. La rehabilitación de las víctimas

y su reinserción en la sociedad, siempre realmente posible, es el mayor bien que podemos hacer a ellas mismas, a la comunidad y a la paz social. Claro, es duro el trabajo, no termina con la sentencia, termina después procurando que haya un acompañamiento, un crecimiento, una reinserción, una rehabilitación de la víctima y del victimario. Si hay algo que atraviesa las bienaventuranzas evangélicas y el protocolo del juicio divino con el que todos seremos juzgados, de Mateo c.25, es el

tema de la justicia: felices los que tienen hambre y sed de justicia, felices los que sufren por la justicia, felices los que lloran, felices los pacíficos, felices los operadores de paz, benditos de mi Padre los que tratan al más necesitado y pequeño de mis hermanos como a mí mismo. Ellos o ellas —y aquí cabe referirse especialmente a los jueces— tendrán la más alta recompensa: poseerán la tierra, serán llamados y serán hijos de Dios, verán a Dios, y gozarán eternamente junto al

Padre.

En este espíritu, me animo a pedirles a jueces, fiscales y académicos que continúen sus trabajos y realicen, dentro de las propias posibilidades y con la ayuda de la gracia, las felices iniciativas que les honran en servicio de las personas y del bien común. Muchas gracias.

4 de junio de 2016. Discurso a los participantes en la asamblea de las obras misionales pontificias.

*Sábado.*

*Señor cardenal,  
venerados hermanos en el  
episcopado y en el sacerdocio,  
queridos hermanos y  
hermanas:*

Os doy la bienvenida a todos, directores nacionales de las Obras misionales pontificias y colaboradores de la Congregación para la

evangelización de los pueblos. Agradezco al cardenal Fernando Filoni las palabras que me dirigió, y a todos vosotros por vuestro precioso servicio a la misión de la Iglesia que consiste en llevar el Evangelio «a todas las criaturas» (*Mc 16, 15*).

Este año nuestro encuentro tiene lugar en el centenario de la fundación de la Pontificia Unión Misional (PUM).

La Obra se inspira en el beato Paolo Manna, sacerdote misionero del Pontificio Instituto para las misiones

extranjeras. Sostenida por san Guido María Conforti, la misma fue aprobada por el Papa Benedicto XV el 31 de octubre de 1916; y cuarenta años después el venerable Pío XII la calificó como «Pontificia». A través de la intuición del beato Paolo Manna y la mediación de la Sede apostólica, el Espíritu Santo condujo a la Iglesia a tener una consciencia cada vez mayor de su propia naturaleza misionera, conducida luego a su maduración por el Concilio ecuménico Vaticano II.

El beato Paolo Manna comprendió muy bien que formar y educar en el misterio de la Iglesia y en su intrínseca vocación misionera es una finalidad que concierne a todo el santo Pueblo de Dios, en la variedad de los estados de vida y de los ministerios. «De las tareas de la Unión misional algunas son de naturaleza cultural, otras de naturaleza espiritual, otras, por último, prácticas y organizativas. La Unión misional tiene la finalidad de iluminar, de animar, de organizar a los sacerdotes,



y, a través de ellos, a todos los fieles, con vistas a la misión». Así se expresaba el fundador de la Pontificia Unión Misional en 1936 en una intervención histórica, que tuvo lugar durante el segundo Congreso internacional de la Obra. Sin embargo, formar para la misión a obispos y sacerdotes no significaba reducir la Pontificia Unión Misional a una realidad simplemente clerical, sino sostener a la jerarquía en su servicio a la misionariedad de la Iglesia, que es misión de todos: fieles y pastores,

casados y vírgenes  
consagradas, Iglesia universal e  
Iglesias particulares.

Realizando ese servicio con la  
caridad que los caracteriza, los  
Pastores mantengan a la Iglesia  
siempre y por doquier en  
estado de misión, la cual es  
siempre en conclusión obra de  
Dios, y en ella participan,  
gracias al Bautismo, a la  
Confirmación y a la Eucaristía,  
todos los creyentes.

Queridos directores nacionales  
de las Obras misionales  
pontificias, la misión hace a la  
Iglesia y la mantiene fiel al

deseo salvífico de Dios. Por ello, incluso siendo importante que os preocupéis de la recogida y la distribución de ayudas económicas que diligentemente administráis en favor de muchas Iglesias y de muchos cristianos necesitados, servicio por el cual os doy las gracias, os exhorto a no limitaros sólo a este aspecto.

Se necesita «mística».

Debemos crecer en pasión evangelizadora. Yo tengo miedo —os lo confieso— de que vuestra obra permanezca muy organizativa, perfectamente

organizativa, pero sin pasión. Esto lo puede hacer también una ONG, pero vosotros no sois una ONG.

Vuestra Unión sin pasión no sirve; sin «mística» no sirve. Y si tenemos que sacrificar algo, sacrifiquemos la organización, sigamos adelante con la mística de los santos. Hoy, vuestra Unión misionera necesita esto: mística de los santos y de los mártires.

Y este es el generoso trabajo de formación permanente a la misión que tenéis que hacer; que no es sólo un curso

intelectual, sino introducido en esta onda de pasión misionera, de testimonio martirial. Las Iglesias de reciente fundación, ayudadas por vosotros para su formación misionera permanente, podrán transmitir a las Iglesias de antigua fundación, a veces cargando con el peso de su historia y un poco cansadas, el ardor de la fe joven, el testimonio de la esperanza cristiana, sostenida por la valentía admirable del martirio. Os aliento a servir con amor grande a las Iglesias que, gracias a los mártires, nos

testimonian cómo el Evangelio nos hace partícipes de la vida de Dios, y lo hacen por atracción y no por proselitismo. En este Año Santo de la Misericordia, el ardor misionero que consumía al beato Paolo Manna, y del cual brotó la Pontificia Unión Misional, siga también hoy haciendo arder, apasionar, renovar, repensar y reformar el servicio que esta Obra está llamada a ofrecer a toda la Iglesia. Vuestra Unión no debe ser la misma el año próximo que la de este año: debe cambiar en esta dirección,

debe convertirse con esta pasión misionera. Mientras damos gracias al Señor por sus cien años, deseamos que la pasión por Dios y por la misión de la Iglesia lleve a la Pontificia Unión Misional también a volver a programarse en la docilidad al Espíritu Santo, en vista de una adecuada reforma de sus formas de actuar — adecuada reforma, es decir conversión y reforma— y de una auténtica renovación para el bien de la formación permanente para la misión de todas las Iglesias.

A la Virgen María, Reina de las misiones, a los santos Pedro y Pablo, a san Guido María Conforti y al beato Paolo Manna confiamos con gratitud vuestro servicio.

Os bendigo de corazón y os pido por favor que recéis por mí, para que no caiga en la «beata quietud»; para que yo también tenga ardor misionero para seguir adelante.

Y os invito a rezar juntos el Ángelus.



*5 de junio de 2016.* Homilía en la Santa Misa y canonización de los beatos Estanislao de Jesús María y María Isabel Hesselblad.

*Domingo.*

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos conduce al acontecimiento central de la fe: La victoria de Dios sobre el dolor y la muerte. Es el Evangelio de la esperanza que surge del Misterio Pascual de Cristo, que se irradia desde su rostro, revelador de Dios Padre

y consolador de los afligidos. Es una palabra que nos llama a permanecer íntimamente unidos a la pasión de nuestro Señor Jesús, para que se manifieste en nosotros el poder de su resurrección.

En efecto, en la Pasión de Cristo está la respuesta de Dios al grito angustiado y a veces indignado que provoca en nosotros la experiencia del dolor y de la muerte. Se trata de no escapar de la cruz, sino de permanecer ahí, como hizo la Virgen Madre, que sufriendo junto a Jesús recibió la gracia

de esperar contra toda esperanza (cf. *Rm* 4,18).

Esta ha sido también la experiencia de Estanislao de Jesús María y de María Isabel Hesselblad, que hoy son proclamados santos: han permanecido íntimamente unidos a la pasión de Jesús y en ellos se ha manifestado el poder de su resurrección.

La primera Lectura y el Evangelio de este domingo nos presentan dos signos prodigiosos de resurrección, el primero obrado por el profeta Elías, el segundo por Jesús. En

los dos casos, los muertos son hijos muy jóvenes de mujeres viudas que son devueltos vivos a sus madres.

La viuda de Sarepta —una mujer no judía, que sin embargo había acogido en su casa al profeta Elías— está indignada con el profeta y con Dios porque, precisamente cuando Elías era su huésped, su hijo se enfermó y después murió en sus brazos. Entonces Elías dice a esa mujer: «*Dame a tu hijo*» (1 R 17,19). Esta es una palabra clave: manifiesta la actitud de Dios ante nuestra

muerte (en todas sus formas); no dice: «tenla contigo, arréglatelas», sino que dice: «Dámela». En efecto, el profeta toma al niño y lo lleva a la habitación de arriba, y allí, él solo, en la oración, «lucha con Dios», presentándole el sinsentido de esa muerte. Y el Señor escuchó la voz de Elías, porque en realidad era él, Dios, quien hablaba y el que obraba en el profeta. Era él que, por boca de Elías, había dicho a la mujer: «Dame a tu hijo». Y ahora era él quien lo restituía vivo a su madre.

La ternura de Dios se revela plenamente en Jesús. Hemos escuchado en el Evangelio (*Lc 7,11-17*), cómo él experimentó «muchísima compasión» (*Lc 7,13*) por esa viuda de Naín, en Galilea, que estaba acompañando a la sepultura a su único hijo, aún adolescente. Pero Jesús se acerca, toca el ataúd, detiene el cortejo fúnebre, y seguramente habrá acariciado el rostro bañado de lágrimas de esa pobre madre. «No llores», le dice (*Lc 7,13*). Como si le pidiera: «Dame a tu hijo».

Jesús pide para sí nuestra muerte, para librarnos de ella y darnos la vida. Y en efecto, ese joven se despertó como de un sueño profundo y comenzó a hablar. Y Jesús «lo devuelve a su madre» (*Lc 7,15*). No es un mago. Es la ternura de Dios encarnada, en él obra la inmensa compasión del Padre. Una especie de resurrección es también la del apóstol Pablo, que de enemigo y feroz perseguidor de los cristianos se convierte en testigo y heraldo del Evangelio (cf. *Ga 1,13-17*). Este cambio radical no fue obra

suya, sino don de la misericordia de Dios, que lo «eligió» y lo «llamó con su gracia», y quiso revelar «en él» a su Hijo para que lo anunciase en medio de los gentiles (*Ga* 1, 15-16). Pablo dice que Dios Padre tuvo a bien manifestar a su Hijo no sólo *a* él, sino *en* él, es decir, como imprimiendo en su persona, carne y espíritu, la muerte y la resurrección de Cristo. De este modo, el apóstol no será sólo un mensajero, sino sobre todo un testigo.

Y también con los pecadores, a todos y cada uno, Jesús no cesa



de hacer brillar la victoria de la gracia que da vida. Y hoy, y siempre, dice a la Madre Iglesia: «Dame a tus hijos», que somos todos nosotros. Él toma consigo todos nuestros pecados, los borra y nos devuelve vivos a la misma Iglesia. Y esto sucede de modo especial durante este Año Santo de la Misericordia. La Iglesia nos muestra hoy a dos hijos suyos que son testigos ejemplares de este misterio de resurrección. Ambos pueden cantar por toda la eternidad con las palabras

del salmista: «Cambiaste mi luto en danzas, / Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre» (*Sal* 30,12). Y todos juntos nos unimos diciendo: «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado» (Respuesta al Salmo Responsorial).

5 de junio de 2016. ÁNGELUS.

*Domingo.*

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Os saludo a todos vosotros, que habéis participado en esta celebración. De modo especial agradezco a las delegaciones oficiales llegadas por las canonizaciones: la de Polonia, encabezada por el presidente de la República, y la de Suecia. Que el Señor, por intercesión de los dos nuevos santos, bendiga a vuestras naciones.

Saludo con afecto a los numerosos grupos de peregrinos de Italia y de diversos países, en particular a los fieles provenientes de Estonia, así como también a los de la diócesis de Bolonia y las bandas musicales.

Todos juntos nos dirigimos ahora en oración a la Virgen María, para que nos guíe siempre por el camino de la santidad y nos sostenga al construir día a día la justicia y la paz.

8 de junio de 2016. Audiencia general. Las bodas de Cana.

*Miércoles.*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Antes de comenzar la catequesis, quisiera saludar a un grupo de parejas que celebran cincuenta años de matrimonio. ¡Ese sí que es «el vino bueno» de la familia!

Vuestro testimonio es un testimonio que los recién casados —a quienes saludaré después— y los jóvenes deben

aprender. Es un hermoso testimonio. Gracias por vuestro testimonio.

Después de comentar algunas parábolas de la misericordia, hoy nos centramos en el primero de los milagros de Jesús, que el evangelista Juan llama «signos», porque Jesús no los hace para suscitar admiración, sino para revelar el amor del Padre. El primero de estos signos prodigiosos lo relata precisamente Juan (Jn 2, 1-11) y se realiza en Caná de Galilea. Se trata de una especie de «portal de ingreso», en el

cual se han esculpido palabras y expresiones que iluminan todo el misterio de Cristo y abren el corazón de los discípulos a la fe. Veamos algunas de ellas.

En la introducción encontramos la expresión «*Jesús con sus discípulos*» (Jn 2, 2). Aquellos a los que Jesús llamó a seguirlo los vinculó a Él en una comunidad y ahora, como una única familia, están todos invitados a la boda. Dando inicio a su ministerio público en las bodas de Caná, Jesús se manifiesta como el esposo del

pueblo de Dios, anunciado por los profetas, y nos revela la profundidad de la relación que nos une a Él: es una nueva Alianza de amor. ¿Qué hay en el fundamento de nuestra fe? Un acto de misericordia con el cual Jesús nos unió a Él. Y la vida cristiana es la respuesta a este amor, es como la historia de dos enamorados. Dios y el hombre se encuentran, se buscan, están juntos, se celebran y se aman: precisamente como el amado y la amada en el *Cantar de los cantares*. Todo lo demás surge



como consecuencia de esta relación. La Iglesia es la familia de Jesús en la cual se derrama su amor; es este amor que la Iglesia cuida y quiere donar a todos.

En el contexto de la Alianza se comprende también la observación de la Virgen: «*No tienen vino*» (Jn 2, 3). ¿Cómo es posible celebrar las bodas y festejar si falta lo que los profetas indicaban como un elemento típico del banquete mesiánico (cf. *Am* 9, 13-14; *Jl* 2, 24; *Is* 25, 6)? El agua es necesaria para vivir, pero el

vino expresa la abundancia del banquete y la alegría de la fiesta. Es una fiesta de bodas en la cual falta el vino; los recién casados pasan vergüenza por esto. Imaginad acabar una fiesta de bodas bebiendo té; sería una vergüenza. El vino es necesario para la fiesta. Convirtiendo en vino el agua de las tinajas utilizadas «para las purificaciones de los judíos» (Jn 2, 6), Jesús realiza un signo elocuente: convierte la Ley de Moisés en Evangelio, portador de alegría. Como dice en otro

pasaje Juan mismo: «La Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1, 17).

Las palabras que María dirige a los sirvientes coronan el marco nupcial de Caná: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2, 5). Es curioso, son sus últimas palabras que nos transmiten los Evangelios: es su herencia que entrega a todos nosotros.

También hoy la Virgen nos dice a todos: «Lo que Él os diga —lo que Jesús os diga—, hacedlo». Es la herencia que nos ha

dejado: ¡es hermoso! Se trata de una expresión que evoca la fórmula de fe utilizada por el pueblo de Israel en el Sinaí como respuesta a las promesas de la Alianza: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor» (*Ex 19, 8*). Y, en efecto, en Caná los sirvientes obedecen. «Les dice Jesús: “Llenad las tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. “Sacadlo ahora, le dice, y llevadlo al maestra sala”. Ellos lo llevaron» (*Jn 2, 7-8*). En esta boda, se estipula de verdad una Nueva Alianza y a los servidores del Señor, es

decir a toda la Iglesia, se le confía la nueva misión: «Haced lo que Él os diga». Servir al Señor significa escuchar y poner en práctica su Palabra. Es la recomendación sencilla pero esencial de la Madre de Jesús y es el programa de vida del cristiano. Para cada uno de nosotros, extraer del contenido de la tinaja equivale a confiar en la Palabra de Dios para experimentar su eficacia en la vida. Entonces, junto al jefe del banquete que probó el agua que se convirtió en vino, también nosotros podemos

exclamar: «Tú has guardado el vino bueno hasta ahora» (Jn 2, 10). Sí, el Señor sigue reservando ese vino bueno para nuestra salvación, así como sigue brotando del costado traspasado del Señor. La conclusión del relato suena como una sentencia: «Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus signos. Y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos» (Jn 2, 11). Las bodas de Caná son mucho más que el simple relato del primer milagro de Jesús. Como en un cofre, Él custodia el

secreto de su persona y la finalidad de su venida: el esperado Esposo da inicio a la boda que se realiza en el Misterio pascual. En esta boda Jesús vincula a sí a sus discípulos con una Alianza nueva y definitiva. En Caná los discípulos de Jesús se convierten en su familia y en Caná nace la fe de la Iglesia. A esa boda todos nosotros estamos invitados, porque el vino nuevo ya no faltará.

## **Saludos**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española,

en particular a los grupos  
provenientes de España y  
Latinoamérica. Que recibiendo  
del corazón de Jesús la gracia  
que nos salva, hagamos de  
nuestra vida cristiana una  
continua respuesta de amor a  
Dios, nutriéndonos de su  
palabra de vida y compartiendo  
con todos el vino nuevo de la  
nueva alianza. Muchas gracias.



9 de junio de 2016. Discurso  
a una representación de  
médicos españoles y  
latinoamericanos.

*Jueves.*

*Gentiles señoras y señores,  
¡buenos días!*

Me alegra encontrarme con  
todos ustedes, miembros de las  
Asociaciones médicas  
latinoamericanas. Agradezco al  
Dr. Rodríguez Sendín,  
Presidente de la Organización  
médica colegial de España, sus  
amables palabras.

En este año la Iglesia Católica celebra el Jubileo de la Misericordia, y esta es una buena ocasión para manifestar reconocimiento y gratitud a todos los profesionales de la sanidad que, con su dedicación, cercanía y profesionalidad a las personas que padecen una enfermedad, pueden convertirse en verdadera personificación de la misericordia. La identidad y el compromiso del médico no sólo se apoya en su ciencia y competencia técnica, sino principalmente en su actitud

compasiva —padece-con— y misericordiosa hacia los que sufren en el cuerpo y en el espíritu. La compasión, es de alguna manera el alma misma de la medicina. La compasión no es lástima, es padecer-con. En nuestra cultura tecnológica e individualista, la compasión no siempre es bien vista; en ocasiones, hasta se la desprecia porque significa someter a la persona que la recibe a una humillación. E incluso no faltan quienes se escudan en una supuesta compasión para justificar y aprobar la muerte

de un enfermo. Y no es así. La verdadera compasión no margina a nadie, ni la humilla, ni la excluye, ni mucho menos considera como algo bueno su desaparición. La verdadera compasión, la asume. Ustedes saben bien que eso significaría el triunfo del egoísmo, de esa «cultura del descarte» que rechaza y desprecia a las personas que no cumplen con determinados cánones de salud, de belleza o de utilidad. A mí me gusta bendecir las manos de los médicos como signo de reconocimiento a esa

compasión que se hace caricia de salud.

La salud es uno de los dones más preciados y deseados por todos. En la tradición bíblica siempre se ha puesto de manifiesto la cercanía entre salvación y la salud, así como sus mutuas y numerosas implicaciones. Me gusta recordar ese título con el que los padres de la Iglesia solían denominar a Cristo y a su obra de salvación: *Christus medicus*, Cristo médico. Él es el Buen Pastor que cuida a la oveja herida y conforta a la enferma

(cf. *Ez* 34,16); Él es el Buen Samaritano que no pasa de largo ante la persona malherida al borde del camino, sino que, movido por la compasión, la cura y la atiende (cf. *Lc* 10,33-34). La tradición médica cristiana siempre se ha inspirado en la parábola del Buen Samaritano. Es un identificarse con el amor del Hijo de Dios, que «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos» (*Hch* 10,38). ¡Cuánto bien hace al ejercicio de la medicina pensar y sentir que la persona

enferma es nuestro prójimo, que él es de nuestra carne y sangre, y que en su cuerpo lacerado se refleja el misterio de la carne del mismo Cristo! «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,40*).

La compasión, este padecer-con, es la respuesta adecuada al valor inmenso de la persona enferma, una respuesta hecha de respeto, comprensión y ternura, porque el valor sagrado de la vida del enfermo no desaparece ni se oscurece

nunca, sino que brilla con más resplandor precisamente en su sufrimiento y en su desvalimiento. Qué bien se entiende la recomendación de san Camilo de Lellis para tratar a los enfermos. Dice así: «Pongan más corazón en esas manos». La fragilidad, el dolor y la enfermedad son una dura prueba para todos, también para el personal médico, son un llamado a la paciencia, al padecer-con; por ello no se puede ceder a la tentación funcionalista de aplicar soluciones rápidas y drásticas,



movidos por una falsa  
compasión o por meros criterios  
de eficiencia y ahorro  
económico. Está en juego la  
dignidad de la vida humana;  
está en juego la dignidad de la  
vocación médica. Vuelvo a lo  
que dije sobre bendecir las  
manos de los médicos. Y si bien  
en el ejercicio de la medicina,  
técnicamente hablando, es  
necesaria la asepsia, en el  
meollo de la vocación médica la  
asepsia va contra la compasión,  
la asepsia es un medio técnico  
necesario en el ejercicio pero  
no debe afectar nunca lo

esencial de ese corazón  
compasivo. Nunca debe afectar  
el "pongan más corazón en  
esas manos".

Queridos amigos, les aseguro  
mi aprecio por el esfuerzo que  
realizan para dignificar cada día  
más su profesión y para  
acompañar, cuidar y valorizar el  
inmenso don que significan las  
personas que sufren a causa de  
la enfermedad. Les aseguro mi  
oración por ustedes: pueden  
hacer tanto bien, tanto bien;  
por ustedes y sus familias,  
porque cuántas veces sus  
familias tienen que acompañar

soportando la vocación del o de la médico, que es como un sacerdocio. Y les pido también que no dejen de rezar por mí, que algo de médico tengo. Muchas gracias.

10 de junio de 2016. Discurso a una delegación de la comunión mundial de las iglesias reformadas.

*Viernes.*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Les doy la bienvenida de corazón y les agradezco su visita: «A ustedes, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (1 Co 1,3). Agradezco de modo particular las palabras del Señor Secretario General.

Nuestro encuentro de hoy es un paso más en el camino que caracteriza el movimiento ecuménico; camino bendito y lleno de esperanza, a lo largo del cual buscamos vivir cada vez más de acuerdo con la oración del Señor «para que todos sean uno» (*Jn 17,21*). Han pasado diez años desde que una delegación de la Alianza Mundial de las Iglesias Reformadas visitó a mi predecesor, el Papa Benedicto XVI. En este tiempo, la histórica unificación del Consejo Ecuménico Reformado

y de la Alianza Mundial de las Iglesias Reformadas, que tuvo lugar en 2010, ha sido un ejemplo tangible de progreso hacia la meta de la unidad de los cristianos y, para muchos, un estímulo en el camino ecuménico.

Hoy debemos dar gracias a Dios ante todo por el redescubrimiento de nuestra fraternidad que, como escribió san Juan Pablo II, «no es la consecuencia de un filantropismo liberal o de un vago espíritu de familia. Tiene su raíz en el reconocimiento del

único Bautismo y en la consiguiente exigencia de que Dios sea glorificado en su obra» (cf. Carta enc., *Ut unum sint*, 42). Católicos y reformados pueden promover un crecimiento mutuo en esta comunión espiritual, para servir mejor al Señor.

La reciente conclusión de la cuarta fase del diálogo teológico entre la Comunión Mundial de Iglesias Reformadas y el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, con el tema *La justificación y la sacramentalidad: la comunidad*

*cristiana como artesana de justicia*, representa un motivo especial de agradecimiento. Me alegra ver que el informe final destaca con claridad el vínculo inseparable entre la justificación y la justicia. En efecto, nuestra fe en Jesús nos impulsa a vivir la caridad mediante gestos concretos, capaces de incidir en nuestro estilo de vida, en las relaciones y en la realidad que nos rodea. Sobre la base del acuerdo acerca de la doctrina de la justificación, hay muchos campos en que reformados y



católicos pueden trabajar juntos para testimoniar el amor misericordioso de Dios, verdadero antídoto frente al sentido de desorientación y a la indiferencia que nos circundan. Hoy se experimenta a menudo una «desertificación espiritual». Especialmente allí donde se vive como si Dios no existiera, nuestras comunidades cristianas están llamadas a ser «cántaros» que apagan la sed con la esperanza, presencias capaces de inspirar fraternidad, encuentro, solidaridad, amor genuino y

desinteresado (cf. Exh. ap., *Evangelii gaudium*, 86-87); han de acoger y avivar la gracia de Dios, para no encerrarse en sí mismos y abrirse a la misión. No se puede, en efecto, comunicar la fe viviéndola de manera aislada o en grupos cerrados y separados, en una especie de falsa autonomía y de inmanentismo comunitario. Así no se da respuesta a la sed de Dios que nos interroga y que está presente también en tantas formas nuevas de religiosidad. Estas pueden

favorecer a veces el repliegue sobre sí mismas y sus propias necesidades, dando lugar a una especie de «consumismo espiritual». Por lo tanto, si los hombres de nuestro tiempo no encuentran «una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz, al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios» (cf. *ibíd.*, 89).  
Se necesita urgentemente un

ecumenismo que, junto con el esfuerzo teológico que busca recomponer las disputas doctrinales entre los cristianos, promueva una *misión común de evangelización y de servicio*. Ya hay ciertamente muchas iniciativas y buena colaboración en diferentes lugares. Pero todos podemos hacer mucho más juntos para dar un testimonio vivo «a todo el que pida razón de nuestra esperanza» (cf. 1 P 3,15): transmitir el amor misericordioso de nuestro Padre, que hemos recibido

gratuitamente y estamos llamados a dar generosamente. Queridos hermanos y hermanas, les renuevo mi agradecimiento por su presencia y por su compromiso al servicio del Evangelio, y expreso el deseo de que este encuentro sea un signo eficaz de nuestra constante determinación de caminar juntos en la peregrinación hacia la plena unidad. Que este encontrarnos sirva de ánimo a todas las comunidades reformadas y católicas para seguir trabajando juntos en la

transmisión de la alegría del  
Evangelio a los hombres y  
mujeres de nuestro tiempo.  
Que Dios los bendiga a todos.

12 de junio de 2016. Homilía en el jubileo de los enfermos y personas discapacitadas.

*Domingo.*

«Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,19). El apóstol Pablo usa palabras muy fuertes para expresar el misterio de la vida cristiana: todo se resume en el *dinamismo pascual* de muerte y resurrección, que se nos da en el bautismo. En efecto, con la inmersión en el

agua es como si cada uno hubiese sido muerto y sepultado con Cristo (cf. *Rm* 6,3-4), mientras que, el salir de ella manifiesta la vida nueva en el Espíritu Santo. Esta condición de volver a nacer implica a toda la existencia y en todos sus aspectos: también la enfermedad, el sufrimiento y la muerte esta contenidas *en* Cristo, y encuentran en él su sentido definitivo. Hoy, en el día jubilar dedicado a todos los que llevan en sí las señales de la enfermedad y de la



discapacidad, esta Palabra de vida encuentra una particular resonancia en nuestra asamblea.

En realidad, todos, tarde o temprano, estamos llamados a enfrentarnos, y a veces a combatir, con la fragilidad y la enfermedad nuestra y la de los demás.

Y esta experiencia tan típica y dramáticamente humana asume una gran variedad de rostros. En cualquier caso, ella nos plantea de manera aguda y urgente la pregunta por el sentido de la existencia. En

nuestro ánimo se puede dar incluso una actitud cínica, como si todo se pudiera resolver soportando o contando sólo con las propias fuerzas. Otras veces, por el contrario, se pone toda la confianza en los descubrimientos de la ciencia, pensando que ciertamente en alguna parte del mundo existe una medicina capaz de curar la enfermedad. Lamentablemente no es así, e incluso aunque esta medicina se encontrase no sería accesible a todos.

La naturaleza humana, herida por el pecado, lleva inscrita en

*sí la realidad del límite.*

Conocemos la objeción que, sobre todo en estos tiempos, se plantea ante una existencia marcada por grandes limitaciones físicas. Se considera que una persona enferma o discapacitada no puede ser feliz, porque es incapaz de realizar el estilo de vida impuesto por la cultura del placer y de la diversión. En esta época en la que el cuidado del cuerpo se ha convertido en un mito de masas y por tanto en un negocio, lo que es imperfecto debe ser ocultado,

porque va en contra de la felicidad y de la tranquilidad de los privilegiados y pone en crisis el modelo imperante. Es mejor tener a estas personas separadas, en algún «recinto» —tal vez dorado— o en las «reservas» del pietismo y del asistencialismo, para que no obstaculicen el ritmo de un falso bienestar. En algunos casos, incluso, se considera que es mejor deshacerse cuanto antes, porque son una carga económica insostenible en tiempos de crisis. Pero, en realidad, con qué falsedad vive

el hombre de hoy al cerrar los ojos ante la enfermedad y la discapacidad. No comprende el verdadero sentido de la vida, que incluye también la aceptación del sufrimiento y de la limitación. El mundo no será mejor cuando esté compuesto solamente por personas aparentemente «perfectas», por no decir «maquilladas», sino cuando crezca la solidaridad entre los seres humanos, la aceptación y el respeto mutuo. Qué ciertas son las palabras del apóstol: «Lo necio del mundo lo ha escogido

Dios para humillar a los sabios»  
(1 Co 1,27).

También el Evangelio de este domingo (Lc 7,36-8,3) nos presenta una situación de debilidad particular. La mujer pecadora es juzgada y marginada, mientras Jesús la acoge y la defiende: «Porque tiene mucho amor» (Lc 7, 47). Es esta la conclusión de Jesús, atento al sufrimiento y al llanto de aquella persona. Su ternura es signo del amor que Dios reserva para los que sufren y son excluidos. No existe sólo el sufrimiento físico; hoy, una de

las patologías más frecuentes son las que afectan al espíritu. Es un sufrimiento que afecta al ánimo y hace que esté triste porque está privado de amor. La patología de la tristeza. Cuando se experimenta la desilusión o la traición en las relaciones importantes, entonces descubrimos nuestra vulnerabilidad, debilidad y desprotección. La tentación de replegarse sobre sí mismo llega a ser muy fuerte, y se puede hasta perder la oportunidad de la vida: *amar a pesar de todo, amar a pesar de todo.*

La felicidad que cada uno desea, por otra parte, puede tener muchos rostros, pero sólo puede alcanzarse si somos capaces de amar. Este es el camino. Es siempre una cuestión de amor, no hay otro camino. El verdadero desafío es el de amar más. Cuantas personas discapacitadas y que sufren se abren de nuevo a la vida apenas sienten que son amadas. Y cuanto amor puede brotar de un corazón aunque sea sólo a causa de una sonrisa. La terapia de la sonrisa. En tal caso la fragilidad



misma puede convertirse en alivio y apoyo en nuestra soledad. Jesús, en su pasión, nos ha amado hasta el final (cf. *Jn 13,1*); en la cruz ha revelado el Amor que se da sin límites. ¿Qué podemos reprochar a Dios por nuestras enfermedades y sufrimiento que no esté ya impreso en el rostro de su Hijo crucificado? A su dolor físico se agrega la afrenta, la marginación y la compasión, mientras él responde con la misericordia que a todos acoge y perdona: «Por sus heridas fuimos

sanados» (*Is 53,5; 1 P 2,24*).  
Jesús es el médico que cura con la medicina del amor, porque toma sobre sí nuestro sufrimiento y lo redime. Nosotros sabemos que Dios comprende nuestra enfermedad, porque él mismo la ha experimentado en primera persona (cf. *Hb 4,5*). El modo en que vivimos la enfermedad y la discapacidad es signo del amor que estamos dispuestos a ofrecer. El modo en que afrontamos el sufrimiento y la limitación es el criterio de nuestra libertad de

dar sentido a las experiencias de la vida, aun cuando nos parezcan absurdas e inmerecidas. No nos dejemos turbar, por tanto, de estas tribulaciones (cf. *1 Tm 3,3*). Sepamos que en la debilidad podemos ser fuertes (cf. *2 Co 12,10*), y recibiremos la gracia de completar lo que falta en nosotros al sufrimiento de Cristo, en favor de la Iglesia, su cuerpo (cf. *Col 1,24*); un cuerpo que, a imagen de aquel del Señor resucitado, conserva las heridas, signo del duro combate, pero son heridas

transfiguradas para siempre  
por el amor.

12 de junio de 2016.  
ÁNGELUS.

*Domingo.*

*Queridos hermanos y  
hermanas:*

Ayer en Vercelli, fue proclamado beato el sacerdote Giacomo Abbondo, quien vivió en el siglo XVIII, enamorado de Dios, culto, siempre disponible para sus feligreses. Nos unimos al gozo y al acción de gracias de la diócesis de Vercelli. Así como también a la de Monreale, donde hoy se

beatifica a la religiosa Carolina Santocanale, fundadora de las Hermanas capuchinas de la Inmaculada de Lourdes. Nacida en una familia noble de Palermo, abandonó las comodidades y se hizo pobre entre los pobres. De Cristo, especialmente en la Eucaristía, tomó la fuerza para su maternidad espiritual y su ternura para con los más débiles.

En el marco del Jubileo de los enfermos ha tenido lugar en los días pasados en Roma un *Congreso internacional*

*dedicado al cuidado de las personas afectadas por la enfermedad de Hansen.* Saludo con agradecimiento a los organizadores y participantes y os deseo un fructífero compromiso en la lucha contra esta enfermedad.

Hoy se celebra la *Jornada mundial contra el trabajo infantil.* Renovemos todos unidos el esfuerzo para suprimir las causas de esta esclavitud moderna, que priva a millones de niños de algunos derechos fundamentales y los expone a graves peligros. Hoy

existen muchos niños esclavos en el mundo.

Saludo con afecto a todos los peregrinos llegados de Italia y de varios países para esta jornada jubilar. Agradezco de manera especial a vosotros, que habéis querido estar presentes con vuestra condición de enfermedad y discapacidad.

Un sentido agradecimiento también a los médicos y agentes sanitarios quienes en los «Puntos de salud» preparados en las cuatro basílicas papales, ofrecen citas



especializadas a cientos de personas que viven a las afueras de la ciudad de Roma.  
¡Muchas gracias a vosotros!  
La Virgen María, a quien nos dirigimos ahora en oración, nos acompañe siempre en nuestro camino.

13 de junio de 2016. Discurso  
en la visita a la sede del  
Programa Mundial de Alimentos  
(PMA)

*Lunes.*

*Discurso durante la  
inauguración de la Sesión anual  
de la Junta Ejecutiva  
del Programa Mundial de  
Alimentos (PMA)*

*Saludo al personal  
del Programa Mundial de  
Alimentos (PMA)*

*[Discurso preparado por el  
Santo Padre]*

***Discurso del Santo Padre a la Sesión anual de la Junta Ejecutiva del Programa Mundial de alimentos (PMA)***

*Señoras y Señores:*

Agradezco a la Directora Ejecutiva, Señora Ertharin Cousin, la invitación que me cursó para que inaugurara la Sesión Anual 2016 de la Junta Ejecutiva del *Programa Mundial de Alimentos*, así como las palabras de bienvenida que me ha dirigido. Asimismo mi saludo para la Embajadora Stephanie

Hochstetter Skinner-Klée,  
Presidenta de esta importante  
asamblea, que congrega a los  
Representantes de diversos  
gobiernos llamados a  
emprender iniciativas concretas  
para la lucha contra el hambre.  
Y al saludar a todos ustedes  
aquí reunidos, agradezco tantos  
esfuerzos y compromisos con  
una causa que no puede no  
interpelarnos: la lucha contra  
el hambre que padecen muchos  
de nuestros hermanos.  
Hace unos momentos he rezado  
ante el "Muro de la memoria",  
testigo del sacrificio que

realizaron los miembros de este Organismo, entregando su vida para que, incluso en medio de complejas vicisitudes, los hambrientos no carecieran de pan. Memoria que hemos de conservar para seguir luchando, con el mismo vigor, por el tan ansiado objetivo de "hambre cero". Esos nombres grabados a la entrada de esta Casa son un signo elocuente de que el PAM, lejos de ser una estructura anónima y formal, constituye un valioso instrumento de la comunidad internacional para emprender

actividades cada vez más vigorosas y eficaces. La credibilidad de una Institución no se fundamenta en sus declaraciones, sino en las acciones realizadas por sus miembros. Se fundamenta en sus testigos.

Por vivir en un mundo interconectado e hipercomunicado, las distancias geográficas parecen achicarse. Tenemos la posibilidad de tomar contacto casi en simultáneo con lo que está aconteciendo en la otra parte del planeta. Por medio de las tecnologías de la

comunicación, nos acercamos a tantas situaciones dolorosas que pueden ayudar (y han ayudado) a movilizar gestos de compasión y solidaridad. Aunque, paradójicamente hablando, esta aparente cercanía creada por la información, cada día parece agrietarse más. La excesiva información con la que contamos va generando paulatinamente – perdónenme el neologismo – la “naturalización” de la miseria. Es decir, poco a poco, nos volvemos inmunes a las

tragedias ajenas y las evaluamos como algo "natural". Son tantas las imágenes que nos invaden que vemos el dolor, pero no lo tocamos; sentimos el llanto, pero no lo consolamos; vemos la sed pero no la saciamos. De esta manera, muchas vidas se vuelven parte de una noticia que en poco tiempo será cambiada por otra. Y mientras cambian las noticias, el dolor, el hambre y la sed no cambian, permanecen. Tal tendencia – o tentación – nos exige hoy un paso más y, a su vez, revela el



papel fundamental que  
Instituciones como la vuestra  
tienen para el escenario global.  
Hoy no podemos darnos por  
satisfechos con sólo conocer la  
situación de muchos hermanos  
nuestros. Las estadísticas no  
sacian. No basta elaborar  
largas reflexiones o  
sumergirnos en interminables  
discusiones sobre las mismas,  
repetiendo incesantemente  
tópicos ya por todos conocidos.  
Es necesario “desnaturalizar” la  
miseria y dejar de asumirla  
como un dato más de la  
realidad. ¿Por qué? Porque la

miseria tiene rostro. Tiene rostro de niño, tiene rostro de familia, tiene rostro de jóvenes y ancianos. Tiene rostro en la falta de posibilidades y de trabajo de muchas personas, tiene rostro de migraciones forzadas, casas vacías o destruidas. No podemos "naturalizar" el hambre de tantos; no nos está permitido decir que su situación es fruto de un destino ciego frente al que nada podemos hacer. Y, cuando la miseria deja de tener rostro, podemos caer en la tentación de empezar a hablar

y discutir sobre "el hambre", "la alimentación", "la violencia" dejando de lado al sujeto concreto, real, que hoy sigue golpeando a nuestras puertas. Cuando faltan los rostros y las historias, las vidas comienzan a convertirse en cifras, y así paulatinamente corremos el riesgo de burocratizar el dolor ajeno. Las burocracias mueven expedientes; la compasión – no la lástima, la compasión, el "padecer-con" –, en cambio, se juega por las personas. Y creo que en esto tenemos mucho trabajo que realizar.

Conjuntamente con todas las acciones que ya se realizan, es necesario trabajar para “desnaturalizar” y desburocratizar la miseria y el hambre de nuestros hermanos. Esto nos exige una intervención a distintas escalas y niveles donde sea colocado como objetivo de nuestros esfuerzos la persona concreta que sufre y tiene hambre, pero que también encierra un inmenso caudal de energías y potencialidades que debemos ayudar a concretar.

1. *“Desnaturalizar” la miseria*

Cuando estuve en la FAO, con motivo de la II Conferencia Internacional sobre Nutrición, les decía que una de las incoherencias fuertes que estábamos invitados a asumir era el hecho de que existiendo comida para todos, «no todos pueden comer, mientras que el derroche, el descarte, el consumo excesivo y el uso de alimentos para otros fines, están ante nuestros ojos» (Discurso a la Plenaria de la Conferencia [20 noviembre 2014], 3).  
Dejémoslo claro, la falta de

alimentos no es algo natural, no es un dato ni obvio, ni evidente. Que hoy en pleno siglo XXI muchas personas sufran este flagelo, se debe a una egoísta y mala distribución de recursos, a una “mercantilización” de los alimentos. La tierra, maltratada y explotada, en muchas partes del mundo nos sigue dando sus frutos, nos sigue brindando lo mejor de sí misma; los rostros hambrientos nos recuerdan que hemos desvirtuado sus fines. Un don, que tiene finalidad universal, lo hemos convertido

en privilegio de unos pocos. Hemos hecho de los frutos de la tierra – don para la humanidad – *commodities* de algunos, generando, de esta manera, exclusión. El consumismo – en el que nuestras sociedades se ven insertas – nos ha inducido a acostumbrarnos a lo superfluo y al desperdicio cotidiano de alimento, al cual a veces ya no somos capaces de dar el justo valor, que va más allá de los meros parámetros económicos. Pero nos hará bien recordar que el alimento que se desecha es como si se robara

de la mesa del pobre, del que tiene hambre. Esta realidad nos pide reflexionar sobre el problema de la pérdida y del desperdicio del alimento a fin de identificar vías y modos que, afrontando seriamente tal problemática, sean vehículo de solidaridad y de compartición con los más necesitados (cf. Catequesis [5 junio 2013]: *L'O.R.*, ed. sem. en lengua española, 7 junio 2013, p. 12).

## 2. *Desburocratizar el hambre*

Debemos decirlo con sinceridad: hay temas que



están burocratizados. Hay acciones que están "encajonadas". La inestabilidad mundial que vivimos es sabida por todos. Últimamente las guerras y las amenazas de conflictos es lo que predomina en nuestros intereses y debates. Y así, ante la diversa gama de conflictos existentes, parece que las armas han alcanzado una preponderancia inusitada, de tal forma que han arrinconado totalmente otras maneras de solucionar las cuestiones en pugna. Esta preferencia está ya de tal modo

radicada y asumida que impide la distribución de alimentos en zona de guerra, llegando incluso a la violación de los principios y directrices más básicos del derecho internacional, cuya vigencia se retrotrae a muchos siglos atrás. Nos encontramos así ante un extraño y paradójico fenómeno: mientras las ayudas y los planes de desarrollo se ven obstaculizados por intrincadas e incomprensibles decisiones políticas, por sesgadas visiones ideológicas o por infranqueables barreras

aduaneras, las armas no; no importa la proveniencia, circulan con una libertad – perdonen el adjetivo – jactanciosa y casi absoluta en tantas partes del mundo. Y de este modo, son las guerras las que se nutren y no las personas. En algunos casos la misma hambre se utiliza como arma de guerra. Y las víctimas se multiplican, porque el número de la gente que muere de hambre y agotamiento se añade al de los combatientes que mueren en el campo de batalla y al de tantos civiles

caídos en la contienda y en los atentados. Somos plenamente conscientes de ello, pero dejamos que nuestra conciencia se anestesie y así la volvemos insensible. Quizás con palabras que justifican: "y bueno, no se puede con tanta tragedia". Es la anestesia más a mano. De tal modo, la fuerza se convierte en nuestro único modo de actuar y el poder en el objetivo perentorio a alcanzar. Las poblaciones más débiles no sólo sufren los conflictos bélicos sino que, a su vez, ven frenados todo tipo de ayuda. Por esto

urge desburocratizar todo aquello que impide que los planes de ayuda humanitaria cumplan sus objetivos. En eso ustedes tienen un papel fundamental, ya que necesitamos verdaderos héroes capaces de abrir caminos, tender puentes, agilizar trámites que pongan el acento en el rostro del que sufre. A esta meta han de ir orientadas igualmente las iniciativas de la comunidad internacional. No es cuestión de armonizar intereses que siguen encadenados a visiones

nacionales centrípetas o a egoísmos inconfesables. Más bien se trata de que los Estados miembros incrementen decisivamente su real voluntad de cooperar con estos fines. Por esta razón, qué importante sería que la voluntad política de todos los países miembros consienta e incrementa decisivamente su real voluntad de cooperar con el *Programa Mundial de Alimentos* para que este, no solamente pueda responder a las urgencias, sino que pueda realizar proyectos sólidamente consistentes y

promover programas de desarrollo a largo plazo, según las peticiones de cada uno de los gobiernos y de acuerdo a las necesidades de los pueblos. El *Programa Mundial de Alimentos* con su trayectoria y actividad demuestra que es posible coordinar conocimientos científicos, decisiones técnicas y acciones prácticas con esfuerzos destinados a recabar recursos y distribuirlos equánimamente, es decir, respetando las exigencias de quien los recibe y la voluntad del donante. Este método, en

las áreas más deprimidas y pobres, puede y debe garantizar el adecuado desarrollo de las capacidades locales y eliminar paulatinamente la dependencia exterior, a la vez que consiente reducir la pérdida de alimentos, de modo que nada se desperdicie. En una palabra, el PAM es un valioso ejemplo de cómo se puede trabajar en todo el mundo para erradicar el hambre a través de una mejor asignación de los recursos humanos y materiales, fortaleciendo la comunidad



local. A este respecto, los animo a seguir adelante. No se dejen vencer por el cansancio, que es mucho, ni permitan que las dificultades los retraigan. Crean en lo que hacen y continúen poniendo entusiasmo en ello, que es la forma en que la semilla de la generosidad germine con fuerza. Dense el lujo de soñar. Necesitamos soñadores que impulsen estos proyectos.

La Iglesia Católica, fiel a su misión, quiere trabajar mancomunadamente con todas las iniciativas que luchan por

salvaguardar la dignidad de las personas, especialmente de aquellas en las que están vulnerados sus derechos. Para hacer realidad esta urgente prioridad de "hambre cero", les aseguro todo nuestro apoyo y respaldo a fin de favorecer todos los esfuerzos encaminados.

"Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber". En estas palabras se halla una de las máximas del cristianismo. Una expresión que, más allá de los credos y las convicciones, podría ser

ofrecida como regla de oro para nuestros pueblos. Un pueblo se juega su futuro en la capacidad que tenga para asumir el hambre y la sed de sus hermanos. Y así como un pueblo, así también la humanidad. La humanidad se juega su futuro en la capacidad que tenga para asumir el hambre y la sed de sus hermanos. En esta capacidad de socorrer al hambriento y al sediento podemos medir el pulso de nuestra humanidad. Por eso, deseo que la lucha para erradicar el hambre y la

sed de nuestros hermanos y con nuestros hermanos siga interpelándonos, que no nos deje dormir y nos haga soñar, las dos cosas. Que nos interpele a fin de buscar creativamente soluciones de cambio y de transformación. Y que Dios Omnipotente sostenga con su bendición el trabajo de vuestras manos. Muchas gracias.

-  
*Saludo del Santo Padre al personal del Programa Mundial de Alimentos (PMA)*

Tendría que pronunciar un discurso en español, pero la mayor parte de ustedes no entiende español, entiende italiano, porque viven en Italia. Y los discursos son incluso aburridos. Por ello entrego el discurso a la señora, para que se los entregue luego, y diré algunas palabras que me surgen espontáneamente del corazón.

Lo primero que quiero decirles, en mi pobre italiano, es gracias. Gracias porque ustedes hacen el trabajo oculto, el trabajo «desde atrás», el que

no se ve, pero que hace posible que todo siga adelante. Ustedes son como los cimientos de un edificio: sin cimientos el edificio no permanece en pie. Muchos proyectos, muchas cosas se pueden hacer, y se hacen en el mundo, en la lucha contra el hambre, y lo hace mucha gente valiente. Pero este gracias es al apoyo que ustedes dan, a la ayuda oculta dada por ustedes. Sus nombres aparecen sólo en la lista del personal —y a final de mes en la del sueldo—, pero fuera nadie sabe cómo se llama cada uno de ustedes. Sin

embargo, sus nombres hacen posible este gran trabajo, este gran trabajo de la lucha contra el hambre. Gracias a un pequeño trabajo, a un pequeño sacrificio, al sacrificio oculto de ustedes, pequeño o grande, muchos niños pueden comer, y mucha hambre se derrota. Les agradezco mucho.

Cuando escuché hablar a la directora del Programa, pensaba: ¡esta es una mujer valiente! Y creo que esta valentía todos ustedes la tienen: la valentía de llevar adelante una obra situados

«detrás del escenario» y ayudar. Está la valentía de aquellas personas que se ven, porque en un cuerpo están los pies, están las manos, está también la cara: se ve la cara, pero los pies no se ven, porque están ocultos dentro de los zapatos; pero ustedes son los pies, las manos, que sostienen la valentía de todos los que van delante, que sostuvieron también la valentía de sus «mártires», digámoslo así, de sus testigos. Jamás, jamás olvidar los nombres de los que están escritos allí, en la



entrada. Ellos pudieron hacer cosas por el valor que tenían, por la fe que tenían en su trabajo, pero también porque contaban con el apoyo del trabajo que ustedes realizaban. Muchas gracias. Y les pido que recen por mí, para que también yo pueda hacer algo contra el hambre. ¡Gracias!

\* \* \*

[Discurso preparado por el Santo Padre]

*Señoras y Señores:*

¡Buenos días! Me alegra encontrarme con ustedes en un

clima sencillo y familiar, reflejo del estilo que anima su entrega en el servicio a tantos hermanos nuestros que hoy encuentran en ustedes uno de los rostros solidarios de la humanidad. Quisiera también tener presente a sus colegas, que diseminados por todo el mundo, colaboran con el *Programa Mundial de Alimentos*. A todos ustedes, gracias por su calurosa cercanía y bienvenida.

La señora Directora Ejecutiva me ha comentado la importancia del trabajo que

ustedes desarrollan con gran competencia y no pocos sacrificios, de forma generosa, incluso en situaciones arduas y a menudo de inseguridad por causas naturales o humanas. La amplitud y gravedad de los problemas que afronta el PAM pide que ustedes sigan adelante, poniendo entusiasmo en todo lo que hacen, sin detenerse, siempre dispuestos a servir. Para ello cuenta mucho la formación permanente, una fina intuición y sobre todo un gran sentido de compasión, sin el cual todo lo anterior

carecería de fuerza y de sentido.

El PAM ha puesto una alta misión en sus manos. El éxito de la misma depende en gran parte de no dejarse vencer por la inercia y poner en toda capacidad de iniciativa, imaginación y profesionalidad, a fin de buscar cada día vías nuevas y eficaces para derrotar la malnutrición y el hambre que sufren tantos seres humanos en diversas partes del mundo. Son ellos los que están pidiendo que les prestemos nuestra atención. Por eso es

importante que ustedes no se dejen agobiar por los dosieres y alcancen a descubrir que, en cada papel, hay una historia concreta, con frecuencia dolorosa y delicada. El secreto es ver detrás de cada expediente un rostro humano que requiere ayuda. Escuchar el grito del pobre les permitirá no dejarse encasillar en fríos formularios. Todo es poco para derrotar un fenómeno tan terrible como el hambre. El hambre es una de las mayores amenazas a la paz y a la serena convivencia humana.

Una amenaza que no podemos contentarnos solamente con denunciar o estudiar. Hay que encararla con decisión y resolverla con urgencia. Cada uno de nosotros, con la responsabilidad que tiene, debe actuar en la medida de sus posibilidades para alcanzar una solución definitiva a esta miseria humana, que degrada y merma la existencia de un número muy grande de hermanos y hermanas nuestras. Y, a la hora de ayudar a cuantos la padecen cruelmente, nadie sobra ni

puede limitarse a presentar una excusa, pensando que es un problema que le sobrepasa o que no le afecta.

El desarrollo humano, social, técnico y económico es el camino necesario para asegurar que cada persona, familia, comunidad o pueblo pueda afrontar sus propias necesidades. Lo cual nos está diciendo que hay que trabajar no por una idea abstracta, no por la defensa de una dignidad teórica, sino por salvaguardar la vida concreta de cada ser humano. En las zonas más

pobres y deprimidas, esto significa disponer de alimentos en caso de emergencias, pero también posibilitar el acceso a medios e instrumental técnico, a puestos de trabajo, a microcréditos, y así procurar que la población local fortalezca su capacidad de respuesta a las crisis que surjan de forma repentina.

Al hablar de esto no me estoy refiriendo solamente a cuestiones materiales. Se trata ante todo de un compromiso moral que permita mirar con responsabilidad a la persona



que tengo a mi lado, así como al objetivo general de todo el Programa. Ustedes están llamados a sostener y defender este compromiso mediante un servicio que sólo a primera vista puede parecer exclusivamente de carácter técnico. En cambio, lo que ustedes llevan a cabo son acciones que necesitan una gran fuerza moral, porque contribuyen a la edificación del bien común en cada país y en toda la comunidad internacional.

Frente a tantos retos, ante los

peligros y trastornos que continuamente surgen, da la impresión de que el futuro de la humanidad solamente consistirá en responder a pruebas y riesgos cada vez más concatenados y difíciles de predecir, tanto en su amplitud como en su complejidad. Lo saben bien por propia experiencia. Pero esto no nos debe desanimar. Anímense y ayúdense para no dejar entrar en sus corazones la tentación de la desconfianza o de la indiferencia. Más bien, crean firmemente que el quehacer

diario de todos ustedes está contribuyendo a convertir nuestro mundo en un mundo con rostro humano, en un espacio que tenga como puntos cardinales la compasión, la solidaridad, la ayuda recíproca y la gratuidad. Cuanto más grande sea su generosidad, su tenacidad, su fe, en mayor grado la cooperación multilateral podrá hallar adecuadas soluciones a los problemas que tanto nos preocupan, podrá agrandar las visiones parciales e interesadas y abrir caminos novedosos a la

esperanza, el justo desarrollo humano, la sostenibilidad y la lucha por cerrar la brecha a las injustas desigualdades económicas, que tanto hieren a los más vulnerables.

Sobre cada uno de ustedes, sobre sus familias y el trabajo que desempeñan en el PAM, invoco abundantes bendiciones divinas.

Les ruego que recen por mí, cada uno en su interior, o al menos que cuando piensen en mí lo hagan en positivo. Mucho lo necesito.

Muchas gracias.



15 de junio de 2016. Audiencia general. El ciego de Jericó.

*Miércoles.*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Un día Jesús, acercándose a la ciudad de Jericó, hizo el milagro de devolver la vista a un ciego que pedía limosna junto al camino (cf. *Lc 18, 35-43*). Hoy queremos centrarnos en el significado de este signo porque nos toca directamente también a nosotros. El evangelista Lucas dice que ese

ciego estaba sentado junto al camino pidiendo limosna (cf. *Lc 18, 35*). Un ciego en esa época —pero también hasta no hace mucho tiempo— no podía más que vivir de limosna. La figura de este ciego representa a muchas personas que, también hoy, se ven marginadas a causa de una limitación física o de otro tipo. Está separado de la multitud, está allí sentado mientras la gente pasa ocupada en sus asuntos, absorta en sus preocupaciones y en muchas cosas... Y la calle, que puede

ser un lugar de encuentro, para él en cambio es el lugar de la soledad. Es mucha la gente que pasa... Y él está solo.

Es triste la imagen de un marginado, sobre todo teniendo como escenario la ciudad de Jericó, el espléndido y lozano oasis en el desierto. Sabemos que precisamente a Jericó llegó el pueblo de Israel al término del largo éxodo desde Egipto: esa ciudad representa la puerta de ingreso en la tierra prometida. Recordemos las palabras que Moisés pronunció en esa circunstancia: «Si hay



junto a ti algún pobre de entre tus hermanos, en alguna de las ciudades de tu tierra que el Señor tu Dios te da, *no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre. Pues no faltarán pobres en esta tierra*; por eso te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra» (Dt 15, 7.11). Es fuerte el contraste entre esta recomendación de la Ley de Dios y la situación descrita por el Evangelio: mientras que el

ciego grita invocando a Jesús,  
la gente lo reprendía para  
hacerle callar, como si no  
tuviese derecho de hablar. No  
tienen compasión de él, es  
más, les molestan sus gritos.  
Cuántas veces nosotros,  
cuando vemos mucha gente en  
la calle —gente necesitada,  
enferma, que no tiene para  
comer— sentimos que nos  
molestan. Cuántas veces,  
cuando nos encontramos ante  
muchos refugiados e  
inmigrantes, sentimos que nos  
molestan. Es una tentación que  
todos nosotros tenemos. Todos,

itambién yo! Es por esto que la Palabra de Dios nos pone en guardia recordándonos que la indiferencia y la hostilidad convierten en ciegos y sordos, impiden ver a los hermanos y no permiten reconocer en ellos al Señor. Indiferencia y hostilidad. Y a veces esta indiferencia y hostilidad llegan a ser incluso agresión e insulto: «¡Sacad de aquí a todos estos!», «¡ubicadlos en otra parte!». Esta agresión es lo que hacía la gente cuando el ciego gritaba: «Pero tú sal de aquí, no hables, no grites».

Notamos un detalle interesante. El evangelista dice que alguien de la multitud explicó al ciego el motivo de toda esa gente diciendo: «Pasa Jesús, el Nazareno» (Lc 18, 37). El paso de Jesús está indicado con el mismo verbo que en el libro del Éxodo se usa para hablar del paso del ángel exterminador que salva a los israelitas en la tierra de Egipto (cf. Ex 12, 23). Es el «paso» de la pascua, el inicio de la liberación: cuando pasa Jesús, siempre hay liberación, siempre hay salvación. Así, pues, al

ciego, es como si le anunciase *su pascua*. Sin dejarse atemorizar, el ciego grita más de una vez a Jesús reconociéndolo como el Hijo de David, el Mesías esperado que, según el profeta Isaías, abriría los ojos a los ciegos (cf. *Is 35, 5*). A diferencia de la multitud, este ciego ve con los ojos de la fe. Gracias a ella su súplica tiene una poderosa eficacia. En efecto, al escucharlo, «Jesús se detuvo, y mandó que se lo trajeran» (*Lc 18, 40*). Obrando así Jesús *quita al ciego del borde del camino y lo pone en*

*el centro* de la atención de sus discípulos y de la multitud. Pensemos también nosotros, cuando hemos estado en situaciones complicadas, incluso en situaciones de pecado, cómo fue precisamente Jesús a tomarnos de la mano y a quitarnos del borde del camino y donarnos la salvación. Se realiza así un doble paso. Primero: la gente había anunciado una buena noticia al ciego, pero no querían saber nada con él; ahora Jesús obliga a todos a tomar conciencia que el buen anuncio implica poner

en el centro del propio camino a aquel que había sido excluido del mismo. Segundo: a su vez, el ciego no veía, pero su fe le abre la senda de la salvación, y él se encuentra en medio de los que habían bajado a la calle para ver a Jesús. Hermanos y hermanas, *el paso del Señor es un encuentro de misericordia que une a todos en torno a Él para permitirnos reconocer a quien tiene necesidad de ayuda y de consuelo.* Incluso por nuestra vida pasa Jesús; y cuando pasa Jesús, y me doy cuenta de ello, es una

invitación a acercarme a Él, a ser más bueno, a ser un mejor cristiano, a seguir a Jesús. Jesús se dirige al ciego y le pregunta: «¿Qué quieres que te haga?» (Lc 18, 41). Estas palabras de Jesús son impresionantes: el Hijo de Dios ahora está ante el ciego como un humilde siervo. Él, Jesús, Dios, dice: «¿Qué quieres que te haga? ¿Cómo quieres que te sirva?». Dios se hace siervo del hombre pecador. Y el ciego ya no responde a Jesús llamándolo «Hijo de David», sino «Señor», el título que la Iglesia desde los



inicios aplica a Jesús Resucitado. El ciego pide poder ver de nuevo y su deseo es atendido: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado» (Lc 18, 42). Él mostró su fe invocando a Jesús y queriendo encontrarse con Él de todos los modos posibles, y esto le dio como don la salvación. Gracias a la fe ahora puede ver y, sobre todo, se siente amado por Jesús. Por ello el relato termina diciendo que el ciego «lo seguía glorificando a Dios» (Lc 18, 43): *se convierte en discípulo*. De mendigo a discípulo,

también este es nuestro camino: todos nosotros somos mendigos, todos. Siempre tenemos necesidad de salvación. Y todos nosotros, todos los días, debemos dar este paso: de mendigos a discípulos. Y así, el ciego se pone en camino siguiendo al Señor y entrando a formar parte de su comunidad. Aquel a quien querían hacer callar, ahora testimonia a gran voz su encuentro con Jesús de Nazaret, y «todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios» (Lc 18, 43). Tiene lugar un segundo

milagro: lo que sucedió al  
ciego *hace que, al final,*  
*también la gente vea.* La misma  
luz ilumina a todos  
congregándolos en la oración  
de alabanza. Así Jesús derrama  
su misericordia sobre todos  
aquellos con los que se  
encuentra: los llama, hace que  
se acerquen a Él, los reúne, los  
cura y los ilumina, creando un  
pueblo nuevo que celebra las  
maravillas de su amor  
misericordioso. Dejémonos  
también nosotros llamar por  
Jesús, y dejémonos curar por  
Jesús, perdonar por Jesús, y

sigámoslo alabando a Dios. Que así sea.

## **Saludos**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que Cristo, en el que brilla la fuerza de la misericordia de Dios, ilumine y sane también nuestros corazones, para que aprendamos a estar atentos a las necesidades de nuestros hermanos y celebremos las maravillas de su amor misericordioso. Muchas gracias.



18 de junio de 2016. Audiencia jubilar. La conversión.

*Sábado.*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Después de su resurrección, Jesús se apareció diversas veces a los discípulos, antes de ascender a la gloria del Padre. El pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar (Lc 24, 45-48) narra una de estas apariciones, en la cual el Señor indica el contenido fundamental de la predicación que los

apóstoles deberán ofrecer al mundo. Podemos sintetizarla con dos palabras: «conversión» y «perdón de los pecados». Son dos aspectos que califican la misericordia de Dios que, con amor, cuida de nosotros. Hoy tomamos en consideración la *conversión*.

¿Qué es la conversión? Está presente en toda la Biblia, y de manera particular en la predicación de los profetas, que invitan continuamente al pueblo a «volver al Señor» pidiéndole perdón y cambiando estilo de vida. Convertirse,

según los profetas, significa cambiar de dirección y dirigirse de nuevo al Señor, basándose en la certeza de que Él nos ama y su amor es siempre fiel. Volver al Señor. Jesús ha hecho de la conversión la primera palabra de su predicación: «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc 1, 15*). Es con este anuncio que Él se presenta al pueblo, pidiendo que se acoja su palabra como la última y definitiva que el Padre dirige a la humanidad (cf. *Mc 12, 1-2*). Respecto a la predicación de los profetas, Jesús insiste



todavía más en la dimensión interior de la conversión. En esa, efectivamente, toda la persona está involucrada, con el corazón y la mente, para convertirse en una criatura nueva, una persona nueva. Cambia el corazón y uno se renueva.

Cuando Jesús llama a la conversión no se erige en juez de las personas, lo hace desde la cercanía, desde el compartir la condición humana, y por tanto de la calle, de la casa, de la mesa... La misericordia hacia quienes tenían la necesidad de

cambiar de vida se realizaba con su presencia amable, para hacer partícipe a cada uno de ellos en su historia de salvación. Jesús persuadía a la gente con la amabilidad, con el amor; y con este comportamiento, Jesús llegaba a lo más profundo del corazón de las personas que se sentían atraídas por el amor de Dios e impulsadas a cambiar de vida. Por ejemplo, las conversiones de Mateo (cf. *Mt* 9, 9-13) y de Zaqueo (cf. *Lc* 19, 1-10) sucedieron exactamente de esta manera, porque se

sintieron amados por Jesús y, a través de Él, por el Padre. La verdadera conversión se da cuando acogemos el don de la gracia; y una señal clara de su autenticidad es el hecho que nos damos cuenta de las necesidades de los hermanos y estamos preparados para salir a su encuentro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡cuántas veces sentimos también nosotros la exigencia de un cambio que afecte a toda nuestra persona! ¡Cuántas veces nos decimos: «debo cambiar, no puedo

continuar así... Mi vida, por este camino, no dará frutos, será una vida inútil y yo no seré feliz!». ¡Cuántas veces nos vienen estos pensamientos, cuántas veces!... Y Jesús, a nuestro lado, con la mano tendida nos dice: «ven, ven a mí. El trabajo lo hago yo; yo te cambiaré el corazón, yo te cambiaré la vida, yo te haré feliz». Pero nosotros, ¿creemos esto o no?; ¿creemos o no?; ¿qué pensáis vosotros?; ¿creéis en esto o no? ¡Menos aplausos y más voz!: ¿creéis o no creéis? [la gente: «¡SÍ!»]. Es

así. Jesús que está con nosotros nos invita a cambiar de vida. Él, con el Espíritu Santo, siembra en nosotros esa inquietud de cambiar de vida y ser un poco mejores. Sigamos entonces esta invitación del Señor y no opongamos resistencia, porque sólo si nos abrimos a su misericordia, encontraremos la verdadera vida y la verdadera alegría. Sólo debemos abrir la puerta de par en par, y Él hará el resto. Él hace todo, pero a nosotros nos corresponde abrir el corazón de par en par para

que Él pueda sanarnos y hacernos seguir adelante. Os aseguro que seremos más felices. Gracias.

\* \* \* \* \*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que el Señor Jesús nos conceda la gracia de la auténtica conversión de nuestra vida. Si nos abrimos a la misericordia de Dios, encontraremos la verdadera alegría del corazón. Muchas gracias.



19 de junio de 2016.  
ÁNGELUS.

*Domingo.*

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje evangélico de este domingo (Lc 9, 18-24) nos llama una vez más a confrontarnos, por así decirlo, «cara a cara» con Jesús. En uno de los raros momentos tranquilos en los que se encuentra solo con sus discípulos, Él les pregunta: «¿Quién dice la gente que soy



yo?» (Lc 9, 18). Y ellos responden: «Juan el Bautista; otros, que Elías; otros que un profeta de los antiguos había resucitado» (Lc 9, 19). Por lo tanto la gente apreciaba a Jesús y lo consideraba un gran profeta, pero aún no era consciente de su verdadera identidad, es decir que Él fuera el Mesías, el Hijo de Dios enviado por el Padre para la salvación de todos.

Jesús, entonces, se dirige directamente a los apóstoles — porque es esto lo que más le interesa— y pregunta: «Y

vosotros, ¿quién decís que soy yo?». E inmediatamente en nombre de todos, Pedro responde: «El Cristo de Dios» (Lc 9, 20), es decir: Tú eres el Mesías, el Consagrado de Dios, mandado por Él para salvar a su pueblo según la Alianza y la promesa. Así Jesús se da cuenta que los Doce, y en particular Pedro, han recibido del Padre el don de la fe; y para esto comienza a hablar abiertamente —así dice el Evangelio: «abiertamente»— de lo que le esperaba en Jerusalén: «El Hijo del hombre

—dice— debe sufrir mucho, y ser reprochado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día» (Lc 9, 22).

Esas mismas preguntas se nos vuelven a proponer a cada uno de nosotros: «¿Quién es Jesús para la gente de nuestro tiempo?». Pero la otra es más importante: «¿Quién es Jesús para cada uno de nosotros?». Para mí, para ti... ¿Quién es Jesús para cada uno de nosotros? Estamos llamados a hacer de la respuesta de Pedro

nuestra respuesta, profesando con gozo que Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra eterna del Padre que se ha hecho hombre para redimir a la humanidad, derramando en ella la abundancia de la misericordia divina. El mundo tiene hoy más que nunca necesidad de Cristo, de su salvación, de su amor misericordioso. Muchas personas perciben un vacío a su alrededor y dentro de sí — quizá, algunas veces, también nosotros—; otros viven en la inquietud y la incertidumbre a causa de la precariedad y los

conflictos. Todos tenemos necesidad de respuestas adecuadas a nuestras preguntas, a nuestros interrogantes concretos. En Cristo, sólo en Él, es posible encontrar la paz verdadera y el cumplimiento de toda aspiración humana. Jesús conoce el corazón del hombre como ninguno. Por esto lo puede sanar, dándole vida y consuelo.

Después de haber concluido el diálogo con los Apóstoles, Jesús se dirige a todos diciendo: «Si alguno quiere venir en pos de

mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lc 9, 23). No se trata de una cruz ornamental, o de una cruz ideológica, sino que es la cruz del propio deber, la cruz del sacrificarse por los demás con amor —por los padres, los hijos, la familia, los amigos, también por los enemigos—, la cruz de la disponibilidad para ser solidarios con los pobres, para comprometerse por la justicia y la paz. Asumiendo esta actitud, estas cruces, siempre se pierde algo. No debemos olvidar jamás que

«quien perderá la propia vida [por Cristo], la salvará» (Lc 9, 24). Es un perder para ganar. Y recordamos a todos nuestros hermanos que aún hoy ponen en práctica estas palabras de Jesús, ofreciendo su tiempo, su trabajo, su propia fatiga y hasta su vida para no renegar de su fe en Cristo. Jesús, mediante su Espíritu Santo, nos da la fuerza para ir hacia adelante en el camino de la fe y del testimonio: actuar de acuerdo con lo que creemos; no decir una cosa y hacer otra. Y en este camino la Virgen

siempre está cerca nuestro y nos precede: dejémonos tomar de la mano por ella, cuando atravesamos los momentos más oscuros y difíciles.

## **Después del Ángelus**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer, en Foggia, se celebró la beatificación de María Celeste Crostarosa, monja, fundadora de la Orden del Santísimo Redentor.

Que la nueva beata, con su ejemplo y su intercesión, nos ayude a conformar toda nuestra vida a Jesús, nuestro



Salvador.

Hoy, solemnidad de Pentecostés, según el calendario juliano seguido por la Iglesia ortodoxa, con la celebración de la Divina Liturgia ha iniciado en Creta el Concilio Panortodoxo.

Unámonos a la oración de nuestros hermanos ortodoxos, invocando al Espíritu Santo para que asista con sus dones a los Patriarcas, los Arzobispos y los Obispos reunidos en Concilio. Y todos juntos pidamos a la Virgen por nuestros hermanos ortodoxos.

«*Avemaría...*».

Mañana se celebra la Jornada mundial del refugiado promovida por la ONU. El tema de este año es: «*Con los refugiados. Nosotros estamos de la parte de quien se ve obligado a huir*». Los refugiados son personas como todos, pero a quienes la guerra les ha quitado la casa, el trabajo, los familiares, los amigos. Sus historias y sus rostros nos llaman a renovar el compromiso para construir la paz en la justicia. Por esto queremos estar *con*

*ellos*: salir a su encuentro, acogerlos, escucharlos, para ser juntos artesanos de paz según la voluntad de Dios.

Dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos; en particular a los estudiantes de la *London Oratory School*, a los fieles de Estocolmo y a las comunidades africanas francófonas de Italia. Deseo a todos un feliz domingo; y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta luego!

22 de junio de 2016. Audiencia general. Confiar en la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia.

*Miércoles.*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*  
«Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Lc 5, 12): la petición que hemos escuchado es la que un leproso dirige a Jesús. Este hombre no pide solamente ser curado, sino ser «purificado», es decir curado

integralmente, en el cuerpo y en el corazón. En efecto, la lepra era considerada una forma de maldición de Dios, de impureza profunda. El leproso tenía que permanecer alejado de todos; no podía acceder al templo y a ningún servicio divino. Lejos de Dios y lejos de los hombres. Triste vida la de esta gente.

No obstante esto, ese leproso no se resigna ni ante la enfermedad ni ante las disposiciones que hacen de él un excluido. Para llegar a Jesús, no teme quebrantar la

ley y entra en la ciudad —algo que no debía hacer, le estaba prohibido—, y al encontrarlo «se echó rostro en tierra, y le rogó diciendo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”» (Lc 5, 12). Todo aquello que hace y dice este hombre considerado impuro es la expresión de su fe. Reconoce el poder de Jesús: está seguro de que tiene el poder de curarlo y que todo depende de su voluntad. Esta fe es la fuerza que le permitió romper con las normas y buscar el encuentro con Jesús; y, postrándose ante

Él, lo llama «Señor». La súplica del leproso muestra que cuando nos presentamos a Jesús no es necesario hacer largos discursos. Son suficiente pocas palabras, siempre que vayan acompañadas por la plena confianza en su omnipotencia y en su bondad. Confiar en la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia. También yo os haré una confesión personal. Por la noche, antes de ir a la cama, rezo esta breve oración: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Y rezo

cinco «Padrenuestro», uno por cada llaga de Jesús, porque Jesús nos ha purificado con las llagas. Y si esto lo hago yo, lo podéis hacer también vosotros, en vuestra casa, y decir: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» y pensar en las llagas de Jesús y decir un «Padrenuestro» por cada una de ellas. Jesús nos escucha siempre.

Jesús siente profunda compasión por este hombre. El Evangelio de Marcos destaca que «compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le



dijo: "Quiero; queda limpio"»  
(Mc 1, 41). El gesto de Jesús  
acompaña sus palabras y hace  
que sea más explícita su  
enseñanza. Contra las  
disposiciones de la Ley de  
Moisés, que prohibía acercarse  
a un leproso (cf. Lv 13, 45-46),  
Jesús extiende la mano e  
incluso lo toca. ¡Cuántas veces  
nosotros encontramos a un  
pobre que se nos acerca!  
Podemos ser incluso generosos,  
podemos tener compasión, pero  
normalmente no lo tocamos. Le  
damos la moneda, la tiramos  
allí, pero evitamos tocar la

mano. Y olvidamos que ese es el cuerpo de Cristo. Jesús nos enseña a no tener miedo de tocar al pobre y al excluido, porque Él está en ellos. Tocar al pobre puede purificarnos de la hipocresía e inquietarnos por su condición. Tocar a los excluidos. Hoy me acompañan aquí estos jóvenes. Muchos piensan que hubiese sido mejor permanecer en su tierra, pero allí sufrían mucho. Son nuestros refugiados, pero muchos los consideran excluidos. Por favor, ¡son nuestros hermanos! El cristiano

no excluye a nadie, hace espacio a todos.

Después de curar al leproso, Jesús le manda que no hable de ello con nadie, pero le dice: «Vete, muéstrate al sacerdote y haz la ofrenda por tu purificación como prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio» (Lc 5, 14). Esta disposición de Jesús muestra al menos tres cosas. La primera: la gracia que obra en nosotros no busca el sensacionalismo. A menudo se mueve con discreción y sin clamor. Para curar nuestras heridas y

guiarnos por la senda de la  
santidad ella trabaja  
modelando pacientemente  
nuestro corazón según el  
Corazón del Señor, de tal modo  
que asimilemos cada vez más  
sus pensamientos y  
sentimientos. La segunda:  
haciendo verificar oficialmente  
por los sacerdotes la curación  
realizada y celebrando un  
sacrificio expiatorio, el leproso  
es readmitido en la comunidad  
de los creyentes y en la vida  
social. Su reintegro completa la  
curación. Como él mismo lo  
había suplicado, ahora está

completamente purificado. Por último, presentándose a los sacerdotes el leproso testimonia ante ellos acerca de Jesús y su autoridad mesiánica. La fuerza de la compasión con la cual Jesús curó al leproso condujo la fe de este hombre a abrirse a la misión. Era un excluido, ahora es uno de nosotros.

Pensemos en nosotros, en nuestras miserias... Cada uno tiene las propias. Pensemos con sinceridad. Cuántas veces las tapamos con la hipocresía de las «buenas formas». Y

precisamente entonces es necesario estar solos, ponerse de rodillas ante Dios y rezar: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Hacedlo, hacedlo antes de ir a la cama, todas las noches. Y ahora digamos juntos esta hermosa oración: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».

## **Saludos**

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que movidos por la humildad y la confianza

de la petición del leproso, nos sintamos todos necesitados de la sanación del Señor, y aprendamos a acercarnos al pobre y al excluido reconociendo en ellos al mismo Cristo. Muchas gracias.

24 de junio de 2016. Palabras durante el vuelo Roma-Ereván.

*Viernes.*

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

**Padre Lombardi:**

Santo Padre, sea bienvenido entre nosotros. Le presentamos nuestro saludo como comunidad "volante" de sus amigos y colaboradores periodistas. Como es habitual en estos viajes, somos un poco



más de 70 periodistas;  
representamos, como siempre,  
a muchos países y a diferentes  
medios de comunicación. Nos  
dicen que en Armenia hay  
acreditados más de 600  
periodistas, que nos esperan  
allá, para completar el trabajo  
sobre la marcha. Sabemos que  
durante el vuelo de regreso  
tendrá con nosotros la  
acostumbrada conferencia de  
preguntas y respuestas;  
también en esa ocasión  
procederemos como se hace  
siempre, pero ahora esperamos  
poder darle la mano y

saludarlo. Pero creo que esta mañana todos nosotros, como periodistas, tenemos en mente dos preguntas sobre las que quisiéramos que usted nos dijera algo. Luego, lo dejamos en paz hasta el vuelo de regreso.

Las dos preguntas son: Una, la primera, que hace referencia a su continente, es decir a la buena noticia que tuvimos ayer de Colombia, sobre el avance del proceso de paz allí, en Colombia; y la segunda, con la que nos levantamos esta mañana, que se refiere en

cambio al continente europeo y al resultado del referéndum sobre la *Brexit*. Si pudiera decirnos algo acerca de estas dos cuestiones, lo dejamos después saludar con calma.

### **Papa Francisco:**

Buenos días a todos y gracias, muchas gracias por su compañía y por su trabajo.

Muchas gracias. Pido disculpas por tener que darle la espalda a algunos, aunque dicen que los ángeles no tienen espalda.

Sobre la primera pregunta, me siento muy feliz por la noticia que me llegó ayer. Son más de

cincuenta años de guerra, de guerrilla, de tanta sangre derramada. Es una hermosa noticia y espero que los países que han trabajado para conseguir la paz y que garantizan que ese proceso avance, lo "blinden", hasta el punto de que sea imposible volver otra vez, por ningún motivo interno o externo, a un estado de guerra. Van mis mejores deseos para Colombia, que está dando ahora este paso.

Con respecto a la segunda pregunta, supe del resultado

final del referéndum aquí en el avión, pues cuando salí de casa sólo le di una mirada a *Il Messaggero*, que aún no mencionaba nada definitivo. Es la voluntad expresada por el pueblo, y nos pide a todos nosotros actuar con gran responsabilidad para garantizar el bien del pueblo del Reino Unido y también el bien y la convivencia de todo el continente europeo. Así lo espero.

Muchas gracias. Nos veremos de nuevo en el viaje de regreso. Gracias, muchas

gracias de nuevo.

**Padre Lombardi:**

Gracias, muchas gracias

Santidad.

24 de junio de 2016. Discurso  
en la visita de oración a la  
catedral apostólica.

*Echmiadzin.*

*Viernes.*

Viaje apostólico del Santo  
Padre Francisco a Armenia (24-  
26 de junio de 2016)

*Santidad, Venerado hermano,  
Patriarca Supremo y Catholicós  
de Todos los Armenios,  
Estimados hermanos y  
hermanas en Cristo*

Crucé con emoción el umbral de este lugar sagrado, testigo de la historia de vuestro pueblo, centro que irradia su espiritualidad; y considero un don precioso de Dios el poder acercarme al santo altar desde el cual se difunde la luz de Cristo en Armenia. Saludo al Catholicós de Todos los Armenios, Su Santidad Karekin II, a quien le agradezco de corazón la grata invitación a visitar Santa Etchmiadzin, a los arzobispos y a los obispos de la Iglesia Apostólica Armenia, y doy las gracias a todos por la



cordial y alegre bienvenida que me han deparado. Gracias, Santidad, por haberme acogido en su casa; este elocuente signo de amor dice, mucho más que las palabras, lo que significa la amistad y la caridad fraterna.

En esta solemne ocasión, doy gracias a Dios por la luz de la fe encendida en vuestra tierra, la fe que confirió a Armenia su identidad peculiar y la hizo mensajera de Cristo entre las naciones. Cristo es vuestra gloria, vuestra luz, el sol que os ha iluminado y dado una

nueva vida, que os ha acompañado y sostenido, especialmente en los momentos de mayor prueba. Me inclino ante la misericordia del Señor, que ha querido que Armenia se convirtiese en la primera nación, desde el año 301, en acoger el cristianismo como su religión, en un tiempo en el que todavía arreciaban las persecuciones en el Imperio Romano.

La fe en Cristo no ha sido para Armenia como un vestido que se puede poner o quitar en función de las circunstancias o

conveniencias, sino una realidad constitutiva de su propia identidad, un don de gran valor que se debe recibir con alegría, y custodiar con atención y fortaleza, a precio de la misma vida. Como escribió san Juan Pablo II, «Con el "bautismo" de la comunidad armenia, [...] nació una identidad nueva del pueblo, que llegaría a ser parte constitutiva e inseparable del mismo ser armenio. Desde entonces ya no será posible pensar que, entre los componentes de esa identidad,

no figure la fe en Cristo, como constitutivo esencial» (Carta. ap. *En el XVII centenario del bautismo del pueblo armenio*, 2 febrero 2001, 2). Que el Señor os bendiga por este testimonio luminoso de fe, que muestra de manera ejemplar la poderosa eficacia y fecundidad del bautismo recibido hace más de mil setecientos años con el signo elocuente y santo del martirio, que ha sido un elemento constante en la historia de vuestro pueblo. Doy gracias al Señor por el camino que la Iglesia católica y

la Iglesia Apostólica Armenia han recorrido a través de un diálogo sincero y fraterno, con el fin de llegar a compartir plenamente la mesa eucarística. Que el Espíritu Santo nos ayude a realizar esa unidad por la cual pidió Nuestro Señor, para que sus discípulos sean uno y el mundo crea. Me es grato recordar aquí el impulso decisivo dado a la intensificación de las relaciones y al fortalecimiento del diálogo entre nuestras dos iglesias en los últimos tiempos por Su Santidad Vasken I y Karekin I,

san Juan Pablo II y Benedicto XVI. Entre las etapas particularmente significativas de este compromiso ecuménico, recuerdo la conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX, en el contexto del Gran Jubileo del año 2000; la entrega a vuestra Santidad de la reliquia del Padre de la Armenia cristiana, San Gregorio el Iluminador, para la nueva catedral de Ereván; la Declaración Conjunta de Su Santidad Juan Pablo II y de Vuestra Santidad, firmada precisamente aquí, en Santa

Etchmiadzin; y las visitas que  
Vuestra Santidad ha hecho al  
Vaticano con motivo de grandes  
eventos y conmemoraciones.  
El mundo, desgraciadamente,  
está marcado por las divisiones  
y los conflictos, así como por  
formas graves de pobreza  
material y espiritual, incluida la  
explotación de las personas,  
incluso de niños y ancianos, y  
espera de los cristianos un  
testimonio de mutua estima y  
cooperación fraterna, que haga  
brillar ante toda conciencia el  
poder y la verdad de la  
resurrección de Cristo. El

compromiso paciente y renovado hacia la plena unidad, la intensificación de las iniciativas comunes y la colaboración entre todos los discípulos del Señor con vistas al bien común, son como luz brillante en una noche oscura, y una llamada a vivir también las diferencias en la caridad y en la mutua comprensión. El espíritu ecuménico adquiere un valor ejemplar, incluso fuera de los límites visibles de la comunidad eclesial, y representa para todos una fuerte llamada a componer las



divergencias mediante el diálogo y la valorización de lo que une. Esto impide también la instrumentalización y la manipulación de la fe, porque obliga a redescubrir las genuinas raíces, a comunicar, defender y propagar la verdad en el respeto de la dignidad de todo ser humano y con modos que trasparenten la presencia de ese amor y de aquella salvación, que se quiere difundir. Se ofrece de este modo al mundo —que tiene necesidad urgente de ello— un convincente testimonio de que

Cristo está vivo y operante, capaz de abrir siempre nuevas vías de reconciliación entre las naciones, las civilizaciones y las religiones. Se confirma y se hace creíble que Dios es amor y misericordia.

Queridos hermanos, cuando nuestro actuar está inspirado y movido por la fuerza del amor de Cristo, crece el conocimiento y la estima recíproca, se crean mejores condiciones para un camino ecuménico fructífero y, al mismo tiempo, se muestra a todas las personas de buena voluntad, y a toda la sociedad,

una vía concreta y factible para armonizar los conflictos que desgarran la vida civil y producen divisiones difíciles de sanar. Que Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por intercesión de María Santísima, san Gregorio el Iluminador, «Columna de Luz de la Santa Iglesia de los Armenios», y san Gregorio de Narek, Doctor de la Iglesia, os bendiga a todos y a toda la Nación armenia, y la guarde siempre en la fe que ha recibido de los padres y que gloriosamente ha testimoniado

a lo largo de los siglos.

24 de junio de 2016. Discurso  
en el encuentro con las  
autoridades civiles y con el  
cuerpo diplomático.

*Palacio Presidencial.*

*Viernes.*

Viaje apostólico del Santo  
Padre Francisco a Armenia (24-  
26 de junio de 2016)

*Señor Presidente,  
Excelentísimas Autoridades,  
Ilustrísimos miembros del  
Cuerpo Diplomático,*

## *Señoras y señores:*

Es para mí un motivo de gran alegría estar aquí y pisar el suelo de esta tierra armenia tan querida; visitar un pueblo de ricas y antiguas tradiciones, que ha testimoniado valientemente su fe, que ha sufrido mucho, pero que siempre ha vuelto a renacer. «Nuestro cielo turquesa, el agua limpia, el lago de luz, el sol en verano y en invierno el fiero bóreas, [...] la piedra de los milenios, [...] los libros grabados con el estilo, que se convierten en oración»

(Yeghishe Charents, *Oda a Armenia*). Estas son algunas de las impresionantes imágenes que un ilustre poeta vuestro nos ofrece para entender la profundidad de la historia y la belleza de la naturaleza de Armenia. En pocas palabras se expresa el eco y la hondura de la experiencia gloriosa y dramática de un pueblo y su conmovedor amor por la patria. Señor Presidente, le agradezco vivamente sus gentiles palabras de bienvenida, que me ha dirigido en nombre del Gobierno y de los habitantes de

Armenia, así como su amable invitación que me consiente devolverle la visita que usted realizó el año pasado al Vaticano, cuando participó en la solemne celebración en la Basílica de San Pedro, junto con Su Santidad Karekin II, Patriarca Supremo y Catholicós de Todos los Armenios, y Aram I, Catholicós de la Gran Casa de Cilicia, y Su Beatitud Nerses Bedros XIX, Patriarca de Cilicia de los Armenios, recientemente desaparecido. En aquella ocasión se recordó el centenario del *Metz Yeghérn*, el



«Gran Mal», que azotó a vuestro pueblo y causó la muerte de una gran multitud de personas. Aquella tragedia, aquel genocidio, por desgracia, inauguró la triste lista de las terribles catástrofes del siglo pasado, causadas por aberrantes motivos raciales, ideológicos o religiosos, que cegaron la mente de los verdugos hasta el punto de proponerse como objetivo la aniquilación de poblaciones enteras. Es muy triste que, sea en este caso como en los otros dos, las grandes potencias

miraban hacia otro lado.  
Rindo homenaje al pueblo armenio, que, iluminado por la luz del Evangelio incluso en los momentos más trágicos de su historia, siempre ha encontrado en la cruz y en la resurrección de Cristo la fuerza para levantarse de nuevo y reemprender el camino con dignidad. Esto revela la profundidad de las raíces de su fe cristiana y el inmenso tesoro de consuelo y de esperanza que contiene. Teniendo ante los ojos los terribles efectos que en el siglo pasado causaron el

odio, los prejuicios y el deseo desenfrenado de poder, espero sinceramente que la humanidad sea capaz de aprender de esas trágicas experiencias a actuar con responsabilidad y sabiduría para evitar el peligro de volver a caer en tales horrores. Que todos multipliquen sus esfuerzos para que en las disputas internacionales prevalezca siempre el diálogo, la búsqueda constante y auténtica de la paz, la cooperación entre los Estados y el compromiso inquebrantable

de las organizaciones internacionales para crear un clima de confianza que favorezca el logro de acuerdos permanentes, que miren hacia el futuro.

La Iglesia Católica desea cooperar activamente con todos los que se preocupan por el destino de la humanidad y el respeto de los derechos humanos, para que en el mundo prevalezcan los valores espirituales, desenmascarando a todos los que desfiguran su sentido y su belleza. A este respecto, es vital que todos los

que confiesan su fe en Dios unan sus fuerzas para aislar a quien se sirva de la religión para llevar a cabo proyectos de guerra, de opresión y de persecución violenta, instrumentalizando y manipulando el santo nombre Dios.

En la actualidad, igual e incluso tal vez más que en la época de los primeros mártires, los cristianos son discriminados y perseguidos en algunos lugares por el mero hecho de profesar su fe, mientras que en diversas zonas del mundo no se

encuentra solución satisfactoria a muchos conflictos, causando dolor, destrucción y el desplazamiento forzado de poblaciones enteras. Es indispensable, por tanto, que los responsables del destino de las naciones pongan en marcha, con valor y sin demora, iniciativas dirigidas a poner fin a este sufrimiento, y que tengan como objetivo primario la búsqueda de la paz, la defensa y la acogida de los que son objeto de ataques y persecuciones, la promoción de la justicia y de un desarrollo

sostenible. El pueblo armenio ha experimentado estas situaciones en primera persona; conoce el sufrimiento y el dolor, conoce la persecución; conserva en su memoria, no sólo las heridas del pasado, sino también el espíritu que le ha permitido empezar siempre de nuevo. Así pues, yo lo animo a no dejar de ofrecer su valiosa colaboración a la comunidad internacional. Este año se cumple el 25 aniversario de la independencia de Armenia. Es un evento para alegrarse y una ocasión para

rememorar lo conseguido y proponerse nuevas metas. Las celebraciones por este feliz aniversario serán mucho más significativas si se convierten para todos los armenios, en la Patria y en la diáspora, en un momento especial para reunir y coordinar las energías, con el fin de promover un desarrollo civil y social del País, justo e inclusivo. Se trata de vigilar constantemente para que no se dejen de cumplir los imperativos morales de una justicia igual para todos y de solidaridad con los más débiles



y desfavorecidos (cf. Juan Pablo II, *Discurso de despedida de Armenia*, 27 septiembre 2001). La historia de vuestro país está unida a su identidad cristiana, custodiada durante siglos. Esta identidad cristiana, en vez de ser un obstáculo para una sana laicidad del Estado, más bien la reclama y la alimenta, favoreciendo participación ciudadana de todos los miembros de la sociedad, la libertad religiosa y el respeto a las minorías. La cohesión de todos los armenios, y el creciente esfuerzo por

encontrar caminos que ayuden a superar las tensiones con algunos países vecinos, harán que sea más fácil lograr estos importantes objetivos, inaugurando para Armenia una época de auténtico renacimiento.

La Iglesia Católica, por su parte, a pesar de estar presente en el país con recursos humanos limitados, se complace en ofrecer su contribución al crecimiento de la sociedad, sobre todo con su actividad orientada hacia los más débiles y los más pobres,

en el campo sanitario y educativo, y concretamente en el de la caridad, como lo demuestra el trabajo realizado desde hace veinticinco años por el hospital «*Redemptoris Mater*», en Ashotzk, las actividades del Instituto educativo a Ereván, las iniciativas de *Caritas Armenia* y las obras gestionadas por las Congregaciones religiosas. Dios bendiga y proteja a Armenia, tierra iluminada por la fe, por el valor de los mártires, por la esperanza, que es más fuerte que cualquier

sufrimiento.

25 de junio de 2016. Discurso  
en el encuentro ecuménico y  
oración por la paz.

*Ereván, Plaza de la República.*

*Sábado.*

Viaje apostólico del Santo  
Padre Francisco a Armenia (24-  
26 de junio de 2016)

*Venerado y querido hermano,  
Patriarca supremo y Catholicós  
de todos los armenios,  
Señor Presidente,  
Queridos hermanos y hermanas*

La bendición y la paz de Dios estén con todos vosotros.

Mucho he deseado visitar esta querida tierra, vuestro País que fue el primero en abrazar la fe cristiana. Es una gracia para mí encontrarme en estas montañas, donde, bajo la mirada del monte Ararat, también el silencio parece que nos habla; donde *loskhatchkar* —las cruces de piedra— narran una historia única, impregnada de fe sólida y sufrimiento enorme, una historia rica de grandes testigos del Evangelio, de los que sois

herederos. He venido como peregrino desde Roma para encontrarme con vosotros y para manifestaros un sentimiento que brota desde la profundidad del corazón: es el afecto de vuestro hermano, es el abrazo fraterno de toda la Iglesia Católica, que os quiere y que está cerca de vosotros. En los años pasados, se han intensificado, gracias a Dios, las visitas y los encuentros entre nuestras Iglesias, siendo siempre muy cordiales y con frecuencia memorables. La Providencia ha querido que, en

el mismo día en el que se recuerdan los santos Apóstoles de Cristo, estemos juntos nuevamente para reforzar la comunión apostólica entre nosotros. Estoy muy agradecido a Dios por la «real e íntima unidad» entre nuestras Iglesias (cf. Juan Pablo II, *Celebración ecuménica*, Ereván, 26 septiembre 2001) y os agradezco vuestra fidelidad al Evangelio, frecuentemente heroica, que es un don inestimable para todos los cristianos. Nuestro reencuentro no es un intercambio de ideas,



sino un intercambio de dones (cf. Id., Carta enc. *Ut unum sint*, 28): recojamos lo que el Espíritu ha sembrado en nosotros, como un don para cada uno (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 246). Compartamos con gran alegría los muchos pasos de un camino común que ya está muy avanzado, y miremos verdaderamente con confianza al día en que, con la ayuda de Dios, estaremos unidos junto al altar del sacrificio de Cristo, en la plenitud de la comunión eucarística. Hacia esa meta tan

deseada «somos peregrinos, y peregrinamos juntos [...] hay que confiar el corazón al compañero de camino sin celos, sin desconfianzas» (*ibíd.*, 244).

En este trayecto nos preceden y acompañan muchos testigos, de modo particular tantos mártires que han sellado con la sangre la fe común en Cristo: son nuestras estrellas en el cielo, que resplandecen sobre nosotros e indican el camino que nos falta por recorrer en la tierra hacia la comunión plena. Entre los grandes Padres, deseo

mencionar al santo Catholicós Nerses Shnorhali. Él manifestaba un amor grande y extraordinario por su pueblo y sus tradiciones, y, al mismo tiempo, estaba abierto a las otras Iglesias, incansable en la búsqueda de la unidad, deseoso de realizar la voluntad de Cristo: que los creyentes «sean uno» (*Jn 17,21*). En efecto, la unidad no es un beneficio estratégico para buscar mutuos intereses, sino lo que Jesús nos pide y que depende de nosotros cumplir con buena voluntad y con todas las fuerzas, para

realizar nuestra misión: ofrecer al mundo, con coherencia, el Evangelio.

Para lograr la unidad necesaria no basta, según san Nerses, la buena voluntad de alguien en la Iglesia: es indispensable la oración de todos. Es hermoso estar aquí reunidos para rezar unos *por* otros, unos *con* otros. Y es sobre todo el don de la oración que he venido a pedir os esta tarde. Por mi parte, os aseguro que, al ofrecer el Pan y el Cáliz en el altar, no dejo de presentar al Señor a la Iglesia de Armenia y a vuestro querido

pueblo.

San Nerses advertía la necesidad de acrecentar el amor recíproco, porque sólo la caridad es capaz de sanar la memoria y curar las heridas del pasado: sólo el amor borra los prejuicios y permite reconocer que la apertura al hermano purifica y mejora las propias convicciones. Para el santo Catholicós, es esencial imitar en el camino hacia la unidad el estilo del amor de Cristo, que «siendo rico» (2 Co 8,9), «se humilló a sí mismo» (Flp 2,8). Siguiendo su ejemplo, estamos

llamados a tener la valentía de dejar las convicciones rígidas y los intereses propios, en nombre del amor que se abaja y se da, en nombre del amor *humilde*: este es el aceite bendecido de la vida cristiana, el unguento espiritual precioso que cura, fortifica y santifica. «Suplimos las faltas con caridad unánime», escribía san Nerses (*Cartas de Nerses Shnorhali, Catholicós de los Armenios*, Venecia 1873, 316), e incluso —hacía entender— con una particular dulzura de amor, que ablande la dureza de

los corazones de los cristianos, también de los que a veces están replegados en sí mismos y en sus propios beneficios. No los cálculos ni los intereses, sino el amor humilde y generoso atrae la misericordia del Padre, la bendición de Cristo y la abundancia del Espíritu Santo. Rezando y «amándonos intensamente unos a otros con corazón puro» (cf. *1 P* 1, 22), con humildad y apertura de ánimo, dispongámonos a recibir el don de la unidad. Sigamos nuestro camino con determinación, más

aún corramos hacia la plena comunión entre nosotros.

«La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo» (*Jn 14,27*). Hemos escuchado estas palabras del Evangelio, que nos disponen a implorar de Dios esa paz que el mundo tanto se esfuerza por encontrar. ¡Qué grandes son hoy los obstáculos en el camino de la paz y qué trágicas las consecuencias de las guerras! Pienso en las poblaciones forzadas a abandonar todo, de modo particular en Oriente Medio, donde muchos de



nuestros hermanos y hermanas sufren violencia y persecución a causa del odio y de conflictos, fomentados siempre por la plaga de la proliferación y del comercio de armas, por la tentación de recurrir a la fuerza y por la falta de respeto a la persona humana, especialmente a los débiles, a los pobres y a los que piden sólo una vida digna.

No dejo de pensar en las pruebas terribles que vuestro pueblo ha experimentado: Apenas ha pasado un siglo del "Gran Mal" que se abatió sobre

vosotros. Ese «exterminio terrible y sin sentido» (Saludo al comienzo de la *Santa Misa para los fieles de rito armenio*, 12 abril 2015), este trágico misterio de iniquidad que vuestro pueblo ha experimentado en su carne, permanece impreso en la memoria y arde en el corazón. Quiero reiterar que vuestros sufrimientos nos pertenecen: «son los sufrimientos de los miembros del Cuerpo místico de Cristo» (Juan Pablo II, *Carta apostólica en ocasión del XVII centenario del bautismo del*

*pueblo armenio, 7*); recordarlos no es sólo oportuno, sino necesario: que sean una advertencia en todo momento, para que el mundo no caiga jamás en la espiral de horrores semejantes.

Al mismo tiempo, deseo recordar con admiración cómo la fe cristiana, «incluso en los momentos más trágicos de la historia armenia, ha sido el estímulo que ha marcado el inicio del renacimiento del pueblo probado» (*ibíd.*, 276). Esta es vuestra verdadera fuerza, que permite abrirse a la

vía misteriosa e salvífica de la Pascua: las heridas que permanecen abiertas y que han sido producidas por el odio feroz e insensato, pueden en cierto modo conformarse a las de Cristo resucitado, a esas heridas que le fueron infligidas y que tiene impresas todavía en su carne. Él las mostró gloriosas a los discípulos la noche de Pascua (cf. *Jn 20,20*): esas heridas terribles de dolor padecidas en la cruz, transfiguradas por el amor, son fuente de perdón y de paz. Del mismo modo, también el dolor

más grande, transformado por el poder salvífico de la cruz, de la cual los Armenios son heraldos y testigos, puede ser una semilla de paz para el futuro.

La memoria, traspasada por el amor, es capaz de adentrarse por senderos nuevos y sorprendentes, donde las tramas del odio se transforman en proyectos de reconciliación, donde se puede esperar en un futuro mejor *para* todos, donde son «dichosos los que trabajan por la paz» (*Mt 5,9*). Hará bien a todos comprometerse para

poner las bases de un futuro que no se deje absorber por la fuerza engañosa de la venganza; un futuro, donde no nos cansemos jamás de crear las condiciones por la paz: un trabajo digno para todos, el cuidado de los más necesitados y la lucha sin tregua contra la corrupción, que tiene que ser erradicada.

Queridos jóvenes , este futuro os pertenece, pero sabiendo aprovechar la gran sabiduría de vuestros ancianos. Desead ser constructores de paz: no notarios del *status quo*, sino

promotores activos de una cultura del encuentro y de la reconciliación. Que Dios bendiga vuestro futuro y «haga que se retome el camino de reconciliación entre el pueblo armenio y el pueblo turco, y que la paz brote también en el Nagorno Karabaj» (*Mensaje a los Armenios*, 12 abril 2015). Por último, quiero evocar en esta perspectiva a otro gran testigo y artífice de la paz de Cristo, san Gregorio de Narek, que he proclamado Doctor de la Iglesia. Podría ser definido también «Doctor de la paz». Así

escribía en ese extraordinario *Libro* que me gusta considerar como la «constitución espiritual del pueblo armenio»: «Recuérdate, [Señor, ...] de los que en la estirpe humana son nuestros enemigos, pero por el bien de ellos: concede a ellos perdón y misericordia. [...] No extermines a los que me muerden, transfórmalos. Extirpa la viciosa conducta terrena y planta la buena en mí y en ellos» (*Libro de las Lamentaciones*, 83, 1-2). Narek, «partícipe



profundamente consciente de toda necesidad» (*Libro de las Lamentaciones*, 83, 3,2), ha querido identificarse incluso con los débiles y los pecadores de todo tiempo y lugar, para interceder en favor de todos (cf. *ibíd.*, 31,3; 32,1; 47,2): se ha hecho «“ofrenda de oración” de todo el mundo» (*Libro de las Lamentaciones*, 83, 28,2). Su solidaridad universal con la humanidad es un gran mensaje cristiano de paz, un grito vehemente que implora misericordia para todos. Los armenios, presentes en muchos

países y a quienes deseo abrazar fraternalmente desde aquí, son mensajeros de este deseo de comunión. Todo el mundo necesita de vuestro mensaje, necesita de vuestra presencia, necesita de vuestro testimonio más puro. Que la paz esté con vosotros.

*25 de junio de 2016. Homilía del Santo Padre en la Santa Misa.*

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

*Gyumri, Plaza Vartanants.*

*Sábado.*

«Reconstruirán sobre ruinas antiguas [...] renovarán ciudades devastadas» (*Is 61,4*). En estos lugares, queridos hermanos y hermanas,

podemos decir que se han cumplido las palabras del profeta Isaías que hemos escuchado. Después de la terrible devastación del terremoto, estamos hoy aquí para dar gracias a Dios por todo lo que ha sido reconstruido. Pero también podríamos preguntarnos: ¿Qué es lo que el Señor quiere que construyamos *hoy* en la vida?, y ante todo: ¿*Sobre qué cimiento* quiere que construyamos nuestras vidas? Quisiera responder a estas preguntas proponiendo *tres*

*bases estables* sobre las que edificar y reconstruir incansablemente la vida cristiana.

La primera base es la *memoria*. Una gracia que tenemos que pedir es la de saber recuperar la memoria, la memoria de lo que el Señor ha hecho en nosotros y por nosotros: recordar que, como dice el Evangelio de hoy, él no nos ha olvidado, sino que se «acuerda» (cf. *Lc 1,72*) de nosotros: nos ha elegido, amado, llamado y perdonado; hay momentos importantes de

nuestra historia personal de amor con él que debemos reavivar con la mente y el corazón. Pero hay también otra memoria que se ha de custodiar: la memoria del pueblo. Los pueblos, en efecto, tienen una memoria, como las personas. Y la memoria de vuestro pueblo es muy antigua y valiosa. En vuestras voces resuenan la de los santos sabios del pasado; en vuestras palabras se oye el eco del que ha creado vuestro alfabeto con el fin de anunciar la Palabra de Dios; en vuestros cantos se

mezclan los llantos y las alegrías de vuestra historia. Pensando en todo esto, podéis reconocer sin duda la presencia de Dios: él no os ha dejado solos. Incluso en medio de tremendas dificultades, podríamos decir con el Evangelio de hoy que el Señor ha visitado a su pueblo (cf. *Lc 1,68*): se ha acordado de vuestra fidelidad al Evangelio, de las primicias de vuestra fe, de todos los que han dado testimonio, aun a costa de la sangre, de que el amor de Dios vale más que la vida

(cf. *Sal* 63,4). Qué bueno es recordar con gratitud que la fe cristiana se ha convertido en el aliento de vuestro pueblo y el corazón de su memoria.

*La fe* es también la esperanza para vuestro futuro, la luz en el camino de la vida, y es la segunda base de la que quisiera hablaros. Existe siempre un peligro que puede ensombrecer la luz de la fe: es la tentación de considerarla como algo del pasado, como algo importante, pero perteneciente a otra época, como si la fe fuera un libro



miniado para conservar en un museo. Sin embargo, si se la relega a los anales de la historia, la fe pierde su fuerza transformadora, su intensa belleza, su apertura positiva a todos. La fe, en cambio, nace y renace en el encuentro vivificante con Jesús, en la experiencia de su misericordia que ilumina todas las situaciones de la vida. Es bueno que revivamos todos los días este encuentro vivo con el Señor. Nos vendrá bien leer la Palabra de Dios y abrirnos a su amor en el silencio de la

oración. Nos vendrá bien dejar que el encuentro con la ternura del Señor ilumine el corazón de alegría: una alegría más fuerte que la tristeza, una alegría que resiste incluso ante el dolor, transformándose en paz. Todo esto renueva la vida, que se vuelva libre y dócil a las sorpresas, lista y disponible para el Señor y para los demás. También puede suceder que Jesús llame para seguirlo más de cerca, para entregar la vida por él y por los hermanos: cuando os invite, especialmente a vosotros jóvenes, no tengáis

miedo, dadle vuestro «sí». Él nos conoce, nos ama de verdad, y desea liberar nuestro corazón del peso del miedo y del orgullo. Dejándole entrar, seremos capaces de irradiar amor. De esta manera, podréis dar continuación a vuestra gran historia de evangelización, que la Iglesia y el mundo necesitan en esta época difícil, pero que es también tiempo de misericordia.

La tercera base, después de la memoria y de la fe, es el *amor misericordioso*: la vida del discípulo de Jesús se basa en

esta roca, la roca del amor recibido de Dios y ofrecido al prójimo. El rostro de la Iglesia se rejuvenece y se vuelve atractivo viviendo la caridad. El amor concreto es la tarjeta de visita del cristiano: otras formas de presentarse son engañosas e incluso inútiles, porque todos conocerán que somos sus discípulos si nos amamos unos a otros (cf. *Jn* 13,35). Estamos llamados ante todo a construir y reconstruir, sin desfallecer, caminos de comunión, a construir puentes de unión y

superar las barreras que separan. Que los creyentes den siempre ejemplo, colaborando entre ellos con respeto mutuo y con diálogo, a sabiendas de que «la única competición posible entre los discípulos del Señor es buscar quién es capaz de ofrecer el amor más grande» (Juan Pablo II, *Homilía*, 27 septiembre 2001).

El profeta Isaías, en la primera lectura, nos ha recordado que el espíritu del Señor está siempre con el que lleva la buena noticia a los pobres, cura los corazones desgarrados y

consuela a los afligidos (cf. 61,1-2). Dios habita en el corazón del que ama; Dios habita donde se ama, especialmente donde se atiende, con fuerza y compasión, a los débiles y a los pobres. Hay mucha necesidad de esto: se necesitan cristianos que no se dejen abatir por el cansancio y no se desanimen ante la adversidad, sino que estén disponibles y abiertos, dispuestos a servir; se necesitan hombres de buena voluntad, que con hechos y no sólo con palabras ayuden a los

hermanos y hermanas en dificultad; se necesitan sociedades más justas, en las que cada uno tenga una vida digna y ante todo un trabajo justamente retribuido.

Tal vez podríamos preguntarnos: ¿Cómo se puede ser misericordiosos con todos los defectos y miserias que cada uno ve dentro de sí y a su alrededor? Quiero fijarme en el ejemplo concreto de un gran heraldo de la misericordia divina, cuya figura he querido resaltar declarándolo Doctor de la Iglesia universal: san

Gregorio de Narek, palabra y voz de Armenia. Nadie como él ha sabido penetrar en el abismo de miseria que puede anidar en el corazón humano. Sin embargo, él ha puesto siempre en relación las miserias humanas con la misericordia de Dios, elevando una súplica insistente hecha de lágrimas y confianza en el Señor, «dador de los dones, bondad por naturaleza [...], voz de consolación, noticia de consuelo, impulso de gozo, [...] ternura inigualable, misericordia desbordante, [...]



beso salvífico» (*Libro de las Lamentaciones*, 3,1), con la seguridad de que «la luz de [su] misericordia nunca será oscurecida por las tinieblas de la rabia» (*ibíd.*, 16,1). Gregorio de Narek es un maestro de vida, porque nos enseña que lo más importante es reconocerse *necesitados de misericordia* y después, frente a la miseria y las heridas que vemos, no encerrarnos en nosotros mismos, sino abrirnos con sinceridad y confianza al Señor, «Dios cercano, ternura de bondad» (*ibíd.*, 17,2), «lleno

de amor por el hombre, [...] fuego que consume los abrojos del pecado» (*ibíd.*, 16,2).

Por último, me gustaría invocar con sus palabras la misericordia divina y el don de no cansarse nunca de amar: Espíritu Santo, «poderoso protector, intercesor y pacificador, te dirigimos nuestras súplicas [...]

Concédenos la gracia de animarnos a la caridad y a las buenas obras [...] Espíritu de mansedumbre, de compasión, de amor al hombre y de misericordia, [...] tú que eres todo misericordia, [...] ten

piEDAD de nosotros, Señor Dios nuestro, según tu gran misericordia» (*Himno de Pentecostés*).

Al final de esta celebración, deseo expresar vivo agradecimiento al Catholicós Karekin II y al Arzobispo Minassian por las amables palabras que me han dirigido, así como al Patriarca Ghabroyan y a los obispos presentes, a los sacerdotes y a las autoridades que nos han recibido.

Doy las gracias a todos los que habéis participado, viniendo a

Gyumri incluso de diferentes regiones y de la vecina Georgia. Quisiera saludar en particular a los que con tanta generosidad y amor concreto ayudan a los necesitados. Pienso especialmente en el hospital de Ashotsk, inaugurado hace veinticinco años, y conocido como el «Hospital del Papa»: nacido del corazón de san Juan Pablo II, sigue siendo una presencia muy importante y cercana a los que sufren; pienso en las obras que llevan a cabo la comunidad católica local, las Hermanas

Armenias de la Inmaculada Concepción y las Misioneras de la Caridad de la beata Madre Teresa de Calcuta.

Que la Virgen María, nuestra Madre, os acompañe siempre y guíe los pasos de todos en el camino de la fraternidad y de la paz.

26 de junio de 2016. Discurso  
en la participación en la divina  
liturgia en la catedral  
apostólica Armenia.

*Echmiadzín.*

*Domingo.*

Viaje apostólico del Santo  
Padre Francisco a Armenia (24-  
26 de junio de 2016)

*Santidad,*  
*Queridos Obispos,*  
*Hermanos y hermanas*  
Al coronar esta visita, que

tanto he deseado, y para mí ya inolvidable, deseo elevar mi agradecimiento al Señor, junto con el gran himno de alabanza y de acción de gracias que sube de este altar. Vuestra Santidad me ha abierto en estos días las puertas de su casa y hemos experimentado «qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos (*Sal* 133,1). Nos hemos encontrado, nos hemos abrazado fraternalmente, hemos rezado juntos y compartido los dones, las esperanzas y las preocupaciones de la Iglesia de

Cristo, cuyo corazón oímos latir al unísono, y en la que creemos y sentimos como *una*. «Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza [...]. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos» (Ef 4,4-6): con gozo podemos hacer verdaderamente nuestras estas palabras del apóstol Pablo. Nos hemos encontrado precisamente en el signo de los santos Apóstoles. Los santos Bartolomé y Tadeo, que



proclamaron por primera vez el Evangelio en estas tierras, y los santos Pedro y Pablo, que dieron su vida por el Señor en Roma, y que ahora reinan con Cristo en el cielo, se alegran ciertamente al ver nuestro afecto y nuestra aspiración concreta a la plena comunión. Por todo esto doy gracias al Señor, por vosotros y con vosotros: ¡Gloria a Dios! En esta Divina Liturgia, el solemne canto del trisagio se ha elevado al cielo, ensalzando la santidad de Dios; que descienda copiosamente la

bendición del Altísimo sobre la tierra por intercesión de la Madre de Dios, de los grandes santos y doctores, de los mártires, sobre todo de tantos mártires que en este lugar habéis canonizados el año pasado. «El Unigénito que vino aquí» bendiga vuestro camino. Que el Espíritu Santo haga de los creyentes un solo corazón y una sola alma; que venga a *refundarnos en la unidad*. Por eso quisiera invocarlo nuevamente, tomando algunas espléndidas palabras que han entrado en vuestra Liturgia.

Ven, Espíritu, Tú, «que con gemidos incesantes eres nuestro intercesor ante el Padre misericordioso, Tú, que velas por los santos y purificas a los pecadores»; infunde en nosotros tu fuego de amor y unidad, y «que este fuego diluya los motivos de nuestro escándalo» (Gregorio de Narek, *Libro de las Lamentaciones*, 33, 5), ante todo, la falta de unidad entre los discípulos de Cristo. Que la Iglesia Armenia camine en paz, y la comunión entre nosotros sea plena. Que brote

en todos un fuerte anhelo de unidad, una unidad que no debe ser «ni sumisión del uno al otro, ni absorción, sino más bien la aceptación de todos los dones que Dios ha dado a cada uno, para manifestar a todo el mundo el gran misterio de la salvación llevada a cabo por Cristo, el Señor, por medio del Espíritu Santo» (*Palabras al final de la Divina Liturgia*, Iglesia patriarcal de San Jorge, Estambul, 30 noviembre 2014).  
Acojamos la llamada de los santos, escuchemos la voz de los humildes y los pobres, de

tantas víctimas del odio que sufrieron y sacrificaron sus vidas a causa de su fe; tengamos el oído abierto a las jóvenes generaciones, que anhelan un futuro libre de las divisiones del pasado. Que desde este lugar santo se difunda de nuevo una luz radiante; la de la fe, que desde san Gregorio, vuestro padre según el Evangelio, ha iluminado estas tierras, y a ella se una la luz del amor que perdona y reconcilia.

Así como los Apóstoles en la mañana de Pascua, no obstante

las dudas e incertidumbres, corrieron hasta el lugar de la resurrección atraídos por el amanecer feliz de una nueva esperanza (cf. *Jn 20,3-4*), así también sigamos nosotros en este santo domingo la llamada de Dios a la comunión plena y apresuremos el paso hacia ella. Y ahora, Santidad, en nombre de Dios te pido que me bendigas, a mí y a la Iglesia Católica, que bendigas esta nuestra andadura hacia la unidad plena.

26 de junio de 2016. Firma de una declaración conjunta de su Santidad Francisco y de su Santidad Karekin II en la santa Etchmiadzin, República de Armenia.

*Etchmiadzin, Palacio Apostólico.*

*Domingo.*

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

Hoy, en la Santa Etchmiadzin, centro espiritual de todos los

armenios, nosotros, Papa Francisco y el Catholicós de todos los Armenios Karekin II, elevamos nuestras mentes y nuestros corazones en acción de gracias al Todopoderoso por la continua y creciente cercanía en la fe y el amor entre la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica, en su testimonio común del mensaje del Evangelio de la salvación, en un mundo desgarrado por la guerra y deseoso de consuelo y esperanza. Damos gracias a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por



permitirnos reunirnos en la tierra bíblica de Ararat, que permanece como recordatorio de que Dios será siempre nuestra protección y salvación. Nos sentimos espiritualmente gozosos al recordar como en el año 2001, con motivo del 1700 aniversario de la proclamación del cristianismo como religión de Armenia, san Juan Pablo II visitó Armenia y fue testigo de una nueva página en las relaciones cálidas y fraternales entre la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica. Estamos agradecidos por haber

tenido la gracia de reunirnos en una solemne liturgia en la Basílica de San Pedro, en Roma, el 12 de abril de 2015, donde nos comprometimos en nuestra voluntad de oponernos a toda forma de discriminación y violencia, y donde conmemoramos a las víctimas que la Declaración Conjunta de Su Santidad Juan Pablo II y Su Santidad Karekin II indicó como "el exterminio de un millón y medio de cristianos armenios, en lo que se conoce generalmente como el primer genocidio del siglo XX" (27 de

septiembre 2001).

Damos gracias al Señor que hoy la fe cristiana es de nuevo una realidad vibrante en Armenia, y que la Iglesia Armenia lleva a cabo su misión con un espíritu de colaboración fraterna entre las Iglesias, sosteniendo a los fieles en la construcción de un mundo de solidaridad, justicia y paz. Con inmensa tristeza, sin embargo, somos testigos de la inmensa tragedia que se desarrolla ante nuestros ojos, en la que un sin número de personas inocentes están

siendo asesinadas, desplazadas o forzadas a un exilio doloroso e incierto, a causa de los continuos conflictos por motivos étnicos, económicos, políticos y religiosos en el Medio Oriente y en otras partes del mundo. Como resultado, minorías religiosas y étnicas se han convertido en objeto de persecución y tratos crueles, hasta el punto de que sufrir por la propia creencia religiosa se ha convertido en una realidad cotidiana. Los mártires pertenecen a todas las Iglesias y su sufrimiento es un

"ecumenismo de la sangre" que trasciende las divisiones históricas entre los cristianos, y que nos llama a promover la unidad visible de los discípulos de Cristo. Oramos juntos, con la intercesión de los santos apóstoles Pedro y Pablo, Tadeo y Bartolomé, por una conversión del corazón de todos los que cometen este tipo de delitos y también de aquellos que están en condiciones de detener la violencia. Imploramos a los responsables de las naciones que escuchen la súplica de

millones de seres humanos que desean la paz y la justicia en el mundo, que exigen respeto a sus derechos dados por Dios, que tienen urgente necesidad de pan, no de armas. Por desgracia, también asistimos a una presentación de la religión y de los valores religiosos en modo fundamentalista, que se utiliza para justificar la propagación del odio, la discriminación y la violencia. La justificación de este tipo de crímenes sirviéndose de motivaciones religiosas es inaceptable, porque "Dios no es

autor de confusión, sino de paz" (I Corintios 14,33). Por otra parte, el respeto de las diferencias religiosas es condición necesaria para la convivencia pacífica de las diferentes comunidades étnicas y religiosas. Precisamente porque somos cristianos, estamos llamados a buscar y a promover caminos hacia la reconciliación y la paz; y en este sentido, manifestamos también nuestra esperanza en una solución pacífica de los problemas que afectan a Nagorno-Karabaj.

Atentos a lo que Jesús enseñó a sus discípulos cuando dijo: "tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, en la cárcel, y vinisteis a verme" (Mateo 25, 35-36), pedimos a todos los fieles de nuestras Iglesias abrir sus corazones y sus manos a las víctimas de la guerra y del terrorismo, a los refugiados y a sus familias. Se trata del sentido mismo de nuestra humanidad, solidaridad,



compasión y generosidad, que sólo puede expresarse adecuadamente a través de un compromiso práctico e inmediato de ayuda concreta. Reconocemos todo lo que ya se está haciendo, pero insistimos en que aún queda mucho más por hacer de parte de los líderes políticos y de la comunidad internacional para garantizar el derecho de todos a vivir en paz y seguridad, defender el estado de derecho, proteger a las minorías religiosas y étnicas, combatir el tráfico de personas y el

contrabando.

La secularización de amplios sectores de la sociedad, su alienación de lo espiritual y de lo divino, conducen inevitablemente a una visión desacralizada y materialista del hombre y de la familia humana. En este sentido, nos preocupa la crisis de la familia en muchos países. La Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica comparten la misma visión sobre la familia, fundada en el matrimonio, acto de amor gratuito y fiel entre un hombre y una mujer.

Con alegría confirmamos que, a pesar de las continuas divisiones entre los cristianos, reconocemos con más claridad que lo que nos une es mucho más de lo que nos divide. Este es el sólido fundamento sobre el que la unidad de la Iglesia de Cristo se manifestará, según las palabras del Señor, "que todos sean uno" (Jn 17,21). Durante las últimas décadas, la relación entre la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica ha entrado con éxito en una nueva fase, reforzada por nuestra común oración y

los esfuerzos conjuntos para enfrentar los desafíos contemporáneos. Hoy estamos convencidos de la importancia crucial de fomentar esta relación, comprometiéndonos a una colaboración más profunda y decisiva, no sólo en el ámbito de la teología, sino también en la oración y en la cooperación activa a nivel de las comunidades locales, con vistas a compartir la comunión plena y las expresiones concretas de unidad. Instamos a nuestros fieles a trabajar en armonía por la promoción de los valores

cristianos en la sociedad, que contribuyen eficazmente a la construcción de una civilización de la justicia, la paz y la solidaridad humana. El camino de la reconciliación y de la fraternidad está abierto ante nosotros. Que el Espíritu Santo, que nos guía hacia la verdad plena (Juan 16,13), nos sostenga en todos los esfuerzos genuinos para construir puentes de amor y de comunión entre nosotros. Desde la Santa Etchmiadzin hacemos un llamado a todos nuestros fieles a unirse a

nosotros en la oración con la  
plegaria de San Nerses  
Shnorhali: "Glorioso Señor,  
acepta las súplicas de tus  
siervos, y cumple  
misericordiosamente nuestras  
peticiones, por intercesión de la  
Santa Madre de Dios, de San  
Juan Bautista, del primer  
mártir San Esteban, de San  
Gregorio nuestro Iluminador, de  
los santos Apóstoles, Profetas,  
Teólogos, Mártires, Patriarcas,  
Ermitaños, Vírgenes y de todos  
tus Santos en el cielo y en la  
tierra. Y a Ti, oh Santa e  
Indivisible Trinidad, sea gloria y

adoración por los siglos de los siglos. Amén".

*Santa Etchmiadzin, 26 de junio de 2016.*

**Su Santidad Francisco.**

**Su Santidad Karekin II**

28 de junio de 2016. Palabras del Santo Padre Francisco en la conmemoración del 65 aniversario de la ordenación sacerdotal del papa emérito Benedicto XVI.

*Martes.*

PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO.

PALABRAS DEL PAPA EMÉRITO BENEDICTO XVI.

PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO.

*Santidad:*

Hoy festejamos la historia de



una llamada que inició hace sesenta y cinco años con Su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en la catedral de Frisinga el 29 de junio de 1951. Pero, ¿cuál es la nota de fondo que recorre esta larga historia y que desde aquel primer inicio hasta hoy la domina cada vez más?

En una de las muchas bonitas páginas que usted dedica al sacerdocio destaca cómo, en la hora de la llamada definitiva de Simón, Jesús, mirándolo, en el fondo sólo le pregunta una cosa: «¿Me amas?». ¡Cuán

bonito y verdadero es esto!  
Porque es aquí, nos dice usted,  
en ese «¿me amas?» donde el  
Señor funda el apacentar,  
porque sólo si existe el amor al  
Señor Él puede apacentar a  
través de nosotros: «Señor, tú  
lo sabes todo, tú sabes que te  
amo» (cf. *Jn* 21, 15-19). Es  
esta la nota que domina una  
vida entera entregada al  
servicio sacerdotal y a la  
teología, que usted no por  
casualidad definió como «*la  
búsqueda del amado*»; es esto  
lo que usted siempre ha  
testimoniado y testimonia aún

hoy: que lo decisivo en nuestras jornadas —de sol o de lluvia—, aquello de lo cual se desprende todo el resto, es que el Señor esté verdaderamente presente, que lo deseemos, que interiormente estemos cerca de Él, que lo amemos, que de verdad creamos profundamente en Él y creyendo lo amemos de verdad. Es esta forma de amar la que nos llena el corazón, este creer es lo que nos hace caminar seguros y tranquilos sobre las aguas, incluso en medio de la tempestad, precisamente como le sucede a

Pedro. Este amar y este creer es lo que nos permite mirar al futuro no con miedo o nostalgia, sino con alegría, incluso en la edad ya avanzada de nuestra vida.

Y así, precisamente viviendo y testimoniando hoy de un modo tan intenso y luminoso esta única cosa verdaderamente decisiva —tener la mirada y el corazón orientado a Dios—, usted, Santidad, sigue sirviendo a la Iglesia, no deja de contribuir verdaderamente con vigor y sabiduría a su crecimiento; y lo hace desde

ese pequeño Monasterio *Mater Ecclesiae* en el Vaticano que se revela de ese modo como algo distinto a uno de esos rinconcitos olvidados en los cuales la cultura del descarte de hoy tiende a relegar a las personas cuando, con la edad, sus fuerzas disminuyen. Es todo lo contrario. Y esto permita que lo diga con fuerza su sucesor que eligió llamarse Francisco. Porque el camino espiritual de san Francisco inició en San Damián, pero el verdadero lugar amado, el corazón pulsante de la Orden,

allí donde la fundó y donde, al final, entrega su vida a Dios, fue la Porciúncula, la «pequeña porción», el rinconcito junto a la Madre de la Iglesia; junto a María que, por su fe tan firme y por su forma tan íntegra de vivir de amor y en el amor con el Señor, todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Así, la Providencia quiso que usted, querido hermano, llegase a un lugar, por decirlo así, precisamente «franciscano», del cual emana una tranquilidad, una paz, una

fuerza, una confianza, una madurez, una fe, una entrega y una fidelidad que me hacen mucho bien y nos dan mucha fuerza a mí y a toda la Iglesia. Y me permito decir también que de usted viene un sano y alegre sentido del humor. La felicitación con la cual deseo concluir es una felicitación que dirijo a usted y al mismo tiempo a todos nosotros y a toda la Iglesia: que usted, Santidad, pueda seguir sintiendo la mano del Dios misericordioso que lo sostiene, que pueda experimentar y

testimoniarnos el amor de Dios; y que, con Pedro y Pablo, pueda seguir exultando con gran alegría mientras camina hacia la meta de la fe (cf. *1 P* 1, 8-9; *2 Tm* 4, 6-8).

PALABRAS DEL PAPA EMÉRITO  
BENEDICTO XVI.

*Santo Padre, queridos  
hermanos:*

Hace sesenta y cinco años, un hermano que fue ordenado conmigo decidió escribir en el recordatorio de la primera misa, además del nombre y las fechas, sólo una palabra, en



griego: *Eucharistòmen*, convencido de que con esta palabra, en sus muchas dimensiones, ya está dicho todo lo que se puede decir en este momento. *Eucharistòmen* dice un gracias humano, gracias a todos. Gracias sobre todo a usted, Santo Padre. Su bondad, desde el primer momento de la elección, en cada momento de mi vida aquí, me admira, me hace partícipe realmente, interiormente. Más que los jardines vaticanos, con su belleza, es su bondad el lugar donde vivo: me siento

protegido. Gracias también por la palabra de agradecimiento, por todo. Y esperamos que usted pueda seguir adelante con todos nosotros por esta senda de la misericordia divina, mostrando el camino de Jesús, hacia Jesús, hacia Dios.

Gracias también a usted, eminencia [cardenal Sodano], por sus palabras que han tocado verdaderamente el corazón: *Cor ad cor loquitur*. Usted ha recordado tanto la hora de mi ordenación sacerdotal como mi visita en 2006 a Frisinga, donde reviví

esto. Sólo puedo decir que así, con estas palabras, usted ha interpretado lo esencial de mi visión del sacerdocio, de mi obrar. Le agradezco la relación de amistad que desde hace mucho tiempo continúa hasta ahora, de tejado a tejado [se refiere a sus casas que están ubicadas en la misma línea y están cerca]: es casi presente y tangible.

Gracias, cardenal Müller, por el trabajo que hace para la presentación de mis textos sobre el sacerdocio, con los cuales trato de ayudar también

a mis hermanos a entrar siempre de nuevo en el misterio donde el Señor se entrega en nuestras manos. Eucharistòmen: en aquel momento el amigo [Rupert] Berger quería mencionar no sólo la dimensión del agradecimiento humano, sino naturalmente la palabra más profunda que se esconde, que se hace presente en la liturgia, en la Escritura, en las palabras *gratias agens benedixit fregit deditque*. Eucharistoùmen nos remite a esa realidad de dar

gracias, a esa nueva dimensión dada por Cristo. Él transformó en acción de gracias, y así en bendición, la cruz, el sufrimiento, todo el mal del mundo. Y así, fundamentalmente, transubstanció la vida y el mundo; y nos dio y nos da cada día el pan de la vida verdadera, que supera los límites del mundo gracias a la fuerza de su amor.

Al final, queremos entrar en este «gracias» del Señor, y así recibir realmente la novedad de la vida y ayudar en la

transubstanciación del mundo:  
que no sea un mundo de  
muerte, sino de vida; un  
mundo en el cual el amor ha  
vencido la muerte. Gracias a  
todos vosotros. Que el Señor  
nos bendiga a todos.  
Gracias, Santo Padre.

29 de junio de 2016. Homilía en la Santa misa y bendición de los palios para los nuevos arzobispos metropolitanos en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

*Miércoles.*

La Palabra de Dios de esta liturgia contiene un binomio central: *cierre - apertura*. A esta imagen podemos unir el símbolo de las llaves, que Jesús promete a Simón Pedro para que pueda *abrir* la entrada al Reino de los cielos, y

no *cerrarlo* para la gente, como hacían algunos escribas y fariseos hipócritas a los que Jesús reprende (cf. *Mt* 23, 13). La lectura de los Hechos de los Apóstoles (*Hch* 12,1-11) nos presenta *tres encierros*: el de Pedro en la cárcel; el de la comunidad reunida en oración; y –en el contexto cercano de nuestro pasaje– el de la casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde Pedro va a llamar después de haber sido liberado.

Con respecto a los encierros, *la oración* aparece como la



principal vía de salida: salida de la comunidad, que corre el peligro de encerrarse en sí misma debido a la persecución y al miedo; salida para Pedro, que al comienzo de su misión que le había sido confiada por el Señor, es encarcelado por Herodes, y corre el riesgo de ser condenado a muerte. Y mientras Pedro estaba en la cárcel, «la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12,5). Y el Señor responde a la oración y le envía a su ángel para liberarlo, «arrancándolo de la mano de

Herodes» (cf. *Hch* 11). La oración, como humilde abandono en Dios y en su santa voluntad, es siempre una forma de salir de nuestros encierros personales y comunitarios. Es la gran vía de salida de los encerramientos.

También *Pablo*, escribiendo a Timoteo, habla de su experiencia de liberación, la salida del peligro de ser, él también, condenado a muerte; en cambio, el Señor estuvo cerca de él y le dio fuerzas para que pudiera llevar a cabo su trabajo de evangelizar a los

gentiles (cf. 2 *Tm* 4,17). Pero Pablo habla de una «apertura» mucho mayor, hacia un horizonte infinitamente más amplio: el de la vida eterna, que le espera después de haber terminado la «carrera» terrena. Es muy bello ver la vida del Apóstol *toda «en salida» gracias al Evangelio*: toda proyectada hacia adelante, primero para llevar a Cristo a cuantos no le conocen, y luego para saltar, por así decirlo, en sus brazos, y ser llevado por él que lo salvará llevándolo a su reino celestial.» (cf. 2 *Tm* 4,18).

Volvamos a *Pedro*. El relato Evangélico (*Mt 16,13-19*) de su profesión de fe y la consiguiente misión confiada por Jesús nos muestra que la vida de Simón, pescador de Galilea –como la vida de cada uno de nosotros– *se abre*, florece plenamente cuando acoge de Dios la gracia de la fe. Entonces, Simón se pone en el camino –un camino largo y duro– que le llevará a *salir* de sí mismo, de sus seguridades humanas, sobre todo de su orgullo mezclado con valentía y con generoso altruismo. En

este su camino de liberación, es decisiva *la oración* de Jesús: «yo he pedido por ti (Simón), para que tu fe no se apague» (Lc 22,32). Es igualmente decisiva *la mirada llena de compasión* del Señor después de que Pedro le hubiera negado tres veces: una mirada que toca el corazón y disuelve las lágrimas de arrepentimiento (cf. Lc 22,61-62). Entonces Simón Pedro *fue liberado de la prisión de su ego orgulloso, de su ego miedoso*, y superó la tentación de cerrarse a la llamada de Jesús a seguirle por

el camino de la cruz.

Como ya he dicho, en el contexto inmediato del pasaje de los Hechos de los Apóstoles, hay un detalle que nos puede hacer bien resaltar (cf. *Hch* 12,12-17). Cuando Pedro se encuentra milagrosamente libre, fuera de la prisión de Herodes, va a la casa de la madre de Juan, por sobrenombre Marcos. Llama a la puerta, y desde dentro responde una sirvienta llamada Rode, la cual, reconociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir la puerta, incrédula y llena de

alegría corre a contárselo a su señora. El relato, que puede parecer cómico –y que puede dar inicio al así llamado «complejo de Rode»–, nos hace percibir el clima de miedo en el que vivía la comunidad cristiana, que permanecía encerrada en la casa, y cerrada también a las sorpresas de Dios. Pedro llama a la puerta. «Y fíjate», hay miedo, hay alegría, «¿abrimos?, ¿no abrimos?», mientras él está corriendo peligro, pues la policía puede cogerlo. Pero el miedo nos paraliza, nos

paraliza siempre, nos cierra, nos cierra a las sorpresas de Dios Este particular nos habla de la tentación que existe siempre para la Iglesia: de *cerrarse en sí misma* de cara a los peligros. Pero incluso aquí hay un resquicio a través del cual puede pasar a la acción de Dios: dice Lucas que en aquella casa, «había muchos *reunidos en oración*» (Hch 12,12). La oración permite a la gracia abrir una vía de salida: del cerramiento a la apertura, del miedo a la valentía, de la tristeza a la alegría. Y podemos



*añadir, de la división a la  
unidad.* Sí, lo decimos hoy  
junto a nuestros hermanos de  
la delegación enviada por el  
querido Patriarca Ecuménico  
Bartolomé, para participar en la  
fiesta de los Santos Patronos de  
Roma. Una fiesta de comunión  
para toda la Iglesia, como pone  
de manifiesto la presencia de  
los Arzobispos Metropolitanos  
venidos para la bendición de  
Palios, que les serán impuestos  
por mis Representantes en sus  
respectivas sedes.

Que los santos Pedro y Pablo  
intercedan por nosotros, para

que podemos hacer este camino con la alegría, experimentar la acción liberadora de Dios y testimoniarla a todos.

29 de junio de 2016.  
ÁNGELUS.

*Miércoles.*

*Queridos hermanos y  
hermanas, ¡buenos días!*

Celebramos hoy la fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, alabando a Dios por su predicación y su testimonio.

Sobre la fe de estos dos Apóstoles se funda la Iglesia de Roma, que desde siempre los venera como patronos. Pero toda la Iglesia universal los mira con admiración,

considerándolos dos columnas y dos grandes luces que brillan no sólo en el cielo de Roma, sino en el corazón de los creyentes de Oriente y de Occidente.

En el relato de la misión de los Apóstoles, el Evangelio nos dice que Jesús los envió de dos en dos (cf. *Mt* 10, 1; *Lc* 10, 1). En cierto sentido también Pedro y Pablo, desde Tierra Santa, fueron enviados hasta Roma para predicar el Evangelio. Eran dos hombres muy distintos uno del otro: Pedro un «humilde pescador», Pablo

«maestro y doctor», como dice la liturgia de hoy. Pero si aquí en Roma conocemos a Jesús, y si la fe cristiana es parte viva y fundamental del patrimonio espiritual y de la cultura de este territorio, todo ello se debe a la valentía apostólica de estos dos hijos del Cercano Oriente. Ellos, por amor a Cristo, dejaron su patria y, sin preocuparse demasiado por las dificultades del largo viaje, los riesgos y las desconfianzas que encontrarían, llegaron a Roma. Aquí se hicieron anunciadores y testigos del Evangelio entre la

gente, y sellaron con el martirio su misión de fe y de caridad.

Pedro y Pablo hoy vuelven idealmente entre nosotros, recorren las calles de esta ciudad, llaman a la puerta de nuestras casas, pero sobre todo de nuestro corazón. Quieren traer una vez más a Jesús, su amor misericordioso, su consuelo, su paz. ¡Tenemos tanta necesidad de esto!

¡Acojamos su mensaje!

¡Aprendamos de su testimonio!

La fe pura y firme de Pedro, el corazón grande y universal de

Pablo nos ayudarán a ser cristianos alegres, fieles al Evangelio y abiertos al encuentro con todos.

Durante la santa misa en la basílica de San Pedro, hoy por la mañana bendije los palios de los arzobispos metropolitanos nombrados en este último año, provenientes de diversos países.

Renuevo mi saludo y mi felicitación a ellos, a los familiares y a quienes los han acompañado en esta peregrinación; y los aliento a proseguir con alegría su misión

al servicio del Evangelio, en comunión con toda la Iglesia y especialmente con la Sede de Pedro, como lo expresa el signo del palio.

En la misma celebración acogí con alegría y afecto a los miembros de la delegación llegada a Roma en nombre del Patriarca Ecuménico, el querido hermano Bartolomé. También esta presencia es signo de los fraternos vínculos existentes entre nuestras Iglesias.

Recemos para que se refuercen cada vez más los lazos de comunión y el testimonio



común.

A la Virgen María, *Salus Populi Romani*, confiamos hoy el mundo entero, y en particular esta ciudad de Roma, para que pueda encontrar siempre en los valores espirituales y morales que posee, en abundancia, el fundamento de su vida social y de su misión en Italia, en Europa y en el mundo.

### **Después del Ángelus:**

*Al terminar la oración mariana, el Pontífice recordó a las y luego saludó a los distintos grupos presentes.*

Queridos hermanos y

hermanas:

Ayer por la noche, en Estambul, se llevó a cabo un atroz ataque terrorista que ha matado y herido a muchas personas. Oremos por las víctimas, los familiares y el querido pueblo turco.

Que el Señor convierta el corazón de los violentos y sostenga nuestros pasos por el camino de la paz.

Oremos todos en silencio. [Un momento de silencio] *Ave María...*

Hace poco ha terminado, en Roma, la Conferencia

internacional sobre las inversiones responsables de impacto social titulada: «Hacer del Año de la Misericordia un año de impacto para los pobres».

Que las inversiones privadas, junto a las públicas, favorezcan la superación de la pobreza de tantas personas marginadas.

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros, grupos parroquiales, asociaciones y fieles procedentes de Italia y de muchas partes del mundo, especialmente de España, Ucrania y China. Saludo a los

estudiantes de las escuelas católicas de Londres y Estados Unidos, y a las Hermanas de la USMI de Lombardía.

Mi saludo va hoy dirigido sobre todo a los fieles de Roma, en la festividad de los santos Pedro y Pablo, patronos de la ciudad.

Con este motivo la «Pro Loco» de Roma ha promovido la tradicional alfombra de flores, realizada por distintos artistas y voluntarios del servicio civil. ¡Gracias por esta iniciativa y por las hermosas representaciones florales! Y deseo recordar también el

espectáculo pirotécnico que tendrá lugar esta noche en Plaza del Popolo, cuya recaudación servirá para sostener las obras de caridad en Tierra Santa y países de Oriente Próximo.

¡Os deseo a todos una feliz fiesta, la fiesta de los patronos de Roma! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo! ¡Hasta la vista!

30 de junio de 2016. Audiencia jubilar. La misericordiosa como un estilo de vida.

*Jueves.*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

¡Cuántas veces, durante estos primeros meses del Jubileo, hemos escuchado hablar de las *obras de misericordia*! Hoy el Señor nos invita a hacer un serio examen de conciencia. Es bueno, en efecto, no olvidar nunca que la misericordia no es una palabra abstracta, sino un

estilo de vida: una persona puede ser misericordiosa o puede no ser misericordiosa; es un estilo de vida. Yo elijo vivir como misericordioso o elijo vivir como no misericordioso. Una cuestión es *hablar* de misericordia, otra es *vivir* la misericordia. Parafraseando las palabras de Santiago apóstol (cf. *Sat* 2, 14-17) podríamos decir: *la misericordia sin las obras está muerta en sí misma*. ¡Es precisamente así! Lo que hace viva la misericordia es su constante dinamismo para ir al encuentro de las carencias y las

necesidades de quienes viven en pobreza espiritual y material. La misericordia tiene ojos para ver, oídos para escuchar, manos para levantar...

La vida cotidiana nos permite tocar con la mano muchas exigencias que afectan a las personas más pobres y con más pruebas. A nosotros se nos pide esa atención especial que nos conduce a *darnos cuenta* del estado de sufrimiento y necesidad en el que se encuentran muchos hermanos y hermanas. A veces pasamos



ante situaciones de dramática pobreza y parece que no nos afectan; todo sigue como si no pasara nada, en una indiferencia que al final nos convierte en hipócritas y, sin que nos demos cuenta de ello, desemboca en una forma de letargo espiritual que hace insensible el ánimo y estéril la vida. La gente que pasa, que sigue adelante en la vida sin darse cuenta de las necesidades de los demás, sin ver muchas necesidades espirituales y materiales, es gente que pasa sin vivir, es

gente que no sirve a los demás. Recordadlo bien: quien no vive para servir, no sirve para vivir. ¡Cuántos son los aspectos de la misericordia de Dios hacia nosotros! Del mismo modo, cuántos rostros se dirigen a nosotros para obtener misericordia. Quien ha experimentado en la propia vida la misericordia del Padre no puede permanecer insensible ante las necesidades de los hermanos. La enseñanza de Jesús que hemos escuchado no admite vías de escape: Tuve hambre y me disteis de comer;

tuve sed y me disteis de beber; estaba desnudo, refugiado, enfermo, en la cárcel y me ayudasteis (cf. *Mt* 25, 35-36). No se puede pasar de largo ante una persona que tiene hambre: es necesario darle de comer. ¡Jesús nos dice esto! Las obras de misericordia no son temas teóricos, sino que son testimonios concretos. Obligan a arremangarse para aliviar el sufrimiento.

A causa de los cambios de nuestro mundo globalizado, algunas pobreza materiales y espirituales se han

multiplicado: por lo tanto, dejemos espacio a la fantasía de la caridad para encontrar nuevas modalidades de acción. De este modo la vía de la misericordia se hará cada vez más concreta. A nosotros, pues, se nos pide permanecer vigilantes como centinelas, para que no suceda que, ante las pobrezas producidas por la cultura del bienestar, la mirada de los cristianos se debilite y llegue a ser incapaz de ver lo esencial. Ver lo esencial. ¿Qué significa? Ver a Jesús, ver a Jesús en el hambriento, en

quien está en la cárcel, en el enfermo, en el desnudo, en el que no tiene trabajo y debe sacar adelante una familia. Ver a Jesús en estos hermanos y hermanas nuestros; ver a Jesús en quien está solo, triste, en el que se equivoca y necesita un consejo, en el que necesita hacer camino con Él en silencio para que se sienta acompañado. Estas son las obras que Jesús nos pide a nosotros. Ver a Jesús en ellos, en esta gente. ¿Por qué? Porque es así como Jesús me mira a mí, como nos mira a

todos nosotros.

\* \* \*

Ahora pasemos a otra cosa. Los días pasados el Señor me concedió visitar Armenia, la primera nación que abrazó el cristianismo, a inicios del siglo IV. Un pueblo que, en el curso de su larga historia, ha testimoniado la fe cristiana con el martirio. Doy gracias a Dios por este viaje, y estoy muy agradecido con el presidente de la República armenia, con el catholicós Karekin II, el patriarca y los obispos católicos, y con todo el pueblo

armenio por haberme acogido como peregrino de fraternidad y de paz.

Dentro de tres meses realizaré, si Dios quiere, otro viaje a Georgia y Azerbaiyán, otros dos países de la región caucásica. Acogí la invitación a visitar estos países por un doble motivo: por una parte valorizar las antiguas raíces cristianas presentes en aquellas tierras —siempre con espíritu de diálogo con las demás religiones y culturas— y por otra alentar esperanzas y senderos de paz. La historia

nos enseña que el camino de la paz requiere una gran tenacidad y continuos pasos, comenzando por los pequeños, haciéndolos crecer poco a poco, yendo uno al encuentro del otro. Precisamente por esto mi deseo es que todos y cada uno den su propia aportación para la paz y la reconciliación. Como cristianos estamos llamados a reforzar entre nosotros la comunión fraterna, para dar testimonio del Evangelio de Cristo y para ser levadura de una sociedad más justa y solidaria. Por ello toda



la visita fue compartida con el Supremo Patriarca de la Iglesia Apostólica armenia, quien me acogió fraternalmente durante tres días en su casa.

Renuevo mi abrazo a los obispos, los sacerdotes, las religiosas y los religiosos y a todos los fieles de Armenia.

Que la Virgen María, nuestra Madre, les ayude a permanecer firmes en la fe, abiertos al encuentro y generosos en las obras de misericordia.

Gracias.

**Saludos**

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española,  
provenientes de España y  
Latinoamérica. Que María,  
Madre de Misericordia, nos  
ayude a dar espacio a la  
fantasía de la caridad para que  
el camino de la misericordia  
sea cada vez más concreto.  
Muchas gracias.

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **SEPTIEMBRE.**

8 de septiembre de 2016.

**Pequeños artesanos de la paz.**

9 de septiembre de 2016.

**Cuestión de estilo.**

12 de septiembre de 2016. **A la raíz de la unidad.**

13 de septiembre de 2016. **Por una cultura del encuentro.**

14 de septiembre de 2016.

**Santa Misa en sufragio del Padre Jacques Hamel.**

15 de septiembre de 2016.

**Bajo el manto.**

17 de septiembre de 2016.

**Tres salidas.**

20 de septiembre de 2016. **La**

**vergüenza de la guerra.**

22 de septiembre de 2016.

**Osteoporosis del alma.**

27 de septiembre de 2016.

**Tres gracias.**

# 8 de septiembre de 2016. Pequeños artesanos de la paz

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*

No serán «los grandes manifiestos» ni «los grandes encuentros internacionales», con todas las «espléndidas palabras» de una «conferencia de éxito», los que construyan la paz que «hoy piden todos», porque «estamos viviendo una guerra». Así Papa Francisco

solicitó tener sobre todo «la sabiduría de hacer la paz en las pequeñas cosas de cada día pero apuntando al horizonte de toda la humanidad». Con el estilo del artesano, sugirió, es necesario iniciar por nosotros mismos, desde la propia familia, en el barrio y en el puesto de trabajo. Es esta la esencia de la verdadera paz que el Pontífice volvió a lanzar en la misa celebrada el jueves 8 de septiembre, por la mañana, fiesta de la Natividad de la beata Virgen María, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«En la oración colecta al inicio de la misa –hizo notar inmediatamente– hemos pedido al Señor, rogado al Señor, el don de crecer unidos en la paz». La palabra «paz», entonces, es decisiva y se trata de «crecer en la paz: hoy –exhortó– pedimos que todos nosotros podamos crecer en la paz, en la unidad, porque la paz hace la unidad».

En la liturgia del día la palabra «paz» aparece enseguida «en la oración al inicio de la misa». Pero está también repetida en la primera lectura del libro del



profeta Miqueas (5, 1-4):  
«Cuando él anuncia la llegada del Salvador, termina así: “Él será la paz”». Y de nuevo en el Evangelio de Mateo (1, 1-16.18-23): «Después de la genealogía de Jesús, viene el sueño de José y el ángel dice: “y le pondrán por nombre Emmanuel” que traducido significa Dios con nosotros». Y «Dios con nosotros es la paz». He aquí que por «tres veces hoy se habla de la paz» en la liturgia, insistió el Papa, añadiendo: «Y pidamos esto: crecer en la paz. La liturgia de

hoy está toda relacionada con este camino y todos nosotros, también el mundo entero, necesitamos la paz».

«Si nosotros pedimos la paz – explicó– es porque la paz es un don: un don que nos da el Señor. Pero también pedimos crecer en la paz: es un don, pero además un don que tiene su camino de vida, su camino de historia; un don que cada uno de nosotros debe tomar y trabajar para ayudarlo a crecer», Y «en la historia de la salvación, desde la primera promesa del Señor en el

paraíso terrestre hasta la llegada de Jesús, hay un largo camino que hemos oído en el Evangelio: este generó a ese, ese generó al otro».

Precisamente «este camino de santos y pecadores –afirmó el Papa– nos dice que nosotros también debemos tomar este don de la paz y abrirle camino en nuestra vida, hacerlo entrar en nosotros, hacerlo entrar en el mundo». Por lo demás, «la paz no se hace de un día para otro: la paz es un don, pero un don debe ser tomado y trabajado cada día». Por eso,

prosiguió Francisco, «podemos decir que la paz es un don que se vuelve artesanal en las manos de los hombres: somos nosotros hombres, cada día, los que damos un paso por la paz, es nuestro trabajo. Es nuestro trabajo con el don recibido: hacer la paz».

Llegados a este punto es importante entender cómo llevar a cabo este «trabajo artesanal» por la paz. Y para ayudarnos, explicó el Papa, «hay otra palabra en la liturgia de hoy que nos puede hacer reflexionar, una palabra que

nos habla de pequeñez».

Siempre «en la oración colecta se habla del nacimiento, de la Natividad de la Virgen: hay una niña pequeña, de la cual hoy es la fiesta». También «en la profecía de Miqueas se comienza subrayando» la pequeñez: «Y tú, Belén de Efrata tan pequeño para estar entre los pueblos de Judá...». Palabras claras para decir que Belén es «tan pequeño» que ni siquiera estaba reflejado «en los mapas».

Siempre refiriéndose a la liturgia del día, el Pontífice

indicó que «en el Evangelio, después de esa larga historia de gente, encontramos el pequeño, el pequeño de una decisión tomada por José, el pequeño de una promesa». Todo esto, afirmó Francisco, nos ayuda a entender que «la paz es un don, es un don artesanal que debemos trabajar, todos los días, pero trabajarlo en las pequeñas cosas, en las pequeñeces cotidianas». Tanto que por supuesto «no bastan los grandes manifiestos por la paz, los grandes foros internacionales si luego no se

hace esta paz en lo pequeño». Es más, insistió el Papa, «tú puedes hablar de la paz con palabras espléndidas, hacer una conferencia de éxito, pero si en dentro de tus posibilidades, en tu corazón, no hay paz, en tu familia no hay paz, en tu barrio no hay paz, en tu puesto de trabajo no hay paz, no la habrá ni siquiera en el mundo».

«Hoy, todos lo sabemos, estamos viviendo una guerra y todos piden la paz» afirmó el Pontífice. Ante esta realidad, añadió, «yo solamente haré

esta pregunta, antes a mí y luego a vosotros y a todos: ¿cómo está tu corazón hoy? ¿Está en paz? Si no está en paz, antes de hablar de paz, pon tu corazón en paz. Cómo está tu familia hoy: ¿está en paz? Si no eres capaz sacar a tu familia, tu presbiterio, tu congregación, sacarla adelante en paz, no bastan palabras de paz para el mundo».

He aquí, prosiguió Francisco, «la pregunta que hoy yo querría hacer: cómo está el corazón de cada uno de nosotros: ¿está en paz?». Se



debe empezar por las pequeñas cosas «para llegar al mundo en paz».

«Hemos pedido al Señor, hoy, el día de la Natividad de la Virgen —recordó el Papa— crecer en la paz y en la unidad, obviamente porque donde está la paz hay unidad». Y «hemos visto que la paz es un don: un don que se trabaja cada día de manera artesanal y también, como todas las cosas artesanales, se hace en lo pequeño para llegar a lo grande».

En conclusión, antes de retomar la celebración, el Papa

pidió en la oración «al Señor que nos de esta sabiduría de hacer la paz en las pequeñas cosas de cada día, pero mirando al horizonte de toda la humanidad».

# 9 de septiembre de 2016.

## Cuestión de estilo

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 16 de septiembre de 2016

La evangelización se realiza con el testimonio y luego con la palabra, estando bien atentos a no caer en la tentación de reducirse a funcionarios que pasean o hacen proselitismo. Relanzando «el estilo»

evangelizador de san Pablo, su «hacerse todo con todos» sin buscar la vanagloria personal, en la misa celebrada el viernes 9 de septiembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Papa Francisco quiso volver a proponer también la figura de san Pedro Claver, jesuita misionero entre los deportados. «El apóstol Pablo explica a los cristianos de Corinto qué significa evangelizar», afirmó enseguida el Pontífice refiriéndose a la primera lectura propuesta por la liturgia

del día (*1 Cor 9, 16-19.22-27*).  
«También nosotros —explicó—  
podemos reflexionar hoy sobre  
qué significa evangelizar,  
porque nosotros cristianos  
estamos llamados a  
evangelizar, a llevar el  
Evangelio, que significa dar  
testimonio de Jesucristo».  
Y Pablo, dirigiéndose  
precisamente a los cristianos de  
Corinto, comienza así su  
razonamiento: «Hermanos,  
¿qué cosa no es evangelizar?  
Anunciar el Evangelio no es  
para mí ningún motivo de  
gloria». Por lo tanto, no

podemos gloriarnos «de ir a evangelizar: voy hacer esto, voy hacer esto otro», como si evangelizar fuese «dar un paseo». Sería como «reducir la evangelización a una función: mi función es esta». Y «estoy hablando —destacó el Papa— de cosas que suceden en alguna parroquia por el mundo, cuando el párroco tiene siempre la puerta cerrada». Puede suceder también, continuó Francisco, que encontremos «laicos que dicen “yo hago esta escuela de catequesis, hago esto, esto,

esto..."». Reduciendo de este modo lo «que ellos llaman evangelizar a una función». Tal vez alardean diciendo: «mi función es esta, soy un funcionario catequista, soy funcionario de esto, de aquello, de aquello... y luego sigo mi vida».

Pero esta es precisamente la actitud de quien se gloria, insistió el Papa, «es reducir el Evangelio a una función o también a una forma de gloriarse: "yo voy a evangelizar y he traído muchos a la Iglesia"». Pues, continuó,

«hacer proselitismo es también una forma de gloriarse». En cambio, «evangelizar no es hacer proselitismo». Es más: evangelizar nunca es «dar un paseo; reducir el Evangelio a una función; hacer proselitismo».

Lo que significa de verdad evangelizar, explicó el Pontífice, lo repite eficazmente san Pablo: «No es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe». En efecto, dijo el Papa reflexionando sobre las expresiones paulinas, «un



cristiano tiene el deber, pero con esta fuerza, como una necesidad, de llevar el nombre de Jesús, y esto desde el propio corazón». Y recordó las palabras del apóstol: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!».

Una advertencia —«¡Ay de ti!»— para ese católico que piensa: «Voy a misa, hago esto y luego nada más». En cambio, alertó Francisco, «si tú dices que eres católico, que has recibido el bautismo, que estás confirmado o confirmada, debes ir más allá y llevar el nombre

de Jesús: ¡es un deber!». .

Las indicaciones concretas de Pablo, continuó el Papa, llevan a preguntarnos cuál debe ser nuestro «estilo de evangelización». O sea, «¿cómo puedo estar seguro de que no doy sólo un paseo, que no hago proselitismo y no reduzco la evangelización a un funcionalismo? ¿Cómo puedo comprender cuál es el estilo justo?».

La respuesta la indica siempre Pablo: «El estilo es hacerse todo a todos». Escribe el apóstol: «Me he hecho todo a

todos». Significa, en esencia, «ir y compartir la vida de los demás, acompañar en el camino de la fe, ayudar a crecer en el camino de la fe». En concreto, explicó Francisco, se trata de comportarnos como cuando «se acompaña a un niño, por ejemplo: cuando queremos que un niño aprenda a hablar, no tomamos el libro “Los novios” y le decimos: “Habla, lee esto y habla”». Más bien le enseñamos a decir ante todo «mamá y papá». Y haciendo así, continuó el Pontífice, «nos hacemos como

niños para que el niño crezca». Es así, destacó una vez más el Papa, «con los hermanos debemos hacer lo mismo: ponernos en la situación en la cual está él y si él está enfermo, acercarme, no estorbar con discursos; estar cerca, cuidarle, ayudarle». Así, pues, para responder a la pregunta sobre el estilo que se debe usar para anunciar el Evangelio, Francisco respondió que se evangeliza precisamente «con esta actitud de misericordia: hacerse todo a todos», con la certeza de que

«es el testimonio lo que trae la Palabra».

Y en esta perspectiva, el Papa quiso compartir también una confesión personal: «Cuando estaba en Polonia, en Cracovia, en la comida con los jóvenes en la Jornada mundial de la juventud, un joven me preguntó: “Padre, ¿qué tengo que decir a un amigo que es bueno —ies buena persona!— pero es ateo, no cree? ¿Qué tengo que decirle para que crea?». Esta, continuó Francisco, «es una buena pregunta, todos nosotros

conocemos gente que se ha alejado de la Iglesia: ¿qué les tenemos que decir?». En esa ocasión, recordó, su respuesta a la pregunta de ese joven fue: «Mira, la última cosa que tienes que hacer es decir algo. Comienza a hacer, él verá lo que haces y te preguntará; y cuando él te pregunte, tú dile». En definitiva, afirmó, «evangelizar es dar este testimonio: vivo así, porque creo en Jesucristo; yo despierto en ti la curiosidad de la pregunta “¿por qué haces estas cosas?”». Y la respuesta del

cristiano debe ser esta:

«Porque creo en Jesucristo y anuncio a Jesucristo y no sólo con la Palabra —hay que anunciarlo con la Palabra—, sino sobre todo con la vida». O sea «hacerse todo a todos, ir donde tú estás, en el estado del alma en el que te encuentres, en el estado de crecimiento en el que estés».

Esto «es evangelizar y también esto se hace gratuitamente» explicó el Papa. Lo escribe Pablo: «¿Cuál es mi recompensa? Predicar el Evangelio entregándolo

gratuitamente. ¿Por qué gratuitamente? Porque nosotros hemos recibido gratuitamente el Evangelio. La gracia, la salvación no se compra y tampoco se vende: es gratis! Y gratis debemos darla». Precisamente «esta gratuidad, este testimonio al anunciar a Jesucristo —hizo presente Francisco— lo vemos en muchos hombres, mujeres, consagradas, consagrados, sacerdotes, obispos, que se hacen todo a todos, gratuitamente». Una gratuidad que se encuentra en toda la



historia de la Iglesia. «Hoy — quiso recordar el Papa— es la memoria de san Pedro Claver, un misionero que marchó a tierras lejanas a anunciar el Evangelio. Tal vez él pensaba que su futuro era predicar: en su futuro el Señor le pidió estar cerca, junto a los descartados de ese tiempo, los esclavos, los negros, que llegaban allí, desde África, para ser vendidos». Y este hombre «no salió a dar un paseo diciendo que evangelizaba; no redujo la evangelización a un funcionalismo y tampoco a un

proselitismo». San Pedro Claver «anunció a Jesucristo con los gestos, hablando a los esclavos, viviendo con ellos, viviendo como ellos». Y «como él, en la Iglesia, hay muchos que se anonadan para anunciar a Jesucristo».

Antes de continuar con la celebración, el Pontífice afirmó que «también todos nosotros, hermanos y hermanas, tenemos el deber de evangelizar, que no es llamar a la puerta del vecino y la vecina y decir: "¡Cristo resucitó!"». Es, sobre todo, «vivir la fe, y

hablar de ella con mansedumbre, con amor, sin intención de convencer a nadie, sino gratuitamente». Porque evangelizar «es dar gratis lo que Dios gratis me dio a mí».

# **12 de septiembre de 2016. A la raíz de la unidad.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 16 de septiembre de 2016

«Yo os pido que hagáis todo lo posible para no destruir a la Iglesia con las divisiones, sean ideológicas, sean de avidez y de ambición, sean de envidias». Es el fuerte llamamiento hecho por el Papa Francisco en la

misa celebrada el lunes por la mañana, 12 septiembre, en la capilla de la Casa Santa Marta. Las palabras que Pablo escribió a los Corintios podrían ser dirigidas también «a todos nosotros, a la Iglesia de hoy», explicó citando un pasaje de la primera carta: «Hermanos, no os puedo alabar porque os reunís no para lo bueno sino para lo malo» y «sobre todo, oigo decir que hay divisiones entre vosotros».

Precisamente presentando el texto paulino Francisco pidió «sobre todo rezar y custodiar la

fuente, la raíz propia de la unidad de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, y cuyo sacrificio celebramos todos los días en la Eucaristía». El diablo, explicó, «tiene dos armas muy poderosas para destrozar a la Iglesia: las divisiones y el dinero».

Pero antes de desarrollar su reflexión sobre el pasaje de San Pablo propuesto en la liturgia, el Papa quiso señalar un testimonio concreto, simple, directo. «Hoy el Señor nos concede una gracia, una gracia de memoria», dijo justo al

inicio de la homilía presentando así a monseñor Arturo Antonio Szymanski Ramírez, «un hermano obispo que hizo todo el concilio: era obispo dos años antes». El anciano prelado mejicano concelebró con el Pontífice la misa y con él intercambió el abrazo de la paz. El viernes pasado el Papa ya lo había recibido en audiencia. «Con sus noventa y cinco años sigue trabajando, ayudando al párroco» dijo Francisco, invitando expresamente a dar gracias al Señor precisamente «por esta

gracia de la memoria».

Monseñor Szymanski Ramírez, arzobispo emérito de San Luis Potosí, nació el 17 de enero de 1922. Sacerdote desde 1947 y obispo desde 1960, participó en los trabajos del Concilio Vaticano II sentándose (por motivo de su nombre de orígenes eslavos) entre el cardenal Stefan Wyszyński y monsignor Karol Wojtyła, y teniendo también frecuentes contactos con Joseph Ratzinger. Dejando el cargo de primer arzobispo de San Luís de Potosí el 20 de enero de 1999,



monseñor Szymanski Ramírez nunca ha interrumpido su humilde servicio entre su gente.

Para su meditación Francisco tomó inspiración del pasaje de la primera carta de san Pablo a los Corintios (11, 17-26). El apóstol, hizo notar, recrimina a sus interlocutores «pues hay divisiones» entre ellos: «Les regaña por la división que hay allí, están divididos: discuten, uno por una parte, el otro por la otra». Y «la división destruye el tejido de la Iglesia». Por lo demás, explicó el Papa, «el

diablo tiene dos armas muy poderosas para destruir la Iglesia: las divisiones y el dinero». Y «con estas dos armas destruye». Pero «esto desde el inicio: las divisiones en la Iglesia han existido desde el principio; la avidez por el dinero también».

A este propósito el Pontífice recordó precisamente las luchas que, entre «divisiones ideológicas, teológicas, laceraban la Iglesia: el diablo siembra, celos, ambiciones, ideas, i para dividir! O siembra avidez: pensemos en Ananías y

Safira, en los primeros tiempos». Porque, subrayó, «desde los primeros tiempos ha habido divisiones y lo que crea división en la Iglesia es destrucción: las divisiones destruyen, como una guerra: después de una guerra todo está destruido y el diablo se va contento».

Pero «nosotros, ingenuos, le seguimos la corriente» afirmó Francisco, añadiendo: «Y os diré también que más que guerra: es una guerra sucia la de las divisiones, es como un terrorismo. Pero vamos a un

ejemplo claro: cuando en una comunidad cristiana –sea esa una parroquia, un colegio o instituciones, cualquiera que sea– se charla, se lanza una bomba para destruir al otro»; y así «el otro es destruido y yo estoy bien y puedo continuar: ¡es el terrorismo de las charlas!». También el apóstol Santiago, prosiguió el Papa, «lo decía: la lengua mata; así, lanza la bomba, destruye y me quedo».

«Hay divisiones, entre vosotros»: Francisco repitió estas palabras de Pablo a los

fieles de Corintio. Y, prosiguió, «las divisiones en la Iglesia no dejan que el reino de Dios crezca; no dejan que el Señor se pueda ver bien, como es Él». Por el contrario «las divisiones hacen que se vea esta parte, esta otra parte contra esta: siempre contra, no es el aceite de la unidad, el bálsamo de la unidad».

«Pero el diablo va más allá» puso en guardia Francisco, precisando: «No sólo en la comunidad cristiana, sino que va a la raíz de la unidad cristiana». Y es lo que «sucede

aquí, en la ciudad de Corintio, a los corintios: Pablo les reprocha porque las divisiones llegan justo a la raíz de la unidad y, es decir, a la celebración eucarística». En este caso «los ricos llevan para almorzar, para celebrar; los pobres no, un poco de pan y nada más en la propia celebración». El apóstol escribe: «No tenéis, quizás, ¿vuestras casas para comer y beber? O ¿queréis arrojar el desprecio sobre la Iglesia de Dios y humillar a quien no tiene nada?».

He aquí entonces que Pablo,

explicó el Papa, «toma esto, se para y hace memoria: "Tened cuidado. Yo efectivamente he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido. El Señor Jesús, la noche en la cual era traicionado..."; y narra, lo hemos oído, la institución Eucarística, la primera celebración eucarística». Por lo demás, afirmó Francisco, «la raíz de la unidad está en esa celebración eucarística». Y «el Señor rogó al Padre que "sean uno, como nosotros", pidió por la unidad». Pero «el diablo intenta destruir incluso hasta

ahí».

Llegados a este punto Francisco hizo un llamamiento para «hacer todo lo posible para no destruir la Iglesia con las divisiones, sean ideológicas, sean de avidez y ambición, sean envidias». Y «sobre todo de orar y custodiar la fuente, la raíz propia de la unidad de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, y cuyo nosotros celebramos todos los días en la Eucaristía». Las palabras que Pablo escribe a los Corintios son válidas también para nosotros: nos pide reunirnos



«para lo mejor» y no «para lo peor», poniendo en guardia de ser una «Iglesia reunida para lo peor, para las divisiones: para lo peor, para ensuciar el cuerpo de Cristo, en la celebración eucarística». Y «el mismo Pablo nos dice, en otro pasaje:

“Quien come y bebe la sangre de Cristo indignamente, come y bebe su propia condena».

En conclusión, Francisco pidió, en la oración, «al Señor la unidad de la Iglesia, que no haya divisiones». Y «la unidad también en la raíz de la Iglesia, que es precisamente el

sacrificio de Cristo, que cada día celebramos».

# **13 de septiembre de 2016. Por una cultura del encuentro.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*

Una invitación para trabajar por «la cultura del encuentro», de manera simple «como hizo Jesús»: no sólo viendo sino mirando, no sólo oyendo sino escuchando, no sólo cruzándonos con las personas sino parándonos con ellas, no sólo diciendo «¡Qué pena!

¡Pobre gente!» sino dejándonos llevar por la compasión; «para después acercarse, tocar y decir: “no llores” y dar al menos una gota de vida». Es este, según el Papa Francisco, el mensaje contenido en las lecturas litúrgicas proclamadas durante la celebración de la misa matinal en la capilla de la Casa Santa Marta del martes 13 de septiembre.

Deteniéndose en particular en el episodio de la viuda de Naín narrado en el Evangelio de Lucas (7, 11-17), el Pontífice subrayó como «la palabra de

Dios» del día hablase de «un encuentro. Hay un encuentro entre la gente, un encuentro entre la gente que estaba en la calle». Y esta, comentó es «una cosa no habitual».

Precisamente, «cuando nosotros vamos por la calle cada uno piensa en sí mismo: ve pero no mira; oye pero no escucha»; es decir, cada uno va por su propia dirección. Y la consecuencia es que «las personas se cruzan entre ellas pero no se encuentran».

Porque, quiso aclarar despejando todo tipo de

equívoco, «el encuentro es otra cosa», y es precisamente «lo que el Evangelio de hoy nos anuncia: un encuentro entre un hombre y una mujer, entre un hijo único vivo un hijo único muerto; Entre una muchedumbre feliz, porque había encontrado a Jesús y le seguía, y un grupo de gente que llorando, acompañaba a aquella mujer», que se había quedado viuda e iba a enterrar a su único hijo.

Este encuentro, explicó Francisco, «nos hace reflexionar sobre la manera de

encontrarnos entre nosotros». Efectivamente, «dice el Evangelio: “al verla el Señor, tuvo compasión de ella”». A propósito el Pontífice hizo notar como no sea «la primera vez» que el Evangelio habla de la compasión de Cristo. También «cuando Jesús vio a la muchedumbre, el día de la multiplicación de los panes – recordó– tuvo gran compasión ante la tumba de su amigo Lázaro Él mismo, y lloró». Una compasión, advirtió el Papa, que no es en absoluto la misma que tenemos nosotros

normalmente «cuando por ejemplo vamos por la calle y vemos una cosa triste: '¡qué pena!'». «Jesús no dijo: "¡pobre mujer!"». Sino que por el contrario, «fue más allá. Tuvo compasión. "Y, se le acercó y habló. Le dijo: No llores"». Y de esa manera «Jesús con su compasión se sumerge en el problema de esa señora. "Se acercó, le habló y tocó". Dice el Evangelio que tocó el féretro. Pero seguramente cuando dijo "no llores", tocó a la viuda también. Una caricia. Porque estaba conmovido, Jesús. Y



después obra el milagro»: el de resucitar al joven.

En eso el Pontífice distinguió una analogía: «El hijo único muerto asemeja a Jesús y se convierte en único hijo vivo como Jesús. Y hay un gesto de Jesús que enseña la ternura de un encuentro y no sólo la ternura, la fecundidad de un encuentro. “el muerto se incorporó y se puso a hablar y él –Jesús– se lo dio a su madre”. No dijo: “pero, se ha hecho el milagro”. No, sino: “ven, tómallo, es tuyo”». He aquí por qué «cada encuentro

es fecundo. Cada encuentro devuelve las personas y las cosas a su lugar».

Un discurso, este, que suena actual incluso a los hombres de hoy, demasiado

«acostumbrados a una cultura de la indiferencia» y por eso necesitados de «trabajar y pedir la gracia de hacer la cultura del encuentro, de este encuentro fecundo, de este encuentro que restituya a cada persona la propia dignidad de hijo de Dios, la dignidad de viviente». Nosotros «estamos acostumbrados a esta

indiferencia», subrayó el Papa, sea «cuando vemos las calamidades de este mundo» sea ante las «pequeñas cosas». Se limita a decir: «pero, qué pena, pobre gente, cuánto sufren» para seguir todo recto después. Mientras el encuentro es otra cosa, como explicó Francisco: «Si yo no miro, – no es suficiente ver, no: mirar – si yo no me paro, si yo no miro, si yo no toco, si yo no hablo, no puedo hacer un encuentro y no puedo ayudar a hacer una cultura del encuentro». Volviendo a la descripción de la

escena evangélica, el Pontífice puso de manifiesto después como, ante el milagro cumplido por Jesús «la gente atemorizada glorificaba a Dios. Y a mi me gusta ver aquí – explicó – el encuentro de todos los días entre Jesús y su esposa, la Iglesia, que está en espera de que Él vuelva. Y cada vez que Jesús encuentra dolor, un pecador, una persona perdida, le mira, le habla, le devuelve a su esposa». Es decir, «este es el mensaje de hoy: el encuentro de Jesús con su pueblo; el encuentro de

Jesús que sirve, que ayuda, que es el servidor, que se agacha, que es condescendiente con todos los necesitados». Y, subrayó Francisco, «cuando digamos “necesitados” no pensemos sólo a los indigentes», sino también a «nosotros necesitados – necesitados de la palabra de Jesús, de caricias– y también a los que queremos». ¿Un ejemplo concreto? El Papa describió la imagen de una familia reunida en la mesa: «cuántas veces se come, se ve la tv o se escriben mensajes en

el teléfono. Cada uno es indiferente a ese encuentro. Justo en el núcleo de la sociedad, que es la familia, no hay encuentro», comentó. Por ello, la exhortación final «a trabajar por esta cultura del encuentro, así simplemente como hizo Jesús».

**14 de septiembre de 2016.  
Santa Misa en sufragio del  
Padre Jacques Hamel.**

*Miércoles.*

En la Cruz de Jesucristo —hoy la Iglesia celebra la fiesta de la Cruz de Cristo— entendemos plenamente el misterio de Cristo, este misterio de aniquilación, de cercanía a nosotros. Él, «siendo en la condición divina —dice Pablo—, no retuvo ávidamente ser igual que Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la

condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz»

(*Fil 2, 6-8*). Este es el misterio de Cristo. Este es un misterio que se hace martirio para la salvación de los hombres.

Jesucristo, el primer mártir, el primero que da su vida por nosotros. Y de este misterio de Cristo comienza toda la historia del martirio cristiano, desde los primeros siglos hasta hoy.

Los primeros cristianos han hecho la confesión de



Jesucristo pagando con su vida. A los primeros cristianos se les proponía la apostasía, es decir: «decid que nuestro dios es el verdadero, no el vuestro. Haced un sacrificio a nuestro dios o a nuestros dioses». Y cuando no hacían esto, cuando rechazaban la apostasía, eran asesinados. Esta historia se repite hasta hoy; y hoy en la Iglesia hay más mártires cristianos que en los primeros tiempos. Hoy hay cristianos asesinados, torturados, encarcelados, degollados porque no reniegan de

Jesucristo. En esta historia, llegamos a nuestro «père Jacques»: él forma parte de esta cadena de mártires. Los cristianos que hoy sufren —sea en la cárcel, sea con la muerte o las torturas— por no renegar de Jesucristo, enseñan precisamente la crueldad de esta persecución. Y esta crueldad que pide la apostasía —digamos la palabra— es satánica. Y qué bien estaría que todas las confesiones religiosas dijeran: «matar en nombre de Dios es satánico».

El padre Jacques Hamel fue

degollado en la Cruz, justo mientras celebraba el sacrificio de la Cruz de Cristo. Hombre bueno, amable, fraternal, que siempre intentaba hacer la paz, fue asesinado como si fuera un criminal. Este es el hilo satánico de la persecución. Pero hay una cosa, en este hombre que ha aceptado su martirio allí, con el martirio de Cristo, en el altar, hay una cosa que me hace pensar tanto: en mitad del momento difícil que vivía, en medio de esta tragedia que él veía venir, un hombre amable, un hombre

bueno, un hombre fraternal, no perdió la lucidez de acusar y decir claramente el nombre del asesino, y dijo claramente: «¡vete, satanás!». Dio su vida por nosotros, dio la vida por no renegar de Jesús. Dio la vida en el mismo sacrificio de Jesús en el altar y de allí ha acusado al autor de la persecución: «¡vete, satanás!».

Que este ejemplo de valor, pero también el martirio de la propia vida, de despojarse de sí mismo para ayudar a los demás, de fraternidad entre los hombres, nos ayude a seguir adelante sin

miedo. Que él desde el cielo — porque debemos rezarle, ¡es un mártir!, y los mártires son beatos, debemos rezarle— nos dé la humildad, la hermandad, la paz, y también el valor de decir la verdad: matar en nombre de Dios es satánico.

# **15 de septiembre de 2016. Bajo el manto.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*

En un mundo de huérfanos, María es la madre que nos comprende en profundidad y nos defiende, porque también ella vivió en su propia carne las mismas humillaciones que hoy, por ejemplo, sufren las madres de los presos. Celebrando la misa en la capilla de la Casa Santa Marta el jueves 15 de

septiembre, por la mañana, día de la memoria de Nuestra Señora de los Dolores, el Papa Francisco sugirió refugiarse siempre, en los momentos difíciles, «bajo el manto» de la madre de Dios, volviendo a proponer así «el consejo espiritual de los místicos rusos» que el Occidente ha relanzado con la antífona «Sub tuum preasidium».

Para su meditación sobre el «misterio de la maternidad de María», el Pontífice se inspiró en la última cena: «Jesús, en la mesa, se despide de sus

discípulos: se respira un aire de tristeza, todos sabían que había algo que acabaría mal y hacían preguntas, estaban tristes».

Pero «Jesús, en esa despedida, para darle a ellos un poco de aliento y también para

prepararlos en la esperanza, les dice: “No estéis tristes, que vuestro corazón no se entristezca, no os dejaré solos.

Pediré al Padre que os envíe otro Paráclito, que os acompañará. Y Él os enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho”». Así, pues, el Señor «promete enviar el



Espíritu Santo para acompañar a los discípulos, la Iglesia, por el camino de la historia».

Pero Jesús «habla también del Padre». En efecto, recordó Francisco, «en ese lugar, en el discurso con los discípulos, habla del Padre», asegurando «que el Padre los quiere y que cualquier cosa que ellos pidan al Padre, el Padre se la dará. Que confíen en el Padre». Y, así, explicó el Papa, da «un paso más: no dice solamente "no os dejaré solos", sino también "no os dejaré huérfanos, os doy el Padre, con

vosotros está el Padre, mi Padre es vuestro Padre». Luego, continuó Francisco, «sucede todo lo que sabemos, después de la cena: la humillación, la prisión, la traición de los discípulos; Pedro niega a Jesús, los demás huyen».

Tanto que, dijo el Pontífice refiriéndose al pasaje de la liturgia del Evangelio de Juan (19, 25-27), al pie de la cruz estaba «sólo un discípulo, con la madre de Jesús, con María de Magdala y la otra María, una pariente». Y allí, junto a la

cruz, «estaba María, la madre de Jesús: todos la miraban», tal vez susurrando: «¡Esa es la madre de este delincuente! ¡Esa es la madre de este subversivo!». Y María, añadió el Papa, «oía estas cosas, sufría humillaciones terribles y oía también a los grandes, algunos sacerdotes que ella respetaba porque eran sacerdotes», decir a Jesús: «¡Tú que eres tan bueno, baja, baja!». María, afirmó Francisco, junto a «su Hijo, desnudo, tenía un sufrimiento muy grande, pero no huyó, no negó al Hijo, era

su carne».

Con una confesión personal, el Papa recordó: «Me ha sucedido muchas veces que cuando iba a las cárceles, en la diócesis de Buenos Aires, a visitar a los presos, veía la fila, la fila de mujeres que esperaban para entrar: eran madres que no se avergonzaban, su carne estaba allí dentro». Y esas «mujeres sufrían no sólo la vergüenza de estar allí», escuchando cuanto le decían: «Mira aquella, ¿qué habrá hecho el hijo?». Esas madres «sufrían también las peores humillaciones en los

registros por los que tenían que pasar antes entrar, pero eran madres e iban al encuentro de su propia carne». Y así fue también para María, que «estaba allí, con el Hijo, con ese sufrimiento tan grande». Precisamente «en ese momento —destacó el Papa— Jesús, que había hablado de no dejarnos huérfanos, que había hablado del Padre, mira a su madre y nos la da a nosotros como madre: “He aquí a tu madre”». El Señor «no nos deja huérfanos: nosotros, los cristianos, tenemos una madre,

la misma de Jesús; tenemos un Padre, el mismo de Jesús. No somos huérfanos». Y María «nos da a luz en ese momento con mucho dolor, es verdaderamente un martirio: con el corazón traspasado, acepta darnos a luz a todos nosotros en ese momento de dolor. Y desde entonces ella se convierte en nuestra madre, desde ese momento ella es nuestra madre, la que se hace cargo de nosotros y no se avergüenza de nosotros: nos defiende».

«Los místicos rusos de los

primeros siglos de la Iglesia — recordó al respecto Francisco— daban un consejo a sus discípulos, a los jóvenes monjes: en el momento de las turbulencias espirituales refugiaos bajo el manto de la santa Madre de Dios. Allí no puede entrar el diablo porque ella es madre y como madre defiende». Luego «el Occidente ha tomado este consejo y ha hecho la primera antífona mariana *Sub tuum praesidium*: bajo tu manto, bajo tu protección, oh Madre, allí estamos seguros».

«Hoy es la memoria del momento en el que la Virgen dio a luz —continuó el Papa—, y ella fue fiel a ese parto hasta el momento de hoy y seguirá siendo fiel». Y «en un mundo que podemos llamar “huérfano”, en este mundo que sufre la crisis de una gran orfandad, tal vez nuestra ayuda sea decir: “¡Mira a tu madre!”». Porque tenemos una madre «que nos defiende, nos enseña, nos acompaña, que no se avergüenza de nuestros pecados» y «no se avergüenza, porque ella es madre».



Como conclusión, la oración del Pontífice: «que el Espíritu Santo, este amigo, este compañero de camino, este Paráclito abogado que el Señor nos ha enviado, nos haga comprender este misterio tan grande de la maternidad de María».

17 de septiembre de 2016.

## **Tres salidas.**

*Sábado.*

Los representantes pontificios deben salir tres veces de sí mismos: físicamente, porque están siempre con las maletas preparadas; culturalmente, porque deben aterrizar en el contexto al cual son enviados; y luego con la oración y la adoración ante el sagrario. Concelebrando la misa con los participantes en el encuentro jubilar, el sábado 17 de

septiembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Papa quiso trazar el perfil espiritual de quienes desempeñan el trabajo diplomático al servicio de la Santa Sede.

Lo que inspiró a Francisco para la meditación fue la parábola del sembrador que Lucas relata en el Evangelio (8, 4-15):

«“Salió un sembrador a sembrar su simiente”. Es una figura, una imagen que Jesús nos ofrece para comprender la vida cristiana: el cristiano es un hombre, una mujer en

salida, siempre, para sembrar». Dirigiéndose directamente a los presentes, el Papa dijo que «de modo especial, también de modo superlativo, vosotros sois hombres en salida: alguna vez os he dicho que vuestra vida es una vida de nómada, dos, tres, cuatro años aquí, cinco»; y luego, «cuando se aprende bien el idioma, una llamada de Roma: "Ah, oye, ¿cómo estás?" – "Bien" – "Sabes, el Santo Padre, que te quiere mucho, ha pensado en ti para esto". Porque estas llamadas, estas llamadas telefónicas, se hacen

con “azúcar”, ¿no?».

El representante pontificio, continuó el Pontífice, sabe que está siempre preparado para «hacer las maletas e ir a otro sitio: dejar amigos, dejar costumbres, dejar muchas cosas que ha hecho». Debe continuamente «salir de sí mismo, salir de ese sitio para ir a otro y allí volver a comenzar».

Pero «hay otra salida —afirmó el Pontífice— que el nuncio hace y debe hacer: cuando llega a un país, salir de sí mismo para conocer, el diálogo,

para estudiar la cultura, el modo de pensar». Y debe también «salir de sí mismo para ir a las recepciones, muchas veces aburridas, y allí escuchar». En esos contextos «se siembra» y «la semilla es siempre buena, el grano es bueno, sólo es necesario mirar un poco que el diablo no haya puesto allí un poco de cizaña; pero el grano es bueno». Este «trabajo de comenzar de nuevo, hacer, comprender la cultura —continuó el Papa—, se podría pensar que es un trabajo demasiado funcional, un

trabajo administrativo incluso» y, visto que «en la Iglesia hay tantos buenos laicos», se podría preguntar: «¿Por qué no pueden hacerlo ellos?». A la cuestión Francisco respondió con una confesión: «El otro día, hablando sobre este tema, oí al secretario de Estado que decía: “Pero, mirad, en las recepciones, muchos que parecen superficiales buscan “el alzacuellos”».

«Todos vosotros sabéis bien — dijo Francisco dirigiéndose a los representantes pontificios— lo que habéis hecho en muchas

almas; en esa mundanidad, pero sin asumir la mundanidad, tratando a las personas como son, escucharlas, dialogar: es también esta una salida de sí mismo del nuncio, para comprender a la gente, dialogar. Es cruz».

Retomando la esencia de la parábola evangélica, Francisco destacó lo que dice Jesús, «que el sembrador siembra el grano, siembra el trigo y luego descansa, porque es Dios quien lo hace germinar y crecer». Es esto, «también el nuncio debe salir de sí mismo hacia el Señor



que hace crecer, que hace germinar la semilla; y debe salir de sí mismo ante el sagrario, en la oración, en la adoración». Esto, explicó, «es un testimonio grande: el nuncio solo adora a Aquel que hace crecer, Aquel que da la vida».

Estas son para el Papa «las tres salidas de un nuncio». La primer es «la salida física: hacer las maletas, la vida de nómada». Luego está «la salida, digamos, cultural: aprender la cultura, aprender el idioma». Porque, explicó

también Francisco, en esa llamada telefónica que el representante pontificio recibe para la comunicación de una nueva misión se le pregunta también qué idiomas habla. Y tal vez la respuesta podría ser: «Hablo bien inglés, también francés, y con el español me las arreglo». Y se puede incluso escuchar: «Pero, mira, el Papa ha pensado enviarte a Japón» —«¡Pero ni siquiera conozco una letra de estos japoneses!» —«Bien, aprenderás». Al respecto el Papa ha confiado a los presentes que «le había

edificado uno de vosotros que, antes de presentar las credenciales, en dos meses había aprendido una lengua difícil y había aprendido a celebrar en esa lengua: ha recomenzado esta salida con entusiasmo, con alegría».

La «tercera salida», por último, es «la oración, la adoración». Y este aspecto, afirmó Francisco, «es más fuerte» en aquellos que ya no están en servicio activo, porque «es también una tarea de fraternidad»: ellos rezan más, deben rezar «más por por los hermanos que están

allí, en el mundo». Pero «también el nuncio que está en sus funciones» no debe «olvidar esta adoración, para que el Señor haga crecer lo que él ha sembrado».

Estas son, para los representantes pontificios, «tres salidas y tres modos de servir a Jesucristo y a la Iglesia». Y «la Iglesia os da las gracias por estas tres salidas, les agradece mucho». Y, concluyó el Papa, «también yo, personalmente, quiero daros las gracias: muchas veces admiro al recibir, temprano por

la mañana, vuestras comunicaciones: "Mira como lo hace bien este"». A los presentes, antes de continuar con la celebración de la misa, el Papa les deseó que precisamente el Señor conceda «la gracia de estar siempre actualizados en estas tres salidas, estas tres salidas de vosotros mismos».

20 de septiembre de 2016. **La vergüenza de la guerra.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 23 de septiembre de 2016

«Todos hombres y mujeres de todas las religiones, iremos a Asís no para hacer un espectáculo: simplemente para orar y rezar por la paz». Antes de salir para la ciudad de san Francisco, el Papa quiso

reafirmar el sentido de la peregrinación, celebrando la misa el martes 20 de septiembre, por la mañana, en la capilla de Santa Marta. «He escrito una carta a todos los obispos del mundo —afirmó— para que en sus diócesis se tengan hoy reuniones de oración, invitando a los católicos, a los cristianos, a los creyentes y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, de cualquier religión, a rezar por la paz».

Así «hoy el mundo tendrá su centro en Asís, pero estará todo

el mundo rezando por la paz», dijo el Pontífice a todos, y no dejó de pedir a todos que dedicaran «un poco de tiempo, en su casa», tomando «la Biblia o el rosario», para pedir por la paz, porque el mundo está en guerra, el mundo sufre». Esta guerra, explicó Francisco, «nosotros no la vemos: se acerca a nosotros algún acto de terrorismo, nos asustamos» y «es feo, esto es muy feo». Pero «esto no tiene nada que ver con lo que sucede en esos países, en esas tierras donde día y noche las bombas caen y



caen, caen y matan niños, ancianos, hombres, mujeres: todo».

«Dios, Padre de todos, de cristianos y no cristianos — Padre de todos— quiere la paz», afirmó el Papa, añadiendo: «Somos nosotros, los hombres, bajo la tentación del maligno, los que hacemos las guerras para ganar dinero, para hacerse con más territorio». Hoy, prosiguió, «en el mundo se sufre mucho por la guerra y muchas veces podemos decir: «Gracias a Dios, a nosotros no nos toca».

Y está bien que «agradezcamos —añadió— pero pensemos también en los demás», en todos los que, en cambio, han sido afectados por la guerra. Haciendo referencia a la primera lectura propuesta por la liturgia —trata del libro de los Proverbios (21, 1-6.10-13) — Francisco relanzó, en particular, la expresión conclusiva: «Quien cierra el oído al grito del pobre, llamará a su vez, y no obtendrá respuesta». Y así, explicó, «si nosotros hoy cerramos el oído al grito de esta gente que sufre

bajo las bombas, que sufre el maltrato de los traficantes de armas, puede ser que cuando nos toque a nosotros no obtengamos respuestas».

En esta perspectiva el Papa volvió a lanzar su llamamiento: «No podemos cerrar el oído al grito de dolor de estos hermanos y hermanas nuestros que sufren por la guerra». Y puso también en guardia contra la idea de que se trate de discutir que no tienen que ver con nosotros: «¿La guerra está lejos? ¡No, está muy cerca!», afirmó. «Porque la guerra —

explicó— nos afecta a todos, también la guerra comienza en el corazón: por esto debemos orar hoy por la paz», pidiendo «que el Señor nos dé la paz del corazón, nos quite todo deseo de avidez, de codicia, de lucha». «Paz, paz» es el grito que el Papa ha querido repetir. Con el deseo de «que nuestro corazón sea un corazón de hombre o de mujer de paz», listos para salir «más allá de las divisiones de las religiones —todos, todos, todos— porque todos somos hijos de Dios». Y «Dios es el Dios de paz, no

existe un dios de guerra: el que hace la guerra es el maligno, es el diablo, que quiere matar a todos».

El Pontífice invitó expresamente a pensar «hoy no sólo en las bombas, en los muertos, en los heridos, sino también en las personas — niños y ancianos— a los cuales no les puede llegar la ayuda humanitaria para comer; no pueden llegar las medicinas». Y «están hambrientos, enfermos porque las bombas les impiden» tener comida y las medicinas necesarias. Y

«mientras nosotros hoy rezamos, sería bueno que cada uno de nosotros sintiera vergüenza de que los seres humanos, nuestros hermanos, sean capaces de hacer esto». Hoy, por lo tanto, volvió a decir Francisco, debe ser un «día de oración, de penitencia, de llanto por la paz; un día para escuchar el grito del pobre». Este grito «que nos abre el corazón a la misericordia, al amor y nos salva del egoísmo». Por último el Papa ha querido agradecer a los que respondan a su invitación «por todo lo que

harán por este día de oración y de penitencia por la paz».

22 de septiembre de 2016.

## **Osteoporosis del alma.**

*Jueves.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 30 de septiembre de 2016

La vanidad, junto con la codicia y la soberbia, es una de las «raíces de todos los males» en el corazón de cada persona. La carrera sin descanso, tan típica de nuestros tiempos, «para fingir, parecer ser, aparentar»



no conduce a nada, «no nos da una auténtica ganancia» y deja la inquietud en el alma.

La *vanitas vanitatum* del Eclesiastés (1, 2-11), propuesta por la liturgia del día, ha sido el centro de la meditación del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 22 de septiembre. El punto de partida ha sido la inquietud del rey Herodes Antipas descrita en el Evangelio de Lucas (9, 7-9). El soberano, en efecto, «estaba inquieto» porque aquel Jesús del cual todos hablaban «era para él

como una amenaza». Algunos pensaban que fuese Juan, pero el rey repetía: «A Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?». Una inquietud, puso de relieve el Pontífice, que recuerda aquella del padre, Herodes el grande, quien «se dio un buen susto» cuando llegaron los magos para adorar a Jesús.

En nuestra alma, explicó el Papa, «está la posibilidad de tener dos inquietudes: una buena, que es la inquietud del Espíritu Santo, que nos da el

Espíritu Santo, y hace que el alma esté inquieta por hacer cosas buenas, por seguir adelante; y está también la mala inquietud, aquella que nace de una conciencia sucia». Precisamente esta última caracterizaba a los dos soberanos contemporáneos de Jesús: «tenían la conciencia sucia y por eso estaban inquietos, porque habían hecho cosas malas y no tenían paz, y cada acontecimiento a ellos les parecía una amenaza». Por lo demás, su modo de resolver los problemas era provocando la

muerte, y seguían adelante pasando «sobre los cadáveres de la gente».

Quien como ellos, explicó Francisco, «provoca el mal», tiene «la conciencia sucia y no puede vivir en paz»: la inquietud los atormenta y viven «en un prurito continuo, en una urticaria que no les deja en paz». Una realidad interior en la cual se centró la reflexión del Papa: «esta gente ha provocado el mal, pero el mal tiene siempre la misma raíz, cualquier mal: la codicia, la vanidad y la soberbia». Las

tres, añadió, «no te dejan la conciencia en paz», todas impiden que entre «la sana inquietud del Espíritu Santo», y «llevan a vivir así: inquietos, con miedo».

Presentada así la situación, inspirado por la primera lectura, el Pontífice se centró en la vanidad: «¡Vanidad de vanidades!, ¡vanidad de vanidades... Todo es vanidad». La expresión del Eclesiastés, destacó, puede parecer «un poco pesimista», aunque en realidad «no todo es así: hay gente buena». Pero, explicó

Francisco, «el texto quiere poner de relieve esa tentación tan nuestra, que es también la primera de nuestros padres: ser como Dios». La vanidad, en efecto, «nos infla», pero «no tiene larga vida, porque es como una pompa de jabón» y no lleva jamás a «una ganancia auténtica». Sin embargo, el hombre «se preocupa por aparentar, por fingir, por la apariencia». En pocas palabras: «La vanidad es maquillar la propia vida. Y esto enferma el alma, porque uno maquilla la propia vida para aparentar,

para parecer, y todas las cosas que hace son para fingir, por vanidad. Pero al final, ¿qué gana?».

Para hacer comprender mejor esta realidad interior, el Papa ha usado algunas imágenes concretas: «la vanidad es como una "osteoporosis" del alma: los huesos por fuera parecen estar bien, pero por dentro están todos arruinados». Y dijo también: «La vanidad nos conduce al fraude, así como los estafadores marcan las cartas para obtener ganancias. Pero esta victoria es falsa, no es

verdadera. Esto es la vanidad: vivir para fingir, vivir para parecer ser, vivir para aparentar. Y esto inquieta el alma».

A este respecto, recordó el Papa, san Bernardo, dirigiéndose al vanidoso, utilizó una expresión «incluso muy fuerte»: «Piensa en lo que serás. Serás comida de los gusanos». Como si dijese: «todo este maquillaje de la vida es una mentira, porque te comerán los gusanos y no serás nada». Pero, «¿dónde está la fuerza de la vanidad?», se



preguntó Francisco.

«Impulsados por la soberbia hacia la maldad», no queremos «permitir que se vea un error», tendemos a «cubrirlo todo». Es verdad que hay mucha «gente santa»; pero es igualmente verdad que hay gente de la que se piensa: «¡Qué buena persona! Va a misa todos los domingos. Da grandes donativos a la Iglesia», sin darse cuenta de la «osteoporosis», de la «corrupción que tienen dentro». Por lo demás, «la vanidad es esto: te hace

aparentar con cara de santito y luego tu verdad, por dentro, es otra».

Ante todo esto, concluyó el Papa, «¿dónde está nuestra fuerza y la seguridad, nuestro refugio?». La respuesta nos la da también la liturgia. En el salmo del día, en efecto, se lee: «Señor, tú has sido para nosotros un refugio de edad en edad». Y en el versículo anterior del Evangelio se recuerdan las palabras de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Esta, dijo Francisco, «es la verdad, no el

maquillaje de la vanidad». Por ello es importante pedir «que el Señor nos libere de estas tres raíces de todos los males: la codicia, la vanidad y la soberbia. Sobre todo de la vanidad, que nos hace tanto mal».

27 de septiembre de 2016.

**Tres gracias.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 30 de septiembre de 2016

«Reconocer la desolación espiritual, rezar cuando hayamos sido sometidos a este estado de desolación espiritual y saber acompañar a las personas que sufren duros momentos de tristeza y de

desolación espiritual». Son las tres gracias que hay que pedir al Señor y que el Papa Francisco señaló al comentar las lecturas del martes 27 de septiembre, durante la misa matinal en Santa Marta.

Al ofrecer la celebración del día, fiesta litúrgica de san Vicente de Paúl, por las religiosas de la comunidad de la Casa —que por el santo francés «fueron fundadas» y cuya «vida sigue el camino señalado por él: hacer la caridad»— el Papa centró su propia reflexión, sobre todo, en la primera

lectura del libro de Job (3, 1-3.11-17.20-23). Este último «tenía problemas» porque «había perdido todo. Todos sus bienes, e incluso a sus hijos. Y después se había puesto enfermo de una enfermedad que parecía la lepra: agresiva, lleno de llagas». En fin, «su sufrimiento era tal» que «en un momento determinado, abrió la boca y maldijo el día en que nació, lo que le ocurría», diciendo: «Perezca el día en que nací y la noche que dijo: "¡Un varón ha sido concebido!". Todo esto hubiera sido mejor

que no hubiera sido, que no hubiera ocurrido. Mejor la muerte que vivir así».

Sin embargo, observó el Pontífice, «la Biblia dice que Job era justo, era santo». Y un santo generalmente no «puede hacer estas cosas».

Efectivamente, puntualizó el Papa, Job «no maldijo a Dios. Solamente se desahogó y esto era un desahogo: el desahogo de un hijo ante el Padre». Un poco como hizo el profeta Jeremías, según lo narrado en el capítulo 20 de su libro en el Antiguo Testamento:

«Comienza con una cosa muy bonita —hizo notar Francisco— y dice al Señor: “Yo he sido seducido por ti, Señor”»; pero inmediatamente después, como Job, también Jeremías dice: «Maldito el día en el que he sido concebido». Y aún así «estos dos casos no son blasfemias: son desahogos». En ambos «se desahogan ante Dios así», porque «los dos se encontraban sumidos en una gran desolación espiritual». A propósito de lo anterior, el Pontífice subrayó cómo la desolación espiritual es «una



cosa que ocurre a todos: puede ser más fuerte, más débil... pero, ese estado oscuro del alma, sin esperanza, desconfiado, sin ganas de vivir, sin ver el final del túnel, con muchas inquietudes en el corazón y también en las ideas», lo vive cada mujer y cada hombre. «La desolación espiritual —explicó— nos hace sentir como si tuviéramos el alma aplanada», que «no quiere vivir: “¡la muerte es mejor!” es el desahogo de Job; mejor morir que vivir así». Pero, dijo el Papa, «cuando

nuestro espíritu se encuentra en este estado de tristeza prolongada, en el que casi no se respira, debemos entender» que eso «sucede a todos»: de modo más o menos acentuado, pero les ocurre a todos. Esta es la invitación a «entender qué sucede en nuestro corazón», a preguntarse «qué se debe hacer cuando vivimos estos momentos oscuros, a causa de una tragedia familiar, una enfermedad, cualquier cosa que te deja por los suelos». Ciertamente, aclaró, no es el caso de «tomar una pastilla

para dormir y alejarse de los hechos, o tomar una, dos, tres, cuatro copitas» para olvidar, porque «esto no ayuda». En cambio, «la liturgia de hoy nos hace ver cómo» hay que comportarse «con esta desolación espiritual, cuando estamos apáticos, alicaídos, sin esperanza».

Una ayuda llega del salmo responsorial: «Llegue hasta ti mi súplica, Señor». Por lo tanto, lo primero que hay que hacer es rezar. «Oración fuerte, fuerte, fuerte», ha repetido Francisco, subrayando cómo el

«salmo 87 que hemos recitado juntos», enseña «cómo se reza, como rezar en el momento de la desolación espiritual, de la oscuridad interior, cuando las cosas no van bien y la tristeza entra con fuerza en el corazón. “Yahveh, Dios de mi salvación, ante ti estoy clamando día y noche”: las palabras son fuertes. Es lo que dijo Job: “Grito día y noche. Por favor escucha mi súplica”». En definitiva, «es una oración» que consiste en «llamar a la puerta, pero con fuerza: “Señor, estoy colmo de

desventuras. Mi vida está al borde del abismo. Ya me cuentan con los que bajan a la fosa, soy como uno hombre acabado"».

En la vida, observó el Papa, «cuántas veces nos sentimos así, sin fuerzas». Pero «el Señor mismo nos enseña cómo rezar en estos malos momentos: "Señor, me has echado en lo profundo de la fosa, en las tinieblas, en los abismos; sobre mí pesa tu furor, llegue hasta ti mi oración". Esta es la oración: así debemos rezar en los peores

momentos, los más oscuros, de más desolación, más opresores, que nos oprimen», exhortó Francisco. Porque «esto es rezar con autenticidad» y, en cierta manera, es necesario «desahogarse también como se desahogó Job con los hijos. Como un hijo».

Después de indicar el comportamiento individual que hay que tener en los momentos de desolación espiritual, el Pontífice se detuvo luego en cómo acompañar a quien se encuentra en tales situaciones. El pasaje bíblico, en efecto,

continúa con la narración de los amigos que fueron a buscar a Job y «permanecieron en silencio, mucho tiempo». En efecto, explicó el Papa, «ante una persona que se encuentra en esta situación, las palabras pueden hacer daño. Solamente tocarlo, estar cerca», de manera que «sienta la cercanía, y responder a lo que él pregunta; pero no soltar discursos».

En cambio, en el caso de Job «se ve que los amigos después de un cierto tiempo se aburririeron del silencio» y

empezaron «a soltar discursos, a decir estupideces». En cambio «cuando una persona sufre, cuando una persona se encuentra en un estado de desolación espiritual, se debe hablar lo menos posible y se debe ayudar con el silencio, la cercanía, las caricias, su oración ante el Padre».

De aquí la actualidad de las lecturas litúrgicas. A partir de las cuales Francisco expresó el deseo de que «el Señor nos ayude: primero a reconocer en nosotros los momentos de desolación espiritual, cuando



nos encontramos en la oscuridad, sin esperanza, y a preguntarnos por qué; segundo, a rezar como hoy nos enseña la liturgia con este salmo 87 en el momento de la oscuridad —“llegue hasta ti mi oración, Señor”». Y tercero, «cuando me acerco a una persona que sufre», sea por una enfermedad sea por cualquier otra circunstancia, «pero que se encuentra sumido en la desolación: silencio». Un silencio, concluyó, «con mucho amor, cercanía, caricias. Y no soltar discursos que al final no

ayudan y, además, hacen  
daño».

***Homilías del Papa Francisco,  
en la Misa de la mañana en  
santa Marta.  
Año 2016.***



***Textos tomados de:  
[www.vatican.va](http://www.vatican.va)***

*Compuestos por:*  
*alphonsus2002@gmail.com*

## **OCTUBRE.**

6 de octubre de 2016. **Vidas a medias.**

11 de octubre de 2016.

## **Caraduras.**

14 de octubre de 2016. **Como las galletas de la abuela.**

18 de octubre de 2016. **La soledad del pastor.**

20 de octubre de 2016. **En un mar sin riberas.**

21 de octubre de 2016.

## **Hagamos espacio.**

24 de octubre de 2016. **Nunca**

**esclavos de la ley.**

**25 de octubre de 2016. La**

**harina y la levadura.**

6 de octubre de 2016. **Vidas a medias.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 14 de octubre de 2016

Nuestra vida, «¿es una vida a medias?». ¿Es una vida que ignora la fuerza del Espíritu Santo? ¿O somos capaces de abrirnos a este «gran don del Padre»? Son las preguntas formuladas por el Papa

Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 6 de octubre. El hilo conductor fue, precisamente, una reflexión sobre el Espíritu Santo sugerida por las lecturas del día: el pasaje de la Carta a los Gálatas (3, 1-5), donde en las palabras de san Pablo se encuentra una «discusión teológica» dedicada al Espíritu, que es «difícil de seguir»; y el pasaje del Evangelio de Lucas (11, 5-13), en la cual está la que el Pontífice ha definido una «sorpresa»: una parábola, en la cual Jesús «habla de la

oración y al final dice: Pedid y se os dará. Se os dará el Espíritu, el Espíritu Santo como un gran don».

Precisamente de aquí surgió la primera indicación de Francisco, que quiso subrayar cómo el Espíritu Santo sea «la promesa de Jesús» en la Última cena y el «gran don del Padre», como se lee en la parábola: «Vuestro Padre os dará el Espíritu». Un Espíritu que es «también la fuerza de la Iglesia». No por casualidad, hizo notar el Papa, «cuando el Espíritu aún no había venido y



Jesús había ascendido al cielo, estaban todos encerrados, en el Cenáculo; tenían un poco de miedo y no sabían qué hacer». En cambio, «desde el momento en el que llega el Espíritu, la Iglesia se abre, sale, sigue adelante y la palabra del Señor llega hasta los confines de la tierra».

Por ello, dijo el Pontífice concluyendo esta primera reflexión, el Espíritu Santo es «el protagonista de la Iglesia», es «el protagonista de este seguir adelante de la Iglesia»:

sin Él hay «cerrazón, miedo»,  
con Él hay «valentía».

En el pasaje sucesivo de la  
meditación se añadió un  
interrogante para cada  
cristiano: «¿Cómo es nuestra  
actitud con el Espíritu, cómo  
vivimos con el Espíritu?»

El Papa hipotizó tres posibles  
respuestas. La primera  
recuerda la actitud de los  
Gálatas de la cual hablaba san  
Pablo. «Es verdad —dijo el  
Pontífice— que todos nosotros  
hemos recibido la ley, pero  
después de la ley el Señor nos  
justifica con la gracia, con su

hijo muerto y resucitado». Es decir, nos ha sido dado «algo más que la ley», o sea Jesús «que da sentido a la ley». No obstante, esos Gálatas, si bien habían creído en Jesús crucificado, «luego escucharon a algunos teólogos que les decían: “¡No, no! ¡La ley es la ley! Lo que te justifica es la ley”». Y así «dejaban a Jesucristo de lado». En práctica, eran «demasiado rígidos» y «para ellos lo que más contaba era la ley: se debe hacer esto, se debe hacer lo otro...». Son el mismo tipo de

personas que atacaban a Jesús y que Él definía «hipócritas». ¿Qué le ocurre a quien razona de esta manera? «Este apego a la ley hace que se ignore al Espíritu Santo» y no deja «que la fuerza de la redención de Cristo proceda por obra del Espíritu». Ahora bien, dijo el Pontífice, es verdad que «están los mandamientos y que nosotros debemos seguir los mandamientos», pero siempre a partir «de la gracia de este don grande que nos ha dado el Padre». Sólo así se comprende de verdad la ley, y no

reduciendo «el Espíritu y el Hijo a la Ley».

Precisamente este, explicó el Papa, «era el problema de esta gente: ignoraban al Espíritu Santo y no sabían seguir adelante. Estaban cerrados, cerrados en las prescripciones: se debe hacer esto, se debe hacer aquello otro». Y es la misma tentación en la cual puede caer cada cristiano: la de «ignorar al Espíritu Santo». Hay además, continuó Francisco, una segunda actitud, y es la que lleva a «entristecer» al Espíritu Santo.

En este sentido «Pablo dice a los Efesios: “Por favor, no entristezcáis al Espíritu Santo!”». Pero, ¿cuándo sucede esto? Cuando, afirmó Papa, «no dejamos que Él nos inspire, nos lleve hacia adelante en la vida cristiana; cuando decimos: “Sí, sí, está el Espíritu que da sentido a mi vida”, pero no dejamos que Él nos diga –y no con la teología de la ley, sino con la libertad del Espíritu– qué debemos hacer». Sucede entonces que «no sabemos con qué inspiración hacemos las cosas y llegamos a ser tibios».

En definitiva, esta es «la mediocridad cristiana», que se verifica cuando se impide al Espíritu que realice «la gran obra en nosotros».

Entonces, la primera actitud es la de «ignorar al Espíritu Santo». Es lo de los doctores de la ley que, puso de relieve el Pontífice, «fascinan con las ideas, porque las ideologías fascinan». San Pablo, en efecto, pregunta: «¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros...?». Es una recriminación válida para todos aquellos que se dejan engañar

por «los que predicán con ideologías» y dejan creer que para ellos está todo claro. En cambio, explicó Francisco, si es verdad que la revelación de Dios «es clarísima», es también verdad que «debemos encontrarla en el camino»; y «los que creen» tener «toda la verdad en sus manos son ignorantes».

En segundo lugar, se corre el peligro de entristecer al Espíritu Santo. Por último está «la tercera actitud», y es la de «abrirse al Espíritu Santo y dejar que el Espíritu nos lleve



hacia adelante». Es lo que sucedió a los apóstoles, que en el día de Pentecostés «perdieron el miedo y se abrieron al Espíritu Santo». Es precisamente esto lo que destaca también el versículo del Evangelio de la liturgia del día: «Abre, Señor, nuestro corazón y acogeremos las palabras de tu Hijo». Explicó el Papa: «Para comprender, para acoger las palabras de Jesús es necesario abrirse a la fuerza del Espíritu Santo. Y cuando un hombre, una mujer, se abre al Espíritu Santo, es como una

barca a vela que se deja llevar por el viento y sigue adelante, adelante, adelante y ya no se detiene».

Para vivir esta realidad plenamente, sugirió Francisco, es necesario rezar. Es, en efecto, lo que se lee también en la parábola evangélica, donde el hombre pide con insistencia: «Dame el pan. Abre la puerta, dame el pan». Y Jesús recuerda: «Como vosotros sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿vuestro Padre no os dará el

Espíritu, el gran don, el gran regalo bueno?».».

El Pontífice concluyó la meditación sugiriendo a cada uno que se confronte con algunos interrogantes: «¿Ignoro al Espíritu Santo?»; «¿mi vida es una vida a medias, tibia, que entristece al Espíritu Santo y no deja en mí la fuerza para seguir adelante», o «es una oración continua para abrirse al Espíritu Santo, para que Él me lleve hacia adelante con la alegría del Evangelio y me haga entender la doctrina de

Jesús, la verdadera doctrina, la que no fascina, la que no nos hace tontos, sino la verdadera», la que enseña «el camino de la salvación?».

11 de octubre de 2016.

## **Caraduras.**

*Martes*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 14 de octubre de 2016

«¿Religión del aparentar?» o «¿camino de humildad?» En la homilía de la misa celebrada en Santa Marta, el martes 11 de octubre, el Papa Francisco señaló una elección decisiva para la vida de cada cristiano:

también al «hacer el bien», efectivamente, se puede caer en un peligroso malentendido, que es el de anteponernos a nosotros mismos y no «la redención que Jesús nos ha dado». El objetivo es el de afirmar «nuestra libertad interior» mostrándonos al mundo cómo somos realmente en nuestro corazón, sin fáciles o astutas operaciones de «maquillaje» exterior.

La reflexión del Pontífice surgió del concepto de libertad. La inspiración nace de la primera lectura del día (*Gálatas 5, 1-6*),

en la cual el apóstol Pablo invita a «mantenerse, pues, firmes y no dejarse oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud, es decir, ser libres: libres en la religión, libres de adorar a Dios». Aquí encontramos la primera enseñanza: «nunca perder la libertad». Pero ¿Cuál libertad? «la libertad cristiana — explicó el Papa— sólo viene de la gracia de Jesucristo, no de nuestras obras, no de nuestras llamadas “justicias”, sino de la justicia que el señor Jesucristo nos ha dado y con la cual nos

ha recreado». Una justicia, añadió, «que viene precisamente de la Cruz». Sobre este argumento insiste también el pasaje del Evangelio propuesto por la liturgia (*Lucas 11, 37-41*). Aquí se lee de Jesús que regaña a un fariseo, un doctor de la ley. Le regaña porque, recordó el Papa, «este fariseo invita a almorzar a Jesús y Jesús omite las abluciones, es decir, no se lava las manos»: no cumple esas prácticas «que eran costumbres de la ley antigua». Ante ciertas protestas, el Señor afirma:



«vosotros, los fariseos purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad». Un concepto, resaltó Francisco, que Jesús «repite muchas veces en el Evangelio» poniendo en guardia a cierta gente con palabras claras: «vuestro interno es malvado, no es justo, no es libre. Sois esclavos porque no habéis aceptado la justicia que viene de Dios». Que es además «la justicia que nos ha dado Jesús».

En otro pasaje se lee que

Jesús, después de haber exhortado a orar, enseña también como se debe hacer: «en tu habitación, que nadie te vea, así sólo tu Padre te ve». La invitación, pues, es a «no rezar para aparentar», para hacerse ver, como hacía ese fariseo que —narra siempre el Evangelio— ante el altar del templo decía: «Dios, gracias, Señor, porque no soy pecador». Los que actuaban así, comentó el Pontífice, eran precisamente unos «caraduras» y «no tenían vergüenza». En contra de ciertas actitudes,

existe la sugerencia dada por el mismo Jesús y que el Papa sintetizó de la siguiente manera: «Cuando hacéis el bien y dais limosna no lo hagáis para ser admirados. Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda. Hacedlo a escondidas. Y cuando hagáis penitencia, ayuno, por favor tened cuidado con la melancolía, no seáis melancólicos para que todo el mundo sepa que estáis haciendo penitencia».

Esencialmente: lo que importa «es la libertad que nos ha dado

la redención, que nos ha dado el amor, que nos ha dado la recreación del Padre».

Es una libertad interior, que lleva a hacer «el bien a escondidas, sin tocar la trompeta»: efectivamente, «el camino de la verdadera religión es el mismo camino de Jesús: la humildad, la humillación».

Tanto que Jesús —recordó el Pontífice citando la carta de Pablo a los Filipenses— «se humilló a sí mismo, se despojó de sí mismo». Y añadió: «es el único camino para despojarnos del egoísmo, la avidez, la

soberbia, la vanidad, la mundanidad».

Ante este modelo encontramos, sin embargo, la actitud de aquellos a quienes que Jesús reprende: «gente que sigue la religión del maquillaje: la apariencia, el aparentar, el hacer como que, pero dentro...». Para ellos, subrayó el Papa, Jesús usa «una imagen muy fuerte: “vosotros sois como los sepulcros blanqueados, bonitos por fuera pero dentro llenos de huesos, de muertos y podredumbre”». Por el contrario, «Jesús nos

llama, nos invita a hacer el bien con humildad», porque de no ser así se cae en un malentendido peligroso: «Tú puedes hacer todo el bien que quieras, pero si no lo haces humildemente, como nos enseña Jesús, este bien no sirve, porque es un un bien que nace de ti mismo, de tu seguridad, no de la redención que Jesús nos ha dado». Una redención que, dijo Francisco, llega a través del «camino de la humildad y de las humillaciones»: efectivamente «no se llega

nunca a la humildad sin las humillaciones». De tal manera que «vemos a Jesús humillado en la cruz».

Siguió la exhortación que concluyó la homilía: «Pidamos al Señor que no nos cansemos de ir por este camino, de no cansarnos de rechazar esta religión del aparentar, del parecer, del hacer como que...».

El compromiso debe ser, en cambio, el de proceder «silenciosamente, haciendo el bien, gratuitamente como nosotros gratuitamente hemos

recibido nuestra libertad  
interior»



14 de octubre de 2016. **Como las galletas de la abuela.**

*Viernes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 21 de octubre de 2016

El cristiano no debe ser como las galletas de la abuela, popularmente llamadas «mentiras» precisamente porque son bonitas y grandes por fuera pero huecas y sin sustancia por dentro. Así,

acerca de la hipocresía, con sus peores declinaciones, el Papa Francisco puso en guardia durante la misa celebrada el viernes 14 de octubre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Y el Pontífice sugirió también las líneas para un examen de conciencia precisamente sobre el nivel de hipocresía de cada creyente. Partiendo del pasaje evangélico de Lucas (12, 1-7) proclamado durante la liturgia, Francisco indicó inmediatamente «una palabra que el Señor dice a los discípulos: "levadura"». Escribe

Lucas, remitiéndose a la enseñanza de Jesús:

«Guardaos de la levadura de los fariseos». El Señor, afirmó el Papa, «habla de la levadura también en otras ocasiones, al explicar, por ejemplo, que el reino de los cielos es como la levadura que la mujer mezcla con la harina, forma la masa y fermenta: así es el reino de los cielos». Además, «el apóstol Pablo dice a los Corintios:

“Purificaos de la levadura vieja, para ser masa nueva”».

En el pasaje propuesto por la liturgia «Jesús habla de una

levadura que no construye el reino de los cielos, de una levadura que no es buena». Por lo tanto, hay dos tipos de levadura, una buena y la otra mala: «la levadura que hace crecer el reino de Dios y la levadura que sólo es apariencia en el reino de Dios». Por lo demás, «la levadura hace crecer, siempre; y hace crecer, cuando es buena, de modo consistente, sustancioso y llega a ser un buen pan, una buena masa: fermenta bien. Pero la levadura mala no hace fermentar bien».

Para explicar más eficazmente esta imagen, Francisco quiso compartir una confesión personal: «Recuerdo que para carnaval, cuando éramos niños, la abuela nos hacía galletas, y era una masa muy liviana, liviana, era liviana esa masa que hacía. Luego la ponía en el aceite y la masa se inflaba, se inflaba, y cuando la comíamos estaba hueca». Esas galletas en el dialecto se llamaban «mentiras». Y era precisamente la abuela quien nos explicaba la razón de ello: estas galletas «son como las mentiras:

parecen grandes, pero no tienen nada dentro, no hay nada verdadero allí; no hay nada de sustancia».

Y Jesús nos alerta: «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía». Por ello la invitación del Señor es tener mucho cuidado «con la levadura de los fariseos, que es la hipocresía».

Por lo demás, destacó Francisco, «muchas veces Jesús dice "hipócritas, hipócritas" a los fariseos, a los doctores de la ley». Por ejemplo, «basta leer el capítulo 23 de Mateo: una

tras otra». Pero, en realidad, «¿qué es esta levadura mala, esta hipocresía?». Para responder el Papa tomó «algunos pasajes de la Biblia». Y es así que «el Señor se lamenta con el profeta: “Este pueblo me invoca con sus labios pero su corazón está lejos de mí”». Porque, explicó el Pontífice, «la hipocresía es una división interna, se dice una cosa y se hace otra: es una especie de esquizofrenia espiritual». Aún más, «el hipócrita es un simulador: parece bueno, cortés, pero

detrás de sí tiene el puñal». Precisamente como Herodes, recordó Francisco, que, con miedo por dentro, «había recibido a los magos» con «amabilidad» y «luego, en el momento de la despedida, dice: "Id e indagad... y cuando lo encontréis comunicádmelo, para ir también yo a adorarle"». En cambio quería «matarlo».

«El hipócrita que tiene doble cara —insistió el Papa— es un simulador». Jesús mismo, «hablando de estos doctores de la ley», afirma que ellos «dicen



y no hacen». Y esta «es otra forma de hipocresía, es un nominalismo existencial: los que creen que, diciendo las cosas, lo arreglan todo. No, las cosas hay que hacerlas, no sólo decirlas». En cambio «el hipócrita es un nominalista, cree que con decir las cosas ya se hace todo». Además «el hipócrita es incapaz de acusarse a sí mismo: jamás encuentra una mancha en sí mismo; acusa a los demás». Pensemos, sugirió Francisco, «en la paja y en la viga»: precisamente «así podemos

describir esta levadura que es la hipocresía».

En esta perspectiva, «para comprender qué quiere decirnos Jesús» el Pontífice propuso los rasgos de un auténtico «examen de conciencia sobre nuestro modo de obrar en la vida, sobre nuestra levadura», de modo que «podamos ser más libres para seguir al Señor y decirnos siempre la verdad». Por ello es importante preguntarse: «¿Cómo crezco yo? ¿Crezco con la levadura vieja que no sirve para nada? ¿Crezco como los

«crêpes» de mi abuela, vacío, sin sustancia, o crezco con la levadura nueva, la que construye el reino de los cielos, que hace crecer el reino de los cielos? ¿Cómo es mi levadura?». Es decir: «¿Con qué espíritu hago las cosas? ¿Con qué espíritu rezo? ¿Con qué espíritu me dirijo a los demás? ¿Con el espíritu que construye o con el espíritu que se convierte en aire?».

Francisco aconsejó también que nunca nos engañemos a nosotros mismos cuando digamos: «He hecho esto, he

hecho aquello». E indicó más bien el ejemplo de los más pequeños: «¡Con cuánta verdad se confiesan los niños! Los niños jamás, jamás, jamás dicen una mentira, en la confesión, jamás dicen cosas abstractas: “He hecho esto, he hecho aquello”». Así, pues, explicó el Papa, los niños son «concretos, cuando están ante Dios y ante los demás dicen cosas concretas, porque tienen la levadura buena, la levadura que los hace crecer como crece el reino de los cielos». Así, el Pontífice concluyó su

meditación pidiendo al Señor que «nos dé, a todos nosotros, el Espíritu Santo y la gracia de la lucidez para identificar cuál es la levadura con la cual yo crezco, cuál es la levadura con la cual yo obro», para estar siempre dispuestos a responder sinceramente a esta pregunta: «¿Soy una persona leal y transparente o soy un hipócrita?».

18 de octubre de 2016. **La soledad del pastor.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 21 de octubre de 2016

Pablo, Juan Bautista y Maximiliano Kolbe —y con ellos muchísimos pastores de todos los tiempos— han vivido en su propia piel la soledad, el abandono y la persecución, pero también «la cercanía del

Señor» sobre todo en los momentos de prueba. Es una invitación a reconocer siempre la presencia de Dios, aun en la experiencia del dolor y de la enfermedad, lo que el Papa sugirió durante la misa celebrada el martes 18 de octubre en la capilla de la Casa Santa Marta.

Para su meditación Francisco tomó inspiración del pasaje de la segunda carta de san Pablo a Timoteo (4, 10-17), propuesto por la liturgia. «Pablo está en Roma, prisionero en una casa, en una habitación, con una

cierta libertad, pero esperando no se sabe qué» explicó. Y «en ese momento Pablo se siente solo»: es «la soledad del pastor cuando hay dificultades, pero también la soledad del pastor cuando se aproxima su final: desnudado, sólo y mendicante». En esta situación el apóstol escribe a Timoteo: «Toma a Marcos y tráele contigo, pues me es muy útil para el ministerio. Cuando vengas, tráeme el abrigo y los libros». Es decir, Pablo está «solo y mendicante: mendiga a Timoteo sus pequeñas cosas



para que le puedan ser de utilidad a él».

El apóstol es también «víctima de ensañamiento», hasta tal punto que una persona dice: «ise ha opuesto tenazmente a nuestra predicación!». Pablo está «solo, mendicante, víctima de ensañamiento», y además «dice esa palabra tan triste: "todos me han abandonado"». En el tribunal ha quedado sin asistencia y reconoce: «Sólo el señor Jesús ha estado cerca de mí».

Es verdad que el apóstol está «solo, mendicante, víctima de

enseñamiento, abandonado — afirmó Francisco— pero es el gran Pablo, el que oyó la voz del Señor, la llamada del Señor; el que fue de una parte a otra, que padeció muchas cosas y muchas pruebas por predicar el Evangelio, que dio a entender a los apóstoles que el Señor quería que también los gentiles entrasen en la Iglesia». Es «el gran Pablo que en la oración subió hasta el séptimo cielo y oyó cosas que nadie había oído antes». Pero ahora «el gran Pablo» está «ahí, en esa pequeña

habitación de una casa, en Roma, esperando como terminará esta lucha en el interior de la Iglesia entre las partes, entre la rigidez de los judaizantes y esos discípulos fieles a él». Y «así termina la vida del gran Pablo, sumido en la desolación: no en el resentimiento y la amargura, sino en la desolación interior». Por lo demás, hizo notar el Papa, «Jesús le había dicho a Pedro que habría terminado así también él». Y también «todos los apóstolos terminaron así: "cuando llegues a viejo,

extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras”». Este, explicó el Pontífice, «es el final del apóstol».

Precisamente «desde aquella pequeña habitación de Pablo — dijo Francisco— podemos pensar en dos grandes: Juan Bautista y Maximiliano Kolbe. El primero, «en su celda, solo, angustiado, manda a sus discípulos a preguntar a Jesús: “¿eres tú o debemos esperar a otro?”. Y luego el capricho de una bailarina y la venganza de una adúltera le corta la cabeza:

termina así el grande Juan Bautista, del cual Jesús dice que era el hombre más grande nacido de una mujer».

Y aún más «más cercano a nosotros —dijo el Papa— pensemos en la celda de Maximiliano Kolbe, que había realizado un movimiento apostólico en todo el mundo y muchas cosas grandes: está en esa celda, hambriento, esperando la muerte» en el campo de Auschwitz.

«El apóstol cuando es fiel no se espera otro final que el de Jesús» afirmó Francisco.

Efectivamente se da «el despojamiento del apóstol: es desnudado, sin nada, porque ha sido fiel». Y tiene la misma sabiduría de Pablo: «Solamente el Señor ha estado a mi lado», porque «el Señor no le deja y ahí encuentra su fuerza». «El final de Pablo» es sabido: «Después de casi dos años, viviendo así, en la incertidumbre, en esta lucha interna de la Iglesia, una mañana llegan dos soldados, le apresan, le sacan fuera, le cortan la cabeza». Pero ¿cómo puede terminar de

esta manera —es natural preguntarse— «un hombre tan grande que ha viajado por el mundo para predicar, que ha convencido a los apóstoles de que Jesús ha venido también para los gentiles, que ha hecho mucho bien, que ha luchado, que ha sufrido, que ha rezado, que ha tenido la más alta contemplación?». Y sin embargo «esta es la ley del evangelio: si el grano de trigo no muere, no da fruto, porque esta es la ley que Jesús mismo nos indicó con su persona». Pero con la certeza de que

«después llega la resurrección».

«Uno de los teólogos de los primeros siglos —recordó el Pontífice— decía que “la sangre de los mártires era la semilla de los cristianos”». Porque «morir así como mártires, como testigos de Jesús», es precisamente como «la semilla que muere y da el fruto y llena la tierra de nuevos cristianos». Y «cuando el pastor vive así, no está amargado: quizás se siente desolado, pero tiene esa certeza de que el Señor está a su lado». En cambio, cuando



«el pastor, en su vida, se ha ocupado de otras cosas que no son los fieles —está, por ejemplo, pegado al poder, está pegado al dinero, está pegado a las facciones, está pegado a tantas cosas— al final no estará solo, quizás estarán los sobrinos esperando que muera para ver qué cosa se pueden llevar».

Francisco quiso compartir, al respecto, lo que siente en su corazón cuando va «a visitar la residencia para sacerdotes ancianos», donde —narró— «encuentro muchos de estos

buenos sacerdotes que han dado la vida por los fieles y están allí, enfermos, paralíticos, en silla de ruedas; pero en seguida se ve aquella sonrisa, porque sienten al Señor muy cerca de ellos». Ciertamente no se pueden olvidar esos ojos brillantes que tienen y preguntan: «¿Cómo va la Iglesia? ¿Cómo va la diócesis? ¿Cómo van las vocaciones?». Son preocupaciones que tienen dentro «hasta el final, porque son padres, porque han dado la vida por los demás». En

conclusión, el Pontífice ha relanzado el testimonio de «Pablo solo, mendicante, víctima de ensañamiento, abandonado por todos, menos por el Señor Jesús: “¡Sólo el Señor ha estado cerca de mí!”». Porque, insistió, «el pastor debe tener esta seguridad: si él va por el camino de Jesús, el Señor estará cerca de él hasta el final». Recemos por los pastores que están al final de su vida y que están esperando que el Señor se los lleve con Él. Recemos para que el Señor les

dé la fuerza, el consuelo y la seguridad de que, aunque se sientan enfermos e incluso solos, el Señor está con ellos, cerca de ellos: Que el Señor les dé la fuerza».

20 de octubre de 2016. **En un mar sin riberas.**

*Jueves.*

Fuente: [www.osservatoreroman](http://www.osservatoreroman)

Rezar, adorar, reconocerse pecadores: son las tres sendas que abren al cristiano el conocimiento y la comprensión del misterio de Dios. Lo indicó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta el jueves 20 de octubre por la mañana.

La reflexión del Pontífice partió de la frase de san Pablo — tomada de la carta a los Filipenses (3, 8)— proclamada en el versículo antes del Evangelio: «Juzgo que todo es pérdida... y lo tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él». La voluntad de «ganar a Cristo» es también «la gracia» que el apóstol pide para los Efesios en el pasaje de la carta (3, 14-21) elegido para la primera lectura de la liturgia. Se trata de «un pasaje de oración», explicó Francisco. Pablo, en efecto, enseña a los

Efesios «este camino» y «reza de rodillas: "Doblo mis rodillas ante el Padre... para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu"». Lo que el apóstol pide es la «gracia de ser fuertes, fortalecidos, mediante el Espíritu». Pero, ¿por qué quiere «que los Efesios sean fortalecidos por la acción del Espíritu Santo?». Para que «Cristo —responde Pablo mismo— habite por la fe en vuestros corazones». Este «es el centro», destacó el Papa.

Pero el apóstol «no se detiene, sigue adelante: “Para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos... el amor de Cristo”». Y de esa comprensión la carta a los Efesios da esta original explicación:

«Comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento».

«Pablo en esta oración — recordó Francisco— sigue adelante y se sumerge en este



mar, en este mar sin fondo, sin riberas, un mar inmenso que es la persona de Cristo». Y así «reza para que el Padre done a los Efesios —y la pide también para nosotros— esta gracia: conocer a Cristo».

Pero, ¿cómo se puede «conocer a Cristo» para que Él sea «la auténtica ganancia» ante la cual «todo lo demás sea basura»? Se puede hacer a través del Evangelio. Cristo, recordó el Papa, «está presente en el Evangelio»: por lo tanto, «leyendo el Evangelio conocemos a Cristo». Y «todos

nosotros hacemos esto, al menos escuchamos el Evangelio cuando vamos a misa». Ciertamente, se puede también conocer a Jesús «con el estudio del catecismo: el catecismo nos enseña quien es Cristo». Pero todo esto — precisó Francisco— «no es suficiente. Para ser capaces de comprender cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de Jesucristo hay que entrar en un contexto, primero, de oración, como lo hace Pablo, de rodillas: “Padre

envíame el Espíritu para conocer a Jesucristo"».

De este modo el conocimiento va más allá de la superficie y se introduce en las profundidades del misterio. «Nosotros — destacó al respecto el Papa— conocemos al Niño Jesús, Jesús que cura a los enfermos, Jesús que predica, que hace milagros, que muere por nosotros y resucita. Sabemos todo esto, pero esto no quiere decir conocer el misterio de Cristo». Se trata, en efecto, de «algo más profundo y por ello es necesaria la oración: "Padre,

envíame tu Espíritu para que conozca a Cristo". Es una gracia. Es una gracia que da el Padre».

Además de la oración, es necesaria la adoración. Pablo, indicó Francisco, «no sólo reza, adora este misterio que supera todo conocimiento y en un contexto de adoración pide esta gracia "a Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por

todas las generaciones". Esto es, por lo tanto, «un acto de adoración, de alabanza: adorar». Porque «no se conoce al Señor sin este hábito de adorar, de adorar en silencio». Una actitud que, para el Pontífice, no siempre encuentra espacio en la vida del cristiano. «Creo, si no me equivoco — confesó—, que esta oración de adoración es la menos conocida por nosotros, es aquella que menos consideramos», como si se tratase de «perder el tiempo ante el Señor, ante el misterio de Jesucristo». Se debe, en

cambio, redescubrir «el silencio de la adoración: Él es el Señor y yo le adoro».

Por último, «para conocer a Cristo es necesario tener conciencia de nosotros mismos, es decir, tener la costumbre de acusarnos a nosotros mismos, de acusarse a sí mismo», reconociendo ante Dios: «Soy pecador. Pero, no, soy pecador por definición, porque tú sabes las cosas que he hecho y las cosas que soy capaz de hacer». Al respecto, Francisco hizo referencia al capítulo 6 de Isaías, cuando el profeta, en el

momento en el cual ve «al Señor y a todos los ángeles que adoran al Señor», exclama: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!»: o sea, admite ser un pecador. Por lo tanto, «no se puede adorar sin acusarse a sí mismo».

En definitiva, «para entrar en este mar sin fondo, sin riberas, que es el misterio de Jesucristo», son necesarias las tres actitudes que el Papa ha mencionado como conclusión: «La oración: “Padre, envíame el Espíritu para que Él me

conduzca a conocer a Jesús". Segundo, la adoración al misterio, entrar en el misterio, adorando. Y tercero, acusarse a sí mismo: "Soy un hombre de labios impuros"». De aquí el deseo de que «el Señor nos conceda también a nosotros esta gracia que Pablo pide para los Efesios, esta gracia de conocer y ganar a Cristo».



21 de octubre de 2016.

## **Hagamos espacio.**

*Viernes.*

Fuente: [www.osservatoreroman](http://www.osservatoreroman)

El Papa Francisco volvió a reflexionar sobre el misterio de Cristo y de la Iglesia. En continuidad con la meditación del jueves 20 de octubre y siguiendo la línea de la liturgia del día, en la misa celebrada en Santa Marta el viernes 21 se detuvo a hablar de la unidad que está en el centro del

«misterio de la Iglesia» y que se realiza a través «del vínculo de la paz». Como es habitual, la homilía del Pontífice hizo referencia a la cotidianidad de la vida de cada cristiano: para responder de manera «digna» a la «llamada del misterio», hay que aprender a vivir con «humildad», con la «dulzura» que lleva a «soportarnos mutuamente» y con la «magnanimidad» que abre el corazón a todos.

La reflexión partió del pasaje de la carta a los Efesios (4, 1-6) donde san Pablo «trata de

explicar, de ayudar a comprender a los Efesios el misterio de la Iglesia». Un misterio, dijo el Papa Francisco, que podemos comprender «sólo si somos pequeños». Y, en efecto, la liturgia misma, a través del versículo antes del Evangelio —«Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque a los pequeños has revelado los misterios del reino»— impulsa a los fieles a pedir «esta gracia, con el mismo espíritu de ayer, el espíritu de alabanza, de adoración».

En la carta, destacó el Pontífice, «Pablo es claro» e indica aquello que es más importante: es decir, preocuparnos por «conservar la unidad en el espíritu por medio del vínculo de la paz». Por lo demás, añadió, «el saludo del Señor: “Paz a vosotros”, es un saludo que crea un vínculo; un saludo que nos une para crear la unidad en el espíritu».

Precisamente por esta senda «se profundiza, en el misterio de la Iglesia, la unidad», que es lo que «Jesús había pedido al Padre en la última Cena: “Que

ellos —los míos— sean uno, como tú y yo”». Y el apóstol continúa y lo explica mejor: «Un solo cuerpo y un solo espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos». «Pero —preguntó Francisco— ¿quién hace la unidad? El vínculo de la paz». En efecto, «si no hay paz, si no somos capaces de saludarnos en el sentido más amplio de la palabra, de tener el corazón abierto con espíritu de paz,

nunca habrá unidad. La unidad en el mundo, la unidad en las ciudades, en el barrio, en la familia». No por casualidad «el espíritu del mal siembra guerras, siempre. Celos, envidias, luchas, habladurías... son cosas que destruyen la paz y como consecuencia no puede haber unidad».

Pero, ¿cómo debe comportarse, concretamente, un cristiano «para hallar esta unidad?». La respuesta, también ahora la encontramos en la carta paulina: «Comportaos de una manera digna... con toda

humildad, mansedumbre y paciencia». Tres actitudes en las que se detuvo el Papa. Ante todo la humildad: «no se puede ofrecer la paz sin la humildad. Donde hay soberbia, siempre hay guerra, siempre ese querer vencer sobre el otro, creyéndose superior. Sin humildad no hay paz y sin paz no hay unidad». Luego la «dulzura, es decir la mansedumbre». Y aquí el Pontífice dijo: «Tal vez es un poco exagerado, pero me atrevo a decirlo: hemos olvidado la capacidad de hablar

con dulzura, nuestro modo de hablar es más bien reprendiéndonos. O hablando mal de los demás... no hay dulzura. Y la dulzura tiene un punto que es la capacidad de soportar los unos a los otros». En efecto, san Pablo escribe: «Soportándoos unos a otros». Por lo tanto, añadió el Papa, se necesita mucha «paciencia: soportar los defectos de los demás, las cosas que no nos gustan». Por último la «magnanimidad». O sea tener un «corazón grande, un corazón amplio que



tiene espacio para todos y no condena, no se queda en las pequeñas cosas», no va detrás de habladurías como: «qué dijo este...» o «he escuchado esto...». Sino más bien un corazón donde «hay sitio para todos. Y esto construye el vínculo de la paz, este es el modo digno de comportarnos para construir el vínculo de la paz que es creador de unidad». Quien crea la unidad, explicó Francisco, «es el Espíritu Santo», pero tener ciertas actitudes «favorece, prepara la creación de la unidad».

Completando esta meditación, el Pontífice invitó también a leer el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios, donde «Pablo retoma esta catequesis sobre el misterio de la Iglesia» y «enseña cómo hacer espacio al Espíritu, con qué actitudes nuestras, para que él cree la unidad». Y enseña también «cómo construir entre nosotros el vínculo de la paz para que el Espíritu cree la unidad». El misterio de la Iglesia — concluyó el Papa invitando a todos a rezar al Espíritu Santo

para que nos dé la gracia de comprenderlo y vivirlo— «es el misterio del cuerpo de Cristo: “Una sola fe, un solo bautismo”, “un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos”, obra “por medio de todos y está presente en todos”: esta es la unidad que Jesús pidió al Padre para nosotros y que nosotros debemos ayudar a construir, esta unidad, con el vínculo de la paz. Y el vínculo de la paz crece con la humildad, con la dulzura, soportándose unos a otros, y con la magnanimidad».

24 de octubre de 2016. **Nunca esclavos de la ley.**

*Lunes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 28 de octubre de 2016

La rigidez del hipócrita no tiene nada que ver con la ley del Señor, sino que tiene relación con «algo oculto, una doble vida» que nos convierte en esclavos y hace olvidar que estar de la parte de Dios

significa vivir «la libertad, la mansedumbre, la bondad, el perdón». Son precisamente estas las actitudes del cristiano —que no debe aparentar ser bueno para enmascarar «la enfermedad» de la rigidez— indicadas por el Papa Francisco en la misa celebrada el lunes 24 de octubre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Hemos rezado en el Salmo responsorial y repetido la oración “feliz el hombre que camina en la ley del Señor”» puso inmediatamente de

relieve el Pontífice. Y «diciendo esto —continuó— hemos pedido la gracia de caminar en la ley del Señor, porque no es fácil, no es fácil caminar en la ley del Señor».

Precisamente «el pasaje del Evangelio de hoy —explicó el Papa haciendo referencia al texto de Lucas (13, 10-17)— nos enseña esta dificultad de caminar en la ley del Señor y nos indica que es una gracia que debemos pedir: caminar en la ley del Señor». Francisco indicó «en este pasaje del Evangelio dos palabras fuertes

sobre la mujer: "liberada" y "prisionera"». Lucas, en efecto, escribe que «había una mujer a la que un espíritu tenía enferma hacía dieciocho años y Jesús la libera». Pero lo hace «el sábado y la ley dice claramente que el sábado no se trabaja». Esa era «la ley antigua», afirmó el Papa, mientras que «la ley nueva nos dice no trabajar el domingo». La curación realizada por Jesús suscita indignación en el jefe de la Sinagoga, quien, continuó Francisco, «siente el deber de reprender a la mujer y dice:

“Hay seis días en que se puede trabajar; venid, pues, esos días a curaros, y no en día de sábado”». A estas palabras

«Jesús responde con fuerza:

“¡Eres un hipócrita! Por ejemplo, ¿qué haces con tu buey, con tu asno? ¿Lo desatas para llevarlos a abreviar, a comer? ¿Y a esta no?”».

«La palabra “hipócrita” —puso de relieve el Pontífice— Jesús la repite muchas veces a los rígidos, a aquellos que tienen una actitud de rigidez al cumplir la ley, que no tienen la libertad del hijo: sienten que la



ley se debe hacer así y son esclavos de la ley». Pero «la ley no ha sido hecha para hacernos esclavos, sino para hacernos libres, para hacernos hijos», explicó Francisco. San Pablo «predicó mucho sobre esto; y Jesús, con pocas predicaciones, pero con muchas obras, nos ha hecho comprender esta realidad».

«Hipócritas», recordó el Papa, es una palabra que «muchas veces Jesús repite a la gente rígida, porque detrás de la rigidez hay otra cosa, siempre». Por esta razón

«Jesús dice “¡hipócritas!”: detrás de la rigidez hay algo oculto en la vida de una persona». En efecto, «la rigidez no es un don de Dios; la mansedumbre sí; la bondad sí; la benevolencia sí; el perdón sí; ¡pero la rigidez no!».

Por lo tanto, dijo Francisco, «detrás de la rigidez hay siempre algo escondido, en muchos casos una doble vida». Pero «hay también algo de enfermedad: cuánto sufren los rígidos cuando son sinceros y se dan cuenta de esto, sufren porque no logran tener la

libertad de los hijos de Dios; no saben cómo se camina en la ley del Señor y no son felices. Y sufren mucho». De este modo, si bien «parecen buenos, porque siguen la ley, detrás hay algo que no los hace buenos: o son malos, hipócritas o están enfermos». De todas formas «sufren».

Para presentar con mayor claridad su razonamiento, el Papa volvió a proponer la historia de los «dos hijos de la parábola del hijo pródigo» que relata también Lucas en su Evangelio (15, 11-32). «El hijo

mayor era bueno», tanto que «todos los vecinos, todos los amigos del padre» decían: «¡Qué buen hijo, hace siempre lo que el padre dice!». Pero luego en sus comentarios añadían: «Pobre padre, con el segundo hijo ha sido una calamidad, se marchó con el dinero y lleva una vida sucia, una vida de pecador». Sin embargo, al final, la historia «se revierte y ese pecador, que se había marchado de casa, se da cuenta de haber obrado mal y vuelve, pide perdón y el padre hace fiesta».

El hijo «bueno», en cambio, «está allí y muestra lo que hay detrás de su bondad». O sea, «la soberbia de creerse justo: "A este tú le celebras una fiesta, a ese hijo tuyo, y a mí, que soy tan bueno, que siempre te he servido, no me haces una fiesta"».

Es esta, explicó Francisco, la actitud del «hipócrita: detrás de obrar el bien, hay soberbia». El hijo pródigo, por su parte, «sabía que tenía un padre y en el momento más oscuro de su vida se dirige al padre». El hijo mayor, en cambio, «del padre

entendía sólo que era el patrón, pero nunca lo había sentido como padre: era rígido, caminaba en la ley con rigidez». Y aún más: el hijo pródigo «dejó la ley a un lado, se marchó sin la ley, contra la ley, pero a un cierto punto pensó en el padre y volvió, y obtuvo el perdón».

«No es fácil caminar en la ley del Señor sin caer en la rigidez —dijo el Pontífice—, pero los rígidos, como he dicho, sufren mucho». Hasta tal punto que también el jefe de la Sinagoga, de quien habla Lucas en el

Evangelio, «al final se avergonzó porque Jesús le hizo razonar» diciéndole: «¿Pero no haces esto con tu asno?». En cambio toda la gente, se lee también en el pasaje evangélico, se alegraba por todas las maravillas que hacía Jesús.

Como conclusión, el Pontífice invitó a rezar «por nuestros hermanos y nuestras hermanas que creen que caminar en la ley del Señor es convertirse en personas rígidas: que el Señor les haga sentir que Él es padre y que a Él le gusta la

misericordia, la ternura, la bondad, la mansedumbre, la humildad». Y «que a todos nos enseñe a caminar en la ley del Señor con esta actitud».



25 de octubre de 2016. **La harina y la levadura.**

*Martes.*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 28 de octubre de 2016

Es «docilidad» la palabra clave de la reflexión del Papa Francisco durante la misa celebrada el martes 25 de octubre en Casa Santa Marta. Debe ser esta, efectivamente, la característica principal no

sólo del «camino» de cada cristiano, sino también del camino más amplio que caracteriza el reino de Dios. El Pontífice, para continuar su meditación, hizo sobre todo una breve mención de la liturgia del día anterior: «ayer hemos repetido, y también rezado: "feliz el hombre que camina en la ley del Señor". Es necesario, dijo, «caminar en la ley» y «no mirarla; no sólo estudiarla». La ley, efectivamente, «es para la vida, está para ayudar a hacer el reino, a hacer la vida».

Aquí comenzó la profundización que caracterizó la homilía del martes. Tomó como referencia el pasaje del Evangelio de san Lucas (13, 18-21) en el cual, a través de las similitudes con el grano de mostaza y de la levadura, «el Señor nos dice que también el reino está en camino».

Pero «¿Qué es el reino de Dios?» Alguien, supuso el Papa, podría pensar que sea «una estructura bien hecha», con «todo en orden» y «organigramas bien hechos», y que aquello que no entre en

esta organización no pertenezca al reino de Dios. Pero pensar de esa manera significaría caer en el mismo error en el cual se puede caer respecto a la ley: «la "fijeza", la rigidez».

Sin embargo, explicó Francisco utilizando un insólito cuanto eficaz verbo transitivo, «la ley está para caminarla». E incluso «el reino de Dios está en camino». Y no sólo el reino «no está parado», es más, «el reino de Dios "se hace" todos los días».

Para aclarar este concepto, dijo el Pontífice, «Jesús habla de dos cosas de la vida cotidiana: la levadura no se mantiene levadura, porque al final se estropea; se mezcla con la harina, está en camino y hace el pan»; y de la misma manera «la semilla no permanece semilla: muere y da vida al árbol». Entonces: «la levadura y la semilla están en camino para "hacer" algo». Y también «el reino es así». El Papa quiso reiterar el concepto: «Levadura y semilla mueren. La levadura ya no es levadura: se mezcla

con la harina y se convierte en pan para todos, comida para todos. La semilla ya no será semilla: será árbol y se convierte en casa para todos, para los pájaros...».

No se trata, explicó Francisco, de «un problema de pequeñez», por el cual se puede pensar: «es pequeño, es poca cosa, o algo grande». Es, más bien, «un problema de camino», y precisamente en el camino «sucede la transformación».

Haciendo referencia de nuevo a la homilía del día anterior —en

la cual se había puesto de relieve «la actitud del que veía la ley que no camina, que era fija» y se entendía que «la fijeza, era una actitud de rigidez»— el Pontífice pasó al nivel del compromiso y del esfuerzo personal de cada cristiano: «¿Cuál es la actitud que el Señor pretende de nosotros, para que el reino de Dios crezca y sea pan para todos y casa, también, para todos?». La respuesta está clara: «la docilidad».

Efectivamente, añadió, «el reino de Dios crece con la

docilidad ante la fuerza del Espíritu Santo».

Francisco retomó en este sentido la simbología propuesta por el párrafo evangélico: «la harina deja de ser harina y se convierte en pan, porque es dócil a la fuerza de la levadura»; y aún más: «la levadura se deja amasar con la harina». Y aunque «la harina no tiene sentimientos», se puede pensar que en ese «dejarse amasar» se dé «algún sufrimiento», así como, después, en el «dejarse cocinar».



La misma dinámica, dijo el Papa, se encuentra también respecto al reino de Dios que «crece así, y después, al final es comida para todos». Así como «la harina es dócil con la levadura» y «crece», lo mismo ocurre en el reino de Dios: «El hombre y la mujer dóciles ante el Espíritu Santo crecen y son don para todos. También la semilla es dócil para ser fecunda, y pierde su entidad de semilla y se convierte en otra cosa, mucho más grande: se transforma». Por este motivo el reino de Dios «es como la ley:

en camino». «Está en camino hacia la esperanza, está en camino hacia la plenitud» y, sobre todo, «se hace todos los días, con la docilidad ante el Espíritu Santo, que es el que une nuestra pequeña levadura o la pequeña semilla a la fuerza, y los transforma para crecer».

Llegados a este punto el Pontífice delineó otro vínculo con la reflexión del día anterior, cuando había hablado de la relación con la ley: «no caminar la ley —dijo— nos hace rígidos y la rigidez nos hace

huérfanos, sin Padre». Porque quien es rígido «solamente tiene dueños, no un padre». Así el reino de Dios, que se realiza caminando, «es como una madre que crece fecunda», y «se entrega a sí misma para que los hijos tengan alimento y casa, según el ejemplo del Señor».

Por ello, concluyó Francisco, debemos «pedir la gracia de la docilidad al Espíritu Santo». Efectivamente, muy a menudo «somos dóciles ante nuestros caprichos, ante nuestros juicios» y pensamos: «Yo hago

lo que quiero». Pero «así no crece el Reino» y «no crecemos nosotros». Será en cambio «la docilidad ante el espíritu Santo la que nos haga crecer y transformar como la levadura y la semilla».